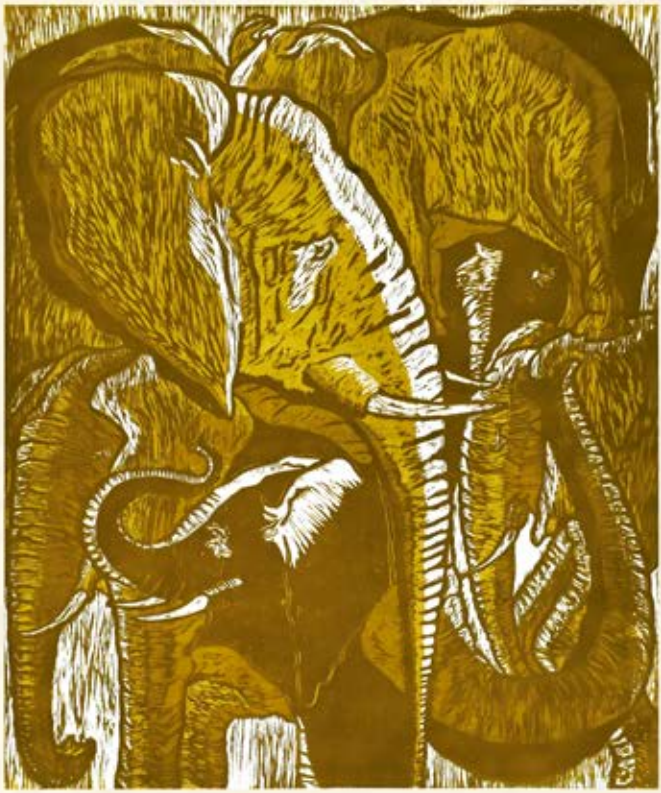
Historia de América Latina y el Caribe

Discursos sobre la historia universal en la América criolla
1770-1850

Hernán G. H. Taboada



Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector
Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General
Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario de Desarrollo Institucional
Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Coordinadora de Humanidades
Dra. Guadalupe Valencia García

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Director
Mtro. Rubén Ruiz Guerra

Secretaria Académica
Dra. Guadalupe Cecilia Gómez-Aguado

Encargado de Publicaciones
Gerardo López Luna

DISCURSOS SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL EN LA AMÉRICA CRIOLLA, 1770-1850

Colección
Historia de América Latina y el Caribe
26

DISCURSOS SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL EN LA AMÉRICA CRIOLLA, 1770-1850

Hernán G. H. Taboada

Prólogo de Andrés Kozel

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
MÉXICO 2021

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Taboada, Hernán, autor. | Kozel, Andrés, prologuista.

Título: Discursos sobre la historia universal en la América criolla, 1770-1850 / Hernán G.H. Taboada ; prólogo de Andrés Kozel.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, 2021. | Serie: Colección historia de América Latina y el Caribe ; 26.

Identificadores: LIBRUNAM 2106844 | ISBN: 978-607-30-4791-3.

Temas: América Latina – Civilización – Siglo XVIII. | América Latina – Civilización – Siglo XIX. | Criollos – América Latina.

Clasificación: LCC F1412.T335 2021 | DDC 980.02—dc23

Ilustración de portada: *Los nueve* (1997) de Lucrecia Andrea Taboada
Diseño de portada: Mtra. Marie-Nicole Brutus H.

Primera edición: julio de 2021
Fecha de edición: 15 de julio de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán
C.P. 04510, México, CDMX

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Torre II de Humanidades, 8° Piso,
Ciudad Universitaria, 04510, México, CDMX
http://www.cialc.unam.mx
Correo electrónico: cialc@unam.mx

ISBN 970-32-3580-8 (colección)
ISBN 978-607-30-4791-3 (obra)

Impreso y hecho en México

Hacia ti me incliné en gesto sencillo,
te tuve entre mis manos, supe entonces
que mis años destrozados su motivo
por fin en ti encontraban, paradigma.

ÍNDICE

Abreviaturas y referencias. 11
Prólogo de Andrés Kozel. 13
Introducción 31

1. La Ilustración ecuménica 37

2. Ilustración e historia universal 67

3. Filosofías de la historia 99

4. El lugar de los clásicos 129

5. Cruzadas, feudalismo y godos: la invención criolla de la Edad Media 155

6. Las búsquedas del Oriente 185

7. La Gran China en el horizonte 215

8. El Coloso del Norte: la primera imagen rusa 247

Palabras finales 277
Índice analítico 285

ABREVIATURAS Y REFERENCIAS

Hasta hace relativamente poco, para consultar viejos textos, periódicos, folletos y documentos de todo tipo, era más fácil acudir a las reediciones y reimpresiones. Hoy con Internet la situación ha cambiado, muchos materiales antes inencontrables están disponibles en la pantalla, en sus ediciones originales y hasta manuscritos. A ellos he acudido cuando fue posible. Sin embargo, siguieron siendo muy socorridas las colecciones tradicionales de documentos, entre las cuales principalmente figuran las siguientes, que en los capítulos he citado de forma abreviada.

Hernández y Dávalos = Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México, de 1808 a 1821* [1877-1882], Liechtenstein: Kraus, 1968.

BdM = Biblioteca de Mayo, Buenos Aires: Senado de la Nación, 1960.

CdAPCh = Colección de antiguos periódicos chilenos, Santiago: Imprenta Universitaria, 1951-.

CDIP = Colección documental de la Independencia del Perú, Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1976-.

Como para trabajos previos, para las referencias a Simón Bolívar me he servido de la versión electrónica de sus obras en el portal

electrónico (del gobierno venezolano) http://www.archivodellibertador.gob.ve/escritos/inicio.php. Gracias al mismo he podido ubicar gran parte del material aquí ofrecido, aprovechando las ventajas de encontrar reunidos los escritos antes dispersos en distintas recopilaciones, de poder consultarlos cómodamente desde cualquier ubicación y de permitirme los más distintos tipos de rastreo. Sin embargo esta edición electrónica contiene numerosísimos errorcitos con los cuales hay que estar atentos. Dada esta facilidad para hallar los documentos, de las cartas de Bolívar se presentan sólo los datos básicos (remitente, lugar y fecha).

PRÓLOGO

Andrés Kozel*

Integrado por una colección de preciosas calas impecablemente dispuestas, es éste un libro importante. Su interés y su valía radican en el entrelazamiento de un abanico de situaciones y rasgos que intentaré reponer, de manera concisa, en las líneas que siguen.

A lo largo de un itinerario que lleva ya varios años, Hernán G.H. Taboada ha ido labrando una trama interpretativa vigorosa y persuasiva acerca de la historia intelectual y cultural latinoamericana. Lo ha hecho desplegando una forma de trabajo original, relativa y saludablemente al margen de las orientaciones de las corrientes, discusiones y modas predominantes en nuestra área disciplinar, tan propensa a sobreactuar innovaciones y sofisticaciones.

Erudito y circunspecto, el estilo personal del autor puede desorientar un poco a los/as lectores/as más desprevenidos/as.[1] Existe

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (Conicet) con sede en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

[1] El epígrafe en el crucial Prefacio a la recopilación de estudios suyos que antecede a ésta reza: "Hemos recorrido el libro majestuoso / y percibimos su calor y su fragancia / mas su sentido nos es dificultoso: / somos hombres de mucha ignorancia".

un riesgo evidente en suponer que Hernán G. H. Taboada *es* solamente esas máscaras suyas. Si es cierto que en sus aportes no abundan los neologismos presuntuosos, ni las declaraciones estentóreas, ni los anuncios referidos a algún (otro) giro copernicano inminente en nuestro quehacer, también lo es que sí hay ellos —y esto importa mucho más— un diálogo permanente con una trama interpretativa ambiciosa —que es, según adelanté, vigorosa y persuasiva—, siendo cierto además que dicho diálogo enraíza en un modo muy personal de lidiar con problemas y materiales, aterrizando en una escritura rica y portadora de resonancias fascinantes.

En la última década o década y media ese contrapunto, esa trama, se han vuelto en la producción del autor crecientemente intensos, cobrando una significación que a ningún/a auténtico/a interesado/a en la historia y las perspectivas de América Latina le conviene desconocer. Cada vez más, leer a Taboada es, además de emprender viajes maravillosos en el tiempo y en el espacio, aceptar el vibrante convite a explorar la posibilidad de un replanteamiento integral del modo en que nuestra historia ha sido escrita.

*

Como escribo ahora un prólogo, y no un estudio preliminar ni una monografía, me limitaré a poner de relieve un par de elementos que juzgo centrales.

Primer elemento: la colección de estudios reunidos en este volumen debiera leerse a la luz de cierta hipótesis que los enlaza y vertebra. Sostiene dicha hipótesis que el momento de la Independencia fue sensiblemente distinto a, y más pleno de aspectos recuperables que, la etapa liberal ulterior.[2]

[2] No ha sido, por supuesto, el primero en perfilar el contraste. A lo largo del presente volumen él mismo va reconociendo precedencias: entre otras, las de Pe-

El momento de la Independencia queda asociado a la Ilustración, cuyo "arranque universalista" (en varias ocasiones acude el autor a la noción de Ilustración eurotrópica, para hacer referencia a una modalidad inclusiva de eurocentrismo) fue especialmente visible en confines como Escocia, Nápoles, Polonia, Rusia y, por supuesto, América.

La etapa del liberalismo decimonónico queda por su parte ligada al establecimiento de una nueva hegemonía (tanto interna como externa), y al concomitante proceso de reeuropeización de América, el cual tuvo lugar, de acuerdo con Taboada, por la vía de la adopción del paradigma civilizador y de la visión de las nacientes ciencias sociales (Marx-Weber, sobre una mirada de la historia universal eurocéntrica no inclusiva).[3]

De manera que, en varios sentidos, el momento de la independencia, asociado a la Ilustración universalista, ecuménica, eurotrópica, fue no sólo distintivamente radical, sino además bastante más sensible a las alteridades que las fases que le sucedieron. De ahí que el libro sugiera la conveniencia de atender, revisar, y eventualmente reabrir, algunas de sus promesas. No es otra la cuerda que hace vibrar al afirmarse en la necesidad y la conveniencia de practicar una escritura de la historia (una filología, una hermenéutica) que permita "salvar lo salvable". Es claro que la salvación tiene que ver, en este caso, con jalonar los puntos de fuga ligados a la posibilidad de eludir o esquivar o poner en cuestión el eurocriollismo, importante noción acuñada por el mismo Hernán G. H. Taboada en compañía

dro Henríquez Ureña, Franco Venturi, José Carlos Chiaramonte, Arturo A. Roig, David Brading; una más reciente, Jorge Cañizares-Esguerra.

[3] Marx-Weber: "burlesca síntesis onomástica del último Andre Gunder Frank", aclara Hernán G. H. Taboada en su artículo "Para 'reorientar' la historia de América: en busca de sus relaciones con la ecúmene euroafroasiática", en *Astrolabio* (Córdoba, Argentina), núm. 9 (2012), pp. 118-150, p. 128.

de su colega y amigo Carlos Tur, y que en dos palabras cabe definir como "nuestro eurocentrismo".[4]

No me parece excesivo sostener que en ese llamado a salvar lo salvable se detectan bien temperadas resonancias de formulaciones de José Ortega y Gasset (su *dictum* sobre la circunstancia), Leopoldo Zea (entre otras cosas, la imagen de la emancipación mental, que en el autor parece solicitar una radical reperiodización) o Arturo A. Roig (la categoría de a priori antropológico, ligada a querernos a nosotros mismos como valiosos y a tener como valioso el conocernos a nosotros mismos).

Como sea, el paso del siglo XVIII al siglo XIX fue en Nuestra América[5] extraordinariamente rico, no solamente por su radicalidad, sino además por su aspiración ecuménica y por su apertura en relación con las alteridades. Esto puede apreciarse en relación con múltiples otros: los indígenas, la Antigüedad grecolatina, el Oriente próximo, China e incluso Rusia. No me demoraré en ilustrarlo, aun cuando me tienta hacerlo (aunque más no sea por el gusto de volver a pensar pasajes que estimulan tanto la imaginación); con sólo avanzar unas páginas, el/la lector/a puede tomar contacto directo con la policromía y los matices de cada una de las calas, pre-

[4] Carlos M. Tur Donatti & Hernán G. H. Taboada, *Eurocriollismo, globalización e historiografía en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2008.

[5] Latinoamericanista genuino más acá y más allá de cualquier discusión posible, Hernán G. H. Taboada resiste el uso de los términos *América Latina* y *latinoamericano/a*. Prefiere emplear *Nuestra América* y *nuestroamericano/a*. Sus razones son comprensibles: con el gesto, busca eludir, conjurar, el remanente de eurocriollismo que puede haber allí, en esa noción surgida, no sin aroma francés, justo en los años centrales del siglo XIX. A mí ambos términos me resultan más aproblemáticamente próximos, quizá porque tengo muy presentes los clásicos señalamientos de Arturo Ardao en relación con el origen latinoamericano y proto-antiimperialista del nombre, así como su observación orientada a poner de relieve el uso por Martí de la expresión: "Nuestra América Latina".

cisando(se), en ese camino, de qué específica manera cada incisión alimenta los términos de la hipótesis.

Mas me interesa ahora destacar —y es el segundo de los elementos que deseo poner de relieve— que la referida hipótesis, su tratamiento y sus corolarios son, a su vez, parte de la trama interpretativa más amplia a la que hice referencia unas líneas atrás; dicha trama alberga consideraciones sobre otras etapas históricas: la que precedió a la conquista, la colonial, el paso del siglo XIX al XX y, también, los siglos XX y XXI. Algo de eso podrá entrever el/la lector/a en ciertas pinceladas identificables en esta recopilación; podrá encontrar más en otros aportes de Taboada. Sobre la etapa colonial, quisiera compartir con los/as lectores/as un pasaje que está en el corazón del que probablemente sea el aporte central de *Extrañas presencias en Nuestra América*. Escribió allí:

> El mezclado mundo del Mediterráneo […] presagiaba aquel otro al que dio origen, el continente de la bastardía, los mestizajes, la simbiosis, la aculturación, el ajiaco, el crisol, las transculturaciones, el multiculturalismo o la interculturalidad. Cada época le da su nombre. Los ensayistas latinoamericanos lamentaron esos fenómenos primero, hoy los celebran […] Tengo para mí que […] las realidades pintadas por las crónicas fueron mucho más fluidas, así como fluida fue la religiosidad criolla y la religiosidad popular que nacieron entonces.[6]

Desde luego, decir realidades fluidas no equivale a decir realidades armoniosas. Para el autor, el legado de la época colonial es, ante todo, un legado contradictorio de hibridez cultural y tendencia a la uniformidad (el nuevo espíritu imperial marchó de la hibridez al casticismo), donde el racismo desempeñó un papel central, al ser descartada más o menos rápidamente la "propensión a aceptar otras

[6] Hernán G. H. Taboada, "Para el estudio del Islam en el mundo virreinal (lo que tuve que saber antes)", en *id.*, *Extrañas presencias en Nuestra América*, México, CIALC-UNAM, 2017, p. 76.

culturas" que eventualmente distinguía a los iberos del siglo XVI.[7] Como sea, tras el barroco, tan satisfecho y optimista como "aislado del mundo",[8] el momento de la Ilustración y la Independencia son caracterizados, según sabemos, como una *apertura*. Apertura que, más o menos pronto, quedó mayormente cancelada durante la etapa ulterior, extendida en el tiempo y muy crucial en términos de la forja de unas imágenes del mundo y de la historia eurocéntricas y excluyentes. Por supuesto que los alcances de la aludida cancelación pueden discutirse, y largamente; no es éste el lugar para hacerlo; diré apenas que en los estudios de Hernán G. H. Taboada no faltan los matices ni, tampoco, la voluntad intelectual de procesar objeciones reales o imaginadas; en suma, cualquier potencial objetor de sus tesis debe comenzar por leerlo bien. Por fin, diré también que, a sus ojos, tras el "atrabancado siglo XX" hay actualmente signos indicativos de grandes y auspiciosos cambios. En una entrevista publicada hace poco, señaló:

> …creo que recientemente ha habido cambios muy grandes, por fin se está poniendo en discusión la hegemonía cultural criolla; creo que los movimientos de este siglo, o este milenio, por fin han traído una oleada de reivindicaciones genuinamente indigenistas, populares, afroamericanas, plebeyas, en general, que son las bases de los modernos populismos. Y aquí hay una diferencia: los nacional-populismos nunca pudieron eliminar la base arielista criolla; los nuevos sí, o lo están haciendo.[9]

El punto clave tiene que ver, voy a decirlo de nuevo, con el afán de orientar los esfuerzos en pos de la desactivación de la visión

[7] Hernán G. H. Taboada, *La sombra del Islam en la conquista de América*, México, FCE, 2004, pp. 239ss.

[8] Véase *infra*, capítulo primero.

[9] David Noria, "Inventar nuestros clásicos: entrevista a Hernán G. H. Taboada", *Scripta Manent* (Universidad Nacional de Colombia), núm. 4 (2020), pp. 68-69 [la entrevista tuvo lugar en noviembre de 2017].

ideológica de las élites criollas, una visión eurocéntrica, clasicista y clasista, obturadora de procesos de inclusión social. Llegados a este punto, es importante aclarar que este afán crítico no ha conducido a Hernán G. H. Taboada a desbarrancar en formulaciones antiintelectuales o antiletradas.

Todo lo contrario.

En su faz crítica, el proyecto intelectual del autor pasa fundamentalmente por poner en evidencia el origen histórico, los límites y las coartadas del eurocriollismo; en su faz propositiva, por llamar la atención sobre otras posibilidades y latencias, muchas de ellas agazapadas en los pliegues de la tradición letrada nuestroamericana. Precisamente por eso es tan importante este volumen, que nos ayuda a calibrar mejor la significación histórica de la Ilustración y de la etapa independentista. Soplos de aire fresco pueden llegarnos, y en efecto nos llegan, de revisiones como las que componen esta colección, atentas a las cambiantes relaciones con la alteridad, a las facetas de la emancipación mental (proceso no lineal ni mucho menos necesario), a la puesta en valor de nosotros mismos y del conocimiento que sobre nosotros mismos vamos labrando.

Este *pathos* se liga, por lo demás, a los llamados a releer los clásicos de la Antigüedad grecolatina desde una sensibilidad distinta a la que caracterizó la aproximación emprendida por la Europa burguesa. Por momentos próximo al espíritu de *Atenea negra*,[10] el autor nos invita, con la autoridad de su erudición, a inventarnos una nueva Grecia, acaso más acorde a lo que fue realmente —más mezclada, más multicultural, menos inmaculadamente marmórea— y, por lo mismo, más próxima a nosotros: "yo creo que la ciudad de Atenas era más parecida a Neza, acaso una Neza con Partenón […]

[10] Martín Bernal, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993.

un mundo mucho más multicultural de lo que decía la Europa burguesa. Los griegos no eran tan griegos…" —sostiene.[11]

Uno no puede dejar de apreciar en todo esto un soplo optimista: da toda la impresión de que, de acuerdo con el autor, la creciente puesta en cuestión de los postulados de la historia universal eurocéntrica en general y de la hegemonía de las élites criollas en particular está acaso anticipando la posibilidad de que podamos contar, en un horizonte cercano, con una visión global, ecuménica, de la historia humana desde un punto de vista propio, es decir, nuestroamericano. ¿Sería excesivo decir que resuena en todo esto algo del llamado formulado en cierto momento por Ignacio Sosa en torno a forjarnos una *Paideia latinoamericana*? ¿Cuáles podrían ser los vasos comunicantes entre la propuesta de escritura de la historia (filológica, hermenéutica) de Taboada y las formulaciones, señaladamente más grandilocuentes, de Enrique Dussel sobre, por ejemplo, el *pluriverso transmoderno*…? Puentes y paralelismos están desde luego habilitados. Sin embargo, es algo difícil de saber si será Taboada el responsable de encarar esa labor de reescritura integral o, mejor dicho, cuál podría ser la naturaleza de su aporte a esta empresa. Sobre esto, ha escrito en el crucial Prefacio antecitado, con su característica circunspección, lo siguiente:

> …me retiene aún la clemencia hacia los posibles lectores y la autoridad de quien consideraba, a la zaga de algún ensayista inglés, que "desvarío laborioso y empobrecedor es el de componer vastos libros; el de componer en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos". Por ello me mantengo todavía alejado de recapitular

[11] Noria, "Inventar nuestros clásicos" [n. 9], p. 69; "Neza" es denominación coloquial para Ciudad Nezahualcóyotl, municipio del Estado de México que colinda con la Ciudad de México, reconocido por sus múltiples problemáticas de pobreza, hacinamiento, carencia de servicios públicos, inseguridad.

> una vez más toda la historia de todos los pueblos, una sirena que hizo caer a muchos al abismo, y el desarrollo de pequeños temas me parece que va a ser a la larga más fructífero.[12]

Unos, claro, podrán verse tentados de presionar el adverbio *todavía* que allí late, insinuante; otros podremos tener esperanzas en eso fructífero entrevisto en el minimalismo y sus perspectivas, sabiendo que no se trataría de cualquier minimalismo sino de uno bien elaborado, puesto en relación con vastos parámetros y, por lo mismo, auténticamente significativo.

*

Parece legítimo preguntarse por la procedencia de todo esto, o mejor, cómo fue que llegó el autor a incursionar en estas temáticas, a labrar este tipo de urdimbre intelectiva. Para comenzar a responder a preguntas así, que lindan con afanes propios de la genealogía intelectual, es necesario ante todo pensar en el muy peculiar itinerario de alguien que desde muy pequeño vivió intensamente las experiencias de la multi e interculturalidad y del plurilingüismo y que, luego, tras iniciarse como clasicista y, después, como estudioso de la historia de Oriente Medio, desembocó en los estudios latinoamericanos.

Escribo —tengo, para no olvidarlo, que decírmelo de nuevo— un prólogo, y no una biografía. Pero estoy convencido de que a quienes tienen ahora este volumen en sus manos seguramente les ayudará conocer algunos datos sobre el autor. Algunos datos de esos que no caben en la habitualmente útil, aunque inevitablemente escueta, información que aparece en las contraportadas o

[12] Taboada, "Prefacio" a *Extrañas presencias en Nuestra América* [n. 6], pp. 13-14.

solapas de los libros, y que pueden ser de interés para comprender mejor todo esto de lo que venimos hablando. Es difícil saber, creo que hasta para el propio Hernán G. H. Taboada, en cuántas ciudades del Viejo Mundo (España, Marruecos, Francia, Italia) vivió entre sus tres y sus diecisiete años, todo debido al espíritu aventurero de su padre, un periodista y editor cuya biografía se intuye literaturizable: "Fue un hijo adoptivo de la oligarquía porteña", me comentó al pasar en una conversación reciente. Parece que sabe varias lenguas, a juzgar por sus citas a pie de página, pero él no ha querido, prudentemente, que se afirme nada al respecto, ni en cuanto al número ni a la cabalidad, y prefiere dejar suponer que se las arregla en base a tesón, diccionarios e imaginación.[13]

A mediados de la década de 1970 la familia Taboada retornó a Argentina. Luego de pasar una temporada en Huerta Grande, provincia de Córdoba, Taboada ingresó a la Universidad de Buenos Aires. Se había inscrito en Antropología, pero pronto se cambió a Historia, cuyo clima percibió menos agobiante. Su paso por la carrera de Historia coincide prácticamente con los años de la última dictadura militar. Paradójicamente, en ese momento se benefició de una medida que reimplantó la obligatoriedad de estudiar una lengua clásica. A él, personalmente, le interesaba ese estudio. Como ya conocía el latín en virtud de los años pasados en Italia (Verona y Génova), eligió iniciarse en el griego, al cual abordó bajo la guía de Elena Huber, discípula de Albin Lesky en Austria.[14] Además de a Huber, destaca entre sus maestros/as de aquellos años a Ángel Castellán, figura que en los últimos años

[13] Entrevista a Hernán G. H. Taboada realizada por el autor del Prólogo el 13 de abril de 2021, por medio de la plataforma Zoom.

[14] Noria, "Inventar nuestros clásicos" [n. 9], p. 63; sobre Elena Huber, puede verse el libro colectivo publicado en 2012 bajo el título *Nóstoi, Estudios a la memoria de Elena Huber*, Buenos Aires, Eudeba.

ha sido recordada de modo entrañable tanto por Tulio Halperin Donghi[15] como por Gastón Burucúa.[16]

Hacia 1980 Hernán G. H. Taboada se desempeñaba como ayudante de griego y, también, como bibliotecario en el Instituto de Historia Antigua y Medieval. Con la biblioteca al alcance de la mano, adelantó su formación, especialmente gracias a la frecuentación sostenida con revistas especializadas. Poco más tarde, mientras enseñaba Historia en el nivel secundario, comenzó a presentar en congresos, con cierto éxito, una serie de comunicaciones sobre estudios clásicos, incursionando en particular en asuntos relativos a las historias de Asia y África. De una de esas instancias surgió

[15] Tulio Halperin Donghi, *Son memorias*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008, pp. 220-222; Halperin retrata al Castellán de *circa* 1950 como "alguien que tenía mucho que ofrecer", indiferenciadamente curioso "por los más recónditos recovecos del saber erudito". También, como "una suerte de anacronismo viviente". En una entrevista que Mariana Canavese e Ivana Costa le realizaron a Halperin con motivo de la entonces inminente aparición de la obra antecitada, Castellán aparece dos veces: como miembro del jurado de su tesis en la década de 1950 y ofreciéndole apoyo para retornar al país a principios de la de 1970; al referirse a Castellán, Halperin dice: era "un ángel de dios" que "vivía en las nubes totales". Entrevista disponible en: https://www.utdt.edu/ver_nota_prensa.php?id_nota_prensa=2218&id_item_menu=6.

[16] Burucúa ha mencionado varias veces a Castellán y le ha dedicado al menos un estudio. En una entrevista dada en 2017, al referirse a sus años de formación en la carrera de Historia del Arte de la Universidad de Buenos Aires, y tras recordar otros nombres, indicaba: "Pero quien más me imprimió su sello fue Ángel Castellán, un modernista, un hombre excepcional, sabía todo, todo lo que había que leer de la historia moderna del siglo xv al xviii […] Dio un curso sobre la Florencia del Quattrocento que fue una cosa espléndida y después dio otro curso que se llamaba 'El telescopio y la escoba', que era sobre esa doble vertiente de la Europa del siglo xvi y el siglo xvii que se debatía entre la racionalidad científica y el horror de la brujería, sobre todo la persecución cruel contra esas pobres mujeres acusadas de brujas", entrevista disponible en: https://www.nuevospapeles.com/nota/6871-jose-emilio-burucua-entre-historiografia-y-memoria-hay-una-tension-y-una-marcada-diferencia; *cf*. también la retrospectiva de Burucúa, *Excesos lectores, ascetismos iconográficos*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

la invitación para ir a México, a cursar la Maestría en Estudios de Asia y África en El Colegio de México.

Se estableció en México en 1988, con la idea de pasar una temporada y retornar a Argentina. En el marco de la mencionada maestría, realizó una estancia de investigación de casi medio año en Egipto, lugar al que entonces era preciso dirigirse para estudiar un tema como el de su tesis de maestría: la historia de la Arabia presaudí. Treinta años después, recuerda con admiración las bibliotecas egipcias y toda su experiencia allí; sin embargo, al menos hasta ahora, no retornó a ese país. Sí buscó reinstalarse en Argentina en 1991. Dificultades de distinto orden y la visualización de mejores oportunidades lo devolvieron pronto a México, donde pasó a desempeñarse en el equipo de la revista *Cuadernos Americanos*, cerca de Liliana Weinberg, María Elena Rodríguez Ozán y Leopoldo Zea. Enseguida se inscribió, tras descartar otras posibilidades, en el programa de doctorado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM, marco en el cual elaboró su tesis, finalizada en 2000 y a la que perfectamente le cabe el adjetivo de pionera. En 2004, la tesis fue publicada bajo el sugerente título de *La sombra del Islam en la conquista de América*.[17]

Voy a aprovechar para decir que, más allá de las críticas y autocríticas, hay en esa obra la tematización de cuestiones centralísimas y por lo general poco conocidas en nuestro ámbito: desde el examen minucioso y matizado del papel de la "geopolítica medieval" en la mentalidad de Colón, hasta la referencia a nombres como los de al-Himiari, al-Farŷani (Alfragano), Estebanico de Azamor o el capitán Zapata (en verdad, Emir Cigala), pasando por las alusiones al atuendo de cierto encomendero de Yanhuitlán (en Oaxaca) —tocado con turbante en plena época virreinal—, a un haz de filiaciones y etimologías probables —como la de caníbal (y por esa

[17] Taboada, *La sombra del Islam en la conquista de América* [n. 7].

vía, claro, Calibán) en el sustantivo kalb ("perro" en árabe)—, a la presencia de hablantes de árabe acompañando a varios de los exploradores, o la de cautivos y renegados americanos en costas africanas, o el temprano y preciso conocimiento de América en la corte otomana (y el olvido ulterior, fruto de las cambiantes circunstancias), a los paralelismos entre las evoluciones de los imperios otomano y español y al hecho de haberse percatado de ellos el sultán Mahmud II en el siglo XVIII. En su pasaje conclusivo leemos:

> Cantidad de otras repercusiones podrían señalarse. Espero elaborar el cuantioso material y las abundantes ideas en otro lugar. Sirva aquí apuntar que entramos a la historia mundial como comparsas atónitos de una guerra lejana e incomprensible, y ese papel hemos seguido representando con extraña perseverancia.[18]

La sombra del Islam es, como puede adivinarse, un libro apasionante, clave para quienes se interesen en la empresa de repensar la historia de la América temprana desde un punto de vista genuinamente mundial o global —que no universal. Solicita, sin duda, una pronta reedición, y lo escribo aquí porque algo supersticiosamente abrigo esperanzas en las capacidades performáticas de lo que se expone en letra de molde. Por cuando trata específicamente de la historia de las imágenes del otro y de las modulaciones del eurocentrismo, su capítulo décimo ("Del orientalismo al americanismo") es probablemente el que se vincula de modo más directo con los temas abordados en el presente volumen.[19]

[18] *Ibid.*, p. 243.

[19] El lector interesado en esta veta debe revisar también Hernán G. H. Taboada, *Un orientalismo periférico: Nuestra América y el Islam*, México, CIALC-UNAM, 2012; y el ya citado "Para el estudio del Islam en el mundo virreinal (lo que tuve que saber antes)", en *Extrañas presencias en Nuestra América* [n. 6].

Pese a su importancia, esta serie de referencias no alcanza para dar plena cuenta del origen y la evolución de la trama interpretativa que me interesa destacar. Habría mucho para señalar, por supuesto, pero nada podría comprenderse bien sin tener presente el vínculo amical e intelectual entre Hernán G. H. Taboada y Carlos M. Tur Donatti. La primera cristalización de dicho vínculo fue un artículo en coautoría publicado en 2002,[20] el cual fue acabó siendo, evidentemente, el núcleo en torno al cual se organizó el volumen sobre eurocriollismo que ambos dieron a conocer en 2008. En el aporte de 2002 se tematizan en forma nítida, junto a la distinción trazada entre historia universal e historia mundial, críticas comprobaciones: "la meta tantas veces proclamada de escribir una historia mundial desde una perspectiva propia aún no se ha realizado"; "la mayoría de nuestros historiadores y hacedores de manuales se caracterizan por el extremo provincianismo de su campo visual"; entre los efectos de esta realidad se cuenta un sesgo lamentable:

> …nos hemos acostumbrado así a descuidar los procesos ajenos a las líneas canonizadas en la "historia universal". El tronco de ésta era europeo con una cauda americana: por ello China, India, el Islam aparecen como territorios marginales, Oceanía y África como inexistentes.

Este conjunto de ideas, que fueron madurando en diálogo con Tur mientras Taboada ajustaba *La sombra del Islam* para su publicación, reaparecen en varios otros aportes contemporáneos y ulteriores, muy sensiblemente en un extenso artículo de intención programática publicado en 2012,[21] para ser profundizado en los

[20] Hernán G. H. Taboada & Carlos M. Tur Donatti, "La historiografía latinoamericana ante el modelo eurocéntrico", *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México, UNAM), núm. 35 (2002), pp. 125-142.

[21] Taboada, "Para 'reorientar' la historia de América" [n. 3].

volúmenes de 2017 (*Extrañas presencias*) y 2021 (éste que el/la lector/a tiene ahora en sus manos).

En el aporte de 2012, el autor insiste una vez más en la necesidad de dar cuenta de los múltiples contactos entre América y los orbes ajenos a la Europa mediterránea y atlántica, incluyendo los inciertos e imaginarios. Como es habitual en él, ejemplifica abundantemente —al pasar menciona, por ejemplo, y entre miríadas de alusiones, la presencia del elefante en los monumentos mayas y, después, en casi todo el orbe, las de la cochinilla, el chocolate y, sobre todo, la plata americana—, y señala:

> Si bien las propuestas para hurgar en este sentido son sumamente estimulantes, poco se ha hecho por llevarlas a cabo. En parte por cuestión de rutinas académicas, que las hacen ver como fantasiosas, pero sobre todo […] porque es una tarea sumamente ardua, adecuada para titanes multilingües, dueños de infinitas horas libres y capaces de leer a contracorriente de una tradición secular.[22]

El artículo se cierra con este pasaje:

> Muchas veces se dijo que América iba a empezar a contar en los asuntos mundiales. Si ahora realmente lo va a hacer, tiene que sacudir impedimentos que la traban, uno de ellos la visión del pasado que la liga solamente a un sector del Viejo Mundo.[23]

Para redondear estas consideraciones quisiera hacer una referencia, aunque más no sea mínima, a la forma de trabajar de Taboada. Recién aludí a su capacidad de ejemplificar abundantemente. Decir "acumulación de ejemplos" es entonces un buen modo de aproximarse al núcleo de su forma de trabajo. Él acude a algunas expre-

[22] *Ibid.*, p. 121.
[23] *Ibid.*, p. 148.

siones características: "colectar testimonios", "entresacar de aquí y allá", "rellenar un vacío bibliográfico con una serie de noticias dispersas reunidas con base en distintas fuentes", "enhebrar noticias". Pero no se trata solamente de acumulación. Hay, de una parte, un trabajo enorme en torno a cada testimonio, a cada noticia. Hallazgo, crítica y contextualización primero; enhebramiento después; entremedio, una constante labor de acentuaciones y matizaciones, guiada no sólo por la prudencia y la sospecha, sino por la consideración extremadamente atenta de los puntos ciegos y de los silencios. Hay, de otra parte, según leímos hace un instante, un esfuerzo descomunal por leer a contracorriente la tradición. El ensamblaje resultante no es el propio de los registros más habituales entre los latinoamericanistas: el filosófico, el sociológico, el historiador económico-social, incluso el ensayístico. Es el trabajo del historiador, sí, pero con notas que lo singularizan. La originalidad del vastísimo archivo del autor, un archivo labrado casi titánicamente a contracorriente, se cuenta entre las principales de esas notas.

Todos los rasgos mencionados, que emparentan la forma de trabajo de Taboada, además de con los estudios de historia antigua y medieval, con tradiciones historiográficas emblematizadas por los nombres de Fernand Braudel (en especial con el de *El Mediterráneo*) o Carlo Ginzburg (es inevitable no pensar en el paradigma indiciario al leerlo), sumados a las propensiones arcaizantes e irónicas de su escritura (que a mí me recuerdan, en mucho, los monumentos de Antonello Gerbi), hacen que el contacto con sus estudios exija de los/las lectores/as una predisposición especial a la lectura compenetrada. No hay que dejarse llevar por falsas impresiones: no hay casuismos inconducentes ni, menos aún, afanes crípticos, en ese torrente de sabiduría conversada irónica y autoirónica que es la escritura de Hernán G. H. Taboada —el socrático "somos hombres de mucha ignorancia" no se reduce a una función decorativa: marca a fuego hasta el más recóndito pliegue de sus elaboraciones.

Precisamente para apoyar encarecidamente la sobrevivencia de esa predisposición especial a la lectura compenetrada, que solicita, antes que nada y entre otras cosas, conjurar las presiones derivadas del frenesí, del bombardeo informacional y de la confusión derivada, he escrito estas líneas.

*

Figura de itinerario y perfiles heterodoxos, que labora, como otros/as de nosotros/as, en zonas de frontera, de límites borrosos, entre disciplinas y tradiciones intelectuales, Hernán G. H. Taboada es uno de los mejores exponentes de lo que puede ser actualmente un latinoamericanismo riguroso, franco en relación con sus propias promesas, contradicciones y límites, y comprometido, no con retóricas oportunistas ni militancias de cotillón, sino con posicionamientos —permítanme decirlo así— existenciales, larga y genuinamente meditados.[24] Elaborados desde una actitud de desconfianza ante las arrogancias, triunfalismos y autocomplacencias atribuibles a buena parte del *establishment* académico —en gran medida heredero del *ethos* eurocriollo—, los estudios de Taboada invitan a rescatar las riquezas aplanadas por miradas reduccionistas, las promesas incumplidas y recuperables que pudiera haber, en estado de latencia, en aquello aplanado, cultivando una disposición crítica de los exclusivismos oligárquicos y sumamente atenta y sensible a las manifestaciones de lo que, para sintetizar, cabría designar como "lo popular-plebeyo". Y si es cierto que este compromiso suyo se liga de

[24] No dejan de llamarme la atención varios de los epígrafes y pasajes que se refieren a su itinerario, sus posicionamientos y sus dudas. Por ejemplo, la estrofa de Almafuerte que preside *Extrañas presencias* o un pasaje como éste, afín a algunos diseminados también en este volumen: "Una autora se preguntaba sabiamente por la mejora que su trabajo había producido en su persona. Me lo estoy preguntando yo también en este momento", *Extrañas presencias* [n. 6], p. 14.

manera muy estrecha a una apuesta por valorar con signo favorable el creciente lugar de eso popular-plebeyo hoy acaso en ciernes —y, voy a decirlo, siento allí una diferencia con mi modo personal de evaluar estos años que nos tocan, a los que percibo más bien como una deriva confusa y sombría—, también lo es que se esmera por articular dicha apuesta con aquello que Françoise Perus elocuentemente denominó la "defensa de la tradición letrada". El trabajo sobre esa articulación, sobre esa posible convergencia, es quizá uno de los mayores desafíos que habremos de encarar en los años por venir; la labor que Hernán G. H. Taboada viene sosteniendo con remarcable entusiasmo y admirable coherencia nos ofrece criterios y herramientas que nos ayudarán a transitar el difícil camino con grados de desorientación algo menos intolerables.

INTRODUCCIÓN

La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país.

Arturo Jauretche, 1957

En Nuestra América, desde hace un par de siglos por lo menos, las búsquedas identitarias han sido básicamente historiocéntricas. Es decir que en la historia más que en unos supuestos caracteres inmutables emanados del suelo o de la raza (¿cuál suelo y cuál raza, por otro lado?) han buscado el secreto sus pensadores. Ello a menudo se deja inferir y otras veces es explícitamente confirmado en su producción, donde abundan escrituras y reescrituras, revisionismos, revelaciones sobre el verdadero pasado, filosofías de la historia, rastreos de su dialéctica o del momento en que se perdió el rumbo.

Dicha vocación responde a la acusada conciencia del tiempo propia de la modernidad, la cual descubrió hace un par de siglos que toda realidad se resume en lo social y éste en la historia, pero responde más precisamente a la ansiedad con que dicha fórmula fue mal o bien asumida a lo largo del Sur global, entre los perdedores que, se sabe, son realmente los que escriben la historia, no los satisfechos vencedores. Y por fin responde a condiciones que nuestra

región comparte con otra también situada en una ambigua posición marginal, Rusia, cuyo pensamiento, se ha dicho, "es por entero 'historiosófico', su preocupación constante es la del 'sentido', la del fin de la historia", no es teocéntrico ni cosmocéntrico, ya desde los primeros filósofos modernos.[1]

Logró la ciencia rusa elaborar complejos esquemas de reinterpretación, que asignaban a su patria una misión panhumana. En cambio los nuestros no han salido del ámbito local, y cuando han querido superarlo lo que han hecho es navegar en un círculo vicioso. Por él nos arrastran una metodología, categorías, cronologías y juicios de valor que se asentaron muy tempranamente en nuestro pensamiento y tienen su origen en una filosofía de la historia que fue creada para otro medio y otros intereses. Por comodidad se la ha llamado historia eurocéntrica. Este nombre y la crítica que ya implica son hoy lugares comunes en la academia global y abundan los llamados a salir del círculo reinventando metodología, categorías, cronologías y juicios de valor.

Hasta ahora se ha emprendido la tarea desde una profunda revisión filosófica de determinados principios: es lo que han hecho ciertas corrientes del marxismo, los estudios subalternos, los pos/decoloniales, las filosofías de la liberación, nacidas en territorios del Sur global, en la India, en África y en América Latina y el Caribe. Aquí precisamente, en nuestros países, hemos retomado y retrabajado teorías y conceptos, que sin embargo rara vez salen del campo académico, y le extrañaría que fuese de otro modo a cualquiera que intente adentrarse en su lenguaje y retorcimientos.

[1] B[ladimir] Zenkovsky, *Historia de la filosofía rusa* (1953), Buenos Aires, Eudeba, 1967, pp. 5-6; Andrzej Walicki, *The flow of ideas: Russian thought from the Enlightenment to the religious-philosophical renaissance*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 2015, pp. 30, 52-57.

En la relectura también se ha hecho valer la existencia de antecedentes que buscaron más bien intuitivamente por la vía de hispanismos, arielismos, indigenismos y telurismos, así como de idearios de origen popular, una revisión de la historia. Gran parte de la academia, incluyendo la que se aboca a abstrusas teorías pos/decoloniales, los desconoce o mira con sospecha, pero la canción latinoamericana, las artes, la prensa, los graffiti y autores muy leídos como Eduardo Galeano nacen y prosperan en torno de ellos, que han sido apropiados por organizaciones sociales de base y debido a esta razón los regímenes nacional populistas acuden a su acervo.

Aquí precisamente se ha señalado uno de sus pecados, el haber resbalado hacia discursos oficiales, hasta llegar a posiciones autoritarias, a rayar en un fundamentalismo culturalista. ¡Si fuera lo único! Las citadas academias, custodias de la historia oficial, los conservadurismos, autocomplacientes y escépticos de todo menos de la tradición eurocéntrica que representan, los estudiosos serios, señalan su ingenuidad, un maniqueísmo hecho de idealizaciones y satanizaciones, un tratamiento mítico del presente y el pasado, la incoherencia e imprecisión y por fin la metodología simplista que se conforma con dar vuelta los discursos que se combaten.

Procurando salvar lo salvable, desde tiempo atrás he explorado los caminos que se apartan de la vulgata que enfoca nuestra historia y presente casi exclusivamente en relación con la Europa occidental. Como desprendimiento de esa tarea mayor, aquí he tratado de desvelar algunas categorías centrales de nuestro eurocentrismo, el eurocriollismo, y como un primer paso investigar la historia de su asentamiento. A contrapelo de la interpretación habitual entre los críticos, que ven en el Descubrimiento mismo la imposición de dichas categorías, planteo que fueron en su forma actual un proceso del siglo XIX, consecuencia de nuestra incorporación al sistema mundial, que significó la asunción de las ciencias sociales modernas, basadas en una lectura eurocéntrica de la historia universal.

Antes de dicha asunción, en los años en torno a la Independencia —al calor de una lucha que necesitó necesaria y temporalmente incluir elementos populares— hubo un momento en que algunos sectores de la Ilustración americana lograron imaginar otro esquema, en el cual América debía figurar centralmente. Para ello reelaboraron ciertos conceptos básicos, en una serie de lecturas alternativas. De éstas ha sido estudiada principalmente la lectura de América y la polémica que se desarrolló en torno al ataque y defensa de sus civilizaciones, naturaleza y sociedades, Clavijero y el incaísmo. Poco se ha dicho de la paralela contraimagen americana de Europa que en el curso de esas polémicas y esas luchas se fue construyendo. En alguna parte me he ocupado de ella. Aquí en cambio rastreo, algo más inexplorado todavía, la reelaboración local americana de otredades que Europa había construido para entenderse a sí misma: el mundo clásico, la Edad Media, el Oriente islámico, China y Rusia.

Nada más digo porque todo está mejor asentado en los capítulos que siguen. Sólo algunas palabras sobre el origen del libro, algo diferente a otras propuestas mías anteriores: pretende ser un conjunto orgánico, con un comienzo y un fin, no una recopilación hecha de arena, de textos independientes si bien afines. Es verdad que al principio parecía que sí iba a seguir aquella fórmula de reciclar escritos previos, pero a poco de iniciar la marcha, todo (la reflexión, las lecturas, la escritura, la vida) me llevaba a modificar continuamente los escritos originales, de tal manera que cada vez más irreconocibles iban resultando, y no sé si hasta contradecían paulatinamente su redacción primera.

Tarea paralela fue la de armonizar estas distintas partes entre sí, evitando repeticiones y uniformando citas y vocabulario. Algunos traslapes permanecen, y los dejo porque la reiteración no siempre es mala, puede ser grata, del mismo modo que la inclusión de información conocida y hasta los lugares comunes y el sinsentido incluso,

que permiten al lector abrumado descansar un momento en la lectura. Y la reiteración posibilita al mismo tiempo la lectura separada y aislada de cada capítulo. La metodología es la que ya se me hizo amiga, derivada de una mayor atención a las fuentes primarias que a las discusiones del momento. En algo éstas me recuerdan a ciertas actrices de telenovela, muy bonitas pero todas iguales, ejecutando el mismo guion y destinadas al olvido en pocos años.

Ya en prólogos anteriores expresé mi resistencia a esas ristras de agradecimientos, a asegurar que a muchos les debo ideas pero que los errores son míos. Cumplo sí en decir que por lo menos la mitad de estas páginas se debe al año sabático que me concedió la institución para la que trabajo, el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Otros beneficiarios de licencias semejantes dan cuenta de amplios periplos por el mundo, de visitas a bibliotecas pletóricas y archivos llenos de arcanos, de entrevistas con luminarias, dan listas extensas y multiculturales de colegas que sugirieron, corrigieron, aportaron y parecen revelar una armonía y espíritu de colaboración en la generosa república de la Academia.

Nada de eso se espere aquí. Nunca encontré la república. Los planes de mi sabático fracasaron y poco pude hacer de lo planeado inicialmente. Visité sí algunas bibliotecas en Estados Unidos que me fueron de utilidad pero más útiles me fueron las reflexiones que hice en caminatas por las calles de Chicago, junto a las de siempre por México y Buenos Aires, con el agregado de una escapada a Tijuana, donde estuve en la calle que presenció un magnicidio, y a Oaxaca y Xalapa. Después Santiago de Chile, donde tronó el furor del pueblo y, tras cruzar los Andes por tierra, Mendoza. Cualquier actividad nos suministra metáforas y conexiones, como barrer, cocinar o cuidar un huerto, pero caminar las supera en cuanto nos pone en contacto con cambiantes imágenes, sonidos y olores que se mezclan en nuestro ser. De mucho de esto se compuso el libro.

Agradezco por ende a esas calles, a la música del mundo que en ellas resuena y a tanto loco que por ellas anda suelto. Después vino la pandemia de Covid-19, que congeló el mundo y mantuvo mi manuscrito inerte por un año y pico. En este tiempo suspendido descubrí libros, de cuya sugerencia agradezco a dos anónimos dictaminadores. Agradezco como siempre a mi hermana Andrea, que en Buenos Aires se ocupa de todo y que creó la imagen de los elefantes de la tapa; a mi hermano Ezequiel, que en España brega con la crisis. Al bueno y sabio de Andrés Kozel, que en su introducción escribió sobre una persona que tiene mi mismo nombre y algo se me parece. A todos aquellos con los que me rencontraré en el Valle de Josafat y más cercanamente a mi esposa y a mi hija.

Villa Olímpica, Tlalpan, junio de 2021

1
LA ILUSTRACIÓN ECUMÉNICA

> *No se piense que nuestra América es tan inocente como en los siglos pasados, ni tan despoblada; no se crea que faltan gentes instruidas […] no se les oculta nada de lo que pasa aquí.*
>
> Supuesta carta del conde de Aranda al rey, 1793

Con la Ilustración debe comenzar todo recuento de la historia moderna, incluyendo la de nuestros países, y la Ilustración se ha convertido en tema muy frecuentado en las últimas dos décadas: exaltada, también ha sido atacada, ya no más por sectores conservadores únicamente, sino también por la avanzada posmoderna, y ha necesitado defensores. Partidarios y enemigos a menudo le quieren imprimir una denominación de origen europeo y en la pretensión está implicada la cuestión de un carácter singular o policéntrico de la modernidad.

Quizás no haya respuestas mutuamente excluyentes, e Ilustración y modernidad vacilaran en sus inicios acerca de la residencia que ocuparían, porque tales inicios, cuyas causas se debaten, de alguna forma están ligados a sucesos ecuménicos y no sólo europeos.

Se ha dicho que la Ilustración otorgó a Europa el dinamismo que le permitió su hegemonía sobre el mundo. Me parece que la causalidad fue inversa: el dominio europeo sobre América la convirtió en la más rica de las áreas civilizadas en ese momento de equilibrio euroasiático entre los siglos XVII y XVIII. Ello también empoderó a los nuevos protagonistas que derrocaron a las élites y dotó a Europa de un acervo de experiencias con la otredad del que careció el resto de las humanidades.

Salvo quizás los dominios americanos, que en los tres siglos coloniales estuvieron por las vicisitudes de su historia en un contacto inédito con la variedad humana y en su etapa final intentaron teorizarla.

1. Ilustración y apertura

El espacio noratlántico, o una Europa redefinida en torno a sus orillas, fue dejando clara desde los últimos años del siglo XVIII su superioridad frente a los grandes Estados agroburocráticos que hasta entonces dominaban el panorama geopolítico y solían ser vistos con temor, respeto y hasta admiración y envidia como áreas prósperas, refinadas y pacíficas. Habían sido creados o reconfigurados bajo la figura de "imperios de la pólvora" en el siglo XVI, sus mayores representantes eran los leviatanes chino, mogol, safaví y otomano —del mismo modo que el imperio zarista y los imperios ibéricos en América— y estaban flanqueados por entidades menores, como Japón, Marruecos, Java o los kanatos centroasiáticos. En vísperas de la modernidad atravesaron por malestar y desórdenes y el ascenso noratlántico significó su crisis, quiebra, desprestigio y en ocasiones desaparición u ocupación colonial, aunque este destino, salvo el caso de la India inglesa, se reservó en general a los más pequeños y débiles. Todos intentaron adaptarse y lograron un momentáneo

robustecimiento frente a potencias locales pero a largo plazo sólo logró hacerse un lugar principal el Estado japonés, mediante una estrategia que fue variando entre la cerrazón y la asimilación.

El inicio de este ascenso de alguna manera se relaciona con una "revolución comercial" a lo largo del mundo, con ventaja pero todavía sin hegemonía europea, y consiguientes contactos interculturales. Se ha hablado de una Ilustración ecuménica, una "Eurasian Enlightenment", no limitadas a Europa.[1] Los problemas que ha suscitado tal ampliación se reducen si evitamos el término y hablamos de un "movimiento emancipatorio", un "humanismo universalista", forma peculiar de una de las varias edades axiales del Viejo Mundo —oleadas que fueron provocadas, desde el siglo VI a.C., por la interrelación entre grandes tradiciones, por movimientos sociales que conllevaron la crisis de valores previos y por el ascenso de grupos ajenos a las élites tradicionales: la primera edad axial había visto nacer los movimientos éticos del confucianismo, el budismo, el zoroastrianismo, el profetismo hebreo y el pensamiento presocrático; la segunda dio origen a religiones escriturarias y salvacionistas como los cristianismos, el maniqueísmo y el islam.

Una nueva edad axial fue la que amaneció en muchas latitudes tras la gran crisis del siglo XVII,[2] con la revolución comercial, con

[1] Reinhard Schulze, "Was ist die islamische Aufklärung?", *Die Welt des Islams*, vol. 36, issue 3 (1996), pp. 276-325; Sebastian Conrad, "Enlightenment in global history: a historiographical critique", *The American Historical Review*, vol. 117 (2012), pp. 999-1027; una observación nuestra en este sentido es la de Pablo Guadarrama, "Papel de la Ilustración latinoamericana en la gestación de la cultura integracionista", *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales* (Bogotá, Universidad Católica de Colombia-Universidad de Salerno), vol. 30, núm. 2 (julio-diciembre de 2019), pp. 119-146.

[2] Hablaron de Edad Axial para la modernidad ya Karl Jaspers (1954), retomado por Yves Lambert, "Religion in modernity as a new Axial Age: secularization or new religious forms?", *Sociology of Religion* (ASR), vol. 60, núm. 3 (1999), pp. 303-333; también Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914: conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010, p. 73.

otras formas de producción, de intercambio, de consumo y de sociabilidad y sus correlatos culturales de todo tipo: se ha recordado la inauguración de una metodología filológica aplicada a los clásicos en el área de cultura sínica (China, Corea, Japón, Vietnam); curiosidad por la experimentación en la India del norte; en el dominio islámico corrientes sufíes y milenaristas, junto al movimiento wahabí. Sin embargo, el centro innovador más fulgurante, productivo e influyente estuvo en Europa, donde también de una matriz religiosa engendraron grupos protestantes el pietismo, grupos católicos el jansenismo, grupos judíos el jasidismo; hubo sincretismo, misticismo y ocultismo y por sobre todo ello prosperó, mucho más influyente, un movimiento secular y hasta antirreligioso basado en la conciencia de la variedad humana y de su historicidad, la Ilustración por antonomasia.

Hay pensadores actuales que acusan a la Ilustración de haber sido más sorda y ciega frente a otras culturas que los viajeros medievales o los primeros cronistas coloniales, de haber sentado las bases del racismo y eurocentrismo de los siglos XIX y XX. No son cargos gratuitos pero se matizan si se la observa en sus dimensiones más amplias y se le construye una nueva cartografía y un nuevo canon. Resaltan así corrientes que, impulsadas por el más preciso conocimiento del mundo exterior a Europa, llevaron a un cuestionamiento de las propias tradiciones. Es decir una actitud dispuesta a observar a los otros pueblos, a oír otras voces, reconocer valores en ellas y buscar de ese modo un esquema no marcado por el eurocentrismo.[3] Se lo puede verificar en la apertura temática de Voltaire, tan distinta del exclusivismo hebreo-grecorromano-carolingio de Bossuet, en el

[3] Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, vol. 4. *El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914* (2011), México, Siglo XXI, 2014, p. 198n; Ronald L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo XXI, 1981, p. 238.

afán de algunos historiadores alemanes por escribir una verdadera historia de todos los pueblos, en la sinofilia, el "Renacimiento oriental" de Marcel Schwab, la discusión en torno al buen salvaje o al colonialismo, el descubrimiento filosófico de América y el primer antiimperialismo.

Dicho arranque universalista fue particularmente visible entre ciertos ilustrados residentes en países geográficamente marginales, obligados a aprender las lenguas dominantes de saber, inglés y francés, y a leer sus libros, pero que podían observar al mismo tiempo un entorno de realidades sociales y etnográficas difíciles de conciliar con sus modalidades uniformadoras y eurocéntricas. Hasta se ha sospechado una causal de la Ilustración en dicha posición marginal;[4] en todo caso, fue la que dio lugar a una mayor sensibilidad hacia el cambio histórico y etnográfico.[5] Hablo de la peculiar Aufklärung alemana, en la cual Herder y su gran historia en que a cada cultura se reconoce su originalidad es ejemplo prominente pero no único. Fue Escocia —frontera de montañeses bárbaros y élites conscientes del peligroso predominio de Londres— donde algunos autores (coetáneos casi exactos de otros que escribían en Francia) elaboraron las primeras teorías sobre la evolución social. En Nápoles se insistió primeramente sobre el carácter histórico de

[4] "Resulta tentador observar cómo la Ilustración nació y se organizó en aquellos lugares donde el contacto entre un mundo retrasado y un mundo moderno fue cronológicamente abrupto y geográficamente cercano", Franco Venturi, "Cronología y geografía de la Ilustración", en *id.*, *Utopía y reforma en la Ilustración* (1971), edición al cuidado de Fernando J. Devoto, Buenos Aires, Siglo xxi, 2014, pp. 186-206, p. 203.

[5] Relaciono la citada sugerencia de Venturi con la de Hugh Trevor-Roper sobre el aporte a un primer romanticismo de individuos provenientes de fronteras: Walter Scott, Barthold Niebuhr y el serbio Vuk Stefanović Karadžić, inspirador de la juvenil historia de la revuelta serbia de Leopold Ranke, véase Hugh Trevor-Roper, "The romantic movement and the study of history" (1963), en *id.*, *History and the Enlightenment*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2010, pp. 176-191, esp. pp. 178-184.

las instituciones, que tuvo continuidad en Giambattista Vico, y en la afición por la literatura de viajes donde los economistas Antonio Genovesi y Ludovico Filangieri rastrearon variedad de comportamientos culturales.

Podemos avanzar hacia territorios más excéntricos todavía, donde mayores tropiezos halló el discurso uniformador, donde también en su momento iniciarían revueltas populares contra el dominio napoleónico y donde la sensibilidad hacia la variedad y la historia fueron prioritarios. Mirar a Polonia, donde se operó una evolución que culminó en el conde August Cieszkowski, autor de unos *Prolegómenos a la historiosofía* (1838), y a Rusia, donde emergió la conciencia de una entidad denominada Occidente, su exaltación o su crítica, que terminó tomando forma en las especulaciones del príncipe Vladimir Odoievski (1844), así como posteriormente en el paneslavismo y la primera taxonomía de las civilizaciones por obra de Nikolai Danilevski (1869).

Y por fin en los territorios hispanohablantes, junto a la reelaboración de las sugerencias francesas, que ensalzaron o condenaron los primeros críticos, tomó forma un movimiento con perfiles propios. Mucho está costando definir esta Ilustración, hasta certificar que existió. Se la ha considerado mucho más moderada que las transpirenaicas; se ha hablado de Ilustración marginal, Ilustración católica. Sin embargo, España fue durante un periodo, junto con Rusia, uno de los países modelo para los ilustrados y más tarde la Constitución de Cádiz fue mirada como ejemplo por otras revoluciones mediterráneas, al tiempo que los movimientos de Independencia en América también lo fueron por la izquierda europea de entonces. Ello es explicable por una idealización de lo lejano pero también tiene justificación en su radicalismo, que se ha considerado mayor que el análogo movimiento de independencia de Estados Unidos: desde el inicio incluyeron elementos como la abolición de la esclavitud, el sufragio universal (masculino), un

discurso anticolonialista novedoso y la pregunta sobre la identidad nacional.

Fácil es encontrar las raíces de este radicalismo ibérico en la Ilustración de los países centrales pero otros elementos hallan sus orígenes en variantes exclusivamente locales, como la llamada escuela universalista, que se caracterizó por la mirada totalizadora, el interés lingüístico y el método empírico y comparatista. Estuvo conformada principalmente por los jesuitas Juan Andrés, Lorenzo Hervás y Antonio Eximeno pero tuvo otros representantes en el tiempo y el espacio, en Italia, España, América y hasta Filipinas.[6] Junto a todo ello es de señalar la inclusión del elemento irracional y el popular, como en el protorromanticismo de Juan Pablo Forner y en la pintura de Goya. Y por fin modalidades locales de reivindicación de culturas primitivas: la historiografía canaria de José Viera y Clavijo, defensor de los primitivos guanches,[7] y ciertas manifestaciones americanas.

2. Los confines indianos

Los tratamientos clásicos sobre la Ilustración en América, y antes los que versaban sobre España, buscaron y aplaudieron la influencia europea, francesa e inglesa, hasta alemana, escocesa y napolitana. Se criticó después en ella la perspectiva eurocentrista, el desinterés por la herencia local, la "hybris del punto cero", la fijación en los

[6] Véase para la caracterización de esta escuela los varios escritos de Pedro Aullón de Haro y sus discípulos, como los que están reunidos en *Eikasia*, núm. 81 (mayo-junio de 2018).

[7] Sobre el tema, recoge y reelabora ideas previas Miguel A. Perdomo-Batista, "Sobre el concepto de 'Ilustración periférica'. El estatuto de 'lo local' en el pensamiento ilustrado español: el ejemplo de Viera y Clavijo", *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 58 (2012), pp. 215-242.

temas que venían señalados desde fuera.[8] Se vio en la Ilustración ibérica el renovado instrumento de Estados que trataban de adaptar sus tradicionales fines de control y dominio a las cambiadas condiciones por medio del "despotismo ilustrado", fenómeno de las periferias europeas (Austria, Italia, Alemania, Rusia), donde no había una clase social que impulsara las reformas que el siglo exigía, y que tuvo su manifestación extrema en América.

Este carácter de nuestra Ilustración como emanación del poder queda demostrado fácilmente con la posición social y políticamente encumbrada de sus representantes en el Estado, la academia y la Iglesia, con la ausencia de producción femenina (a diferencia de épocas previas) y sobre todo con el contenido de los discursos, sermones y tratados, con la tónica de las publicaciones semioficiales que aparecieron, como el *Mercurio Peruano* (1791-1795), el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* (1791-1796) y las *Primicias de la Cultura de Quito* (1791-1795), o la transformación de la ya existente *Gazeta de Guatemala*. En ellos abundan los tributos a los gobernantes, la prédica de absoluta sumisión a la autoridad, la alusión a la "culta Europa", con un gesto desdeñoso hacia la América profunda y sus gentes, la denuncia de sus tradiciones, un silencio cómplice frente a movimientos populares y la insistencia en abandonar viejas políticas que hoy llamaríamos multiculturales en favor de la uniformidad. Un discurso que se centraba en cuestiones epistemológicas, metafísicas, morales, matemáticas, científicas, astronómicas

[8] Ejemplos de esta crítica son Fermín Chávez, "Historicismo e iluminismo en la cultura argentina" (1977), recogido en Fermín Chávez, *Epistemología para la periferia*, comp. Ana Jaramillo, Remedios de Escalada, Universidad Nacional de Lanús, 2012, vol. 1; y Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero: ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

y médicas, no en temas políticos o sociales.[9] Sobre su periódico, estampaba en el primer número (¿dirigido al público o al poder?) José Ignacio Bartolache: "ninguno espere nada de política, ni de lo que tocare, aunque fuese de un modo muy indirecto, al gobierno. No me he propuesto una gaceta ni Mercurio supo de oficio otra cosa que decir y hacer lo que sus superiores le mandaban".[10]

Hay que observar también, sin embargo, que dicha versión oficial de la Ilustración llegó tardíamente y no parece haberse extendido mucho; las suscripciones a los tan mentados periódicos eran escasas,[11] las quejas de los ilustrados entonces y los liberales después denuncian un ambiente de incomprensión. Topaba con un sentido común fuertemente conservador, arraigado en el pensamiento cristiano y barroco, en las resistencias sociales que la política borbónica suscitaba y a fin de cuentas en una sociedad jerárquica y renuente al cambio. Alguno de sus representantes mostró suma perspicacia en detectar los peligros que las bases del nuevo pensamiento significaban para el orden existente.[12] Hay quien afirma que no hubo en realidad Ilustración ni en España (José Ortega y Gasset, Miguel

[9] Ya en España la Ilustración había preferido tales temas y desdeñado la crítica francesa de la estructura social, política y religiosa, Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1964, p. 61.

[10] José Ignacio Bartolache, *Mercurio volante (1772-1773)*, introducción de Roberto Moreno, México, UNAM, 1983, p. 10.

[11] Las estadísticas sobre suscripciones a revistas, pocas en España en comparación con Francia, muestran que una proporción todavía menor llegaba a las Indias, Herr, *España y la revolución del siglo XVIII* [n. 9], p. 165; Renán Silva hace notar que Humboldt elogia a cada momento el interés criollo por las ciencias modernas pero en el momento de mencionar y localizar a sus representantes, en ningún sitio son más de un puñado, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, 2ª ed., Medellín, EAFIT/Banco de la República, 2008, p. 226.

[12] Pablo González Casanova, *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 162, 165.

Artola) ni en México (Octavio Paz), o que por doquier fue insuficiente (Eduardo Subirats).

Se puede dar alguna razón a quienes retacean, no a los que niegan, porque sólo parecen tener ojos para las traducciones ibéricas de la Ilustración transpirenaica, ven un solo centro ilustrado, limitado a la Europa occidental, aislado de otros desarrollos mundiales. Una concepción más amplia permite adosarle pensamientos también nacidos de la apertura axial de la Ilustración y cuyos orígenes en América se esconden detrás de las alternativas de la "disputa del Nuevo Mundo" contra los relatos europeos sobre la inferioridad indiana y detrás de la "epistemología patriótica" de raíces escolásticas y jesuitas, caracterizada por la defensa de la naturaleza y civilizaciones precolombinas pero además por la revalorización de ciertas fuentes de origen indígena, el atesoramiento y coleccionismo de éstas, inclusive un inicio de prospección arqueológica y el escepticismo sobre la posibilidad de que los extranjeros pudieran entender América.[13]

Esta actitud, o la influencia en Indias de Giambattista Vico, clasificado generalmente como un contrailustrado, pueden relacionarse inicialmente con el de otras áreas marginales en Austria o Europa oriental, donde clero y nobleza quisieron contrarrestar el retaceo de sus privilegios por parte de los soberanos ilustrados acudiendo a argumentos religiosos y aludiendo al valor de la tradición.[14] Sin embargo tal argumentación conservadora, como pasó muchas veces

[13] Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*, México, FCE, 1960; Jorge Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, FCE, 2007.

[14] Peer Schmidt, "Contra la 'falsa filosofía': la Contra-Ilustración y la crítica al reformismo borbónico en la Nueva España", en Karl Kohut & Sonia Rose, eds., *La formación de la cultura virreinal*, 3. *El siglo XVIII*, Madrid/Frankfurt am Main, Iberoamericana/Vervuert, 2006, pp. 231-253, p. 241.

en la historia de nuestras ideas, emigró hacia otros ámbitos sociales y cambió su valencia. Para seguirlo en sus avatares sirven las categorías de Ilustración contrailustrada (católica), contraIlustración (de los criollos) e Ilustración indoamericana (de las revueltas andinas).[15] Mucha cautela es necesaria: de contradicción en términos se ha tachado la primera; de conceptualización vaga la segunda[16] y postular una Ilustración indoamericana conlleva el peligro del anacronismo y actualización que en otra parte critico al siglo XIX.

Más seguro es sin embargo que por intermediación de las ideas de Giambattista Vico la historiografía jesuita del exilio intentó la reivindicación de las civilizaciones indígenas desde una visión universalista, apartándose de corrientes centrales de la Ilustración inglesa y francesa.[17] Concepciones quizás nacidas con fines conservadores se infiltraron capilarmente entre los sectores sociales más bajos, y fueron traducidas hacia esquemas simbólicos diferentes a los europeos, como diferentes eran las formas de transmisión de la cultura y su permeabilidad social, el papel del manuscrito, la iconografía, la oralidad, la representación escénica, el rumor, la canción, el festejo y los criterios de verdad. Diferencias a su vez originadas de

[15] Mario Ruiz Sotelo, "La Ilustración hispanoamericana", en Enrique Dussel, Eduardo Mendieta & Carmen Bohórquez, eds., *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" (1300-2000)*, México, Siglo XXI, 2011, pp. 143-153; del mismo autor, "La Ilustración latinoamericana: la arqueología y el giro descolonizador", en José Guadalupe Gandarilla Salgado, coord., *América Latina y el Caribe en el cruce de la modernidad y la colonialidad*, México, CEIICH-UNAM, 2014, pp. 47-61.

[16] José Carlos Chiaramonte, *La Ilustración en el Río de la Plata: cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato* (1989), edición corregida, con nuevo prólogo del autor, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 10ss; Roberto Breña & Gabriel Torres Puga, "Enlightenment and Counter-Enlightenment in Spanish America: debating historiographic categories", *International Journal for History, Culture and Modernity*, núm. 7 (2019).

[17] Desarrolla el tema Elías Trabulse, "Clavigero, historiador de la Ilustración mexicana", en Alfonso Martínez Rosales, comp., *Francisco Javier Clavigero en la Ilustración mexicana, 1731-1787*, prólogo de Antonio Gómez Robledo, México, El Colegio de México, 1988, pp. 41-57.

contradicciones sociales arraigadas en esa otra posición fronteriza extrema de Nuestra América, donde las ideas estuvieron siempre fuera de lugar.

Salieron a la luz tales variantes cuando en las décadas finales de la Colonia el pensamiento ilustrado hispano empezó a desprenderse del poder.[18] La propia insistencia de éste en difundir las nuevas ideas desde el púlpito, la cátedra y la imprenta hacia el vulgo iletrado, en fomentarlas mediante el alfabetismo, en refutar las novedades impías, debió de tener consecuencias inesperadas pero también obraron las noticias en torno a la Revolución Francesa, las revueltas esclavas de Surinam y Haití y la invasión napoleónica de España y Portugal. Por doquier rebrotaban una vez más en el mundo las cabezas de la Hidra de la Revolución. El colonialismo europeo en general sufría derrotas y ataques (revueltas, movimiento abolicionista) y con ello una crisis de legitimación.[19]

Hubo al parecer cambios en la forma de circulación de los escritos, en la temática de éstos, en el público lector y hasta en aquel que sólo escuchaba. El lenguaje se llenó de neologismos, la afición a los textos prohibidos aumentó,[20] así como los mensajes heterogéneos desde un mundo en ebullición y la consiguiente influencia del radicalismo revolucionario entre individuos de poca escolaridad y en los movimientos de Túpac Amaru (1780-1783), de los Comuneros neogranadinos (1781), en la Conspiración de los Franceses en Chile

[18] Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada* [n. 11], p. 673; Jesús Astigarraga, "Introduction: *Admirer, rougir, imiter*. Spain and the European Enlightenment", en *id.*, ed., *The Spanish Enlightenment revisited*, Oxford, Voltaire Foundation, 2015, pp. 1-17, p. 13.

[19] Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación (1992/2008)*, México, FCE, 2010, pp. 145-146.

[20] Sobre el inseguro tema de los cambios en la lectura, Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada* [n. 11]; en México relevó el aumento de escritos prohibidos Monelisa Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945, p. 130.

(1781) y en la Inconfidência Bahiana (1798),[21] antes de la gran conflagración de la Independencia.

Tal entorno de crisis y en especial su capítulo final de franca ruptura independentista dieron en la multiplicación de voces. Contribuyeron las necesidades de la lucha misma, ideológica y política primero, militar después, el predominio de los sectores más jóvenes y radicales, la caída de los controles a la lectura, los contactos entre distintos grupos sociales, étnicos, regionales, debidos a los vaivenes del conflicto, los desplazamientos geográficos y las cambiantes alianzas. Un mundo de ideas que el liberalismo decimonónico gustó asimilar a las propias,[22] subrayando las continuidades en los conceptos de libertad y de igualdad jurídica y económica, los derechos individuales y la crítica a la tradición.

Insistió menos en otros puntos que sin embargo habían estado muy presentes desde los movimientos insurreccionales: la abolición no sólo de la esclavitud y la encomienda sino también de toda discriminación hacia los negros y los indios, la igualdad entre éstos y los criollos, la amistad hacia las tribus bárbaras, extraños barruntos feministas y ecologistas. Algunos de estos puntos suscitaron la burla de esas generaciones posteriores, y menos entonces pudieron

[21] Jonathan Israel, "Radical Enlightenment and revolt in Ibero-America", en Peer Schmidt, Sebastian Dorsch & Hedwig Herold-Schmidt, eds., *Religiosidad y clero en América Latina: la época de las revoluciones atlánticas*, Colonia/Weimar/Viena, Böhlau Verlag, 2011, pp. 37-53; menciona en la Inconfidência Bahiana una Ilustración popular E. Bradford Burns, "Concerning the transmission and dissemination of the Enlightenment in Brazil", en A. Owen Aldridge, ed., *The Ibero-American Enlightenment*, Urbana/Chicago/Londres, University of Illinois Press, 1971, pp. 256-281, p. 279.

[22] El liberalismo tiende a "rastrear, subrayar y ocasionalmente exagerar los rasgos liberales del pensamiento dieciochesco iberoamericano", José Carlos Chiaramonte, Prólogo en *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericana en el siglo* XVIII, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. ix-xxxix, p. xii; desarrolla el tema Arturo Andrés Roig, "La Ilustración y la 'Primera Independencia'", *Cuadernos Americanos*, vol. 248 (1983), pp. 71-81.

distinguir otros temas de esa época previa que resultaban ajenos: la curiosidad por otras culturas y la búsqueda en ellas de conocimiento y ejemplos, cierta amplitud ecuménica y relativismo cultural proclives a negar la superioridad de Europa, la crítica a ésta e inclusive un mensaje anticolonialista sobre su presencia en Asia y África.

Eran asuntos que ya habían asomado en la Ilustración europea. En muchos casos derivaban de su apertura y su mirada histórico-relativista y aquí fueron recogidos. En otros eran reelaboración local a partir de tradiciones propias y quizás en sus manifestaciones contestatarias llegaron más lejos que en Europa. Se ha hablado de un "esplendor intelectual autónomo" mayor que el del XIX, de un primer episodio del pensamiento identitario latinoamericano,[23] del radicalismo superior al de la revuelta estadounidense y del más evidente, o quizás único ejemplo incuestionable de una variante ilustrada exterior a Europa.[24] Del mismo modo que en otras regiones de la ecumene, tuvo el conocimiento de la historia y de la otredad humana un papel cada vez más saliente en dicho esplendor, episodio, radicalismo o variante.

[23] "El siglo XIX en México no ha sido inferior en talento puro al XVIII; pero tal vez lo ha sido en el saber, en el trabajo intelectual acrisolado. La vida pública —carrera de pocos bajo los virreyes— ha absorbido las mejores energías de México en el siglo de independencia, y las labores intelectuales no han sido para los más sino tregua momentánea, en medio de la acción política y social", Pedro Henríquez Ureña, "Apéndice", en *Antología del Centenario* (1910), obra compilada por Justo Sierra, México, SEP, 1985, 2, p. 661; después de las *Observaciones* de Unanue no hubo "ninguna obra, no digamos de la prolijidad y envergadura teórica […] sino simplemente que continuara la iniciada por Unanue, por lo menos hasta mediado el siglo XIX, y entonces con una perspectiva notablemente limitada", Oswaldo Salaverry, "Los orígenes del pensamiento médico de Hipólito Unanue", *Anales de la Facultad de Medicina* (Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos), vol. 66, núm. 4 (2005), pp. 357-370.

[24] Alberto Saladino García, *Filosofía de la Ilustración latinoamericana*, Toluca, UAEM, 2009; Israel, "Radical Enlightenment" [n. 21]; Conrad, "Enlightenment in global history" [n. 1].

3. El mundo y la historia

Existen anotaciones variadas, a veces humorísticas, sobre la ignorancia del pasado y el presente en los territorios hispanoamericanos: Humboldt comprobaba cómo se seguía pensando que España era la potencia dominante en Europa, años después se ridiculizaba la "idea exagerada que los americanos se hacían de la importancia de su país, por no conocer absolutamente los extraños", sólo algunos pocos individuos aplicados adquirían instrucción en la historia y otros ramos, y extenso era el desconocimiento en materias políticas y aún en la geografía y otras ciencias elementales.[25]

Los patriotas rebeldes lo atribuyeron —"abstraídos y digámoslo así ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado"— al firme control colonial: "todo ensayo político, todo examen de la constitución del país y sus recursos; en una palabra, la historia de los sucesos de la conquista y las subsiguientes hasta la época presente estaba vedada a los americanos"; "un estudio tan interesante fue enteramente desconocido entre nosotros en la época triste de nuestra abyección y esclavitud. Debía serlo. No era posible que un gobierno cuyo poderío y dominación se apoyaban en nuestra imbecilidad diese protección a la enseñanza de la más útil de las ciencias".[26]

[25] Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1822), ed. facs., México, Instituto Cultural Helénico/Miguel Ángel Porrúa, 1985, libro 2, cap. 7, p. 225; Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente* (1850), reimpr., México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1985, vol. 2, p. 37n, vol. 1, p. 19.

[26] Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6-IX-1815; Manuel Moreno, *Vida y escritos del doctor Mariano Moreno, secretario de la Junta de Buenos Aires, capital de las provincias del Río de la Plata, con una idea de su revolución y de la de México, Caracas etc.*, Londres, Imprenta de J. McCreery, 1812, p. 246; Discurso de Alejandro Marure al inaugurar las clases de Historia universal, 1832, reproducido en Augusto Cazali Ávila, "Alejandro Marure y la primera cátedra de historia. Pensamiento y

Entero desconocimiento en realidad no, pruebas hay de lo contrario. Debía de existir una experiencia vital y cotidiana de la diversidad fenotípica y cultural mayor que en otros territorios, aun europeos, en esas etapas anteriores a la prensa masiva y a las grandes migraciones, a la educación popular y a los medios electrónicos. Y en todo caso entre círculos letrados la situación era diferente, si revisamos las gacetas virreinales, los catálogos de libros o las alusiones literarias, que dejan adivinar una razonable información sobre los asuntos internacionales, las dinastías europeas, sus matrimonios, guerras e intercambios de territorios, y quizás una especial curiosidad por todo ello. La prueba es que también zonas fuera de Europa recibían cobertura. Polímatas como Carlos de Sigüenza y Góngora o Pedro de Peralta y Barnuevo leían en varias lenguas modernas, recibían libros y revistas europeas y estaban al tanto del movimiento intelectual y político del mundo.

Y cada vez más, al compás de desarrollos metropolitanos. En España se había fomentado el derecho de gentes y una "revolución historiográfica, clave de la Ilustración", y en Portugal se revitalizó la historiografía.[27] Alarmas hubo de cómo aquello repercutía en las colonias y se lo quiso controlar, se quiso recuperar la primacía ibérica sobre la historia de América —que había cedido ante las empresas ilustradas francesas e inglesas (Robertson y Raynal principalmente)— sistematizando la documentación y la investigación, con la firme vigilancia de las reales academias de historia fundadas

obra", *Anales de la Sociedad de Geografía*, Guatemala, tomo 1, núm. 3 (1925), pp. 226-232, p. 226.

[27] José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, tomo 3. *Del Barroco a la Ilustración (siglos XVII y XVIII)*, 2ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 764-785. "Insofar as historiography was concerned, the Portuguese eighteenth century was a notable one", Manoel Cardozo, "The internationalism of the Portuguese Enlightenment: the role of the *Estrangeirado*, c. 1700-c. 1750", en Aldridge, ed., *The Ibero-American Enlightenment* [n. 21], pp. 141-207, p. 149; Herr, *España y la revolución del siglo XVIII* [n. 9], pp. 281ss.

en Portugal (1720) y en España (1738) y la imposición del marco general provisto por la *Historia universal* de Bossuet, citado repetidamente como ideólogo del poder absoluto. Se fomentaron las investigaciones científicas y técnicas, útiles al poder, mientras se desprotegían las ciencias políticas y sociales, como se lamentó tras la Independencia.

Era sin embargo difícil contrarrestar los efectos de la difusión de la prensa y el alfabetismo, la mayor agilidad de las comunicaciones y el sistema postal y la llegada con ello de las novedades que estaban teniendo lugar en las metrópolis. Los redactores del *Mercurio Peruano* tenían la "convicción de estar viviendo un periodo de transición, en el que se amplían los horizontes geográficos e intelectuales" y al comenzar su empresa dedicando sus páginas a asuntos peruanos "admirábanse algunos de que hubiese quien perdía su tiempo en leer unos impresos que no se dirigían a publicar los debates del Parlamento inglés, o a politiquerías sobre las novedades de la Dieta de Varsovia, o a darnos la importantísima noticia que el Stathouder se trasladó de Amsterdam a La Haya".[28] Significativamente, también otros impresos insistían sobre la necesidad de tratar los temas locales y no los extranjeros: un neogranadino "Aviso al público" denunciaba los espíritus fuertes que, solícitos de anécdotas, curiosos por saber "lo que hace el Can de Persia y lo que pasa entre los Cairos", descuidaban la religión católica.[29] Pocos años antes el español Alonso Carrió de la Vandera había malhablado de

[28] Catherine Poupeney Hart, "Hacia una cartografía ideológica de la Ilustración americana: los pliegues de la escritura en *El Mercurio Peruano*", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 35, núm. 70 (2009), pp. 165-182, p. 170; la segunda cita en *Mercurio Peruano*, ed. facs., Lima, Banco Nacional del Perú, 1965, tomo 7, 3-1-1793.

[29] "Aviso al público", 12-1-1811, en Luis Martínez Delgado y Sergio Elías Ortiz, *El periodismo en la Nueva Granada 1810-1811*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1960 (Biblioteca *Eduardo Santos*, vol. 22), p. 479.

quienes se apresuraban "a saber con antelación los sucesos de los países más distantes".[30]

Una apertura que varios han notado a fines de la Colonia.[31] Todo recuento clásico evidencia a los ilustrados americanos absorbidos hasta entonces por las ciencias físico-matemáticas o naturales, las que el poder fomentaba, pero en esa etapa final voltearon hacia los aspectos históricos de problemas jurídico-políticos,[32] en coincidencia con grandes trastornos en el mundo, con la exigencia, tras los sucesos de 1808, de acción política en América, con el fin del reposo para estudios más apartados de la realidad inmediata. Se quería conocer la ciencia política, la economía (entonces de ámbito más amplio) y quienes lo hacían acercándose a Maquiavelo, Montesquieu, los enciclopedistas, Genovesi o Adam Smith comprobaban que estaban nutridos de las fuentes históricas y etnográficas más diversas, así como de libros de viaje, a los cuales también se asomaban directamente, y toda esta escritura intensificó el interés y la experiencia del mundo exterior, lo que hizo parecer atrasado y provinciano el panorama del antiguo régimen.

La apertura se completó con el inicio de las guerras de Independencia y revela una dimensión que no se suele subrayar de la identidad americana en rápida evolución: la percepción del mundo exterior y de sus relaciones con él se modificaba, ampliaba y complejizaba. El

[30] Alonso Carrió de la Vandera, *El lazarillo de ciegos caminantes* (1775), introd., cronología y bibliografía Antonio Lorente Medina, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 14, 242.

[31] "Desde os fines do século XVIII o pensamento portuguez deixou de ser o nosso mestre: fomos nos habituando a interessar-nos pelo que ia pelo mundo", Sylvio Roméro, *História da litteratura brasileira*, 3ª ed. melhorada pelo autor, Río de Janeiro, H. Garnier, 1902, tomo 1, p. 267; "A fines del siglo XVIII comenzó a divulgarse entre los americanos ese contacto con el resto del mundo", Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad*, Lima, Librería Francesa Científica, 1931, p. 18; Germán Arciniegas, *Este pueblo de América*, México, FCE, 1945, p. 108.

[32] Tulio Halperin Donghi, *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (1961), Buenos Aires, CEAL, 1985, pp. 93ss.

barroco indiano, tan satisfecho y optimista como aislado del mundo, daba lugar a la mirada más inquieta y conocedora de los ilustrados.[33] "Al tiempo que se debate la suerte de la monarquía católica, la sed de noticias se presenta con fuerza como una nueva demanda social".[34] El horizonte de los siglos coloniales se estaba abriendo y ello no sólo se debía, como muchos pensaban, a la caída del inicuo régimen español, sino que era parte de transformaciones más abarcadoras. Éstas tenían que ver con el estudio de la política, cuya teoría tendía cada vez más a construirse sobre ejemplos de los distintos tipos de gobierno y sociedad.

Prueba de ello son, junto a las quejas sobre la ignorancia de ese saber, los testimonios sobre la nueva afición de algunos individuos por la historia[35] y las expresiones elogiosas.[36] De tal modo los nue-

[33] Punto tratado en Jorge Alberto Manrique, "El pesimismo como factor de la independencia de México", en Juan Antonio Ortega y Medina, ed., *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, UNAM, 1968, pp. 177-196.

[34] Joëlle Chassin, "Poder y prácticas epistolares en el Perú de principios del siglo XIX", en Erika Pani & Alicia Salmerón, coords., *Conceptualizar lo que se ve: François-Xavier Guerra historiador: Homenaje*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 153-181, p. 154.

[35] "La historia fue mi entretenimiento desde mi más tierna juventud", carta de Vidaurre (1826) citada en Jorge Guillermo Leguía, *Manuel Lorenzo de Vidaurre: contribución a un ensayo de interpretación sicológica*, Lima, s.e., 1935, p. 3; entre muchos aficionados mencionemos al virrey novohispano Félix Calleja y al general Juan Nepomuceno Almonte, véase Alamán, *Historia de Méjico* [n. 25], tomo 2, p. 548; Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Patria, 1948, tomo 2, p. 27; otro fue Bolívar: Daniel Florencio O'Leary, que durante años le fue cercano, habla primero de que "la metafísica fue su estudio favorito" y luego, sin notar la contradicción, que "leía de todo, aunque daba la preferencia en sus horas de ocio a la historia", véase *Memorias del general O'Leary* (1883), ed. facs., Caracas, Ministerio de la Defensa, 1981, tomo 1, p. 18, tomo 2, p. 33 (vols. 27 y 28 de la colección); su enemigo Santander le reconocía "pocas luces en política, algunas en historia", Francisco de Paula Santander, "Memoria" (1829), en *id.*, *Escritos autobiográficos 1820-1840*, Bogotá, Presidencia de la República, 1988, p. 94.

[36] "El estudio de la historia es, sin contradicción, el más importante de todos los que pueden ocupar la atención del hombre. Ninguno ofrece tanta materia a nuestras reflexiones, tanto objeto de meditación, tantas observaciones sabias"

vos apreciadores empezaban a penetrar en los vericuetos subversivos que la modernidad descubrió en la historia y ésta empezó a tener su lugar en las interpretaciones disidentes. Las fuentes repiten la referencia a pocos personajes del mundo letrado pero algunas señales hay de dicha afición como una de las dimensiones populares de la Ilustración: la autoridad supo que la rebelión de Túpac Amaru había tenido como inspiración la obra de Garcilaso de la Vega, que se prohibió.

Más abajo en la escala social, hallamos ese interés entre protagonistas más oscuros. El Loco Bernardino Tapia recorría la costa peruana hablando a las gentes de sus extrañas creencias en torno al pasado y al presente, extraídas de algunos libros que conseguía y leía con afán.[37] En torno a los años de la Revolución Haitiana se nota un esfuerzo por parte de algunos negros por elaborar una historia alternativa a la forjada por los europeos. De esta última se tomaron datos pero asignándoles distinto valor e insuflándolos con concepciones de origen africano. Años después darían en teorías que anteceden las del afrocentrismo del siglo xx, en torno al papel destacado de los negros en la historia, como en los escritos del haitiano Jean-Louis Vastey y en la acción educadora del liberto cubano Antonio Aponte, el cual reunía en su casa a un público de esclavos y libres y les exponía, con ayuda de dibujos, la historia

(Alejandro Marure); "Escuela común del género humano" (Mariano Moreno); "Una de las secciones del conocimiento humano que ha tenido mayor número de panegiristas" (José Cecilio del Valle). "El estudio de la historia es uno de los primeros que debe ocupar el espíritu humano" (Pedro Neira Acevedo). No sólo le había gustado desde joven, sino que cuando urgía al estudio de las ciencias consideraba Vidaurre que "la base de todas me parece la historia", y dedicó epístolas a una amiga para enaltecer la materia.

[37] Luis Miguel Glave, "La Ilustración y el pueblo: el 'loco' Bernardino Tapia. Cambio y hegemonía cultural en los Andes al fin de la Colonia. Azángaro 1818", *Tiempos de América. Revista de historia, cultura y territorio*, núm. 12 (2005), pp. 133-149.

gloriosa de sus antepasados en diversos periodos, tal como revelan las actas del proceso que se le siguió por rebelión (1811).[38]

4. La diversidad humana

El francés Depons (1806) notaba de los jóvenes de Nueva Granada: "No piensan, como sus padres, que la geografía es una ciencia superflua, y que la historia de los hombres, atrayendo al pasado la mirada, no arroja alguna luz sobre el porvenir". Décadas más tarde (1848), Andrés Bello hacía constar la continuidad del interés: "Nuestra juventud ha tomado con ansia el estudio de la historia".[39] Ésta había ido ocupando, entre ambos testimonios, un papel en la argumentación económica, política y hasta religiosa. A cada momento se nos llama a consultar la historia de las naciones antiguas y modernas, a meditar sobre el origen del comercio y sus transformaciones, sobre los cambios que el estado del mundo sufriera en tres siglos. Los revolucionarios franceses han eliminado la monarquía, pero ésta es una institución universal, que se halla entre los egipcios, los persas, "toda esa multitud de naciones idólatras que han adorado el sol", alegaba la *Gaceta de Bogotá* (1794). Años después el argumento de

[38] John Thornton, "'I am the subject of the King of Congo': African political ideology and the Haitian Revolution", *Journal of World History*, 4, núm. 2 (1993), pp. 181-214; Jorge Pavez Ojeda, "Lecturas de un códice afrocubano: naturalismo, etiopismo y universalismo en el libro de José Antonio Aponte (La Habana, circa 1760-1812)", *Historia Crítica*, núm. 45 (2011), pp. 56-85; Jean-Louis Vastey, *El sistema colonial develado* (1814), edición y estudio preliminar Juan Francisco Martínez Peria, traducción Laura Leger, prólogo Marlene Daut, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2018.

[39] Francisco Depons, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América meridional* (1806), est. prel. y notas de Pedro Grases, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1960, tomo 1, pp. 84-85; Andrés Bello, "Modo de estudiar la historia" (1848), en *Temas de historia y geografía*, prólogo sobre "Bello y la historia" por Mariano Picón-Salas, Caracas, Ministerio de Educación, 1957, pp. 243-252, p. 298.

una universalidad en la historia era usado nada menos que para probar la existencia de Dios, y nada menos que por dos presbíteros, Manuel María Gorriño, todavía partidario de la monarquía (1802), y el padre Domingo Victorio de Achega (1813): no existe ningún pueblo "de vivientes racionales entre quienes no se conozca alguna religión".[40]

Junto a tanta utilidad teórica, la información que se allegaba tenía una función práctica: "los ejemplos tomados de la historia antigua y moderna son los únicos datos de donde se sacan consecuencias infalibles"; por ser "un curso de ciencias morales, políticas y económicas […] el estudio de la historia no es un estudio vano. Es necesario para saber gobernar".[41] Negando que su hermano hubiera sido jacobino, Manuel Moreno lo comprobaba señalando que "profesaba principios sólidos de política y estaba versado en la historia de las naciones"; es decir que por estar al tanto de los extravíos de la Revolución Francesa iba a poder evitarlos, como consideraba Pedro Molina, quien concluía que: "Ésta es la grande utilidad del estudio de la historia".[42]

Cantera de ejemplos necesarios para la acción, el concepto de historia que tanto se está comentando actualmente y que tardó en diluirse, según concluyen quienes han analizado su evolución en

[40] *Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, ed. facs., Bogotá, Banco de la República, 1978, 5-XII-1794; Manuel María Gorriño, *El hombre tranquilo*, manuscrito de 1802, en Raúl Cardiel Reyes, *Del modernismo al liberalismo: la filosofía de Manuel María Gorriño*, México, UNAM, 1967, p. 181; Discurso del pbro. Domingo Victorio de Achega (1813), en *El clero argentino de 1810 a 1830*, tomo 1. *Oraciones patrióticas*, Buenos Aires, Museo Histórico Nacional, 1907, pp. 58-59.

[41] José Cecilio del Valle, "La historia y los historiadores de Indias", en *id.*, *Obra escogida*, sel., pról. y cronología Mario García Laguardia, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, pp. 339, 344.

[42] Moreno, *Vida y escritos del doctor Mariano Moreno* [n. 26], p. 252; *El Editor Constitucional* (Guatemala), 23-IV-1821, en *Escritos del doctor Pedro Molina*, con un est. prel. de Salvador Mendieta, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1954, tomo 2, p. 548.

Nueva España y el Río de la Plata,[43] y en la primera por procesos externos más que por desarrollos autónomos propios. Con el agregado, que tuvo curso desde fines del XVIII, de que esta utilidad se refería a materias de mejoramiento social,[44] lo cual explica el neologismo de "historia contemporánea", que se fue abriendo camino[45] y nos aclara la indicación de Bolívar, cuya afición a la historia arriba señalé, para los estudios de su sobrino Fernando (1821 o 1822): "la historia, a semejanza de los idiomas, debe principiarse a aprender por la contemporánea, para ir remontando por grados hasta llegar a los tiempos oscuros de la fábula".[46] Los primeros trabajos históricos de Andrés Bello fueron sobre historia contemporánea.

Astucia política, guía para la acción, sabiduría. Dudando a quién otorgar primacía, si a la poesía, la elocuencia o la historia, el venezolano Navas Spinola precedía su traducción de Volney elogiando a la última: "la verdad y una utilidad práctica deben servirle de bases; rectificar el espíritu, enfrenar la imaginación y las pasiones, corregir las costumbres, formar el sentido moral: y en una palabra fomentar las virtudes y contribuir a la felicidad de la especie humana; tales son los fines de su augusto ministerio".[47] Era la "historia moral del mundo" (Alzate), presidida por una Musa, como agregaba el poema a las artes del brasileño Manoel da Silva Alvarenga, "que com grave

[43] Guillermo Zermeño, "Historia/historia en Nueva España/México (1750-1850)", *Historia Mexicana* (México), vol. 60, núm. 3 (239) (2011), pp. 1733-1806; Fabio Wasserman, "La historia como concepto y como práctica: conocimiento histórico en el Río de la Plata (1780-1840)", *História da Historiografia* (Ouro Preto), núm. 4 (2010), pp. 15-36.

[44] En el Río de la Plata fue el español Félix de Azara quien introdujo esa noción, Wasserman, "La historia como concepto y como práctica" [n. 43], p. 19.

[45] Zermeño, "Historia/historia en Nueva España/México" [n. 43], p. 1783.

[46] Simón Bolívar, "Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino Fernando Bolívar" [sin fecha], en *Simón Bolívar fundamental*, compilación de Germán Carrera Damas, Caracas, Monte Ávila, 1993, tomo 2, pp. 157-158.

[47] Pedro Grases, *Domingo Navas Spinola, impresor, editor y autor*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1978, p. 32.

eloquencia narra os fados / que o mundo vio desde a primeira idade: / ella nos mostra em quadros differentes / os tempos, as nações e a varia sorte / de impérios elevados e abatidos, / as allianças, a implacavel guerra, / o progresso das artes e a ruina".[48] Situado frente a ese espectáculo, el sabio "desenvuelve sucesivamente todos los siglos, ve en el que precede el germen del que sigue, examina lo presente y se lanza a lo futuro; allí observa la marcha de las sociedades, calcula su movimiento y pronostica su término; allí abraza la naturaleza entera, y humilde primero en la acumulación de detalles, es sublime después en la teoría general del universo".[49]

Panorama que se completaba con cada vez más viajes de estudio o de placer, hasta la moda del *grand tour*, después en misiones diplomáticas, en frecuentes visitas de extranjeros. Se notaba que muchos de ellos, al servicio de alguna encomienda política o económica, o simplemente por curiosidad, inquirían sobre números, productos, distancias, costumbres, y una curiosidad semejante se desarrolló de este lado. Al llegar a su obispado en Charcas, Benito Moxó, eclesiástico leído, viajado y refinado, exhibió su conocimiento de la situación de Europa, y fue ávidamente seguido por su rebaño. Años después el viajero Eduard Poeppig vio cómo en las pequeñas poblaciones chilenas todos se reunían ante la llegada de un extranjero a escuchar "las maravillas 'de por allí', es decir de los países transmarinos de la vieja Europa". Estrategia análoga a la que proponía Manuela Sáenz: "¿cómo recolectar datos? Idea mía: barco que llegue, asalto de información. Ciudadano que caiga a éste: sacarle noticias". Recordaba Rafael María Baralt entre los venezolanos de fines

[48] Escrito a fines del XVIII, el poema introduce antes a la musa de la geografía, que describe "de polidas nações brandos costumes / e de barbaros povos fera usança", Manoel Ignacio da Silva Alvarenga (Alcindo Palmireno), *Obras poéticas*, ed. J. Norberto de Souza S., Río de Janeiro, B. L. Garnier, 1864, tomo 1, pp. 335-336.

[49] José Cecilio del Valle, "El sabio" (1820), en *Obra escogida* [n. 41], p. 121.

de la Colonia las lecturas "y la viva curiosidad con que inquirían de los viajeros extranjeros el estado de la civilización europea".[50]

Informaban también las cartas oficiales y particulares, aunque lo más cómodo y frecuente era acudir a la prensa periódica, que el régimen colonial había limitado y se multiplicó durante esos años en todos los territorios. Se nos ha dicho que gracias a ella se descubrió una comunidad continental de opiniones, cuando se leía en impresos de otras provincias acerca de revueltas, sensibilidades e ideas similares a las propias. Debe agregarse que también se encontraban noticias sobre el mundo exterior, convulsionado. Un corresponsal del *Telégrafo Mercantil* de Buenos Aires ensalzaba las gacetas que llegaban con los barcos y permitían a cualquier marino "hablar de los asuntos políticos y comerciantes del mundo" y a cualquier peluquero francés disertar "horas y horas de revolución, de guerras o de bellas y nobles artes, teniendoos tan embobado y silencioso como en otro tiempo un tunante andaluz que hubiera estado cautivo de los argelinos".[51] La prensa local repetía, en secciones especiales que numerosos prospectos anunciaban para atraer lectores y que puede verse en las colecciones de la época, con extractos de las publicaciones de Madrid, París o Londres, o hasta de más allá, con noticias sobre las guerras napoleónicas, la insurrección griega, Persia, Berbería, la penetración rusa en el Cáucaso, las luchas de Tippo Sahib en el Indostán o las incursiones francesas e inglesas en el Pacífico.

[50] Eduard Poeppig, *Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829)*, versión castellana, notas e ilustraciones de Carlos Keller R., Santiago de Chile, Zigzag, 1960, p. 350; Diario de Manuela Sáenz, en *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los Diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*, Caracas, Piedra, papel y tijera, 1998, p. 179 [si es que es auténtico dicho diario]; Rafael María Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela desde el descubrimiento de su territorio por los castellanos en el siglo* XV*, hasta el año de 1797*, París, Imprenta de H. Fournier y Comp., 1841, vol. 1, p. 398.

[51] *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, ed. facs., Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americanas, 1914, tomo 1, núm. 10 (2-v-1801), p. 107.

Desaparecida la censura, excepto para escritos astrológicos, propaganda impía o imágenes obscenas, llegaban revistas y libros de Europa, que también se iban a buscar a la fuente, como hizo Mariano Egaña, quien desde París describía a su padre la emoción que ante tanto impreso lo embargaba: "pasan de cuatro mil los volúmenes que llevo y creo que completaremos seis mil […] ¡qué tesoro literario! ¡qué obras clásicas salidas en estos últimos treinta años nos eran desconocidas! Y de las anteriores a estas fechas ¡cuánto ignorábamos!". Otros compraban en cantidades similares, como José María Luis Mora, que se quejaba de su pobreza en el exilio parisino pero que dejó entre sus papeles centenares de facturas de libreros. "Una entrada torrencial de libros y autores que no se habían mencionado antes", comprobaba más tarde Vicente Fidel López.[52] Obras extranjeras que exigían, además de la fortuna de los Egaña, el tesón de Mora y la dicha de vivir en Buenos Aires, el manejo de francés e inglés, poco frecuentados hasta entonces, lo cual llevaba al abandono del latín y se acompañaron con la aparición de maestros y manuales.

Libros de ciencia política, economía, viajes, fuentes extranjeras que expresaban mayores posibilidades de información, mayores necesidades de ella, para los flamantes gobiernos, súbitamente arrastrados a manejarse en el ampliado mundo diplomático y también empujados por cierta inflación verbal típica de las revoluciones. Algunos personajes de fuste ya discurrían con soltura acerca de

[52] Carta del 16-II-1828, en *Cartas de don Mariano Egaña a su padre*, introducción de Aniceto Almeyda, Santiago de Chile, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1948, pp. 296-306; Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, México, Siglo XXI, 1968, p. 299; Vicente Fidel López, *Evocaciones históricas: Autobiografía – La gran semana de Mayo – El conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires etc., Jackson, 1945, p. 17, este último enumera "las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de periódicos sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos".

las relaciones internacionales, como los diputados americanos que en las Cortes de Cádiz hicieron un papel honroso. Otros tuvieron que aprender, como en sus comienzos el novel gobierno argentino, que había merecido el paternal regaño de Lord Strangford, diplomático inglés que desde Río de Janeiro achacaba a sus hombres carencia de sagacidad política y "de las más elementales informaciones respecto de los tejemanejes diplomáticos de las cortes europeas".[53] En pocos años tales defectos pudieron subsanarse: Bernardo de Monteagudo se caracterizaba por su conocimiento de la política de Europa; al redactar Alexander von Humboldt su ensayo sobre la isla de Cuba (1826) notó que los habaneros habían sido los primeros de las colonias españolas en viajar no sólo por la madrepatria, sino también por Francia e Italia, y que en ningún lugar mejor que en La Habana conocían la política de Europa, agregando que ello había servido a sus intereses. Tras la Independencia, otros sitios superaron su deficiencia de información, como México, Caracas o Nueva Granada. En el aislado Paraguay, el dictador Gaspar Rodríguez de Francia se hacía enviar gacetas del mundo y conversaba con extranjeros sobre los asuntos políticos de Europa, como con el suizo Rengger, quien comprobó "que estaba mucho más instruido de lo que yo hubiera creído".[54]

De los viajes aprendían, como el mismo Egaña que hemos visto afanoso en la compra de libros: "Muy defectuosa habría quedado mi educación política si no hubiese venido a Francia, porque es pre-

[53] Sergio Bagú, *Mariano Moreno* (1939), 2ª ed., Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 107.

[54] Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* (1826), ed. de Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo Orovio y Armando García González, Madrid, Doce Calles, 1998 (*Theatrum naturae*), p. 213; ya había notado esta particularidad cubana en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* [n. 25], lib. 2, cap. 7, p. 226; [Johann Rudolph] Rengger & [Marcelin] Longchamp, *Essai historique sur la révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du docteur Francia*, París, Hector Bossange, 1827, p. 29.

ciso observar estas dos grandes naciones vecinas y compararlas".[55] Por la misma fecha, reflexionando en su ocaso, Bolívar concluía que sin la muerte de su esposa no habría hecho su viaje a Europa y quedándose en Caracas y San Mateo "no hubiera logrado la experiencia ni hecho el estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política".[56] También se asentaron personajes que tenían esos conocimientos, como Horacio Attelis de Santangelo en México, noble italiano que escribió sobre asuntos internacionales. Entre las ventajas por las que habría que conservar a la Ciudad de México como capital, Servando Teresa de Mier contaba "los papeles públicos y las gacetas extranjeras que vienen a los pudientes de México y ponen a los gobernantes al corriente de los sucesos del mundo para graduar sus consecuencias".[57]

Ello hacía parecer obsoleto el conocimiento previo: "Se tienen ideas más exactas y noticias más extensas de la situación, producciones, intereses, recursos y sistema político de las naciones del globo de que antes se ignoraban aun los nombres".[58] Aire de independencia, oportunidades nuevas, la mayor riqueza americana, más fáciles comunicaciones, la libertad de tránsito acordada por la Constitución de Cádiz y las posteriores, el rampante individualismo y los nuevos tiempos mundiales, pletóricos de acontecimientos, junto a la sensación de hacer parte de ellos: "no se encuentra una

[55] La misma carta de Mariano Egaña del 16-II-1828 citada *supra* [n. 52].

[56] L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del Libertador*, versión sin mutilaciones, 2ª ed., Caracas, Centauro, 1987, p. 66.

[57] Fray Servando Teresa de Mier, "Discurso en pro de que México sea la ciudad federal" (1824), en *Ideario político*, prólogo, notas y cronología Edmundo O'Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 323.

[58] José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (1836), ed. y pról. de Agustín Yáñez, México, Porrúa, 1965, tomo 1, pp. 121-122.

época más fecunda en acontecimientos memorables que el periodo en que nos ha tocado vivir", expresaba Juan García del Río.[59]

A esta conciencia de actuar en un mundo interconectado corresponde la ilusión, recurrente en la prensa o la tribuna, de que todos nos contemplaban: "¿Qué diría la culta Europa que nos observa cuidadosamente en nuestras más pequeñas acciones?", se preguntaba la *Abispa de Chilpancingo*; "el orbe aplaude, atiende, mira, clama", aseguraba un loa;[60] "en el centro de las inmensas soledades del Orinoco [...] se pelea contra el monopolio y contra el despotismo por la libertad del Comercio internacional y por los derechos del Mundo" expresaba con soberbia en ese apartado rincón. Fue una imagen que quedó grabada en los himnos nacionales: "Y los libres del mundo responden / al gran pueblo argentino, salud" (Argentina); "con aplauso la Europa y el mundo / la saludan y aclaman también" (Paraguay); "otros héroes que atónito el mundo / vio en tu torno a millares surgir" (Ecuador). No sólo era Europa la que estaba con la boca abierta y se cantaba que San Martín sería celebrado "con eterno loor / del Ganges al Rímac, / del Níger al Po".[61]

Poco en verdad nos miraban o aplaudían, menos todavía que ahora, pero himnos, poemas y periódicos se refrescaban a los primeros vientos de una sensibilidad que buscó plantear los problemas "en toda su amplitud, de extenderlos a las dimensiones del universo y de la Historia".[62]

[59] Juan García del Río, *Meditaciones colombianas* (1829), Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, p. 3.

[60] *La Abispa de Chilpancingo*, núm. 1 (1821), p. 3; *Correo del Orinoco* (Angostura), reimpr., París, Academia Nacional de la Historia de Venezuela/Desclée de Brouwer, 1939, 27-VII-1818.

[61] Felipe Lledías, "Lima libre" (1822), en Aurelio Miró Quesada Sosa, comp., *La poesía de la emancipación*, en CDIP, tomo 24, pp. 300, 382.

[62] Jean Touchard *et al.*, *Historia de las ideas políticas* (1961), Madrid, Tecnos, 1979, p. 400.

2
ILUSTRACIÓN E HISTORIA UNIVERSAL

> *América será por último lo que debe ser […] dará opiniones, usos y costumbres a las demás naciones; llegará a dominar por su ilustración y riqueza.*
>
> José Cecilio del Valle, 1821

Toda civilización, suponía Arnold Toynbee, escribe su propia historia universal; quienes hablan de una civilización latinoamericana, o del proyecto para fundamentarla, deberán dar razón de ese elemento faltante entre nosotros, que vivimos de prestado con una historia universal eurocéntrica para todo uso, tanto cuando otorgamos a Europa un papel dirigente y uno muy secundario a los otros, entre los cuales nos contamos, como cuando damos vuelta al modelo en intentos nativistas o indigenistas y asignamos a Europa el origen de todos nuestros males.[1]

[1] Quizás con el único beneficio de haber evitado hasta ahora los fundamentalismos presentes en otras culturas: "La invocación de una identidad colectiva substancializada, responsable de grandes proezas civilizatorias y estatales, está completamente fuera de lugar en un continente cuya población, en su gran mayoría, ha vivido su historia sólo en los intersticios dejados por las grandes historias

Semejante autonegación, sin embargo, parecía evitarse en aquellas primeras reflexiones sobre América, sobre su historia y sobre el mundo que se emprendieron hace dos siglos, reelaborando viejas seguridades e intuiciones al calor de los horizontes ampliados de la Ilustración y de la Independencia. Una visión generosa y omnicomprensiva de nuestro pasado confluía en un presente de lucha sagrada y permitía entrever un optimista futuro de América unida y próspera, donde arraigarían las libertades, independencia y fraternidad que Europa se negaba a incorporar, que Asia y África desconocían, y tales bienes generosamente se pondrían a disposición de la humanidad.

1. Nuestra pobre historia

El siglo xviii fue de optimismo americano, de conciencia esperanzada en cada una de sus regiones.[2] Sus lejanas raíces se hundían en un entorno jerárquico, patrimonialista y fuertemente atrincherado en bases de poder regional. Era una variante de las formaciones agroburocráticas de esos comienzos de la modernidad, que en el Viejo Mundo se extendían desde Irlanda hasta Japón. De manera acorde

de los otros y ha afirmado su identidad cultural 'a la intemperie', atravesada por los más variados procesos de mestizaje", Bolívar Echeverría, "La identidad evanescente", en *id.*, *Ensayos escogidos*, México, Desde Abajo, 2011, pp. 221-235, p. 231.

[2] Interesantes en torno a este tema los testimonios que aportan dos ensayos complementarios sobre Nueva España, Luis González, "El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México", en *Estudios de historiografía americana*, México, El Colegio de México, 1948, pp. 155-212; y Jorge Alberto Manrique, "El pesimismo como factor de la independencia de México", en Juan Antonio Ortega y Medina, ed., *Conciencia y autenticidad históricas: escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, unam, 1968, pp. 177-196; hay ya mucha literatura sobre el ufanismo brasileño; un análisis sobre el sentimiento argentino de superioridad en Hernán G. H. Taboada, "Al gran pueblo argentino salud", *Archipiélago*, núm. 75 (enero-marzo de 2012), pp. 57-59.

derivaba entre las clases privilegiadas de las Indias ibéricas hacia el ensalzamiento de sus orígenes locales, de la tierra que era fuente de su poderío económico, de las ciudades donde ejercían los cargos que también les otorgaban dinero, poder y prestigio.

Dicho sentimiento tradicional se reforzaba con el mayor peso económico y demográfico de América en la economía europea, con la independencia de Estados Unidos primero y la marcha victoriosa que emprendía, y con la posterior independencia de las colonias ibéricas, junto a sus triunfos militares. Fueron algunas décadas (1776-1830) en que Europa no sólo fue perdiendo influencia política y económica sino también prestigio sobre las Américas. Éstas parecieron alejarse de ella y adquirir un lugar nuevo e independiente, cuando no se veía aún como inevitable su hegemonía en el nuevo sistema mundial.[3]

Todo ello se acompañó por el descubrimiento ilustrado de América, tanto por parte de ella misma como de los países transpirenaicos y de España y Portugal: tuvo un creciente lugar en las historias universales, especialmente las de Johann Christoph Adelung, Johann Christoph Gatterer y Christoph Meiners, y en sucesivas ediciones de la Encyclopédie y la Enciclopedia Británica. A notar que en el XIX el interés fue menor, a pesar de los más frecuentes contactos.[4] De este descubrimiento fueron conscientes nuestros países, posible-

[3] Poco se ha señalado este divorcio Europa-América en lo cultural, que fue seguido por una reanudación de contactos a medida que avanzó el XIX; al desarrollar el tema en relación con Estados Unidos, Felipe Fernández-Armesto presenta el ejemplo de Noah Webster, primeramente ansioso de hallar los caracteres distintivos de una lengua americana propia, y sólo después resignado a homologar el inglés americano con el europeo, *Millennium: a history of the last thousand years*, Nueva York, Scribner, 1995, pp. 353, 360.

[4] Peter Burke, "America and the rewriting of world history", en Karen Ordahl Kupperman, ed., *America in European consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995, pp. 33-51.

mente en exceso,[5] con lo cual se reforzó la creencia tradicional en ventajas reales o imaginarias sobre las metrópolis, respaldada ahora por la autoridad de Montesquieu o Raynal. Se fomentó al norte y al sur un pensamiento crítico de Europa y se generó un sentimiento americanista continental, con lo cual se quisieron privilegiar las relaciones interamericanas, comerciales e intelectuales.[6]

El momento requería de una interpretación de América. El jesuita rioplatense Joaquín Camaño la entendía como "un entero universo que debía ser explicado en su totalidad y no visto como un mero borrador para entender el presente europeo".[7] Fácilmente se pueden relacionar tales expresiones con un embrionario sentimiento nacional, para el cual es básico conocer la historia patria. Un plan para el establecimiento de una escuela en San Juan de Girón (1789) en Nueva Granada veía como importante el conocimiento de la historia del país donde se vive; años después, en el mismo lugar creía útil Manuel del Socorro Rodríguez crear una cátedra de Historia Americana, una Biblioteca Americana, un "Diccionario histórico de América" y un Museo Americano. Clamaba José Cecilio del Valle que la patria necesita de historiadores y un periódico

[5] "L'attenzione dell'Europa è presentemente rivolta all'America", Ignacio Molina, *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bologna, Stamperia de S. Tommaso d'Aquino, 1782, p. 3; el mayor espacio en los periódicos y en los libros lo señala Michael Kraus, *The Atlantic civilization: 18th century origins* (1949), Ithaca, NY, Cornell University Press, 1966, p. 221.

[6] Harry Bernstein, "Some inter-American aspects of the Enlightenment", en Arthur P. Whitaker, ed., *Latin America and the Enlightenment*, introduction by Federico de Onís, Nueva York/Londres, D. Appleton Century, 1942, pp. 53-69, p. 67; véanse los varios artículos en torno a los conceptos "América/americano" en Javier Fernández Sebastián, dir., *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Iberconceptos, 2009.

[7] Viviana Silvia Piciulo, "El heredero de un gran Imperio: Joaquín Camaño hacia fines del siglo XVIII", *Eikasia*, núm. 81 (2018), pp. 507-545, p. 513.

chileno precisaba exigiendo entre los objetos de la educación la "historia antigua y moderna, particularmente la de la América" y lenguas extranjeras.[8]

El problema era que, aun con el nuevo interés, de América se sabía muy poco: algunos letrados y administradores ilustrados habían redactado informes sobre situaciones locales pero, fuera o no culpa de la censura metropolitana, había un "vacío de una elaboración teórica de los problemas iberoamericanos".[9] Los prospectos de la primera prensa periódica buscaba rellenarlos y así anunciaba. La ciencia europea había innovado en la investigación americanista, pero de ello resultó el trazado de grandes cuadros más que el detalle necesario: Perú "apenas ocupa un lugar muy reducido en el cuadro del universo que nos trazan los historiadores".[10] Muy escaso, vago y retórico era lo que se proclamaba con tanto énfasis sobre la sabiduría de los Incas, la grandeza de los aztecas, la crueldad de la conquista, el despotismo español, entre citas de Las Casas, Raynal y Robertson. En Buenos Aires el *Telégrafo Mercantil* veía el pasado local rodeado de "multitud de inepcias e imposturas" que llamaba a

[8] Guillermo Hernández de Alba, comp., y prólogo, *Documentos para la historia de la educación en Colombia*, Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1983, tomo v, 1777-1800, p. 179; Pablo Andrés Castro Henao, "Pensamiento americanista en la Nueva Granada: la conciencia histórica en la obra periodística de Manuel del Socorro Rodríguez de la Victoria (1791-1810)", *Lingüística y Literatura*, núm. 61 (2012), pp. 151-171, p. 169; José Cecilio del Valle, "Prospecto de la historia de Guatemala" (1825), en *Obras*, compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu, Guatemala, Tipografía Sánchez y De Guise, 1929, tomo 1. *Documentos, manifiestos, discursos, críticas y estudios*, pp. 95-102; *El Argos de Chile*, 18-vi-1818, p. 15, en *CdAPCh*, vol. 12.

[9] José Carlos Chiaramonte, Prólogo en *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericana en el siglo* XVIII, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, pp. ix-xxxix, p. xxi.

[10] Jacinto Calero y Moreira, Prospecto del *Mercurio Peruano*, 1790, edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964ss, tomo 1, p. [2].

desbaratar.[11] En las décadas subsiguientes se hablaba de los "errores y fábulas" que una primera academia de historia mexicana (1835) se proponía remplazar, de las "relaciones apasionadas y poco concordes entre sí de los escritores contemporáneos" (José Antonio Páez), de "*romances* que no resisten el examen, donde nombres, datos, hechos, casi todo es inexacto, falso, imprudentemente cargado de ficciones" (Juan Vicente González). Un contraste con épocas pasadas de la historiografía colonial.

La carencia era comprensible ante la falta misma de una definición nacional que suministrara hilo conductor a los hacedores de historias, ante la dificultad para consultar fuentes sobre tiempos precolombinos o coloniales que hoy hallamos en cualquier mediana biblioteca pero que entonces estaban inéditas, o en viejas e inencontrables ediciones; y en cuanto a los archivos, todos hablan de su hermetismo bajo el Antiguo Régimen y bajo los nuevos de su desorden, dispersión y saqueo. Los nacientes Estados emitieron convocatorias, contrataron a extranjeros, recopilaron documentos, publicaron memorias, reeditaron crónicas. Hubo prospectos, índices e "ideas", y pese a todo las geografías, sociologías e historias nacionales tardaban en materializarse, como revelan las lamentaciones por la escasez de escritos, hasta de manuales básicos, la exigencia en los programas acotada a "elementos", "rudimentos", "nociones" de historia patria.

De ahí que acogimos y copiamos ensayos cuyas consideraciones políticas se ilustraban con alguna cronología sumaria, relatos de viajeros u obras extranjeras como las de Alexander von Humboldt, cuyo material estadístico, que en parte le había sido suministrado

[11] *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, ed. facs., Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americanas, 1914, núm. 15 (20-v-1801), pp. 115-116.

por los americanos mismos, gozó de gran prestigio. Más tarde la historia de la revolución de Independencia escrita por el realista Mariano Torrente (1828-1830), que nos era hostil pero que recorríamos para refutar y porque no había otro panorama de conjunto, como tampoco algo parecido a las historias de la conquista de México (1843) y de Perú (1847) de William Prescott, inmediatamente traducidas y plagiadas entre nosotros.

Para más, cabían lamentos como éste del cordobés Gregorio Funes:

> No admiten cotejo las materias de este ensayo [de historia argentina] con aquellas que sirvieron de asunto a historiadores de naciones grandes. Éstas tratan siempre de guerras ruidosas, hazañas memorables, imperios destruidos o fundados, reyes muertos o fugitivos y proyectos profundos de política o de moral, que por naturaleza entretienen y recrean el ánimo. Mi trabajo es mucho más limitado y estéril. Guerras bárbaras casi de un mismo éxito, crueldades que hacen gemir la humanidad, efectos tristes de un gobierno opresor, éste es mi campo.[12]

> Parecido desdén y hasta mofa trasuntaba Bolívar en su comentario al "Canto a Junín" de José Joaquín de Olmedo: "Si yo no fuese tan bueno y Vd. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Vd. había querido hacer una parodia de la *Ilíada* con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Ud. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres".[13]

[12] Gregorio Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán*, Buenos Aires, Imprenta de M. J. Gandarillas y socios, 1816-1817, pp. ix-x.

[13] Bolívar, carta a José Joaquín de Olmedo, Cuzco, 27-VI-1825; es significativo que el Manolo mencionado sea personaje de un sainete de Ramón de la Cruz que parodiaba al *Cid* de Corneille.

No sólo era América desconocida, sino que parecía además incapaz de ofrecer las enseñanzas que en la historia se buscaban.[14] Las había procurado Clavijero al insertar a los aztecas en la gran historia, lo cual José Antonio de Alzate elogiaba,[15] o Pedro José Márquez cuando hizo encajar las realizaciones mesoamericanas en una teoría del arte universal,[16] o el nuevo gobierno patrio en Buenos Aires cuando encomendó (1812) a Julián José Perdriel escribir una "historia filosófica" de la revolución, obra que después ordenó detener.[17] Con el tiempo se alcanzó a ver que también "la historia de la revolución de las vastas colonias que la España poseía en el continente americano es muy fecunda en sucesos que deben interesar a todos los hombres y especialmente al filósofo observador […] asunto digno de una pluma tan elocuente como la de Tácito".

Sin embargo el autor de estas palabras, el neogranadino Restrepo, debía agregar que "pasarán algunos años sin que se pueda escribir, hasta por autores que hayan sido coetáneos y testigos imparciales de los sucesos, Historias particulares de las revoluciones de Colombia,

[14] "Chile no podía ampararse en su historia precedente, si precisamente necesitaba desligarse de su pasado hispánico. Por eso, durante los primeros años del proceso de independencia —entre 1810 y 1814— los líderes patriotas se volcaron a otros casos y argumentos históricos que, al ser distantes temporal y geográficamente de su nación, pudieran ser objeto de una idealización política y moral para constituirse en fundamento y referente del proceso emancipador y del proyecto republicano", María Gabriela Salazar, "Humanismo cívico y tradición clásica en los albores republicanos de Chile", *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 41 (2015), pp. 173-196, pp. 184-185.

[15] Guillermo Zermeño, "Historia/historia en Nueva España/México (1750-1850)", *Historia Mexicana*, vol. 60, núm. 3 (239) (2011), pp. 1733-1806.

[16] Stefano Tedeschi, "Una literatura entre dilaciones, incertidumbres y ansia de modernidad", en Dario Puccini & Saúl Yurkievich, eds., *Historia de la cultura literaria en Hispanoamérica*, México, FCE, 2010, vol. 1, pp. 419-504, p. 434.

[17] Guillermo Furlong SJ, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata 1536-1810*, Buenos Aires, Kraft, 1947, p. 714.

del Perú, de Chile, de Buenos Aires y de Méjico".[18] Al publicar en inglés su *History of Brazil*, Southey debía defenderla: menos hermosa que la historia de Portugal, menos espléndida que la de los portugueses en Asia, no es menos importante por ser distinta a otras, carecer de vericuetos políticos, misterios de Estado, revoluciones, victorias. Del resultado opinó Byron que era soporífero. Todavía Juan María Gutiérrez pensaba que la historia argentina no podía ofrecer asunto a la literatura, al drama ni a la comedia, como quizás sí la americana.[19] En 1850 José Antonio de Plaza repetía el pesimismo de Funes: "no es la historia de la Nueva Granada la que puede narrar grandes y portentosos hechos ni guerras ilustres ni grandiosos proyectos políticos […] apenas la triste reseña de todo linaje de crueldades y de rapacidades sin cuento".[20]

Por sobre la parvedad e insignificancia, pasión, romances y ficciones de esa pobre farsa o esa historia patria brumosa y escondida en documentos inaccesibles, se escuchaba el fragor de épocas heroicas y virtuosas, se entreveían las imágenes radiantes de lugares prestigiosos, los tiempos y los teatros de la historia por excelencia, la antigua y la contemporánea. Asequible y atractiva, renovada por la Ilustración, embellecida por el estilo, trascendía de ella una enseñanza para todas las naciones.

[18] José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional* (1827), edición completa, edición académica de Leticia Bernal Villegas, Medellín, Universidad de Antioquia etc., 2009, p. 11.

[19] Robert Southey, *History of Brazil*, Londres, Longman, Hurst, Rees, and Orme, 1810-1819, p. 1; Juan María Gutiérrez, "Ruinas" (1879), reproducido en Félix Weinberg, *Esteban Echeverría ideólogo de la segunda revolución*, Buenos Aires, Aguilar/Altea/Taurus/Alfaguara, 2006, pp. 323-332, p. 327.

[20] José Antonio de Plaza, Introducción a sus *Memorias para la historia de la Nueva Granada, desde su descubrimiento hasta el 20 de julio de 1810*, Bogotá, Imprenta del Neo-Granadino, 1850, p. 2.

2. El panorama de los siglos

El relato de Bossuet, escrito hacia 1680, finalizaba con el imperio carolingio, pero no sólo cronológicamente se quedaba corto; temáticamente era un recuento del poder de los imperios y geográficamente excluía a las naciones del Oriente: muy claro anunciaba que no escribiría sobre los chinos, a los cuales otros europeos habían empezado a mirar con curiosidad. Los ilustrados del XVIII buscaron completar lo faltante y de tales intentos se suele destacar el esfuerzo por construir una historia de la cultura, no limitada a guerras, reyes y dinastías, pero aquí quiero llamar la atención sobre otro mérito, que es la consideración de pueblos exóticos. Los primitivos formuladores de un pacto social figuraban en los esbozos de Rousseau; las civilizaciones de China, India y el Islam en las obras de Voltaire o Gibbon y en una erudita y voluminosa historia universal, la primera del género, de autoría colectiva publicada en Inglaterra (1736-1765). También se ha hablado de un "giro antropológico" de la segunda mitad del XVIII, con abundante escritura, prestigio, lectura y uso de los relatos de viaje sobre África, América o el Pacífico.[21]

Sobre un fundamento empírico así ampliado se esbozaron en Francia (Turgot, Condorcet) y Escocia (Adam Ferguson, Adam Smith, Lord Kames) esquemas de la evolución humana, para construir los cuales se tomaron datos de fuentes bíblicas y clásicas —en las cuales buscaban, si no hechos verdaderamente ocurridos, sí el estado social que imperaba cuando fueron compuestas—y también la literatura recientemente descubierta sobre pueblos lejanos. Los amerindios figuraban prominentemente en su argumentación ("en el comienzo todo el mundo era América", Locke), luego también

[21] Heiko Feldner, "The new scientificity in historical writing around 1800", en Stefan Berger, Heiko Feldner & Kevin Passmore, eds., *Writing history: theory and practice*, Londres/Nueva York, Arnold, 2003, pp. 3-22, pp. 15-16.

aparecieron beduinos y tártaros; se subrayaron entre la India y los griegos, entre éstos y los americanos, rasgos culturales análogos, que suscitaron teoría.[22]

Menos conocidos son una serie de autores, básicamente alemanes, que se esforzaron en una historia universal de nuevo tipo, que combinaba la erudición alemana, el empirismo inglés y el racionalismo francés bajo la forma de libros llamados precisamente *Historia universal*, con la aspiración de suministrar una base comparativa común a distintas naciones. Se cuentan las de Isaak Iselin (1764), Aug. Ludwig Schlözer (1772-1773), Johann Gottfried Herder (1774), Jacob Daniel Wegelin (1775), Johann Müller (1779), Johann Christoph Adelung (1782), Christoph Meiners (1785), Johann Christoph Gatterer (muy popular, 1785-1787), Friedrich Schiller (1788), John Adams (1795), Alexander Tytler (1801), Daniel Jenisch (1801).[23] Las arquitecturas sugeridas fueron distintas, así como los resultados y la valoración de los pueblos extraeuropeos; cayeron después en el olvido pero se los ha releído últimamente para observar que en su amplitud ecuménica y cierta neutralidad valorativa de las culturas tienen mayor afinidad con la

[22] Ronald L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social: el desarrollo de la teoría de los cuatro estadios*, Madrid, Siglo xxi, 1981.

[23] Nombres, fechas y consideraciones generales en las varias historias de la historiografía: Harry Elmer Barnes, *A history of historical writing*, Norman, University of Oklahoma Press, 1938, pp. 171-172; Ernst Breisach, *Historiography: ancient, medieval & modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, pp. 200ss; y sobre todo Daniel Woolf, *A global history of history*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011; y Georg G. Iggers & Q. Edward Wang y Supriya Mukherjee, *A global history of modern historiography*, 2nd ed., Londres/Nueva York, Routledge, 2017, pp. 18-25; Peter Burke, "Europeans views of world history from Giovio to Voltaire", *History of European Ideas*, 6, 3 (1985), pp. 237-251; Tamara Griggs, "Universal history from Counter-Reformation to Enlightenment", *Modern Intellectual History*, 4, 2 (2007), pp. 219-247.

historia mundial/global del siglo xx que con la historia universal del xix.[24]

Algunas de dichas producciones, o eco de sus resultados, llegaron hasta las colonias ibéricas. La historia universal inglesa estaba en la biblioteca del virrey arzobispo neogranadino Antonio Caballero y Góngora y otra colección circulaba por Centroamérica y Chile.[25] También circulaban traducciones, recopilaciones y adaptaciones: una continuación de Bossuet que la Inquisición neogranadina confiscó; libros con el título de Historia universal de Juan de Antimoine, Anquetil, Roustan, el Abate Millot o el *Diccionario universal de historia natural* de Valmont de Bomar.[26] No todos tenían acceso a tanto libro ni conocían idiomas, pero las enciclopedias o la prensa perió-

[24] Michel Harbsmeier, "World histories before domestication", *Culture and History*, 5 (1989), pp. 93-131; Benedikt Stuchtey & Eckhardt Fuchs, "Introduction. Problems in writing of world history: Western and non-Western experiences, 1800-2000", en *id.*, *Writing world history 1800-2000*, Oxford/Nueva York, German Historical Institute London, 2003, pp. 1-44.

[25] Al parecer era una traducción francesa de esta obra: como *Histoire universelle par une société de gens de lettres*, 36 vols., estaba elencada en la biblioteca de Caballero y Góngora; de una *Histoire universelle* obra de "una sociedad respetable" hablaba (1772) José Cecilio del Valle; por el primer tomo perdido de "la Historia universal por una sociedad de letrados ingleses y traducida al francés" se ofrecía recompensa en Chile en 1817; Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, 2ª ed., Medellín, EAFIT/Banco de la República, 2008, p. 318; Valle, *Obras* [n. 8], p. 185; *Gazeta de Santiago de Chile*, núm. 15, 27-IX-1817, en *CdAPCh*, vol. 4, p. 143.

[26] Elías A. Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación*, prólogo de Leopoldo Zea, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971, p. 32; José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México*, México, UNAM/Porrúa, 1987, pp. 438-439; Anquetil, citado por Félix Varela, *Cartas a Elpidio*, segunda parte (1838), en *Obras*, compilación Eduardo Torres Cuevas, Jorge Ibarra Cuesta & Mercedes García Rodríguez, La Habana, Imagen Contemporánea/Cultura Popular, 1997, tomo 3, p. 175; Valmont, citado por Guillermo Zermeño Padilla, *La cultura moderna de la historia: una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002. Son sólo ejemplos de una aparición constante en catálogos y citas.

dica difundían nombres, relatos, anécdotas. Hubo quien se dedicó a recopilar datos, en una suerte de repertorio manuscrito particular. Uno de los teóricos escoceses, Adam Ferguson (*Essay on the history of civil society*, 1767), era traducido para los lectores neogranadinos por la naciente prensa independiente, sin que se dijera el nombre del original.[27] También callando el nombre, el mexicano Lorenzo de Zavala traducía unas lecciones de historia que en Francia había dictado Volney veinte años antes, las mismas que, reconociendo sí el autor, publicaba en Venezuela la imprenta de Domingo Navas Spinola en 1831.[28]

Junto a tales obras generales, multitud de particulares. A inquirir sobre Inglaterra impulsaba la afición a los asuntos constitucionales que ejemplifica el argentino Mariano Moreno y quienes en Brasil citaban las obras de Hume y William Belsham.[29] Por momentos se iba hacia búsquedas más exóticas, referentes a distintos países o épocas: asombraba a Jean Adam Graaner que en apartados rincones de las provincias argentinas se conociera el nombre de su natal Suecia y aun los hechos de su rey Carlos XII, misterio revelado cuando le dijeron que la fuente era la biografía de Voltaire, muy extendida entre los curas, que se sabían al dedillo sus éxitos y desgracias.[30]

[27] Fernando Falcón, "Adam Ferguson y el pensamiento ético y político de Miguel José Sanz: notas para la reinterpretación del *Semanario de Caracas* (1810-1811)", *Politeia*, núm. 21 (1998), pp. 191-224.

[28] "Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia", en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, 2ª ed., México, UNAM, 1992, pp. 25-69; Pedro Grases, *Domingo Navas Spinola, impresor, editor y autor*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1978, p. 32.

[29] Marcial I. Quiroga, *Manuel Moreno*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, p. 23; Júnia Ferreira Furtado, "Seditious books and libertinism in the Captaincy of Minas Gerais (18th century Brazil): the library of naturalist José Vieira Couto", *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 40 (2014), pp. 113-136.

[30] Jean Adam Graaner, *Las provincias del Río de la Plata en 1816 (informe dirigido al Príncipe Bernadotte)*, pról. de Axel Paulin, trad. y notas de José Luis Busaniche, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 21.

Otros exploraron en los hechos del antiguo Egipto, en el viaje de Anacarsis y las aventuras de Telémaco, novelones que se tomaban como fuente de datos históricos (junto a otros más fantásticos todavía), Gibbon sobre la decadencia romana y Volney con sus noticias y acotaciones detalladas sobre pueblos orientales.

Con todo ello fluían esquemas del desarrollo humano que se apartaban de las premisas de la historia bíblica, del providencialismo cristiano, respondían a preguntas para las que eran mudos los repertorios usuales, trataban de forma diferente y hasta irreverencial ciertos temas y personajes sagrados. Empezaron a figurar a menudo en la literatura política de la Independencia, en poemas, sermones, discursos y artículos, los cuales inspiraban a veces pequeños recuentos de la marcha humana desde sus inicios. Es lo que van mostrando con creciente detalle páginas del chileno Camilo Henríquez, del peruano Lorenzo de Vidaurre, del guatemalteco Juan Nepomuceno Pérez Lindo, la traducción que el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo trabajó hacia 1813 y publicó en 1823 del *Ensayo sobre el hombre* (1734), de Alexander Pope, la síntesis de la historia del progreso de artes y ciencias que trazó el novohispano Manuel María Gorriño (1826), el panorama de la historia humana que Juan Ignacio Gorriti anteponía a sus consideraciones políticas (1836).[31]

[31] Junto a apuntamientos más dispersos de Henríquez o de Vidaurre, síntesis más acabadas y no siempre coherentes entre sí sobre la historia universal pueden leerse en *El Nacional* (Buenos Aires), núm. 15 (31-III-1825), pp. 261-263, en *Bd*M, tomo 10, pp. 9457-9459; *El Eco de los Andes* (Mendoza), 1824, reproducido en Arturo Andrés Roig, *La filosofía de las Luces en la ciudad agrícola*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1968, pp. 83-84; *Meditaciones de un pueblo libre*, del hondureño Juan Nepomuceno Fernández Lindo, escritas en México en 1822, en *Textos fundamentales de la independencia centroamericana*, selección, introducción y notas de Carlos Meléndez, Centroamérica, Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1971, pp. 143-148; la traducción de Alexander Pope, *Ensayo sobre el hombre*, en José Joaquín de Olmedo, *Poesías completas*, pról. y notas de Aurelio

Iban aderezados con nuevas grafías de nombres, un inédito vocabulario social y político que ingresaba a la letra escrita y al habla, con la consiguiente reacción y sátira, burlesco amontonamiento de personajes históricos,[32] cierto alarde en rescatar referencias y ejemplos exóticos (las Célebes, los cosacos, el estatúder, los palacios de Siam, los chamanes de Siberia, el sati hindú), en parte para regodeo con la primicia y la palabra dominguera pero en igual forma por el deseo de insertar la reflexión sobre nuestros problemas y nuestras luchas, de forma típicamente moderna, en una teoría del desarrollo humano. La retórica al uso obligaba a invocar "el gran libro de la historia", los "fastos de las naciones", los "anales del mundo". Se ha notado cómo, para los patriotas rioplatenses, "Europa sirve, por decirlo así, de libro de texto", "se asiste a la vez a una apropiación y a una instrumentalización de la historia europea por parte de los americanos".[33]

Yo ampliaría la referencia en varios sentidos: para los insurgentes en todas partes fue libro de texto la historia universal, no sólo la de los europeos, aunque ésta fuera la más conocida y mencionada y la de los otros nos llegara a través de ellos. Así proclamaba el muy conservador *Farol* de la ciudad de Puebla en los comienzos optimistas del imperio mexicano:

Espinosa Pólit SJ, México/Buenos Aires, FCE, 1947, pp. 74-116; Juan Ignacio de Gorriti, *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones internas de los nuevos estados americanos y examen de los medios eficaces para repararlos* (1836), precedido de un estudio sociológico por Enrique Martínez Paz, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, pp. 37ss, 63.

[32] Como en "El disparate en su punto" de Nugasio Chacota, *Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, núm. 28 (19-VIII-1791), ed. facs., Bogotá, Banco de la República, 1978, pp. 233-236.

[33] Geneviève Verdo, "Los patriotas rioplatenses frente a la Europa de Viena: entre cálculos estratégicos y filosofía de la historia", *Historia y Política* (Madrid), núm. 19 (2008), pp. 75-102, esp. pp. 89-90.

> Los americanos han sido por trescientos años discípulos de la Europa; pero al cumplirse este número se hallan en estado de dar lecciones a la Europa misma, y la Providencia parece destinarlos a ser de aquí adelante los maestros y los reformadores del mundo. Todos los siglos que corrieron antes de su existencia, todas las naciones cultas que le preceden en la historia, son otros tantos libros formados por la experiencia para que en las desgracias ajenas aprenda este pueblo joven y vigoroso el arte de la ilustración verdadera.[34]

Vemos que ya era usada la metáfora del *libro*.

Por tal motivo la historia que los nuevos Estados se interesaron en transmitir fue la universal: su estudio fue "más pujante que el de la historia nacional o americana" en Nicaragua en el siglo XIX.[35] Al regularse la enseñanza de la historia en el Colégio Pedro II, en 1837, la brasileña era relegada al final, como coronación de la universal.[36] Al componer Felipe Paz Soldán para su hijo, que estudiaba en Baltimore, unos apuntes de historia peruana, quería impedir que "estuviere muy al corriente de la historia de los Medos, de los Asirios y otras naciones que ya no existen y que ignorara la historia de su patria, como sucede a muchos peruanos que se educan en el extranjero".[37]

Hallamos en otros autores variantes de esta preocupación: "mucho más se nos alcanza de lo que hicieron los caldeos, griegos y romanos que de los hechos de Balboa, Quesada, Heredia o Robledo, ignoramos que es un gusto la teogonía, costumbres y política de las razas primitivas que habitaban nuestro país, y sobre la his-

[34] *El Farol* (Puebla), Prospecto, 11-XI-1821, pp. 2-3.

[35] Carlos Molina Argüello, *La enseñanza de la historia en Nicaragua*, México, IPGH, 1953, p. 114.

[36] Artur César Ferreira Reis *et al.*, *O ensino da história no Brasil*, México, IPGH, 1953, pp. 37-38.

[37] Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente. Primer periodo 1819-1822*, Lima, 1868, p. viii.

toria del virreinato nos encontramos a buenas noches"; "estamos presenciando la no poco perjudicial anomalía de que mientras los jóvenes suelen salir versados en la historia antigua y moderna de otros países, carecen hasta de las más ligeras nociones de la propia". "En nuestro país se sabe más de lo que ha pasado en Francia desde la creación del mundo, que lo que ha sucedido entre nosotros de medio siglo acá". Al examinar a las estudiantes puertorriqueñas al comienzo de la ocupación estadounidense, se vio que sabían de historia sagrada, universal y europea, y nada de la de Puerto Rico o Cuba.[38]

Se explica el desfasaje si se ven los planes de estudio. Todavía en tiempos coloniales, ya antes del Colégio imperial citado se estableció la historia universal en el Seminario brasileño de Olinda en 1800 y en la escuela fundada por Saturnino Sáenz Peña en Buenos Aires, donde se impartía historia antigua, romana y de España. Estuvo prevista en el Reglamento de Colegios de Bolivia, donde se prescribía que "los elementos de Historia Universal se estudiarán en el compendio de Anquetil o por el discurso inmortal de Bossuet, debiendo en este caso el profesor agregar un extracto histórico de los siglos XVIII y XIX hasta el presente".[39] Junto a los cursos que después veremos de José María Heredia en México y Alejandro Marure en Guatemala, hasta en el rural Uruguay el Curso completo de estudios de Francisco de Curel (publicado en Montevideo en

[38] Emiro Kastos, "Memorias para la historia de la Nueva Granada, de José Antonio de la Plaza" (1851), en *Artículos escogidos*, nueva ed., con un retrato del autor y un prólogo de Manuel Uribe Ángel, Londres, Fonnegra, 1885, pp. 35-42, p. 35; J. M. Roa Bárcena, *Catecismo elemental de la historia de México* (1862), ed. facs., México, INBA/SEP, 1986, p. 4; Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas* (1865), Bogotá, Bedout, 1971, p. 92n; Antonio Rivera & Arturo Morales Carrión, *La enseñanza de la historia en Puerto Rico*, México, IPGH, 1953, pp. 17-18.

[39] Guillermo Francovich, *La filosofia en Bolivia* (1945), 2ª ed., La Paz, Juventud, 1966, p. 138.

1831) preveía la Historia moderna universal, la Historia antigua y la Historia romana.[40]

Algo de esta ciencia habrá penetrado aun entre quienes eran ajenos a la palabra escrita: "Hoy día el más vulgar entiende de derecho público, conoce el modo cómo entró en la sociedad, alcanza sus prerrogativas y posee un fondo de conocimientos de que se hallaba destituido" comprobaba el *Periódico Oriental* (1815), y efectivamente el bardo popular uruguayo Bartolomé Hidalgo la exhibe en sus cielitos y diálogos patrióticos, destinados al consumo de gauchos y orilleros, que escuchaban y evidentemente entendían alusiones a Bonaparte en Bayona, a Nerón y a las crueldades de la Conquista. Había grabados ubicuos en casas y espacios públicos, que tuvieron por tema ocasional episodios lejanos como el banquete de Nabucodonosor, la fuga de los hebreos o Alejandro Magno en Persépolis. Más de un sabihondo local habrá exhibido tales conocimientos del modo que evocaba un poema satírico uruguayo: "se levanta con Horacio / y con Homero se acuesta, / almuerza con Cicerón / y con Sócrates merienda. / La historia de las naciones / antiguas como modernas / conoce a no equivocarse / en las cosas más pequeñas". O el primo Juancho que recordaba Teresa de la Parra, personaje nacido a fines del XVIII, con un amor hacia Europa "robustecido por revistas y catálogos" y que "todo lo sabía con entera conciencia. No importaba época histórica, lugar o categoría a la cual perteneciera la idea, ante nada vacilaba. Con la misma propiedad con que disertaba sobre derecho romano, disertaba sobre las verdaderas causas que determinaron la caída de los girondinos o la Independencia de América". En todo intervenía interrogando: "¿qué influencia pre-

[40] Jorge C. Bohdziewicz, Carlos A. Bisio, Olga S. de Bohdziewicz, María C. Dueñas, *Historia y bibliografía crítica de las imprentas rioplatenses 1830-1852*, vol. 1, Buenos Aires, Instituto Bibliográfico Antonio Zinny, 2008, *sub anno* 1831.

dominaba, vamos a ver, en el primitivo Templo de Salomón? ¿Los artistas que lo construyeron fueron fenicios o fueron caldeos?".

Era, concluía su prima, un Larousse desencuadernado con todas las hojas sueltas.[41] Pero también mostraba ser un hábil polemista que echaba mano de los argumentos prestigiosos que en tiempos recientes habían empezado a impresionar al público.

3. Nosotros en la historia

Lo anterior nos revela que durante décadas seguimos fieles a las preferencias ilustradas, aun cuando ya éstas habían cambiado en Europa, cuando podía decir el francés Prosper de Barante (1824-1828) que las historias nacionales habían prevalecido sobre las universales.[42] Una involución comprobable en la diferencia entre los anhelos ecumenistas de Voltaire, Turgot, Condorcet o Herder y los más restringidos geográficamente del mismo Barante y con él de liberales y románticos, absortos en las historias nacionales. Éstas faltaban entre nosotros, ya dije, y nuestras reflexiones políticas debieron basarse en el amplio cuadro de la historia universal, en el del mundo de las naciones, a partir de la lectura republicana de la Antigüedad,

[41] El prospecto del *Periódico Oriental* es citado por Orestes Araújo, *Historia de la escuela uruguaya*, Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1905, tomo 1, p. 178; ejemplo de la ciencia de Hidalgo en "El gaucho de la Guardia del Monte" (1820), en *Poesía gauchesca*, 1. *Bartolomé Hidalgo, Poemas, Hilario Ascasubi*, ed., pról., notas y glosario de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, México/Buenos Aires, FCE, 1955, pp. 3-7; Petrona Rosende, "A Julia", en Luciano Lira, *El Parnaso Oriental, o Guirnalda poética de la República Uruguaya* (1834-1838), prólogo de Juan E. Pivel Devoto, reimpr. facsimilar, tomo 2, Montevideo, Ministerio de Educación y Cultura, 1981, p. 180; Teresa de la Parra, *Las memorias de Mamá Blanca* (1929), ed. crítica de Velia Bosch, coord., Madrid etc., ALLCAXX, 1996, pp. 50-51, 60.

[42] Friedrich Engel-Janosi, "The historical and political thought of Prosper de Barante", en *id.*, *Four studies in French romantic historical writing*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1955, pp. 57-87.

la melancólica de la Edad Media, la hostil del Oriente, la que después se llamó Leyenda Negra sobre España.

Pero además se hallaba en la Ilustración de los mismos países centrales una argumentación enemiga del colonialismo en general, consciente del sesgo etnocéntrico de la historiografía europea y tolerante o hasta admiradora de otras culturas.[43] La idea de que debíamos apartarnos de un relato exclusivamente centrado en Europa podía leerse en Herder, que antes de los románticos argentinos de 1837 conoció Juan García del Río,[44] y en Volney, quien alertaba sobre la necesidad de una historia más abarcadora en las conferencias impartidas en 1795 que fueron traducidas en México (1824) y en Venezuela (1831). En ellas se decía:

> Tenemos, es verdad, muchos libros con el título de Historias universales. Pero además del estilo declamatorio del colegio (que se nota en los más célebres), tienen también el defecto de no escribir sino Historias parciales de pequeños pueblos y panegíricos de familias. Nuestros historiadores clásicos de Europa no han hablado más que de griegos, romanos y judíos, porque somos nosotros, si no los descendientes, al menos los herederos […] de modo que hasta ahora la historia no ha sido tratada con la universalidad que debe serlo.[45]

La de Volney era una alerta sobre lo que hoy llamaríamos lecturas eurocéntricas.[46] No resultaba atípico en una Ilustración que ha sido

[43] Sankar Muthu, "Enlightenment antiimperialism", *Social Research*, vol. 66, núm. 4 (1999), pp. 959-1007.

[44] Al citarlo explica: "He abierto el libro de la historia, he encontrado que brillan esparcidos acá y allá en sus páginas pueblos, imperios, ciudades, monumentos, algunos nombres", Juan García del Río, *Meditaciones colombianas* (1829), Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, Meditación primera, pp. xii, 3.

[45] "Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia" [n. 28], p. 28.

[46] Véase Jean Gaulmier, "Volney et ses Leçons d'Histoire", *History and Theory*, vol. 2, núm. 1 (1962), pp. 52-65, esp. p. 54.

caracterizada más bien de eurotrópica, guiada no por un "eurocentrismo exclusivo", sin dudas sobre la superioridad europea, sino por un "eurocentrismo inclusivo", que cuestiona dicha superioridad.[47]

De este acervo abrevaron nuestros esfuerzos, en combinación con los nuevos proyectos identitarios, por ubicarnos en la historia universal. Los antecedentes se encontraban entre muchos de los primeros cronistas, ansiosos por insertar a los indios en la historia bíblica, pero después, en el siglo XVII, este objetivo se había diluido, en parte por el disminuido sentido histórico, en parte por la pérdida de popularidad de las historias universales en Europa (y en el mundo). Al remozarse el empeño universalista en nuestro siglo XVIII fue sobre la base de los modernos esquemas[48] de una historia civil que explayaban el tránsito de la barbarie a la civilización, como en unos primeros escritos de Eusebio Llano Zapata (1776), Juan Ignacio Molina (1776-1782) y Juan de Velasco (1789-1792).[49]

Tras la Independencia se quiso continuar con el agregado provecho de la ampliada perspectiva que daban los tiempos. Notable fue el esfuerzo de algunos afroamericanos por rescatar el papel de los africanos en la historia, sus grandes hechos y personajes, a contra-

[47] Harbsmeier, "World histories before domestication" [n. 24]; Stuchtey & Fuchs, "Problems in writing of world history" [n. 24].

[48] Carmen Bohórquez registra que "la utilización de la historia para descifrar el presente es una de las característica de esta época", "La filosofía de la independencia", en Enrique Dussel, Eduardo Mendieta & Carmen Bohórquez, eds., *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino" (1300-2000)*, México, Siglo XXI, 2011, pp. 162-175, p. 169; véase también Ana Carolina Ibarra, "Cambios en la percepción y el sentido de la historia (Nueva España 1816-1820)", *Historia Mexicana*, vol. 63, núm. 2 (250) (2013), pp. 645-688; nota la autora un mayor interés por la historia a fines de la Colonia.

[49] Víctor Peralta Ruiz, "Nación y civilidad en las historias de la América meridional de finales del siglo XVIII", en Antonio Escobar Ohmstede, Romana Falcón Vega, Raymond Buve, coords., *La arquitectura del poder: naciones, nacionalismo y Estados en América Latina, siglos XVIII, XIX y XX*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 25-40.

pelo de la versión hostil escrita por cierta tendencia europea, aunque en concordancia con otra representada por el abate Grégoire y Volney. La iniciativa tuvo como centro la rebelión haitiana; de su influencia, así como de otras fuentes orales y escritas abrevó el liberto cubano José Antonio Aponte, que investigaba en varios libros y difundía sus hallazgos sobre esa historia subterránea por medio de dibujos, expuestos ante un público de libres y esclavos con los cuales proyectaba una rebelión, que fracasó (1811). Con más método y conocimiento elaboró sobre estas tesis el mulato haitiano Jean-Louis Vastey, con una vasta obra centrada en la idea de un origen africano de la civilización.[50]

Otro esfuerzo se desplegó en México con motivo de la fundación del Instituto Científico y Literario (1826), empresa que tenía antecedentes en Francia y España, pero entendido ahora como un consejo de sabios con la misión de elaborar, como hoy diríamos, un proyecto cultural para el nuevo país.[51] Éste tenía como elemento central el estudio de la historia, que permitiría comprender el sentido de las revoluciones. En el discurso inaugural, Andrés Quintana Roo "presentó un cuadro filosófico de la historia, procesos y vicisitudes del saber humano, concluyendo con analizar el estado actual de las luces europeas y los motivos poderosos que deben realzarlas en América".[52]

[50] Jorge Pavez Ojeda, "Lecturas de un códice afrocubano: naturalismo, etiopismo y universalismo en el libro de José Antonio Aponte (La Habana, circa 1760-1812)", *Historia Crítica*, núm. 45 (2011), pp. 56-85; Jean-Louis Vastey, *El sistema colonial develado* (1814), edición y estudio preliminar Juan Francisco Martínez Peria, traducción Laura Leger, prólogo Marlene Daut, Buenos Aires, Centro cultural de la Cooperación, 2018.

[51] Sobre el tema, Pablo Mora, "Andrés Quintana Roo y José María Heredia: protagonistas del primer proyecto cultural del México independiente", *Boletín del IIB* (México, UNAM), vol. 15, núms. 1 y 2 (2010), pp. 121-145.

[52] *El Iris*, periódico crítico y literario, ed. facs., introd. por María del Carmen Ruiz Castañeda, índice por Luis Mario Schneider, México, UNAM, 1986, núm. 10, 8-IV-1826, p. 97.

Quien así reseñaba tal discurso era el cubano José María Heredia, residente en México y convencido de que "en un país libre, todo hombre que tenga una educación regular debe poseer en cierto grado la ciencia política, y la historia es su grande escuela", por lo cual "la historia debe ser, pues, uno de los principales objetos de la enseñanza pública". Son conceptos que ya hemos visto, también aquí seguidos por la primacía que se asignaba a la historia universal, la cual debería "dar una idea clara de la marcha del género humano y las vicisitudes de la civilización en todos los ramos". Para tal tarea faltaba un manual de estudio: "Convencido profundamente de que es importantísimo a la juventud el conocimiento de la historia, he lamentado siempre la falta de un libro elemental en nuestro idioma que podría servir de texto a un curso de este ramo".

Como es regla entre nuestros pensadores, emprendió él la tarea; escribió a su madre (18-XI-1826): "Yo trabajo en una obra gigantesca, que llevo a la mitad a fuerza de constancia. Es un ensayo filosófico sobre la historia universal desde los primeros tiempos hasta los actuales".[53] Componerlo enteramente entre tanta urgencia excedía sin embargo la ciencia y la capacidad de trabajo de Heredia y los medios de nuestros nacientes países, por lo cual adaptó la *Universal history: from the creation of the world to the beginning of the eighteenth century*, de Alexander Fraser Tytler, lord Woodhouselee (1747-1813), publicada en 1801 y utilizada para la docencia en los Estados Unidos.[54]

[53] La carta es citada en la introducción de Honoria Céspedes Argote a José María Heredia, *Lecciones de historia universal* por el ciudadano … [Toluca, Imprenta del Estado, 1831-1832], edición facsimilar, Toluca, Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México/Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 2014; las otras citas provienen del Prospecto de dicha historia.

[54] Nancy Vogeley, "Heredia y el escribir de la historia", en Lelia Area & Mabel Moraña, comps., *La imaginación histórica en el siglo XIX*, Rosario, UNR, 1994, pp. 39-56; es uno de los libros que he enumerado antes como ejemplo de las historias universales de la última parte del XVIII.

Sin embargo el propósito del cubano era distinto al del original. Pretendía seguir más "la conexión de los asuntos que la del tiempo" y se tomaba por ello libertades abundantes para agregar y corregir un desarrollo muy centrado en Gran Bretaña y que sólo llegaba hasta Luis XIV. Citaba a otros autores, en dispareja bibliografía: Condillac, Millot, Offerhaus, un compendio de historia universal en latín, Bossuet, la Biblia, historiadores antiguos y el escocés William Mitford. La traducción/adaptación/publicación procedía a medida que avanzaba en sus cursos, por lo que se nota cierto desorden, regresos cronológicos y aun incoherencia.[55] No dominaba la materia, tras de su muerte su proyecto fue a la deriva y lo fustigó José Gómez, Conde de la Cortina, quien había estudiado en Alemania. Apuntó que la enseñanza de la historia universal en México se reducía "a copiar y leer retazos de una malísima traducción de otras lecciones, peores todavía, escritas en inglés por un *extractor* que se conoce escribió *ad panem lucrandum*", semiplagiando a J. A. Schnitzler (1802), que era demasiado filósofo, y las Tablas sincronísticas de D. G. J. Hubler (1799 y 1804). Nada decía el conde sobre el traductor, ya muerto, y enumeraba unos manuales que considera útiles para la historia antigua (Bredow, Sacy, Heeren, Rollin etc.) e historia general (los famosos tomos de la historia universal inglesa, Guthrie, Hubler).[56]

Aun dando la razón al condal crítico y a pesar de tales pecas, fue una encomienda notable la de Heredia, en brega con influencias de distinto origen. Se ha dicho que su historia universal quería deslindarse del esquema providencialista de la retórica colonial española,

[55] Promete un plan de acuerdo con el imperio dominante en cada época, pero no lo hace; dice que no se ocupará de la historia judía, cubierta por la historia sagrada, pero termina incluyéndola.

[56] El artículo del Conde de la Cortina (1843) en Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia* [n. 28], pp. 92ss.

pero seguía ligado a él. Se han subrayado sus propósitos cívicos.[57] Con otra mirada destaco en ella el esfuerzo por incluir a todos los países del mundo y anotar sus méritos. El regaño de José Gómez sirve para revelarnos el lejano origen del centón de Heredia en la erudición alemana ilustrada, anterior al ordenamiento hegeliano. Lo vemos entonces ajeno a este último, que va dejando en el olvido a los pueblos orientales una vez que cumplieron su misión; Heredia en cambio introduce en distintos momentos de su narrativa a persas, árabes, mongoles, indios y chinos. Halla lugar para disertar sobre sus realizaciones culturales y cita sus obras literarias, que probablemente conocía sólo de nombre. No escatima los elogios. En conjunto no supone un protagonismo europeo todo a lo largo de la historia, sino sólo en los últimos tiempos.

Tal aplicación, poco visible en su olvidado manual, no puede desligarse de otras dimensiones de su proyecto intelectual, al cual también pertenece el poema "Sobre el teocalli de Cholula" y la novela histórica *Jicoténcal* (1826), que le es atribuida, ambos con un mensaje americanista y de reivindicación del antiguo Anáhuac. Más ampliamente se ve su proyecto en las revistas que fundó o (co) dirigió: *El Iris* (1826), *La Miscelánea* (1829-1832) y *Minerva* (1834). Éstas buscaron ofrecer a los lectores mexicanos un panorama de la literatura del mundo, la cual incluía en forma prominente el Oriente, así como noticias extraeuropeas.[58] Aspiraban a presentar

[57] Vogeley, "Heredia y el escribir de la historia" [n. 54]; Mora, "Andrés Quintana Roo y José María Heredia" [n. 51].

[58] Hans-George Ruprecht, "Weltliteratur vue du Mexique en 1826", *Bulletin Hispanique*, 3 (1971), pp. 307-318; ejemplos de las notas que comento son fáciles de encontrar en las reimpresiones modernas de las revistas: *El Iris* [n. 52]; José María de Heredia, *Minerva, periódico literario*, presentación, notas e índices de María del Carmen Ruiz Castañeda, México, UNAM, 1972; *Miscelánea: periódico crítico y literario*, ed., est. prel., notas e índice analítico de Alejandro González Acosta con la colaboración de Margarita Báez Jiménez, México, UNAM, 2007. Los "cuentos orientales" forman una sección regular de este último.

el libreto de un drama llamado historia universal, en la cual los protagonistas de la independencia situaban su lucha.

Posiblemente la cátedra de historia universal que Alejandro Marure comenzó a dictar en Guatemala en 1832 tuviera una intención similar: tanto sus referencias bibliográficas (Bossuet, Voltaire, Volney, Robertson, Segur) y sus alusiones a una primitiva sabiduría de la India previa a la de Grecia como sus frases en torno al papel de América revelan que su mundo mental era el de la Ilustración en su significado más ecuménico.[59] El programa cultural iniciado por Andrés Bello a su llegada a Chile en 1829 alentaba igualmente un panorama de las historias del mundo. Eso ya se verá.

4. La gloria americana

En el drama así expuesto podía sí ser Europa superior "por los esfuerzos intelectuales de sus habitantes" pero de varias formas prosiguió durante unos años, los primeros independientes, la exaltación de las culturas amerindias: recuperación de sus símbolos, recaudos para la conservación de restos arqueológicos, búsqueda de la integración de sus descendientes, planes de restauración del Incanato. Este apego no excluía sin embargo el llamado a una relación con "todas las naciones de quienes tengamos que esperar nuevas luces, ventajas de instrucción, aumento de nuestros conocimientos, industria y comercio, y un influjo benéfico sobre nuestras costumbres; o de quienes no tengamos que temer el espíritu de usurpación y la

[59] Augusto Cazali Ávila, "Alejandro Marure y la primera cátedra de historia. Pensamiento y obra", *Anales de la Sociedad de Geografía*, tomo 1, núm. 3 (1925), pp. 226-232; contiene el Discurso de Alejandro Marure al inaugurar las clases de Historia universal en 1832.

tendencia de las conquistas, sostenidas por las fuerzas proporcionadas y por los progresos que ha hecho el arte de la guerra".[60]

Quedaba la tarea urgente de subrayar el lugar a América en el relato ilustrado sobre el paso de las tinieblas a la luz. Quienes la imaginaron creían estar naciendo al mundo, poder empezar toda labor desde cero y mirar en el pasado de los otros los errores a evitar en la nueva era:

> Hallaremos en los tiempos primitivos y en las naciones más remotas la semilla de todos los absurdos que transformados de mil maneras diferentes han penetrado hasta nuestro siglo a través de todas las revoluciones. Veremos en las orillas del Ganges y en las del Antiguo Egipto la cuna de la religión y el origen de esa multitud de sistemas que se han difundido por toda la tierra […] que es uno mismo el fundamento de todos los cultos.[61]

Casi lugar común constituyen los testimonios: "las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa volarán a Colombia libre, que las convidará con un asilo";[62] "todas las naciones del antiguo mundo han brillado antes que nosotros, y se acerca el momento en que brille el nuevo"; "va a conquistar por su turno el antiguo mundo, sin inundarlo, esclavizarlo ni embrutecerlo".[63] "Unidos, gran Dios, ni el imperio de los Medos, ni el de los Asirios, ni el de Alejandro, ni el de Augusto pudieran jamás compararse con esta colosal república, que un pie sobre el Atlántico, otro sobre el Pacífico, verá la Europa y el Asia multiplicar las producciones del

[60] *El Sol de Chile*, 2-x-1818, en *CdAPCh*, vol. 12, p. 263.
[61] Discurso de Alejandro Marure [n. 59].
[62] Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6-ix-1815.
[63] Para estas ideas en el caso de Venezuela, véase Elías A. Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación*, prólogo de Leopoldo Zea, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971, pp. 125, 126, 130, 147, 202, 234.

genio y de las artes".[64] "Vendrá un tiempo y una generación que, mirando al sol, se acuerde que las luces y gloria del Oriente se han ido occidentando y que es preciso abandonar el viejo hemisferio para buscar el nuevo". Es inevitable que "así como las luces corrieron de la Arabia a la Europa, huyan de ésta".[65]

Desde esta superioridad, América tendría una misión ecuménica: la libertad de América va a "éclairer le monde" (Juan Pablo Viscardo y Guzmán, 1792). La proclama de José de San Martín a los limeños y habitantes de todo el Perú les hacía ver cómo "la expectación de más de las otras tres partes de la tierra están sobre vosotros". No menos grandilocuente fue poco después Bolívar antes de la batalla de Junín: "la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo".[66] Ya antes habría dicho: "La civilización que ha soplado del Oriente ha mostrado aquí todas sus fases, ha hecho ver todos sus elementos, mas en cuanto a resolver el problema del hombre en libertad, parece que el asunto ha sido desconocido y que el despejo de esa misteriosa incógnita no ha de verificarse sino en el Nuevo Mundo". Y otros: "Ha llegado el tiempo en que la América resuelva para el mundo toda la gran cuestión de la mejora universal de las sociedades".[67] Expresiones equivalentes ya se habían oído en

[64] Francisco Antonio Zea, *Manifiesto sobre la creación de la República de Colombia*, Caracas, s.e., 1820, p. 2.

[65] *Gazeta de Santiago de Chile*, n. 33, 21-II-1818 y 31-VII-1819, en *CdAPCh*, vol. 4, p. 348 y n. 3, y vol. 7, tomo 2, p. 52.

[66] José de San Martín, "Proclama a los limeños y habitantes de todo el Perú", 13-XI-1818, en *Epistolario selecto. Otros documentos*, pról. de J. C. Raffo de la Reta, Buenos Aires, Jackson, 1947, p. 86; Simón Bolívar, "Proclama antes de la batalla de Junín", 29-VII-1824.

[67] La primera cita son supuestamente palabras de Bolívar en su Juramento en el Monte Sacro, y por lo menos son la reelaboración que de ellas hizo Simón Rodríguez; la segunda cita pertenece a unos liberales centroamericanos hacia 1825, y proviene de Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica, desde 1811 hasta 1834* (1837), con un prólogo de Ernesto Chinchilla Aguilar, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1960, tomo 1, p. 204.

las entusiastas Trece Colonias pero sólo secciones del pensamiento más democrático en la Europa decimonónica arrogaron tal misión para su continente.

El horizonte no se limitaba a Europa: el *Mercurio Peruano* sería conocido en "los extremos de la Asia y la África. Irá a dar las primeras lecciones de racionalidad al adusto habitador del Níger, como las ha administrado al bárbaro del Ucayali, y las prensas del Kiang imitarán a las del Elba y el Danubio". Se representaba a la humanidad "saludando a este asilo venturoso / desde Asia y la Europa, donde gime / en medio de la paz de los sepulcros". "Bajo su sombra amena / del Támesis al Nilo / y desde el Volga al Sena / vendrán los libres a buscar asilo / y dirá el mundo al repetir tu nombre: / he aquí la patria general del hombre".[68] La proclama de Bolívar a los pueblos del mundo, de 1814, implica un idea que fue más tarde elaborada por el guatemalteco José Cecilio del Valle (1821): con la independencia americana, "el asiático, el africano subyugados como el americano comenzarán a sentir sus derechos: proclamarán al fin su independencia en el transcurso del tiempo y la libertad de América hará por último que la tierra entera sea libre".[69] El imperio de Brasil "virá a ser o moderador da Europa, o arbitro d'Azia e o dominador de Africa".[70] De la misma fantasía criolla es responsable un monumento levantado en la Plaza de la Victoria de Buenos Aires para festejar en 1815 la fiesta patria del 25 de mayo, con el viejo

[68] *Mercurio Peruano*, 2-I-1794, p. 5; "A la victoria del Maypo", en *La Lira Argentina* (1824), reproducción facsimilar en *BdM, Literatura*, tomo 6, p. 226; Francisco Acuña de Figueroa, "Oda" (1830), en Lira, *El Parnaso Oriental* [n. 41], tomo 1, p. 149.

[69] Bolívar, Valencia, 20-IX-1813; José Cecilio del Valle, Justificación de la independencia (1821), en *Textos fundamentales de la independencia centroamericana* [n. 31], p. 33.

[70] Antonio Luiz de Brito Aragão e Vasconcellos, "Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil, ou Novo Império Lusitano", *Annaes da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. 43-44 (1931), pp. 1-48, p. 7.

motivo de las cuatro partes del mundo, mostrando a América libre, Europa admirando esa libertad, Asia todavía encadenada y África redimida por la libertad de sus hijos en América.[71]

Propósitos concordes con una suerte de amor ecuménico que la misma Iglesia había manifestado en relación incluso con viejos enemigos: "el idólatra, el mahometano, el hereje, todos son nuestros acreedores" y el verdadero cristiano los ama a todos, rezaba una carta del obispo de Salamanca difundida por la prensa de Buenos Aires en 1801. Con este encomiable espíritu se entrelazaban más tarde las visiones del futuro dichoso de un emporio entre Europa, África y Asia y del fortalecimiento de los nuevos gobiernos "con las armas, la opinión, las relaciones extranjeras y la emigración europea y asiática que necesariamente debe aumentar la población".[72] Se llamaba a "¡maestros y padres, enseñad a vuestros discípulos e hijos a que amen al hombre, sea nacido en la Siberia o en Méjico, en el Indostán o en el Perú!"; habría "un pueblo de hermanos / que con tierno amor / no hace diferencia / del Persa al Bretón". Convocaba Bernardo Monteagudo (prócer tal vez con sangre africana) a participar en el gobierno a quien reuniera ciertos requisitos "sea su procedencia cual fuere, sin que haya la más pequeña diferencia entre el europeo, el asiático, el africano y el originario de América". Años después el Plan de Iguala, que proclamaba la independencia mexicana (24-II-1821) comenzaba: "Americanos, bajo cuyo nombre comprendo no solamente a los nacidos en América sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen".[73]

[71] José Luis Lanuza, *Morenada*, Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 64.

[72] *Telégrafo Mercantil* [n. 11], tomo 2, núm. 25 (27-X-1801), p. 181 [506]; Carta de Simón Bolívar al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*, septiembre (¿) de 1815.

[73] Composición "Lima libre" de Felipe Lledías, en ocasión de la entrada de José de San Martín a Lima, en Aurelio Miró Quesada Sosa, comp., *La poesía de la emancipación*, en CDIP, tomo 24, p. 300; Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Plan del Perú* (1823) y "Discurso primero en Panamá", en *Plan del Perú y otros escritos*, ed.

En consonancia, puede verse que los proyectos de inmigración y colonización de esos primeros años mencionaban la llegada de chinos, de asiáticos en general, a diferencia de los posteriores a lo largo del siglo XIX, cuando la preferencia sería casi exclusivamente por la migración europea y sólo la necesidad obligó a permitir la llegada de migrantes de Asia oriental, que de todas manera recibieron el peor recibimiento. Los retratos de algunos personajes como Morelos, Monteagudo y hasta Bolívar presentaban con bastante ingenuidad sus rasgos fenotípicos, contrariamente el blanqueamiento del que fue objeto su iconografía posterior.

Ubicados "en el centro del globo", la futura "capital de la tierra",[74] los territorios libertados serían nuevas Tiros, Alejandrías, Bizancios. Entusiasmo que podría haber originado una exégesis mucho más original, creativa y socialmente benéfica que la que terminó por prevalecer en nuestro siglo XIX. Sin embargo se advierte, inclusive en el resumen que he presentado, que un optimismo semejante debía soportar mal la evidencia de los hechos. Estaba construido sobre los supuestos de la Ilustración y paradójicamente sobre libros europeos. Poco sabía de la América que erigía en centro de sus preocupaciones y por otro lado poderosas corrientes empezaban a sugerir con creciente insistencia una centralidad de Europa. Ésta disminuyó su papel de faro central durante unas décadas y en ellas hasta se habían escuchado expresiones de rechazo. En ese interim se buscaron otros referentes en el mundo americano, en la antigüedad grecorromana y hasta en el Asia. Es un fenómeno que también se observa en Estados Unidos.

---

y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1. *Los ideólogos*, vol. 5; Monteagudo, en *Gazeta de Buenos Aires*, 14-II-1812; Proclama de Agustín de Iturbide, en *Del Plan de Iguala a los Tratados de Córdoba*, México, INEHRM, 1985, p. 31.

[74] Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6-IX-1815; A los gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala, convocatoria para el Congreso de Panamá, 7-XII-1824.

Y tanto allá en el norte como acá, fue pasajero. "Éstas eran las ilusiones de todos en aquel tiempo", recordaba un ya desengañado Lucas Alamán.[75] Eran alentadas por una situación revolucionaria, el contacto entre clases y grupos heterogéneos empeñados en la misma lucha, los años de libertad y hasta libertinaje. Después hubo hechos que las desbarataron. El americanismo se fue disolviendo y Europa se convirtió nuevamente en el centro de atención para las clases dominantes americanas, especialmente en los países del sur. El afán universalista de Heredia no tuvo continuidad en las revistas mexicanas posteriores. El *Iris* se transformó en una revista política más.[76] Del mismo modo las energías de Alejandro Marure, otro entusiasta de revelar el panorama de la historia universal, se volcaron a escribir su *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica, desde 1811 hasta 1834*, publicado en 1837. Los tiempos de desasosiego no estaban para empresas menos inmediatas.

[75] Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente* (1850), reimpr., México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1985, vol. 5, p. 291.

[76] María del Carmen Ruiz Castañeda en la presentación de *El Iris* [n. 52], pp. xxii-xxiii; Alamán, *Historia de Méjico* [n. 75], vol. 5, p. 379.

3
FILOSOFÍAS DE LA HISTORIA

> *El vencido tiende siempre a imitar al vencedor en su estilo, su atuendo, sus pretensiones y la inclinación de sus usos y costumbres. La razón de esto es que el individuo siempre atribuye la perfección a quien lo venció y a quien está sometido.*
>
> Ibn Jaldún

Los estudios sobre historiografía latinoamericana se han limitado a los relatos que acerca de nuestro pasado hemos escrito, sin atender mayormente lo que a veces decimos sobre el resto del mundo, en el supuesto que nuestra ambición o capacidad historiográfica temen avanzar más allá de las fronteras nacionales o en todo caso regionales: "No ha sido frecuente entre nuestros historiadores la preocupación asidua por los problemas de la historia universal" dijo un explorador de estos últimos. Convicción que hace pasar por alto las posibles glosas: "desestimé las referencias a la historia europea antigua y medieval, a las de los pueblos asiáticos y a la sagrada. Esto no implica en modo alguno desconocer su valor, interés o importancia,

sobre todo en el caso de esta última, pero sí asumir que un examen de la misma excede las posibilidades de este estudio".[1]

Lenguaje que alude a cierto provincianismo que envolvió y envuelve a las historiografías nacionales desde su normalización en el siglo XIX; justificable además cuando se comprueba que las desestimadas referencias suelen ser simple calco de fuentes europeas. A pesar de ello, si hacemos el ejercicio de enfocarlas, podremos ver que la historia universal, bíblica, clásica, oriental o europea no fue inicialmente una preocupación marginal entre los pensadores más originales. Hasta diría que fue frecuente y asidua, a pesar de lo primeramente citado, y que además, sin muchas referencias explícitas, siguió subyaciendo a nuestras interpretaciones globales de la realidad a partir de la dicha normalización. Del mismo modo, siguió haciendo parte fundamental de la comprensión del mundo y los proyectos políticos de las élites.

1. Ciencias sociales, historia y eurocentrismo

De alguna forma estuvieron conectadas con la Ilustración una serie de revoluciones que se contagiaron mutuamente y han sido llamadas burguesas, democráticas o atlánticas e iniciaron en los márgenes: en Córcega, Filadelfia, en las colonias ibéricas, en las revueltas

[1] José Luis Romero, introd. a Vicente Fidel López, *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, con el capítulo del Curso de Bellas Letras, De las diversas escuelas de historia social*, y un estudio preliminar de José Luis Romero, Buenos Aires, Nova, 1943, también reproducido en José Luis Romero, *La experiencia argentina y otros ensayos*, comp. de Luis Alberto Romero, introd. de Carlos Altamirano, Buenos Aires, Taurus, 2004, pp. 249-255; Fabio Wasserman, *Entre Clío y la Polis: conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008, p. 43. Ambos autores se refieren a la producción historiográfica argentina pero sus frases pueden extenderse al resto de América, como se verá.

de Pugachov y de Polonia, se ha dicho;[2] u otros sitios más remotos, se descubrió posteriormente.[3] De todos modos, cuando estalló Francia, uno de los dos principales Estados en ese sistema mundial que se recomponía, los alcances fueron ecuménicos: para Immanuel Wallerstein, la Revolución Francesa dio pie a las primeras revueltas antisistémicas (Haití, Irlanda, Egipto) y con ello tomaron conciencia las clases dominantes noratlánticas de la peligrosidad de las masas y de la inevitabilidad del cambio social. Con el fin de entender éste y controlar aquellas fueron construidas las ideologías modernas, liberalismo, conservadurismo, marxismo, anarquismo, sobre la base de las ciencias sociales, para cuyo estudio fue necesaria una inversión social inédita en la estructura académica.[4]

Existieron sí antecedentes: la Ilustración había concebido el carácter orgánico de la sociedad y asentado la idea de progreso,[5] ambos sobre una base material y ya no religiosa o metafísica. Se ha escrito que posiblemente "philosophes" pueda traducirse como "sociólogos", pero con el sesgo de filósofos morales que buscaban reformar más que describir la sociedad. Es decir que sentaron las bases de la sociología, politología y economía, pero éstas se desarrollaron como ciencias sólo en el siglo XIX, con el novedoso método de analizar

[2] Franco Venturi, "La circolazione delle idee", *Rassegna Storica del Risorgimento*, anno 41, fasc. 2-3 (1954), pp. 203-222, p. 211.

[3] Sus extremos se han detectado en las rebeliones chinas de época Qing, el levantamiento sij en la India a partir de 1710, el wahabismo en Arabia, insurrecciones en Java, véase Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno, 1780-1914: conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010, pp. 31ss; David Armitage & Sanjay Subrahmanyam, eds., *The age of revolutions in global context, c. 1760-1840*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010, esp. pp. xxii-xxix de la Introduction.

[4] Immanuel Wallerstein, "The French Revolution as a world-historical event", *Social Research*, vol. 56, núm. 1 (1989), pp. 33-52.

[5] Hugh Trevor-Roper, "The historical philosophy of the Enlightenment" (1963), en *id.*, *History and the Enlightenment*, New Haven/Londres, Yale University Press, 2010, pp. 1-16, p. 4.

la sociedad, un concepto igualmente novedoso, y de contabilizar y nombrar sus partes, dando así en la explicación de la realidad que todavía nos rige. Del mismo modo, aunque ya hoy no se cree en la falta de sentido histórico de la Ilustración,[6] sí debe pensarse que sólo el siglo XIX transformó la historia, como nos han dicho, de fuente de ejemplos moralizadores en relato de un desarrollo, con un nuevo régimen de historicidad, como se ha resumido más recientemente, una nueva forma de entender la sucesión del tiempo, de otorgar sentido a las relaciones entre pasado, presente y futuro.

Con ello (en Europa principalmente pero también más allá de sus fronteras) la historia triunfó sobre su vieja rival la metafísica[7] y se convirtió en saber omnipresente, en el elemento unificador interdisciplinario para el "descubrimiento de la sociedad".[8] Sus monumentos —Grote, Michelet, Mommsen— eran leídos regularmente por el público culto no especializado y el paso a la época de la Restauración significó un auge de cátedras y publicaciones consagradas a la historia. Se organizó su investigación universitaria y su difusión en la enseñanza elemental, pulularon las academias y aparecieron las distintas historias nacionales y los grandes retablos sobre la antigüedad oriental, clásica y medieval, sobre instituciones, ideas y objetos. Con ello "el pensamiento histórico entró en nuestras venas" (Huizinga), originando "la mayor revolución es-

[6] "Arma de los románticos" (Cassirer), "mito reaccionario" (Georg Lukács); del menor sentido histórico ilustrado hablan John Lukacs, *Historical consciousness: the remembered past* (1968), with a new introduction by the author and a foreword by Russell Kirk, New Brunswick/Londres, Transactions Publishers, 1994, pp. 18ss; Peter Burke, *The Renaissance sense of the past*, Londres, Edward Arnold, 1969, pp. 142-144.

[7] Ernst Breisach, *Historiography: ancient, medieval & modern*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, p. 229.

[8] Historia y ciencias sociales nacen juntas en la modernidad y conforman, según Fernand Braudel, "una sola aventura del espíritu", "Historia y sociología" (1958), en *id.*, *Escritos sobre la historia*, México, FCE, 1991, pp. 85-106, p. 92.

piritual del pensamiento occidental" (Meinecke), por el cual "hoy todo toma forma histórica" (Chateaubriand); "la historia es no sólo el estudio más conveniente, sino el único estudio e incluye a todos los demás" (Carlyle); "reconocemos sólo una ciencia: la ciencia de la historia" (Marx); "todos los estudios en las ciencias humanas son históricos" (Dilthey).

Al mismo tiempo sin embargo, el campo visual se estrechaba geográficamente. Si la Ilustración había aspirado, al menos en principio, a la universalidad y había arrojado su mirada sobre la totalidad del mundo, el interés del nuevo siglo se reveló más limitado, sus problemas no encontraban respuesta fuera de Europa, los principios de la Revolución Francesa no se consideraban aplicables fuera de Francia.[9] La segunda mitad del XVIII había mostrado afición a integrar la etnografía en la historia universal, con gran variedad de metodologías, organización y enfoques, y en cambio en el XIX disminuyeron las propuestas: aunque las obras de historia universal fueron más voluminosas, también fueron mucho más homogéneas en concepción y la dedicación prevaleciente fue de tema nacional o europeo.[10]

[9] "En cuanto a la historia de China, que la Ilustración se había puesto a estudiar no sin motivo, en cuanto al Oriente musulmán y a los pueblos salvajes […] esa parte de la historia no podía proporcionar ideas y lecciones a las luchas constitucionales del presente", Ed. Fueter, *Historia de la historiografía moderna* (1912), Buenos Aires, Nova, 1953, vol. 2, pp. 92, 176-177; *cf*. Georg G. Iggers, Q. Edward Wang & Supriya Mukherjee, *A global history of modern historiography*, 2nd ed., Londres/Nueva York, Routledge, 2017, p. 7; "apenas con la revolución de la modernidad pudo abrirse la oportunidad de percibir al otro en su propia 'mismidad' y no como la imagen narcisista del que lo percibe; aunque, perversamente, sólo se haya abierto para cerrarse de inmediato con la contrarrevolución capitalista que la volvió efectiva", Bolívar Echeverría, "La identidad evanescente", en *id.*, *Ensayos escogidos*, México, Desde Abajo, 2011, pp. 221-235, p. 222.

[10] El interés por la historia universal declina después de 1800, Peter Burke, "Europeans views of world history from Giovio to Voltaire", *History of European Ideas*, 6, 3 (1985), pp. 237-251, p. 246; "In the nineteenth century, after the War

En parte porque se había tomado conciencia de la inmensa diversidad humana, de la enorme cantidad de documentos a consultar, de las dificultades lingüísticas y filológicas que la erudición presentaba: aunque estaba convencido que debía ser el objetivo final de todo su gremio, Leopold von Ranke temía que no había llegado el momento de escribir una historia universal, y en cierto modo lo demostró en un intento que fue muy poco satisfactorio. Pero además de este problema heurístico, pesaban cada vez más las filosofías de la historia construidas sobre el "modelo colonizador del mundo",[11] destinado a explicar la modernidad europea como finalidad de todo esfuerzo humano desde los comienzos de su marcha, y que proponía la lenta asimilación a ella como ideal. Se abandonaban de este modo las concepciones de la Ilustración que eran, repitiendo lo dicho en el capítulo anterior, más que eurocéntricas, eurotrópicas, no de un "eurocentrismo exclusivo", sin dudas sobre la superioridad europea, sino de un "eurocentrismo inclusivo", que sobre dicha superioridad se cuestiona.[12]

Tal sentimiento empapó todo tratamiento histórico y hoy se lo suele comprobar en el ejemplo eminente que es la filosofía de la historia de Hegel. Ésta iba arrumbando a los otros pueblos en el vacío, una vez cumplida su misión en el tiempo. Otros sencillamen-

---

of Nations against France, history from being universal, became once again national […] there *can* be no universal histories"; regresan la recopilación de datos, el culto de los héroes (Carlyle), Dios (Chateaubriand); parece un regreso al pasado, con su lado conservador (Ranke) y radical (Marx), Trevor-Roper, "The historical philosophy of the Enlightenment" [n. 5], p. 16.

[11] J. M. Blaut, *The colonizer's model of the world: geographical diffusionism and eurocentric history*, Nueva York/Londres, The Guilford Press, 1993.

[12] Michel Harbsmeier, "World histories before domestication", *Culture and History*, 5 (1989), pp. 93-131; Benedikt Stuchtey & Eckhardt Fuchs, "Introduction. Problems in writing of world history: Western and non-Western experiences, 1800-2000", en *id.*, *Writing world history 1800-2000*, Oxford/Nueva York, German Historical Institute London, 2003, pp. 1-44.

te dejaban de lado aquellas experiencias ajenas en el tiempo y el espacio ("Constantinople n'appartient pas à notre sujet", Guizot) y todos encargaban a los viajeros y a otras disciplinas también nuevas como la antropología, la arqueología y el orientalismo dar cuenta de la ausencia de cambio entre los pueblos detenidos o rezagados. Es decir para presentar en tono menor el trasfondo de los salvajes y bárbaros, el Oriente y la misma América.

Debates y prolongadas luchas ideológicas poblaron el siglo XIX, mas un general acuerdo regía en torno a la importancia de la historia, a la fundamentación de ésta sobre un relato progresista del desarrollo humano y a la centralidad de Europa occidental en dicho relato. Si buscamos las bases sociales de tal acuerdo hallamos un conglomerado de grupos —comerciantes, financieros, nobiliarios, burocráticos, militares, eclesiásticos, hasta populares— que disfrutaron crecientemente de la posición dominante del sector noratlántico en el sistema mundial, la convirtieron en el objeto de una reflexión destinada a justificar su centralidad. Dieron igualmente pie para el despliegue de complejas argumentaciones expresadas en el reciente vocabulario de las ciencias sociales y de la historiografía, que reciclaban antiguos materiales y añejos elementos religiosos y agregaban a ello nuevos ingredientes que hoy llamaríamos racialistas y culturalistas. Éstos venían a contrastar, en su monocromatismo, con la multicolor visión ilustrada de la variedad humana.

Esta grandiosa empresa intelectual dio en el sentido común que todavía nos domina. El etnocentrismo primario que caracteriza a todo grupo humano había evolucionado hacia una teoría enorme y matizada. La tarea implicó a exploradores, estudiosos solitarios, académicos, bibliotecarios, funcionarios y editores. Fue posible gracias a una decidida capacidad de trabajo, que aplicaba la ética de la productividad al campo erudito pero detrás de ella se alzaba el poderío económico de los centros noratlánticos y de sus clases dirigentes, el facilitador de universidades, bibliotecas, cátedras, concursos, con-

gresos, viajes de estudio, expediciones arqueológicas, colecciones, libros y revistas. De tal forma se pudieron imponer unas ciencias sociales y una historia universal de alcance inédito.

2. Eurocriollismo, republicanismo, sistema mundial

Desde las primeras décadas del siglo xix aquella explicación de la realidad empezó a ser adoptada como la base teórica de los proyectos de modernización, junto a los estilos de vida y hasta la lengua de los centros de poder europeos, por parte de élites e *intelligentsias* de todas latitudes. Era el necesario correlato ideológico de la alianza logística, financiera y tecnológica entre tales centros y tales élites e *intelligentsias*. Éstas retribuían con los servicios de los aparatos militares, políticos y jurídicos que lentamente fueron reconfigurando, junto con los respectivos aparatos culturales.

Entre la gran variedad de modos que esta adopción adquirió en el mundo extraeuropeo debe destacarse la penetración mayor, la primacía cronológica y la duración de la influencia en los países de Nuestra América. Para ello pesaba, como por doquier, el prestigio de Europa, pero con ésta existían además, a diferencia de otras áreas, lazos genealógicos y culturales de los grupos criollos y mestizos, que a su vez permeaban hasta las capas populares y hasta los rincones más apartados del mundo indígena. Dichos lazos se fortalecieron a medida que la cultura europea sirvió como elemento de prestigio para recomponer las líneas de división entre las clases que los desórdenes en torno a la Independencia habían borroneado.

Ello hacía parte de los procesos de (re)europeización demográfica, económica, política y cultural que la América en su conjunto, incluyendo la del norte y la antillana, experimentó en el siglo xix,

proceso que sólo empezó a revertirse con la llegada del xx.[13] Las sociedades criollas y mestizas que habían desarrollado estilos propios, las distintas culturas indígenas y afroamericanas, fueron encauzadas por la fuerza de la prensa, los sistemas educativos, el nuevo poder del Estado, la presión social y las modas, con el refuerzo de una oleada de migración europea, que paradójicamente aumentó después de la Independencia, así como aumentó la difusión del castellano y el portugués en nuestros países. Los grupos indígenas que habían mantenido algún tipo de autonomía la perdieron, la población afroamericana, tras algunas décadas de fuerte crecimiento en el Caribe y Brasil, emprendió el proceso de estancamiento y disolución cultural que duraría un siglo y medio, hasta cierto renacimiento actual. Los criollos, que eran una parte de la poliarquía colonial, se ubicaron como el sector dominante.

Se convirtió así la que empezó a llamarse América Latina en el ejemplo extremo de asimilación a las sociedades europeas, con muy débiles episodios de resistencia cultural. A diferencia de los viejos imperios, de Estados ermitaños, de áreas coloniales —que con cautela decidieron adoptar exclusivamente novedades técnicas y organizacionales ligadas al ejército y la burocracia, o inofensivas curiosidades, hablaron en todo caso de incorporación a la modernidad, al progreso, pero no a Europa, a Occidente—, nosotros empezamos por asumir sus valores ya antes de la inclusión firme en el

[13] Hernán G. H. Taboada, "La europeización de América", *Dimensões* (Universidade Federal do Espírito Santo, Brasil), vol. 35 (julio-diciembre de 2015), pp. 128-146; João Feres Júnior habla de una "reeuropeización" de la identidad política criolla en perjuicio de indios y negros, "El concepto de América en el mundo atlántico (1750-1850): perspectivas teóricas y reflexiones sustantivas a partir de una comparación de múltiples casos", en Javier Fernández Sebastián, dir., *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Iberconceptos, 2009, pp. 51-67, pp. 60-61.

sistema mundial y paralelamente dimos en proclamar con creciente énfasis desde época muy temprana —ya con los primeros intentos de autoexplicación en los nuevos países que conformamos— pertenecer o querer pertenecer a esa área mayor.[14] En un trabajo anterior hemos hablado con Carlos Tur de eurocriollismo.[15]

Se difundía al compás de todo ello la explicación de la realidad sobre la base de las ciencias sociales con su apoyatura en la historia universal eurocéntrica que se estaba forjando en los talleres transatlánticos. No los apuntes de ese curso dictado por Hegel en una universidad alemana hacia 1830, muy poco accesibles y escasamente afines al estilo imperante (aunque no se dejó de citar a Hegel), sino los libros de similar intención y mucho más amigables de varios escritores franceses coetáneos (Guizot, Cousin y otros hoy desconocidos). Completaban su diseño y detalles, la justificaban en una relación simbiótica, un acervo de obras en torno a la Antigüedad clásica, la Edad Media, las instituciones y costumbres, religiones y vida económica, los panoramas de cada nación, de las revoluciones modernas y del presente sistema de Estados. Eran los prestigiosos nombres de Niebuhr, Barante, Simonde de Sismondi, Chateaubriand, Michelet, Thierry, Lamartine, Villemain, Blanc, Mignet, Thiers, Tocqueville, Carlyle, Cesare Cantú, para recoger un listado que se detiene a mediados del siglo. Se les unían autores más de segunda fila pero cuyo tema nos tocaba de cerca, como Alexandre Herculano con su *Historia de Portugal* (1846) y Modesto Lafuente con su *Historia general de España* (1850-1867).

[14] Frédéric Martínez nota esta diferencia entre las élites de Asia y Medio Oriente y las de América Latina, que se asimilan a "las nuevas coordenadas civilizatorias de Occidente", *El nacionalismo cosmopolita: la referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*, Bogotá, Banco de la República/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001, p. 20.

[15] Carlos Tur & Hernán G. H. Taboada, *Eurocriollismo, historiografía y globalización*, México, CIALC-UNAM, 2008.

Tales obras se leían sobre todo en francés y, del mismo modo que en Europa y Estados Unidos, estaban difundidas también entre el público culto no especializado. Los menos preparados abrevaban en el castellano o portugués de tratados generales, enciclopedias y extractos del periódico. Había una extensa industria editorial encargada de publicar, traducir, adaptar y exportar. De su producción se inspiraba la tribuna y el foro, la cátedra y hasta el púlpito y la sobremesa, además de la prensa, la cual junto a los textos iba popularizando ilustraciones cada vez más numerosas y atractivas, gracias a modernas técnicas gráficas, que se referían a la naturaleza, historia y cultura europeas más que a otras áreas, más que a América.

La literatura también participó: la de tema histórico era moda, que se obedeció facturando localmente poemas, dramas y narrativa sobre María Estuardo, el retorno de un cruzado, Napoleón en las Pirámides, el Mar Rojo o Waterloo, Juana de Nápoles, personaje medieval inspirado en Simonde de Sismondi, y alguna reina del Chipre francés. Hasta los objetos de allá lejos nos invadían: el primer museo colombiano, fundado en 1824, no exhibía el pasado nacional sino que buscaba el ajeno, aspirando a que éste fuera reconocido como parte del orden de cosas que dominaba el mundo.[16] Nuevas costumbres permearon la onomástica, la nomenclatura callejera y los disfraces de carnaval. Todo ello en un medio que se alejaba cada vez más del estudio de los indígenas y para el cual los afroamericanos ni existían.

No extrañe por ende que nuestros primeros intentos ensayísticos, historiográficos y sociológicos citaran profusamente a tales modelos en las páginas iniciales, confesaran que querían imitarlos, lo cual se hace evidente en el contrabando de epígrafes y el saqueo de

[16] Víctor Manuel Rodríguez, "La fundación del Museo Nacional de Colombia: ambivalencias en la narración de la nación colombiana", *Nómadas* (Bogotá, Fundación Universidad Central), núm. 8 (1998), pp. 76-87; Patience A. Schell, "Capturing Chile: Santiago's Museo Nacional during the nineteenth century", *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 10 (2001), pp. 44-65.

ejemplos en ocasiones, en la identidad de metodología, presentación, organización y estilo, y por debajo de todo ello de conceptos, categorías, cronología, metáforas y valoraciones. De dicha frecuentación también fluía la abundancia de disquisiciones y debates en torno al papel de los grandes hombres, la influencia del medio geográfico, de la época y de las ideas, el providencialismo, la necesidad histórica y la libertad humana, el carácter de las revoluciones, la contribución de la imaginación y de los documentos en la escritura y arquitectura de una obra, los autores a considerar etc. Un regusto por la teoría ajena que todavía fascina, ahora con otros textos, a nuestras comunidades intelectuales.

Permeaba toda esa influencia el método histórico-sociológico como explicación de la realidad. No que se arrumbaran definitivamente el esquema providencialista cristiano ni la fe ilustrada en el poder de un legislador sabio capaz de enderezar a un pueblo por la vía de la razón. Sin embargo estas doctrinas fueron reformuladas con creciente pericia en el vocabulario y la metodología de las ciencias sociales. Se plantearon nuevas preguntas sobre la base económica, la propiedad de la tierra, la composición de las clases y sus intereses, los sistemas literarios como emanación de oposiciones sociales. Interrogantes que todavía tienen sentido para nosotros como el comienzo de explicación de la realidad, y se tendió a responderlas con datos más concretos, con referencias que ya no eran a la enseñanza suministrada por hechos puntuales del pasado, porque éste no iba a repetirse, sino al curso de esa historia universal eurocéntrica en la cual preguntas y respuestas venían envueltas.

Tal fraguado acompaña el final del momento republicano en nuestros países y la aparición del liberalismo, en las décadas posteriores a la Independencia.[17] Quienes han señalado diferencias entre

[17] Sintéticamente: la tradición republicana se ha hecho remontar al pensamiento romano, a Maquiavelo y a determinados autores de la Ilustración y se caracte-

ambos no han incluido las cambiantes opiniones sobre Europa: las del republicanismo alcanzaban a formular la crítica, las del liberalismo casi nunca. Esta diferencia podría traducir una distinta posición frente al nuevo sistema mundial, entre quienes desconfiaron de la integración y quienes la buscaron.[18] Mencionemos, aunque son sólo apuntes que habría que elaborar, que la dictadura de Juan Manuel de Rosas en Argentina, fuertemente conservadora en lo cultural y que ha sido reivindicada desde el nacionalismo autoritario, mantuvo elementos del ideario republicano, ya arcaicos en medio de una oleada creciente de liberalismo. Asimismo ha sido clasificado como republicano Lucas Alamán, el atípico formulador de un proyecto de desarrollo industrial autónomo en México. Y hasta ese extraño animal político que fue el paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia, que no vio en la expansión del comercio por todo el orbe una ventaja para todos.[19]

---

rizaría por enfatizar el bien común, la virtud, la austeridad, la ilustración, la patria y la igualdad, con un ideal de economía agrícola y de constitución mixta distinta a la tradición posterior del liberalismo, con su énfasis en la propiedad, el comercio, la prosperidad y los derechos individuales; amplía y matiza esta síntesis una vasta bibliografía, que aplica a Nuestra América el volumen colectivo de José Antonio Aguilar & Rafael Rojas, coords., *El republicanismo en Hispanoamérica: ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE/CIDE, 2002 [ed. electrónica 2014].

[18] Del mismo modo que Immanuel Wallerstein retomó la argumentación de Max Weber suponiendo que en las regiones de la Europa moderna donde triunfaron los partidarios del capitalismo comercial, éstos adhirieron al protestantismo, mientras permanecieron en el catolicismo las regiones donde prevalecieron los partidarios de la agricultura de exportación, *El moderno sistema mundial*, vol. 1. *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea* (1974), México, Siglo XXI, 1979, pp. 216-217.

[19] Sobre el republicanismo de Rosas, Paula Alonso y Marcela Ternavasio, "Liberalismo y ensayos políticos en el siglo XIX argentino", en Iván Jaksic & Eduardo Posada Carbó, eds., *Liberalismo y poder: Latinoamérica en el siglo* XIX, pról. de Natalio Botana, Santiago, FCE, 2011, pp. 279-319, p. 298; sobre el de Lucas Alamán, Luis Barrón, "Republicanismo, liberalismo y conflicto ideológico en el siglo XIX latinoamericano", en Aguilar & Rojas, *El republicanismo en Hispanoamérica* [n. 17],

La sombrilla del liberalismo albergó varias transformaciones culturales que acompañaron la inclusión de nuestros países en el sistema mundial noratlántico: se ha hablado de modernas formas de sociabilidad, de inserción de los letrados, de relaciones entre los sexos, de descubrimiento de la infancia, pero sobre todo se ha hablado del desarrollo del sentimiento nacional. Éste dio sentido a la elaboración de las primeras historias patrias dignas de este nombre. Cada una de ellas restringió su campo visual a la respectiva "nación" y arrinconó los intentos de buscar la historia regional y la historia entrelazada de europeos, americanos, asiáticos y africanos, propia de los últimos tiempos coloniales y que sólo se retomaría en el siglo xx.[20] Podría verse en ello una evolución paralela a la ocurrida en Europa, pero si allí el cierre fue producto de una acrecentada influencia mundial, aquí se trató de la reelaboración local de los esquemas ideados en aquel centro. Iban a marcar la vida intelectual y los proyectos políticos del primer siglo de nuestra vida independiente.

3. Enseñanzas de la Europa

Desde fines de la Colonia experimentó la región del Plata varias décadas de crecimiento económico y poblacional, especialmente Buenos Aires. A pesar del caos en que se vio envuelta a partir de

pp. 63-73, p. 69; en su *Histoire du Paraguay* (1865) el hostil Alfred Demersay recogía la "extraña máxima económica" de Gaspar Rodríguez de Francia en el sentido que "los ingleses, y en general todos los europeos, arruinan a las demás naciones por su comercio", véase Johann R. Rengger, Thomas Carlyle & Alfred Demersay, *El Doctor Francia*, Asunción, El lector, 1987, p. 299.

[20] Rafael Marquese & João Paulo Pimenta, "Tradições de história global na América Latina e no Caribe", *História da Historiografia* (Ouro Preto), núm. 17 (2015), pp. 30-49, p. 31.

los años de 1820, fue ésta una ciudad abierta al pensamiento de Europa, cuyos libros y revistas estaban difundidos, y a donde llegaban individuos que conocían directamente su ambiente intelectual (o eso decían). De todo ello desbordaban hacia la prensa y la opinión local ideas, pasajes o noticias de los nuevos temas del romanticismo y la Restauración.

Dos protagonistas de la historia intelectual de la época atestiguaron la llegada de nuevas influencias librescas hacia 1830, que ponían en entredicho las ideas ilustradas.[21] Incluían, con ropaje francés, visiones de la historia que tenían su origen en la filosofía y hasta en la recuperación de la filosofía de Giambattista Vico y en un eco de Hegel —el cual lo consideró eco confuso. Ya Vico había marcado la interpretación de historiadores mexicanos, principalmente Clavijero, y ahora la introducía el inmigrante napolitano Pedro de Angelis y varios libros de Victor Cousin, como el *Cours d'histoire de la philosophie* (1828), traducido y publicado parcialmente en Buenos Aires en 1834.[22]

Tales influjos se entremezclaban con vestigios del providencialismo cristiano y de la mirada ilustrada. Sirvieron para cuajar un proyecto de renovación política y cultural que un grupo de jóvenes montaron alrededor de 1837 sobre una lectura sociológica de la rea-

[21] "Una entrada torrencial de libros y autores que no se habían mencionado antes […] las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard etc. andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de periódicos sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos", Vicente Fidel López, *Evocaciones históricas: Autobiografía – La gran semana de Mayo – El conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires etc., Jackson, 1945, p. 17; "Desde entonces empezaron a llegar libros europeos que nos mostraban que Voltaire no tenía mucha razón, que Rousseau era un sofista…", Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo* (1845), en *Obras completas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, vol. 7, p. 92.

[22] Más que una "historia de la filosofía" es una "filosofía de la historia", Lucía Piossek Prebisch, "La 'filosofía de la historia' en el *Facundo*", *Río de la Plata*, 8 (1988), pp. 29-43, p. 33.

lidad argentina y ésta sobre una filosofía de la historia del mundo, el socialismo y cierto misticismo impregnado del vocabulario del progreso, la religión de la humanidad, el papel del cristianismo en la historia, menciones al Asia y a las obras que responden al espíritu de cada época y cada civilización.[23]

La terminología y hasta la sintaxis parecieron extrañas. Sus comentaristas, inclusive los más benévolos, han visto en tales manifestaciones un calco bastante fiel de los teóricos franceses, lo cual se ha afeado especialmente desde cierto nacionalismo hispanista y católico. Sí se pensaba que "desde la República somos hijos de Francia"[24] y el inspirador del movimiento, Esteban Echeverría, había vivido en Europa y llamaba a estudiar "la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro" en aras de la "alianza virtual entre todos los pueblos cristianos tratándose de propagar y defender los principios civilizadores", ya que "pertenecemos a una raza privilegiada, a la raza caucasiana, mejor dotada que ninguna otra de las conocidas, de un cráneo extenso y de facultades intelectuales y perceptivas".[25]

[23] El texto de las conferencias en *El Salón Literario*, estudio preliminar de Félix Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1956; las ideas de sus integrantes fueron estudiadas por Raúl Orgaz en varios trabajos hoy reeditados en *Las ideas sociales argentinas y otros ensayos*, est. prel. y selección de textos Ezequiel Grisendi y Pablo Requena, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2013; una mayor contextualización y aguda interpretación en Jorge Myers, "La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en Noemí Goldman, dir., Federico Polotto, ed., Juan Suriano, coord., *Nueva historia argentina*, tomo 3. *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 383-443.

[24] Juan Bautista Alberdi, *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837), Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1998, p. 45.

[25] Las citas son todas de Esteban Echeverría: la carta-programa original para la constitución del Salón Literario (1837), incluida en su *Ojeada retrospectiva* (1846), pp. 17, 47 y la "Segunda lectura" que dictó en una sesión (1837); véase *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el mo-*

Me parece sin embargo que tales puntos eran menores en el programa de 1837 y hasta se pudo decir que europeísmo más bien era el de la cultura oficial que se les opuso, representada por el citado Pedro de Angelis, funcionario del gobierno de Juan Manuel de Rosas.[26] Gustos criollos (el mate, el matambre, las mujeres casadas, la composición de coplas populares para tocar en la guitarra) caracterizaban a Esteban Echeverría en su vida privada, y temas argentinos en su obra literaria: en ella su *alter ego* Gualpo trazaba "su descendencia en la cuna de los Incas, no sólo por su nombre sino también por algunas tradiciones vagas que corrían de boca en boca". A su regreso de Europa (1830) lamentaba que ésta careciera de libertad y cubriera "con rosas / las marcas oprobiosas".[27] Su americanismo buscó como referentes estéticos y hasta filosóficos "las

vimiento intelectual en la Plata desde el año 1837, en *Obras completas*, tomo 4. *Escritos en prosa,* compiladas por Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873, pp. 1-204, pp. 17 y 47; *El Salón Literario* [n. 23], p. 170.

[26] Señala este europeísmo Félix Weinberg, *Esteban Echeverría ideólogo de la segunda revolución*, Buenos Aires, Aguilar/Altea/Taurus/Alfaguara, 2006, p. 29; veo sin embargo que se trataba del europeísmo de la Ilustración, quizás el de la Nápoles todavía fiel al recuerdo de Vico, implícito y además matizado por su estancia en América: los referentes de De Angelis eran autores europeos, pensaba que en la carrera de la civilización debían los americanos aceptar la guía de Europa, como los itálicos la de Grecia y los españoles la de los árabes; anotó algunos matices despectivos sobre Asia pero no muchos; se refería a sí mismo como americano, defendió a América primeramente de los ataques de un publicista inglés y posteriormente contra la intervención inglesa y francesa en Buenos Aires; también se encargó de publicar una valiosa colección de documentos sobre la historia del Río de la Plata, que incluía estudios sobre lenguas indígenas; véanse algunos de sus textos en Pedro de Angelis, *Ensayos literarios y políticos*, Buenos Aires, s.e., 1833; Juan Carlos Mercado, "Pedro De Angelis y la historia intelectual argentina de la primera mitad del siglo XIX", *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica*, 16.2 (2013), pp. 59-72.

[27] Pedro de Angelis contestó que también había otras cosas, y si había vicios, estaban mejor cubiertos, lo cual es una de las marcas de la civilización, José Luis Lanuza, *Esteban Echeverría y sus amigos*, Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 50; el fragmento del autobiográfico *Peregrinaje de Gualpo* (1825) en Esteban Echeverría, *Obras completas* [n. 25], vol. 5, p. 3.

grandes civilizaciones, europeas y asiáticas", el Oriente, el Islam y la India, conocidas, claro está, por fuentes europeas. Su mensaje político apuntaba a evitar modelos ajenos y a conocer la realidad local: repetía que con ella debía armonizar todo sistema político eficaz y planteó las nuevas preguntas sobre la sociedad cuando sugirió contar la población y el ganado, calcular la riqueza del país. Eran estímulos oportunos para alejarse de las abstracciones y aterrizar en la propia circunstancia, entendida ésta sobre el fondo de un panorama de las culturas humanas. Por lo menos dos de los miembros del grupo mantuvieron hasta el final la exaltación de los pueblos precolombinos y de la naturaleza local, el desdén hacia Europa y un historicismo "americanista", buscador de la autenticidad en las obras literarias estudiadas.[28]

El programa de 1837 no obtuvo el apoyo oficial necesario y fracasó, con lo cual sus propulsores partieron al exilio en varios países. Desde Uruguay siguió insistiendo Echeverría en la necesidad de estudiar la realidad propia y evitar la copia del extranjero: "nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar pri-

[28] Juan María Gutiérrez en su conferencia ("Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros") condenaba la destrucción española de "los monumentos de nuestros padres Moctezuma y Atahualpa", *El Salón Literario* [n. 23], p. 139; la caracterización del historicismo "americanista" de Gutiérrez en Myers, "La revolución de las ideas" [n. 23]; Marcos Sastre, el único miembro del Salón que no salió al exilio, mostró en su obra posterior *El Tempe argentino* (1848) admiración por el criollo y el indio (cap. 5, p. 40, cap. 19, p. 117 y *passim*) aunque también apertura a la "civilización moderna" (cap. 25, pp. 142-143) y deseo de promover la educación del pueblo (cap. 29, pp. 154ss); vio los peligros de la inmigración (*ibid.*) pero no la rechazó; continuó en el tono de la polémica con De Pauw (al que alude el cap. 11, p. 65): comparaba las especies animales y vegetales de Europa y América, resaltando la superioridad americana: el ombú, "para mí más hermoso que los soberbios pinos de aquella región infausta del otro lado de los mares" (cap. 18, pp. 110, 116); gustó de analogías entre esta superioridad y la superioridad de la sociedad americana (cap. "El camuatí"); referencias a *El Tempe argentino*, introducción, notas y vocabulario de Rafael Dente, Buenos Aires, Difusión, 1979.

mero lo que somos y aplicando los principios buscar lo que debemos ser". Probablemente porque veía que otro rumbo estaban tomando los jóvenes antes bajo su influencia que habían emprendido el camino de Chile, país que se reveló el mejor posicionado para el ulterior desarrollo de sus ideas. Con agudeza desentraña Myers cómo obró ahí la posición política y socialmente marginal de los argentinos, su dependencia laboral del poder, junto con el sentimiento de su superioridad intelectual y cierto desdén por el atraso e inequidad de la sociedad chilena. Consecuencia fue que acentuaran la conciencia de unidad patriótica entre los argentinos de distinto origen, enfatizaran la democracia e igualdad y alejaran sus escritos de la disputa política inmediata para centrarse en sujetos más generales.[29]

Agrego yo otro matiz que debió de introducirse en sus intentos de diferenciación, y en parte remontaba a su malhadada alianza con la intervención armada en el Río de la Plata de ingleses y franceses (que los abandonaron en cuanto les convino). Iniciando una corriente que tendría larga vida, los argentinos en Chile se proclamaron como más cercanos a Europa que el resto de los hispanoamericanos: "Alejarse de la margen atlántica es retirarse de la Europa, y por decirlo así del movimiento general del mundo. Los Andes y el cabo son diques que mantienen la *Oceanía* y sus riberas en solitaria y silenciosa clausura", escribía uno de ellos, en cuya carrera literaria se ha visto un periodo juvenil americanista y otro posterior europeísta. El hijo de otro recaló en Europa décadas después (1880) y su padre se alegraba del aprecio que había cosechado, porque así "tendrán de nosotros una idea que nada tendrá que ver con la de los peruanos y otros tipos que van a Europa".[30] Ya décadas antes habían

[29] Myers, "La revolución de las ideas" [n. 23].

[30] Juan Bautista Alberdi, *Tobías o la Cárcel de la vela* (1851), Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1930, cap. 5, p. 494; carta de Vicente Fidel López a su hijo Lucio Vicente López (1880), citada en Ricardo Piccirilli, *Los López: una*

exhibido ese sentimiento de superioridad vicaria con un alarde de citas de autores franceses y de neologismos que suscitaron la burla[31] pero sobre todo con las doctrinas que empezaron a difundir basados en su manejo del esquema sociologizante y la historia universal eurocéntrica.

Evidentes resultan en la figura más conocida entre los exiliados, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). Originario de San Juan, no había viajado mucho cuando llegó a Chile pero había leído todo lo posible en su medio provinciano y aseguraba tener un conocimiento de los libros y las cosas superior al de su medio; señal de su mente poderosa pero también de la convicción a la que sus lecturas lo habían llevado. Aunque no alcanzó a escribir una obra sistemática y la fragmentariedad, la dispersión y el desorden lo caracterizaron, pudo elaborar en unos pocos años un esquema de explicación anclado en la historia universal: lo vemos vacilante en los primeros escritos, ya seguro como para adaptarlo a la realidad argentina en el *Facundo* (1845) y más audaz y explícito en los *Viajes* (1850), donde es la clave para interpretar un teatro mundial, la América del sur y la del norte, Europa y hasta Argelia.

A lo largo de tales obras, y hasta mucho después fue repetidamente aludiendo, retomando, ejemplificando, glosando, citando a

---

dinastía intelectual, ensayo histórico y literario, 1810-1852, Buenos Aires, Eudeba, 1972, p. 128.

[31] De este modo, José Joaquín Vallejo anunciaba la llegada irresistible del romanticismo desde Europa, con escala en Buenos Aires, donde lo recibieron "las *intelectualidades* nacionales, expresándole su *sensibilizamiento* y espíritu de *socialitismo* y asegurándole que ellas, desde el 25 de mayo, *brulaban* por los progresos *humanitarios*", "Carta de Jotabeche a un amigo en Santiago" (1842), en Norberto Pinilla, *La polémica del romanticismo: V. F. López – D. F. Sarmiento – S. Sanfuentes*, Buenos Aires, Americalee, 1943, pp. 39-41, p. 40; puede verse que por lo menos un par de estos neologismos entonces ridículos ya están aclimatados. De burlas del mismo tono ya habían sido víctimas los innovadores en Buenos Aires, véase *El Salón Literario* [n. 23], p. 56.

autores y criticando sus variantes,[32] lo cual nos habla de una preocupación central, hasta de obsesión, por lo menos en esos primeros años febriles de sobrevivencia, formación y lucha en el exilio. En algunas de sus páginas recoge o recrea argumentaciones con diversos interlocutores; los *Viajes* están compuestos en gran parte por la reproducción de extensas cartas donde explicaba a sus corresponsales el mundo que se le iba abriendo al compás de sus movimientos y sus lecturas. Llega a decir que a través de su escritura está revelándose a sí mismo un esquema y en esos mismos años de revelación escribió la autobiografía que son los *Recuerdos de provincia* (1850), en que explaya su vida, el medio en que nació y su evolución intelectual.

Esta última fue balizada por libros en francés, originalmente escritos en esa lengua o traducidos —pensaba que ningún libro en castellano valía la pena— que le suministraron los ejemplos a menudo intercalados en su prosa (no sólo el Oriente le era conocido por libros antes de haberlo visitado, sino la misma pampa argentina) y sobre todo una explicación de América. Ésta era uno de los frentes de la lucha ecuménica de la civilización contra la barbarie. La primera, a diferencia de la ilustrada, se hallaba transida por factores materiales y técnicos. La barbarie tenía sus caras asiáticas y africanas y también las que en América se manifestaban en la herencia indígena, española y criolla.

Volviendo a Vicente Fidel López (1815-1903), lo vemos desplegar mayor fervor, más sequedad y menos humor que Sarmiento. Sus

[32] Muchos son los pasajes en que Sarmiento se refiere al relato progresivo de la historia humana, y mucha también la bibliografía secundaria a su alrededor; junto a los escritos más generales, véase una síntesis en León Dujovne, *La filosofía de la historia en Sarmiento*, prólogo de Félix Gustavo Schuster, edición, estudio preliminar y notas de Celina A. Lértora Mendoza, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2005; Diego F. Pró, "Sarmiento y el historicismo romántico", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, núm. 8 (1972), pp. 195-214.

ideas inicialmente respondían al providencialismo cristiano pero las fue trocando por las novedades francesas, de modo que al emigrar a Santiago de Chile pudo escribir a su padre:

> Pronto estaré en uno de los mejores colegios de esta ciudad enseñando filosofía de la historia; sobre cuya ciencia yo soy aquí el único joven que tenga ideas; yo he empezado a popularizar a Jouffroy, Ud. conoce su importancia y el atractivo que este ramo tiene para la razón, puede juzgar de la reputación que él reflejará sobre mí, pasadas las primeras resistencias, que a la verdad están pasando ya.[33]

Tuvo sí éxito: jóvenes hubo que quisieron aprender esa ciencia que atesoraba sin la molestia de saber historia. Además de dictar el curso, López redactó resúmenes sobre tal tema; uno de ellos apareció como una serie de artículos en ocasión de una polémica sobre el romanticismo (1843), que invitaba a ver, con el apoyo de ejemplos históricos, como manifestación de una evolución social. Otro resumen obró como prospecto de un curso de bellas artes. Más adelante se atrevió a comenzar una obra más sistemática que la de Sarmiento (que era "poco dogmática", según Esteban Echeverría):[34] su tesis con el ambicioso título de *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*.

Del mismo año que el *Facundo* (1845), el texto de López recoge (y nos dicen que a veces sólo traduce literalmente) ideas de su admirado Jouffroy para establecer el papel que egipcios, caldeos, chinos, indios o fenicios habían tenido en el progreso de la civilización antes del florecimiento griego. Seguía sus creaciones, luego su estancamiento, como posteriormente se estancarían Grecia y Roma: "las más modernas entre las naciones antiguas […] hoy son los

[33] Citado en Jorge Myers, "Clío filósofa: los inicios del discurso histórico rioplatense (1830-1852)", *Varia História* (Belo Horizonte), vol. 31, núm. 56 (2015), pp. 331-364.

[34] *Ojeada retrospectiva* [n. 25], p. 61.

más antiguos de los pueblos modernos […] más allá encontraréis, de una manera más acabada, a los pueblos verdaderamente antiguos, el asiático, el árabe, el judío, el africano […] venerables restos de la antigüedad que se agitan y viven en medio de nuestro mundo joven", el de los países occidentales (es su terminología), cuya juventud los impulsaba a la destrucción de ese pasado oriental: "los ingleses en Asia y los franceses en África luchan con este fin, pero es preciso confesar que tienen trabajo para muchos siglos todavía"[35] (evidentemente pensaba que el colonialismo sería mucho más duradero de lo que fue).

Este "primer discurso sobre la historia universal salido de pluma argentina" (Raúl Orgaz) tuvo continuidad: diez años más tarde López intentó, con la ayuda del futuro egiptólogo francés Gaston Maspero, probar el origen ario de los incas (1868). Después se habrá dado cuenta que ni su conocimiento histórico ni su erudición podían seguir el paso de su imaginación: en unas tardías memorias se burlaba de sí mismo por la escasa ciencia con que había osado ciertas interpretaciones. Pese a tal, quienes han analizado su evolución opinan que el esquema de la historia universal subyace a su posterior historia argentina: en ella López traza como ningún otro el contexto internacional.[36] La moraleja de la parte final del Ensayo coincide con la de Sarmiento: los vehículos de la civilización, un tiempo Oriente y después Grecia, son hoy las naciones europeas.

[35] Pinilla, *La polémica del romanticismo* [n. 31]; López, *Memoria sobre los resultados generales* [n. 1], pp. 73, 106-107. Sobre el mundo de ideas en torno a este ensayo de López, así como su novela histórica sobre Ali Bajá, véase Daisy Rípodas Ardanaz, "Vicente Fidel López y la novela histórica: un ensayo inicial desconocido", *Revista de Historia Americana y Argentina* (Mendoza), año 4, núm. 7 y 8 (1962-1963), pp. 133-175.

[36] Martín Laclau, "Vicente Fidel López y su concepción de la historia", *Revista de Historia del Derecho* (Buenos Aires, INHIDE), núm. 51 (2016), pp. 105-126, p. 119; Tulio Halperin Donghi, "Vicente Fidel López, historiador" (1956), en *id.*, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, pp. 35-43, p. 39.

Es de apuntar que López también fue autor de un manual escolar pionero sobre historia chilena (1845) al cual las autoridades objetaron la consideración muy negativa de los indios y le pidieron corregirla, cosa que López se negó a hacer. Hacia la misma época, Sarmiento expresaba puntos de vista igualmente hostiles, que evidentemente querían refutar una opinión por lo menos declarativamente favorable que se había mantenido desde los días de la Independencia y que todavía asomaba en las conferencias del Salón Literario de 1837 y entre ciertos escritores chilenos.[37] Los dos argentinos compartían la definición de un tercer miembro del grupo, igualmente agudo, igualmente aficionado a la historia, a la filosofía de la historia y a la explicación sociológica, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), quien podía tener resquemores en torno a Europa[38] pero ese mismo de 1845 afirmó lo que después se convertiría en una fórmula corriente en él: "los que nos llamamos americanos somos europeos nacidos en América".[39]

Era una manifestación más del deterioro que había sufrido el prestigio de América en las décadas posteriores a la Independencia: en Europa dejó de ser el faro que para ciertos liberales había sido; entre nosotros el vocabulario americanista, antes tan socorrido, se fue limitando a la jerga diplomática e intelectual, así como a los

[37] Citas de la polémica chilena en Wasserman, *Entre Clío y la Polis* [n. 1], pp. 118ss; este autor muestra que la más generosa comprensión del indio era compartida por Andrés Bello y José Victorino Lastarria, y por europeos de verdad como el francés Claudio Gay y el polaco Ignacio Domeyko.

[38] Durante un viaje a Europa en 1843 escribía: "¡Qué bella es la América!, ¡qué consoladora! ¡qué dulce! Ahora que he conocido todos los países del infierno, estos pueblos de egoísmo, de insensibilidad, de vicio dorado y de prostitución titulada", Juan Bautista Alberdi, *Mis impresiones de Europa* (1843), en *Impresiones de viaje*, Buenos Aires, La Facultad, 1920, p. 228.

[39] Juan Bautista Alberdi, "Acción de Europa en América" (1845), en *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*, pról. de Jean Jaurès, Buenos Aires etc., Jackson, 1945, p. 120.

eventos internacionales; la referencia continental que había dominado en tiempos de la Independencia cedió ante los gentilicios locales.[40] Leopoldo Zea habló de una instancia de la "dialéctica de la conciencia americana" en la que ésta renegaba del propio acervo cultural para asumir el ajeno.[41] No se equivocaba, pero al mismo tiempo sobreextendía las posiciones de esos expositores conosureños de 1845, dándoles un alcance continental y una influencia absoluta, que es necesario matizar.

4. Ser como ellos

El brote de 1845 prosperó entre un grupo exiliado y entrelazado por circunstancias vitales en torno a determinados problemas, que fueron capaces de imponer una agenda intelectual propia, situación que se ha señalado como importante para la afirmación de cualquier sistema de ideas.[42] El que ellos desarrollaron fraguó en un medio peculiar: la Argentina y el Chile hasta entonces marginales, despoblados, pobres, aislados, con la consiguiente escasez de tradiciones culturales comparables a las de otras zonas de los imperios ibéricos, con una frontera de indígenas belicosos, pero que también, a diferencia de otras zonas igualmente marginales como Centroamérica, los Andes o Paraguay, se beneficiaron la primera de varias décadas de debates en torno a materiales europeos; la segunda de la estabilidad que hizo posible la construcción de instituciones culturales.

[40] Feres Júnior, "El concepto de América en el mundo atlántico" [n. 13], pp. 60-61.

[41] A partir de su libro *Dos etapas en el pensamiento de Hispanoamérica* (1949), véase ed. facs. en *Leopoldo Zea (1912-2004): un panorama intelectual*, México, El Colegio de México, 2012, pp. 24ss.

[42] Randall Collins, *Sociología de las filosofías: una teoría global del cambio intelectual* (1998), con un prólogo de Salvador Giner, Barcelona, Hacer, 2005.

Ni era Argentina tan refinada intelectualmente, ni Chile tan prudente y poderoso como decían, como se sigue diciendo: a fin de cuentas también eran parte de la América caótica posterior a la Independencia, pero ahí fue menos improbable creer en una ingeniería social que transformara sus países sobre el modelo europeo, que incorporara inmigrantes que diluirían al indio. Tras esta fe, la combinación de ambos aportes fue capaz de producir un movimiento de ideas renovador, que entre otras cosas criticaba las ilusiones de la generación ilustrada anterior sobre un carácter americano distintivo.[43] Postulaba un proyecto que barrería los restos del pasado colonial y nos insertaría en la modernidad sobre el ejemplo de lo que hemos llamado mundo noratlántico y entonces algunos llamaban Europa, otros los países cristianos y unos pocos empezaban a denominar el Occidente.

Por la energía de su obra estos expositores ocupan hoy un lugar indispensable en toda historia general de las ideas, las letras y las instituciones en Nuestra América. Posiblemente haya sido el *Facundo* la obra de mayor difusión en nuestros países antes del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, y fue traducida a lenguas europeas. Algunos contemporáneos dijeron que con ella por fin entendían la historia argentina reciente y la realidad circundante. Más ampliamente, encontramos citas y reminiscencias suyas, así como de

[43] Crítica que está implícita en un artículo de Sarmiento fuertemente hostil a los indígenas, y desdeñoso de "las ideas que puso en boga la revolución de la independencia para azuzar los ánimos contra la dominación española, mintiendo una pretendida fraternidad con los indios" (1843), "Sobre el sistema colonial de los españoles, por V. F. López", en *Obras completas* [n. 21], vol. 2, pp. 163-168, p. 164; Alberdi atribuía este espíritu a la herencia del espíritu antiextranjero de la Colonia, en una época en que llegaba a América lo peor de Europa y entonces "eran racionales las aprensiones de los Egañas de Chile, de los Rosas en Buenos Aires, de los Francias en Paraguay", Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), prólogo de Natalio Botana, Buenos Aires, Emecé, 2010, Páginas explicativas, de 1879, p. 11.

Alberdi, en autores geográficamente lejanos, cuyos términos, frases y hasta esbozos ensayísticos en ocasiones los recuerdan. De ahí que también se hayan privilegiado en esta sección mía.

Sin embargo la recepción del paradigma no fue por doquier igualmente entusiasta. En varios pasajes lo rechazaba el caraqueño Simón Rodríguez: "en lugar de pensar en Medos, en Persas, en Egipcios pensemos en los Indios"; no perdamos tiempo los americanos en teologías ni lenguas muertas, que los muchachos no diserten sobre la restauración de las letras, la fundación de las academias, la decadencia de los imperios, los progresos de la civilización, pedía.[44] Tras conocer el ensayo de López sobre las civilizaciones, su coterráneo Juan María Gutiérrez pensaba que dicho *poema* (así lo llamaba) no era nada original, "todo lo que hay allí lo he leído bostezando en todas las revistas francesas, que ahora no puedo ver ni pintadas. Es la expresión de una doctrina ajena: él camina por entre sombras, a la luz de una lámpara cuyo aceite no es suyo".[45] No eran una acusación de plagio, como creyó Raúl Orgaz, sino de algo más profundo.

Sin llegar a tanto, Andrés Bello (aunque se lo haya visto como la contracara extranjerizante del telúrico Simón Rodríguez) se mostró cauto y reiteró la necesidad de un trabajo preliminar con los materiales americanos. Ésta fue en efecto la preocupación central del círculo de estudios que formó, pero es notable que en el mismo también se llegó a disertar en torno a la historia egipcia, griega o medieval.[46] Proyecto conservador, eurotrópico pero cuyas raíces ilustradas permitían una mirada al vasto mundo.

[44] Simón Rodríguez, *Sociedades americanas* (1828) y "Nota sobre el proyecto de educación popular" (1830), en *Sociedades americanas*, pról. Juan David García Bacca, edición Oscar Rodríguez Ortiz, cronología Fabio Morales, bibliografía Roberto J. Lovera-De Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, pp. 39, 66, 266, 273.

[45] Citado en Orgaz, "Vicente F. López y la filosofía de la historia", en *Las ideas sociales argentinas* [n. 23], p. 171.

[46] Sobre el medio intelectual chileno y sus polémicas historiográficas, véase Allen Woll, "The philosophy of history in nineteenth–century Chile", *History and*

Fuera de Bello, que conocía, imperó la reserva ante el modelo de las luminarias europeas, como la de Paz Soldán al componer su *Historia del Perú independiente*, donde anunciaba desde el inicio: "yo no me propongo escribir la filosofía de la historia del Perú independiente; prefiero más bien que en este caso mi trabajo se considere como simples Anales o Crónicas".[47] Junto a un conservadurismo cerril, se mantuvieron la "sociología espontánea" de las élites (Santiago Castro-Gómez), los discursos del mestizaje, el hispanismo, restos poéticos del americanismo ilustrado, de un carácter distintivo y heroico de la civilización americana. Se mantuvieron concepciones populares de la identidad y siguió teniendo fuerza la filosofía cristiana de la historia y Bossuet como su expositor, remozado en Europa por Chateaubriand y los autores católicos de la Restauración y quizás también por la difusión de la Biblia en el mundo hispano desde fines del XVIII.

Se lo puede comprobar en la invocación a la Providencia en obras como la historia de Chile (1836) del padre José Javier Guzmán y aun la historia de México (1850) de Lucas Alamán. Expresamente reivindicaban la guía de Dios sobre la historia y la autoridad de Bossuet tanto el presbítero liberal Ignacio Gorriti (Argentina, 1836) como el también presbítero conservador Bartolomé Herrera (Perú, 1846). Influyó en obras tardías como la Historia de Ecuador del

Theory, vol. 13, núm. 3 (1974), pp. 273-290; Bernardo Subercaseaux S., "Intento de fundación de una literatura nacional", *Cuadernos Americanos*, vol. 22 (1979), pp. 175-186; Bernardo Subercaseaux S., "Filosofía de la historia, novela y sistema expresivo en Chile (1840-1850)", *Cuadernos Americanos*, vol. 225 (1979), pp. 99-122; Joseph Dager Alva, "El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX", *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 28 (2002), pp. 97-138; Iván Jaksic A., *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Santiago, Universidad de Chile, 2001.

[47] Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente. Primer periodo 1819-1822*, Lima, s.e., 1868, p. ii.

padre Federico González Suárez (1890-1903). No sólo entre católicos, Bossuet siguió siendo estudiando, citando y recomendando hasta bien entrado el siglo XIX, cuando ya en Europa había perdido todo prestigio como historiador, aun entre liberales y positivistas. Cuando por fin se cayó en cuenta que estaba totalmente desfasada su información, fue sustituido en el favor por Cesare Cantú, historiador italiano que a través de decenas de volúmenes publicados a partir de 1838 reproducía con vocabulario más moderno el esquema salvífico cristiano. A nivel popular siguieron corriendo otras nociones del tiempo, con mínima referencia al esquema del progreso y la historia que desembocaba en Europa.

Tales apegos condicionaron y retrasaron pero no impidieron el aterrizaje de las ciencias sociales y la historia eurocéntrica. Las citas de los autores franceses, que no llegaban sólo a través de Buenos Aires, como sus hijos pretendían, empezaron a multiplicarse en nuestros países, los análisis fueron exigiendo cada vez más la referencia a condiciones económicas y sociales y sobre todo se convirtieron en sentido común las ideas del progreso, de la primacía de las naciones noratlánticas y de una historia universal que hacia la incorporación a ellas empujaba. Condecían tales tesis con esos tiempos del mundo: en ellos la occidentalización no se reducía a la copia de determinados elementos culturales, sino que todos los países ansiaban también el reconocimiento como parte integrante del mundo civilizado.[48] Entre tales ambiciosos estaba la América ahora llamada Latina, empeñada en la "domesticación de la barbarie" (Beatriz González Stephan). A su historiografía "se le asignó la tarea de legitimar a la vez el orden interno y la existencia de los

[48] Jürgen Osterhammel, *The transformation of the world: a global history of the nineteenth century*, Princeton University Press, 2014, p. 87.

requisitos necesarios para lograr el reconocimiento en el escenario mundial".[49]

A pesar de esbozos previos, sólo el cambio de siglo, el del modernismo, la teosofía y la crítica al positivismo, y la década previa a la primera Guerra Mundial lograrían la puesta en cuestión de estas ideas fuera de lugar. En el atrabancado transcurso del siglo xx se requerirían cúmulos de letras, mucho empeño y mucha pasión para ir rescatando los elementos de una visión de la historia global desde una perspectiva nacional y popular. Y hasta tendría que llegar un nuevo milenio, el nuestro, para que nos empezaran a quedar claras las circunstancias en que una visión anterior, centrada en Europa, se había asentado.

[49] Antonio Annino & Rafael Rojas, *La independencia: los libros de la patria*, con la colaboración de Francisco A. Eissa-Barroso, coord., Clara García Ayluardo, México, FCE/CIDE, 2008, pp. 63-64.

4
EL LUGAR DE LOS CLÁSICOS[1]

> *Los sud-americanos, crédulos como los pueblos nacientes en materia de libertad y respetando ciegamente ese prestigio de las reputaciones distantes, han creído lo que les decía el viejo mundo relativamente al mundo antiguo.*
>
> Félix Frías, 1852

El mundo clásico grecorromano, o la interpretación que de él desarrolló la Europa moderna, tuvo presencia en Nuestra América desde los inicios mismos de la conquista, como han subrayado quienes

[1] Recojo aquí una serie de viejas reflexiones y repito numerosos datos, antaño vertidos en los artículos "Romas y Hélades criollas: una trayectoria decimonónica", en Carlos Huamán, ed., *Voces antiguas, voces nuevas: América Latina en su transfiguración oral y escrita*, México, CIALC/UAEM, 2007, vol. 2, pp. 229-241; de forma más burlesca en "Los clásicos entre el vulgo latinoamericano", *Nova Tellus* (México), vol. 30.2 (2012), pp. 205-219; y más ajustadamente en "Centauros y eruditos: los clásicos en la Independencia", *Latinoamérica* (México, CIALC), núm. 59 (2014), pp. 193-221. En estos trabajos, sin embargo, la preocupación central era identificar el papel de los estudios clásicos como ingrediente de los proyectos conservadores; sin dejar esta idea, aquí más bien enfatizo su papel como parte de una comprensión del mundo en los años en torno a la Independencia.

buscan valorar su herencia, certificarla como el acervo más precioso y apuntalarla como el necesario basamento de nuestra educación. Desde entonces hasta ahora ha servido el mundo clásico a variados usos ideológicos, algo que tales apologetas no suelen ver. En gran medida porque no están tales usos en la mira de su búsqueda, a su vez debido a que ellos mismos, casi todos, hacen parte de un proyecto ideológico conservador.

Éste no es sin embargo el único proyecto posible, y hubo a lo largo del tiempo variedad de motivaciones detrás de las citas, exaltaciones, calcos, traducciones y paráfrasis de griegos y romanos en Nuestra América, donde fueron redefinidos una y otra vez, en una historia que apenas empieza a descifrarse.[2] De ésta me interesa ver en el presente capítulo la lectura que hicieron los pensadores de la Independencia, quienes utilizaron la Antigüedad clásica para los propósitos de su lucha, y después ver la distinta lectura de la generación liberal posterior, para la cual dicha Antigüedad debía legitimar la hegemonía criolla.

1. Del latinismo clerical al clasicismo

Se oían en el siglo xviii americano críticas al papel del latín en la cultura y a la manera deficiente en que se lo enseñaba, así como a su manejo superficial y destinado sólo a los textos eclesiásticos; se coloreaban con cantidad de anécdotas referentes a latinajos que nadie entendía, malas traducciones, curas repetidores de una len-

[2] Andrew Laird diferencia en el clasicismo latinoamericano las instancias de su uso para una causa libertadora, ejemplificados en el cubano José Martí, y las de restauración, al servicio de un proyecto conservador, como el de Miguel Antonio Caro en Colombia, véase Andrew Laird, "Latin America", en Craig W. Kallendorf, ed., *A companion to the classical tradition*, Malden, ma/Oxford/Carleton, Australia, Blackwell, 2007, pp. 222-236, p. 223.

gua que ignoraban, confusiones y mofa popular. Se llamaba a leer en lenguas modernas, vehículos de las nuevas ciencias, y a escribir en castellano o portugués, para lograr un alcance de público más amplio. Eran las críticas reflejo de una política borbónica y pombalina que afirmaba la tradición nacional por sobre la influencia italiana y el derecho medieval por sobre el romano, que buscaba reducir el predominio de la Iglesia sobre el conocimiento y renovar la educación.

Hubo defensas (en latín algunas) de las lenguas clásicas, pero no es que los críticos apuntaran a la desaparición: se ha mostrado abundantemente que muchos de ellos eran buenos latinistas y entre los que más tarde lamentaron su pérdida figuraron personalidades comprometidas con la modernidad. No se dirigían contra el latín, sino contra la forma en que se lo enseñaba, y contra la enseñanza *en* latín. De sus proyectos educativos los clásicos no estarían ausentes pero se accedería a ellos a través de un estudio serio, completo, actualizado y bien planificado, con nuevos métodos gramaticales y el suplemento del griego (tradicionalmente visto con sospecha, como afición luterana) y de la historia, la mitología y el pensamiento de esas antiguas sociedades.

Tampoco parece haber sido la tradición latinista clerical tan ayuna de humanismo y tan volcada únicamente a la teología, pero los críticos llamaban a sustituirla o a completarla por la nueva ciencia de la antigüedad que se estaba conformando en el norte de Europa, la filología clásica, la cual terminaría en sus lugares de origen al servicio del orden burgués y como elemento importante de las concepciones eurocentristas. Los recuentos que se han hecho[3] nos

[3] Son varias las que circulan, repletas de datos, en general elogiosas; menciono, de las que he leído, a Gaetano Righi, *Historia de la filología clásica*, Barcelona, Labor, 1969; Rudolf Pfeiffer, *Historia de la filología clásica,* tomo 2. *De 1300 a 1850*, Madrid, Gredos, 1981.

dicen que su versión moderna nació en Holanda, país que muchos postulan como cuna del capitalismo, y que a lo largo del XIX su estudio o por lo menos su culto fue impuesto a las clases populares. Sabemos por otro lado que en las posesiones transmarinas hubo una imposición análoga, que arrojó a veces resultados asombrosos de eximios latinistas asiáticos y africanos.

La nueva formulación dio lugar a iniciativas ya al final de los tiempos coloniales —cátedras de griego, muy temprana la de 1767 en Puebla, composición de cierto número de gramáticas latinas, traducciones, estatuaria— pero se la ve expuesta con más detalle con la Independencia. En ello influyó la oleada de libros que la eliminación de los controles aduanales y de la Inquisición permitió entrar y abundantes exilios adquirir: Francisco de Miranda los compró de todo tipo en sus viajes por Europa, entre ellos muchos sobre Grecia, incluyendo la moderna, y sobre Roma. El abuelo del venezolano Gonzalo Picón Febres, que huía de la furia del realista Boves, se refugió en Saint Thomas, donde pudo hacerse de preciosas ediciones de antiguos y modernos.[4] Al volver de otro exilio, la familia Zárraga, de la ciudad de Coro, trajo "clásicos latinos y griegos y gramáticas hebraicas y caldeas", que alcanzó a ver Pedro Manuel Arcaya.[5] Renombrado fue el afán criollo de reunir ricas bibliotecas, como las de la andina Mendoza donde el joven Domingo Faustino Sarmiento pudo leer desordenadamente a los autores del siglo XVIII y "las traducciones de las mejores obras griegas y latinas".[6]

[4] Domingo Miliani, "Gonzalo Picón Febres, historiador de Venezuela intelectual" (1968), en *País de lotófagos: ensayos*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1992, pp. 115-145, p. 126.

[5] Pedro Manuel Arcaya, *Memorias*, prólogo de Carlos I. Arcaya, Caracas, Instituto Geográfico y Catastral, 1963, p. 21.

[6] Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo* (1845), prólogo de Noé Jitrik, cronología y notas Susana Zanetti y Nora Dottori, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, cap. 4, p. 72.

No eran sólo libros: el chileno Mariano Egaña los compró en abundancia en Europa pero también planeaba hacerse de copias de estatuas antiguas, como el Apolo, la Venus, la Diana Cazadora, Ceres, Laocoonte, Pan y Baco, dudando qué impresión causaría entre sus pacatos coterráneos tanto cuerpo sin ropas, que así se exhibían en Francia las estatuas, como explicaba con cierta sorpresa.[7] La escasez de estatuaria de bulto profana era en efecto llamativa (desnudos sólo había en la Academia de Artes de México, muy ocultos). El interés por los clásicos podía hacernos caer en manos de embaucadores, como aquel "guarda de las medallas del Vaticano" que vendió al gobierno de Buenos Aires "una colección de 1 600 medallas antiguas, muchas griegas, sicilianas, egipcias, gálicas, tesoro único en América y poco común en Europa".[8]

Entusiasmo adquisitivo que se complementaba con múltiples propuestas que en medio de las guerras de Independencia se escucharon para abrir cursos de latinidad allí donde no existían y modificarlos donde los había, establecer su estudio sobre un método moderno, con manuales y diccionarios que sustituyeran vejestorios como el Nebrija (al que todavía muchos recibían de rodillas). Hasta se trajeron profesores europeos, en un medio repleto de curas que aún usaban el latín como lengua de comunicación, se quiso adoptar la pronunciación restituta[9] y adosar el estudio del griego. Lengua ésta que, ya buen latinista, empezó a aprender Andrés Bello en Londres, a sus treinta años. Allí también estudió humanidades clásicas el neogranadino Julio Arboleda entre 1830 y 1831, en los

[7] Carta de Mariano Egaña, 16-II-1828, en *Cartas de don Mariano Egaña a su padre*, introducción de Aniceto Almeyda, Santiago, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1948, pp. 296-306.

[8] *El Centinela* (Buenos Aires), 24-IV-1824, en *Bd*M, tomo 9.2, pp. 261ss.

[9] Es decir, que trataba de recuperar la pronunciación antigua, deducida en tiempos modernos por métodos filológicos y diferente a la que la Iglesia había ido adoptando y sigue usando.

inicios de una larga lista de criollos que buscaron en Europa ese tipo de saber.

Parte del programa de la Ilustración, esta recuperación de los clásicos apuntaba a una más cercana relación con la Europa transpirenaica. Observó María Rosa Lida que cada vez que España quiere estrechar vínculos con el pensamiento europeo —a comienzos del siglo XVI, a mediados del XVIII, a comienzos del XX— "su atención se ha dirigido al mundo grecorromano y sobre todo al griego". Ponía como ejemplo a los helenistas que simpatizaron con el erasmismo, al núcleo erudito en torno a Juan de Iriarte en el siglo XVIII y al grupo en torno a Emérita.[10] Yo agregaría a aquel sector de los ilustrados americanos seguidores del proyecto estatal borbónico y más tarde a aquéllos ligados al nuevo proyecto independentista.

Sin embargo, fuera de esfuerzos individuales, de mucha retórica, de la compra de gramáticas, métodos y diccionarios, de la contratación de profesores europeos, semejantes llamados no obtuvieron éxito, como otros posteriores de implantación o remozamiento de nuestra enseñanza clásica. Señalaba Pedro Henríquez Ureña (quien estuvo detrás de una enésima edición del mismo proyecto) que se leía a Aristóteles y Horacio, a Lessing y Winckelmann "pero ni se sabía interpretar a los antiguos ni la voz pujante de la renovación lanzada por el genio alemán, aunque llegó hasta aquí, encontró eco".[11] Ausencia entendible cuando ajenas a las de Europa del norte

[10] María Rosa Lida de Malkiel, "La tradición clásica en España" (1949), en *id.*, *La tradición clásica en España*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 339-397, p. 366.

[11] Pedro Henríquez Ureña, "Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la independencia (1800-1821)" (1913), en *id.*, *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, México, FCE/SEP, 1984, pp. 195-206, p. 195; en todo caso, si la filología alemana logró posteriormente alguna influencia en Cuba fue debido a un movimiento renovador montado sobre la gran riqueza agrícola, y esclavista, de la isla, véase María Elina Miranda, "Der Neuhumanismus und das Studium der klassischen Sprachen und Literaturen in Kuba in der zweiten Hälfte des 19. Jahrhunderts", *Philologus*, 133 (1989), pp. 147-150.

eran aquí las condiciones académicas, los hábitos de trabajo, la tradición intelectual, las bases sociales y las búsquedas intelectuales.

Y no sólo no lograron lo que ansiaban, sino que acabaron con lo que podía haber de la tan mentada "tradición clásica" de la Colonia. En ésta el latín había sido lengua viva de comunicación y había originado una literatura abundante de teólogos, canonistas y panegiristas, a veces indios y mestizos, que también se atrevieron con textos filosóficos, historiográficos y hasta poéticos, así como traducciones de literatura antigua, mucho más allá de la cultura eclesiástica, a la que sus detractores ilustrados los consideraban exclusivamente ceñidos. Tan amplia producción cayó en el olvido y sólo ahora se está recuperando, aunque sus propagandistas me parece que exageran los alcances de tanta letra. Es lo que vio un nostálgico que, con todo y reconocer las buenas intenciones en los promotores de las reformas en Nueva Granada, lamentaba su enemiga contra la latinidad colonial: "buscaban un renacimiento de las humanidades, un retorno a los clásicos. Su autoridad no podía discutirse, por ser todos hombres de disciplinas clásicas. Pero con sus diatribas y burlas contribuyeron a desprestigiar el latín y a formar la animadversión hacia las letras humanas".[12]

Yo no culparía totalmente a diatribas y burlas y sí seguiría a otro colombiano para explicar el abandono, cuando alude al desorden de los tiempos de Bendición Alvarado "con la escoba de ramas verdes con que había barrido la hojarasca de ilustres varones chamuscados de Cornelio Nepote en el texto original, la retórica inmemorial de Livio Andrónico y Cecilio Estato que estaban reducidos a basura de oficinas" desde la noche del suicidio del insigne latinista el ge-

[12] José Manuel Rivas Sacconi, *El latín en Colombia: bosquejo histórico del humanismo colombiano*, 2ª ed., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, p. 239n.

neral Lautaro Muñoz.[13] La atribución de retórica inmemorial a dos comediantes conocidos fragmentariamente parece ser recurso de García Márquez para transmitirnos el sentido de confusión y de ignorancia entre el cual se perdió el latín en la América violenta de los golpes militares que siguió a la guerra de Independencia.

Y había por fin otro motivo, visible en las frases con que muchos celebraron la pérdida, como Juan García del Río, quien recordaba cómo en la Colonia "se llenaban nuestras cabezas de frases y versos escritos en una lengua muerta". La cual de nada servía, agregaba Juan Bautista Alberdi y recalcaba entre una diatriba general contra la enseñanza del latín Simón Rodríguez, quien aconsejaba que "en lugar de pensar en Medos, en Persas, en Egipcios pensemos en los Indios" y asentaba que "más cuenta nos da entender a un indio que a Ovidio", y efectivamente en el Colegio de Latacunga preveía la enseñanza en castellano o quechua en vez de latín.[14]

Razonable la preferencia de Rodríguez, en un momento en que las cátedras universitarias de lenguas indígenas se estaban perdiendo en las repúblicas. Alejamiento útil de uno de los instrumentos de poder de la ciudad letrada, de una lengua arcana y de los formalismos de la Escolástica. Sin embargo la alegría de Alberdi y García del Río se debía a que sólo tenían ojos para las novedades que llegaban desde Europa; para un sistema jurídico ajeno a la elaboración latina que muy atenta a las realidades locales se había desarrollado

[13] Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza y Janés, 1975, p. 253.

[14] Juan García del Río, *Meditaciones colombianas* (1829), Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, pp. 388 y 402; Juan Bautista Alberdi, *Autobiografía: la evolución de su pensamiento*, pról. de Jean Jaurès, Buenos Aires etc., Jackson, 1945, p. 39; Simón Rodríguez, *Sociedades americanas* (1828), pról. Juan David García Bacca, edición Oscar Rodríguez Ortiz, cronología Fabio Morales, bibliografía Roberto J. Lovera-De Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 39; *id.*, "Consejos de amigo dados al Colegio Latacunga" (1851), en *Obras completas*, Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Bolívar, 2016, p. 632.

en tres siglos coloniales y para un esquema sociológico que prometía una explicación cuyas claves no estaban en ningún pasado. Tras un apartado volveré a este tema.

2. Regreso a la prisca virtud

El fracaso en importar la filología clásica moderna contrasta con el éxito con que arraigaron la nueva simbología y los valores ideológicos que la Antigüedad grecorromana había adquirido en el pensamiento revolucionario de la segunda mitad del XVIII. Tales novedades han sido objeto de estudios, y resultan además obvias: la tradición republicana de suizos u holandeses remontaba sus antecedentes a las libertades de griegos y romanos; los movimientos de independencia de Estados Unidos, el jacobinismo francés y sus correlatos desde Italia a Polonia se rodearon de gorros frigios, fasces, coronas de laurel, columnas dóricas y águilas, hablaron de cónsules, triunviros, matronas, dictadores y tribunos; poses pictóricas y esculturales, desplantes, cortes de pelo y vestidos flotantes imitaron a griegos y romanos.

Iban tales apariciones más allá de la simple retórica. Se nos ha dicho repetidamente que el republicanismo, a diferencia del liberalismo, pretendía ahistóricamente recuperar la libertad de los antiguos. Los próceres en Estados Unidos habrían tenido "un pie en su época y otro en la tumba de Roma". En la Revolución Francesa los clásicos eran un discurso del presente, no un medio de relegar el presente al pasado; Aristóteles caminaba entre los contemporáneos.[15]

[15] Lewis Mumford (1924), citado en Edwin A. Miles, "The young American nation and the classical world", *Journal of the History of Ideas*, vol. 35, núm. 2 (1974), pp. 259-274, p. 259; Susan Buck-Morss, "Hegel and Haiti", *Critical Inquiry*, vol. 26, núm. 4 (2000), pp. 821-865, p. 852, n. 97.

Como reflejo, también nuestros años de lucha por la independencia estuvieron puntuados de reminiscencias de Grecia y Roma, de lo cual sobran ejemplos: a cada momento hay menciones de sus personajes, dioses, héroes, sabios y guerreros, en arengas, en artículos, hasta en sermones: "os encargais de las virtudes de Bruto y de Washington… se os presentan los modelos de Horacio, de Curcio y los Decios. Ciudadanos todos, el paso de las Termópilas y los campos de Platea y Maratón os aseguran", por citar, para sobreabundancia de prueba, un discurso de Bernardo Monteagudo de 1818.[16] Los himnos nacionales difundían dichos motivos: "cual Rómulo y Remo", "cual Febo entre nubes" (Paraguay), "la lanza de Marte/ de Bruto el puñal" (Uruguay), "centauros indomables/Termópilas brotando, constelación de cíclopes" (Colombia), "Marte mismo parece animar" (Argentina). Los edificios públicos enfatizaron el estilo clásico ya presente, y hasta los particulares: el coronel John Potter atestiguaba en la apartada Popayán espléndidas mansiones de la élite con "fachadas en el estilo griego puro de arquitectura".[17]

Tanto énfasis apunta a que tampoco aquí eran mero adorno sino manantial de enseñanzas políticas, lo cual explica la popularidad de los temas clásicos en el teatro, cuya eficacia era reconocida por todos: en Perú en 1786 se prohibió la representación de obras sobre "degollaciones o destronaciones de reyes".[18] Los censores sabían lo que hacían: en Chile hacia el fin de la Colonia el teatro prefería obras como *Roma libre*, que tenían más relación con la situación

[16] Bernardo Monteagudo, *Relación de la gran fiesta cívica celebrada en Chile el 12 de febrero de 1818*, edición paleográfica, compilación e introducción de Hugo Rodolfo E. Ramírez Rivera, Santiago, Instituto O'Higginiano de Chile, 1988, p. 5.

[17] John H. Potter, *Travels trough the interior provinces of Columbia*, Londres, John Murray & Albemarle, 1827, vol. 2, p. 37.

[18] Ángel Vilanova, "La tradición clásica grecolatina y las literaturas venezolana y colombiana de la primera mitad del siglo XIX", *Praesentia*, núm. 2-3 (1998-1999), pp. 253-283.

presente. La victoria de San Martín en la chilena Chacabuco fue festejada en Buenos Aires con la reposición de la pieza teatral *La victoria de Maratón*.[19]

Décadas después los gobiernos patrióticos las promocionaron como útil medio, por declaración expresa de los protagonistas, para difundir ideas políticas, que muchas veces eran declamadas por individuos togados. Todavía en 1835 el enviado ruso Ferdinand Wrángel alertaba ante una representación teatral en México porque "en una tierra donde se imaginan tener un César, es un poco peligroso representar un Bruto".[20]

Hubo más que la mención, hubo una recreación americana de los clásicos. Se ha encontrado que el famoso *Canto a Junín* de José Joaquín de Olmedo (1825) adapta en profundidad la estructura del epinicio griego, cuando introduce —como hacía Píndaro con dioses o héroes cuyas gestas comparaba a las del atleta que era objeto del poema— al rey inca Atahualpa en medio de los sucesos contemporáneos.[21] Unos muy citados y criticados versos de Vicente López y Planes —"calle Esparta sus laureles / y los suyos calle Roma / silencio que al mundo asoma / la gran capital del sur"— retoman, como descubrió la sagaz María Rosa Lida, el "taceat superata virtus" de Claudiano,[22] del mismo modo que muchos otros poemas coetá-

[19] Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1993, p. 54; Pedro Luis Barcia, "Las letras rioplatenses en el periodo de la Ilustración: Juan Baltasar Maciel y el conflicto de dos sistemas literarios", *Humanidades* (Universidad de Montevideo), año 1, núm. 1 (2001), pp. 41-60.

[20] Ferdinand P. Wrángel, *De Sitka a San Petersburgo a través de México: diario de una expedición (13-x-1835–22-v-1836)*, prólogo y traducción del ruso Luisa Pintos Mimó, México, SEP, 1975, p. 87.

[21] Jorge E. Rojas Otálora, "Bolívar y Olmedo: el epinicio griego y la victoria de Junín", en Carla Bocchetti, ed., *La influencia clásica en América Latina*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2010, pp. 77-92.

[22] Lida de Malkiel, "Perduración de la literatura antigua en Occidente" (1951), en *id.*, *La tradición clásica en España* [n. 10], pp. 269-338, p. 285.

neos. En latín y aun en griego fue compuesto algún panegírico u oda, en honor tanto del realista Goyeneche como de Bolívar.[23]

Prácticas que señalan el valor que se les atribuía, de enseñanza viva. ¿Qué era una república, cómo se gobernaba? Lo ignoraban los atónitos paraguayos que habían llegado a la independencia ayunos de toda ciencia de gobierno: "Felizmente para ellos, poseían un ejemplar de la historia romana de Rollin, el primer libro bueno que hubiera penetrado al país, y decidieron enseguida consultarlo. La institución de magistrados temporales, de cónsules, mereció sus sufragios. No ocurrió lo mismo con el senado, este cuerpo constituido les disgustó". En zona más conocedora del mundo, el realista José Domingo Díaz confesaba así su primera reacción a las doctrinas de la Revolución Francesa: "distrayéndome de mis principales estudios, me dediqué entonces con un ardor extraordinario al de la historia de las naciones antiguas"; en las cuales vio las fallas de la democracia y su conocimiento le sirvió en 1815 para refutar las ideas de Bolívar alegando el ejemplo de las repúblicas griegas, nido de intrigas y rencillas, y el de Roma, que fue invencible mientras hubo jerarquías.[24] En el otro bando el cura Miguel Hidalgo leía sobre la conspiración de Catilina en busca de lecciones y Bolívar hallaba manantiales de virtud en Atenas, Esparta y Roma. Para inflamar el espíritu de los uruguayos en rebelión, el gobierno de Buenos Aires les mandó auxilios, pero además les repetía "constantemente los nombres de Esparta, Roma, libertad, patriotismo".[25]

[23] Josep M. Barnadas, *Ensayo bibliográfico sobre el latín en Bolivia (EBLB) siglos XVI-XXI*, La Paz, Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos, 2005.

[24] [Johann Rudolph] Rengger & [Marcelin] Longchamp, *Essai historique sur la révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du docteur Francia*, París, Hector Bossange, 1827, pp. 20-21; José Domingo Díaz, *Contra Bolívar*, compilación y notas Tomás Straka, Caracas, Libros Marcados, 2009, pp. 93 y 21.

[25] Gregorio Funes, *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucumán*, Buenos Aires, Imprenta de Benavente y Compañía, 1817, tomo 3, p. 495.

Aun en cuestiones de actuación política personal se buscaba inspiración en los clásicos. En Haití, el dirigente Toussaint L'Ouverture, poco letrado pero de amplia inteligencia, leía los *Comentarios* de Julio César para extraer de ellos nociones de política, de estrategia militar y de las relaciones entre una y otra.[26] Cuando Martín Rodríguez, el gobernante de Buenos Aires, desaconsejaba a Camilo Henríquez que se volviera a Chile, no conviniendo a un filósofo como él someterse a un sanguinario déspota, Henríquez le contestaba con el ejemplo de Casio y Bruto, que se habían familiarizado con César para asesinarle; él no planeaba tanto, pero sí obligaría a convocar a los representantes de la nación.[27]

Ejemplares como eran, las instituciones de la Antigüedad se podían revivir en tierra americana, "no porque son griegos ni romanos, sino porque apoyándose en el sentido común, razón universal, y naturaleza del hombre, convienen a todos los siglos y a todos los puntos del globo; su espíritu es tan útil hoy como lo fue ahora dos o tres mil años, y lo será eternamente mientras no varíe la organización humana".[28] Para el hombre libre, "Atenas, Roma y Esparta son las fuentes de sus lecciones y oponiendo siempre en su mente el ciudadano antiguo al vasallo moderno".[29] El mismo arte de la guerra siguió los preceptos de los antiguos estrategas: Miranda no habría aceptado como vencida una batalla si no hubiera sido conducida

[26] C. L. R. James, *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití* (1938), México, FCE/Turner, 2001, pp. 96, 169, *cf*. la anécdota en p. 236.

[27] *Escritos políticos de Camilo Henríquez*, introducción y recopilación de Raúl Silva Castro, Santiago, Universidad de Chile, 1960, p. 33.

[28] Vicente Rocafuerte, *El sistema político colombiano, popular, electivo y representativo, es el que más conviene a la América independiente*, Nueva York, A. Paul, 1823, p. 14.

[29] *El Editor Constitucional* (Guatemala), 2-VIII-1820, en *Escritos del doctor Pedro Molina*, con un est. prel. de Salvador Mendieta, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1954, tomo 1, p. 32.

según las reglas de Alejandro y César.[30] Los debates sobre estrategia u organización militar recurrían a argumentos sacados de la historia antigua: el empleo de la caballería se recomendaba alegando la estrategia de los parthos,[31] cosa que cualquier llanero o gaucho habría avalado.

En una completa aplicación no pensaban, sin embargo; hay numerosos ejemplos que los absuelven de tal ingenuidad.[32] Más bien era que el uso de los clásicos, a diferencia de otros momentos, estuvo al servicio de una causa revolucionaria y americana: el mensaje de armonía del neoclásico original se transformó en mensaje marcial,[33] Grecia y Roma eran una alternativa a Europa. Sus símbolos reaparecieron reciclados entre nosotros: el gorro que de la antigua Frigia había pasado a los libertos romanos y de ahí a los revolucionarios franceses terminó en las cabezas de los federales argentinos. Las poses de atlantes y cariátides fueron asumidas en los nuevos escudos nacionales de la Gran Colombia y Chile, pero por indios. El viejo motivo del centauro se reveló el más adecuado para los pueblos jinetes de América, se asentó en el himno colombiano ("Centauros

[30] Terzo Tariffi, "Los clásicos griegos de Francisco Miranda", *Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), tomo 83, núm. 329 (2000), pp. 250-268, pp. 253-254.

[31] Muchos ejemplos en Ricardo del Molino García, "Dioses de la guerra y héroes grecorromanos en el primer pensamiento militar republicano neogranadino (1810-1816)", *Revista Científica General José María Córdoba* (Bogotá), vol. 17, núm. 27 (2019), pp. 581-602.

[32] Susana Gazmuri Stein, "Modernas historias antiguas: de cómo los modernos entendieron a los antiguos", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año 82, núm. 125 (2016), pp. 123-166.

[33] Emilio Irigoyen, citado en Julio Omar Karamán Chaparenco, *De la república de las letras a la República Oriental del Uruguay: el neoclasicismo en la formación del Estado y el sujeto nacionales (1811-1837)*, tesis doctoral, Vancouver, University of British Columbia, 2010, p. 64.

indomables descienden de los llanos")[34] y su refriega con un león, que ya se encuentra en la impronta de un sello de Asiria y en una miniatura de Samarcanda, fue retomado para simbolizar la victoria de los llaneros sobre el león hispano.[35]

En el mismo plano resulta significativo que la gramática latina de Andrés Bello (1838) fue novedosa en cuanto explicó la lengua desde el castellano actual (y americano), con la conciencia de que éste tenía una estructura distinta.[36] Según notaba Tulio Halperin Donghi, cuyos padres eran profesores de latín, cuando José Joaquín de Olmedo y Gregorio Funes usaron de imágenes grecorromanas para elaborar el retrato de Bolívar estaban reivindicando para América el "goce directo de una herencia cultural hasta entonces mediada por Europa".[37]

3. El rechazo de los clásicos

No todo era admiración. O no lo fue siempre hasta el final. El deán Gregorio Funes consideraba las leyes romanas un "conjunto de piezas mal aderezadas" y "trabajadas por diversas personas en diversos tiempos". Retomando la idea de una utilidad inmediata de la historia, un periódico chileno criticaba a Atenas, Esparta y Roma: "el

[34] Manuel Briceño Jáuregui sj, "Reminiscencias griegas en el himno nacional de Colombia", en *id.*, *Humanismo clásico: ensayos*, Cúcuta, Laser Editores, 1987 (*Letras Colombianas en el Norte de Santander*, vol. 1), pp. 113-120.

[35] Ernesto Mora Queipo, Jean González Queipo & Dianora Richard de Mora, "El centauro llanero: sus mitos y símbolos en la identidad nacional venezolana", *Opcion* [online], vol. 23, núm. 53 (2007), pp. 91-111.

[36] Léanse las observaciones del latinista Aurelio Espinosa Pólit en la introducción a la *Gramática latina y escritos complementarios*, Caracas, La Casa de Bello, 1981.

[37] Tulio Halperin Donghi, "Imagen argentina de Bolívar: de Funes a Mitre", en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2017, pp. 115-142, p. 119.

conocimiento de lo pasado que nos dan los historiadores sólo puede servirnos para dirigir nuestros negocios por un camino que no sea tan expuesto como el que llevaron nuestros antecesores".[38] Con el tiempo el ejemplo antiguo empezó a ser más bien la ilustración de nuestros males. Se ha rastreado en los escritos de Bolívar el paso desde la admiración por los antiguos a cierto desdén por sus defectos políticos, que veía muy similares a los del continente que él había llamado a la independencia.[39] El mismo deán se agarraba la cabeza ya que "cuando fijamos la consideración en nuestras disensiones, no parece sino que Cicerón, Tácito y Salustio escribieron para nosotros".[40] Pontificaba José Antonio Páez en sus memorias: "hemos tenido, como tuvo Roma, pretorianos que quisieron gobernar a su antojo y capricho la república" (él no pertenecía a esa categoría, por lo visto).[41]

Las críticas no implicaban necesariamente el abandono del modelo[42] pero podían derivar en un argumento conservador sobre la impractibilidad de la democracia, que ya el tory escocés William Mitford había iniciado en su *History of Greece* (1784-1810) animada por un violento espíritu antijacobino. Es el que hallamos en frase de Juan García del Río: "Juzgo ocioso hablar de las repúblicas de la antigüedad y de la Edad Media, porque presumo que ni aun los más ardientes partidarios del sistema republicano querrían ver a su patria en la condición política de Atenas o Esparta, de Roma o Cartago, de Florencia o Venecia", escenarios todas ellas de

[38] Deán Gregorio Funes, en *El Duende*, 29-VI-18, en *CdAPCh*, vol. 12, p. 91.

[39] Felipe-G. Hernández Muñoz, "Encanto y desencanto griego en la obra de Bolívar", *Praesentia*, núm. 2-3 (1998-1999), pp. 127-139.

[40] Funes, *Ensayo de la historia civil* [n. 25], p. 492.

[41] J. L. Salcedo Bastardo, *Historia fundamental de Venezuela*, 4ª ed. revisada, Caracas, Universidad Central de la República, 1972, p. 403.

[42] Tal como señala, para el caso de Estados Unidos, Miles, "The young American nation and the classical world" [n. 15].

disturbios, guerras y demagogos.[43] No puede ser Bruto un ejemplo y "consideramos que no podemos ser los hombres de la república romana. Ni los de las repúblicas de Grecia, ni los de las repúblicas italianas, sin colocarnos en épocas muy atrasadas y que esto no es progresar en la civilización, sino retrogradar todo lo posible", decía otro conservador, Antonio José de Irisarri.[44]

Más allá de este sesgo, había señales de que se estaba afinando el sentido histórico y se veían las diferencias. Se hacían notar los defectos de los antiguos, se observaba que su legislación no era adecuada para la situación, y al remarcar las diferencias se veía a veces la superioridad de las propias gestas: "quién dijera que en Colombia, veinte siglos después de la ruina de Cartago, había de verse acontecimiento más brillante que el de Zama".[45] La exageración misma, cuando no era ya en sí irónica, dio pie para una crítica a la ingenua pretensión imitadora. Ese Rocafuerte que hablaba de las leyes antiguas como emanación de un sentido común, razón universal y naturaleza del hombre, sin embargo señalaba que "entre el antiguo y el nuevo sistema republicano debe haber la misma diferencia que existe entre la naturaleza de estos lugares, la que se observa entre la orgullosa altura del agigantado Chimborazo y la humilde elevación del pigmeo Hymeto, entre el estruendoso océano que forma el río Amazonas y el risueño arroyuelo Cephiso".[46]

En este medio distinto había que buscar. Las páginas autobiográficas de Sarmiento muestran el camino por el cual llegó a convencerse de que "no era en Roma ni en Grecia [que conocía por

[43] García del Río, *Meditaciones colombianas* [n. 14], pp. 121-122.

[44] Antonio José de Irisarri, Discurso preliminar a la *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho* (1846), Madrid, Editorial América, s.f., pp. 12, 13, 28, 58.

[45] Carta de Santander a Bolívar, 6-v-1825, en *Cartas Santander-Bolívar*, Bogotá, Presidencia de la República, 1988, tomo 4, p. 359.

[46] Rocafuerte, *El sistema político colombiano* [n. 28], pp. 11-12.

manuales modernos] donde había de buscar yo la libertad y la patria, sino allí, en San Juan".[47] Denostaba el chileno José Victorino Lastarria a cada momento a los políticos de la generación anterior: "en Chile se copiaba la república de los que llevaron ese nombre en la Grecia antigua y en Roma […] no buscaban los principios de su política sino en la historia de las repúblicas antiguas y de la Edad Media".[48]

La distancia así comprobada correspondía a una más entrenada visión del pasado. Ya en Europa se había empezado a dudar que la antigüedad fuera tan virtuosa y que fuera posible y útil revivirla. En pocas páginas magistrales había diseccionado Benjamin Constant la libertad de los antiguos y contrastado con la de los modernos (1819). Quizás fue poco leído entonces Constant en Europa, y menos lo habría sido entre nosotros, pero no así Alexis de Tocqueville, al que reservamos amplia acogida:

> Cuando comparo las repúblicas griegas y romanas con estas repúblicas de América, las bibliotecas manuscritas de las primeras y su populacho grosero, con los mil diarios que surcan las segundas y el pueblo ilustrado que las habita; cuando en seguida pienso en todos los esfuerzos que se hacen aún para juzgar de uno con ayuda de los otros y prever, por lo que sucedió hace dos mil años, lo que sucederá en nuestros días, me veo tentado a quemar mis libros, a fin de no aplicar sino ideas nuevas a un estado social tan nuevo.

Atenas era aristocrática, los libros ahí escasos y caros, su literatura muy atenta al detalle, distinta de las literaturas de los pueblos democráticos, que "hacen un mediano aprecio de la erudición y no

[47] Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia. Mi defensa*, prólogo de Tulio Halperin Donghi, Buenos Aires, Emecé, 2011, pp. 285, 202, 212, 213.

[48] José Victorino Lastarria, *Historia constitucional del medio siglo*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1858, pp. 215, 251, 425.

se cuidan de saber a fondo lo que sucedía en Roma y en Atenas; quieren que se les hable de sí mismos y reclaman reflejo de lo presente".[49]

Un lector de Tocqueville, el argentino Juan Bautista Alberdi, reseñaba pocos años después un certamen poético celebrado en Montevideo en 1841 y describía cómo la poesía de la emancipación iba por camino distinto a la acción política: "se levantaban naciones, la poesía sólo ensalzaba héroes; se traducían en el terreno de la política los principios anunciados al género humano por el cristianismo y los poetas, olvidando al Dios único, invocaban a los numerosos dioses del paganismo […] se echaban los cimientos de una sociabilidad nueva y original y la poesía no cesaba de hacer de nuestra revolución una glosa de las repúblicas de Grecia y Roma".[50]

Por esos mismos años, en otras latitudes geográficas e intelectuales, escribía Karl Marx unos conceptos que se hicieron famosos: aquellos que hablaban de la historia que se presenta como tragedia y después se repite como comedia; más útiles para nosotros ahora, hallamos a su lado expuestas estas consideraciones, que son menos citadas: "La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Así, Lutero se disfrazó de apóstol Pablo, la revolución de 1789-1814 se vistió alternativamente con el ropaje de la República Romana y del Imperio Romano". Sin embargo, una vez que los revolucionarios cumplieron la misión de su tiempo, "desaparecieron los colosos antediluvianos y con ellos el romanismo resucitado".[51]

[49] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, prefacio, notas y bibliografía de J. P. Mayer, introducción de Enrique González Pedrero, México, FCE, 1957, pp. 300, 436, 449-450.

[50] Alberdi, *Autobiografía* [n. 14], p. 70.

[51] Karl Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte* (1852), Barcelona, Ariel, 1971, cap. 1, pp. 11-13.

4. El uso de los clásicos

También en nuestra América podían haber desaparecido estos colosos antediluvianos, en el sentido que aconsejaba en 1824 el francés Ferdinand Denis, quien había residido en Brasil y se mostraba entusiasta de esa nueva tierra:

> Si esta parte de la América ha adoptado un lenguaje que ha perfeccionado a nuestra vieja Europa, debe rechazar las ideas mitológicas debidas a las fábulas de Grecia utilizadas por nuestra larga civilización; éstas han sido llevadas a orillas donde las naciones no podían entenderlas bien, donde deberían haber sido siempre mal conocidas; no están en armonía, no están de acuerdo ni con el clima ni con la naturaleza ni con las tradiciones. La América, brillante de juventud, debe tener pensamientos nuevos y enérgicos como ella.[52]

Vemos esbozada en estos fragmentos la generosa preceptiva literaria que tan repetidamente aconsejó tomar la naturaleza americana como modelo y el consejo político de buscar en nuestro saber social la fórmula política. Tímidamente hicimos literatura de nuestros rústicos, con más energía empezamos a transitar los vericuetos de nuestra realidad social, tan alejada de las descripciones entusiastas del inicio. Sin embargo no nos animamos a expulsar las fábulas de Grecia ni el romanismo resucitado sino que les dimos distinto uso. Mientras la clase que revistiera en Europa el ropaje clásico cumplió su papel histórico, muy mal llevaron a cabo el suyo las que aquí pretendieron desempeñarlo: y nótese que la buena actuación allá y la mala acá son dos caras de la misma moneda.

Para entenderlo hay que recordar cómo al principio la evocación de los antiguos por parte de los insurgentes implicaba la idea

[52] Ferdinand Denis, *Resumé de l'histoire littéraire du Portugal, suivi du resumé de l'histoire littéraire du Brésil*, París, Lecointe et Durey, 1826, pp. 515-516.

de estar reviviendo y aun continuando y superando sus gestas: "los chilenos imitarán a los macedonios y griegos que, después de arrollar al fastuoso Darío, librarán de su afeminada dominación a los miserables pueblos que gimen bajo cetro de bronce".[53] Los enemigos se burlaban de tales pretensiones: "fanfarronada intolerable" la pretensión de Buenos Aires de haber superado a Esparta y Roma, calificaba un periódico realista chileno; en Brasil se hacía irónica alusión a "los Catones de las pampas".[54] Por alguna razón parece que tal pretensión, ya se apuntó antes, se reitera especialmente en la producción de Buenos Aires: como testigo sirvan muchas páginas de *La lyra argentina* (1824), recopilación de poemas patrióticos.

Fueron dejando de ser el ejemplo pero ese lugar lo ocupó la Europa moderna. Contrastaba Lastarria a Juan Egaña —quien había defendido su fe "asilándose en la civilización antigua de Grecia y Roma, en cuyo molde quería modelar las nuevas sociedades americanas, después de su emancipación" (única excepción a su regla de no copiar ejemplos ajenos)— con su hijo Mariano, quien buscaba en Inglaterra, sacando el protestantismo, toda inspiración.[55] O con más frecuencia este papel lo tenían los franceses, que con su imaginación "son los griegos de nuestros tiempos"; la ilustrada Francia, la Grecia de nuestros días".[56] E intérpretes privilegiados de aquéllos y de los romanos: las gramáticas, manuales, florilegios y traducciones

[53] *Semanario de Policía*, núm. 12, 26-XI-1817, en *CdAPCh*, vol. 3, p. 257.

[54] *Viva el Rey*, tomo 2, núm. 90, 18-X-1816, en *CdAPCh*, vol. 2, p. 246n; un periódico brasileño es retomado en *El Nacional* (Buenos Aires), núm. 48, 23-II-1826, p. 358, en *BdM*, tomo 10, *Periodismo*, p. 9836.

[55] José Victorino Lastarria, *Recuerdos literarios*, Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1878, p. 39.

[56] Simón Rodríguez, *Sociedades americanas* [n. 14], p. 66; José Francisco Heredia, *Memorias del regente Heredia*, prólogo por Blas Bruni Celli, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 42.

de la Francia fueron citadas regularmente en los planes de estudio.[57] Pero lo que fue devorado no fue ese material de difícil acceso sino, cada vez más, los libros en los cuales los nuevos griegos reciclaban a los antiguos.

Dicha influencia terminó acortando el camino hacia estos últimos: el muy erudito Hipólito Unanue citaba muy cómodamente a Homero en francés; la Iliada de Pope fue la de Bolívar.[58] Se preguntaba con extrañeza Pedro Henríquez Ureña por qué Carlos María de Bustamante, bachiller en artes y licenciado en derecho, que había redactado una inscripción en latín, recurrió, para su traducción escolar de la Eneida hacia 1830, a la versión francesa de Leblond, excusándose de no saber suficiente francés (y salió por supuesto plagada de errores).[59] Empeñado en una disquisición sobre Alejandro Magno, Vicente Fidel López lo flageló por su comportamiento con griegos y persas; se sirvió para ello de Quinto Curcio y "de un romance francés titulado La Casandra, que después he sabido es una mascarada del reinado de Luis XIV con nombres griegos y persas".[60]

Tales refritos explican la distinta grafía de los nombres antiguos que empezó a divulgarse y por qué las defensas del estudio de los clásicos se dirigían contra quienes afirmaban que todo se había ya

[57] Rivas Sacconi, *El latín en Colombia* [n. 12], p. 307n, reproduce detalles del plan de educación ya citado de Restrepo (1826), que aconseja la obra sobre prosodia de G. Rey, "compuesta para los liceos de Francia", la obra de César Du Marsais, el método de Port-Royal y la gramática latina de Guenoult.

[58] Hipólito Unanue, "Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre", en CDIP, tomo 1, pp. 39-237, p. 348n; Manuel Pérez Vila, *La biblioteca del Libertador*, Caracas, 1960.

[59] Henríquez Ureña, "Traducciones y paráfrasis" [n. 11], pp. 196-197.

[60] Vicente Fidel López en sus apuntes autobiográficos de 1896, véase *Evocaciones históricas: Autobiografía – La gran semana de Mayo – El conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires etc., Jackson, 1945, pp. 43-44.

traducido, como hacía Andrés Bello en Chile y fray Manuel de San Juan Crisóstomo Nájera en México en 1843.[61]

Eran defensas comprensibles en un medio en que los libros europeos pulularon. Los críticos del modelo antiguo entendían que el apasionamiento de los legisladores chilenos por la antigüedad se debía "sin duda por preocupaciones sacadas de las ideas pedagógicas de las clases de latinidad", sin ver que junto a ellas había un entramado de concepciones republicanas, distintas a las del liberalismo que sólo miraba a Europa. Se les aconsejaba estudiar a Tucídides "o la excelente historia de Grecia por Mitford".[62] Paradójico que el demócrata radical que fue José Victorino Lastarria esté recomendando esa ya citada historia reaccionaria, pero entendible cuando se abarca el conjunto de su ideario, que muy inconscientemente los arrastraba hacia la interpretación europea de los antiguos.

Ejemplos sobran de ello: el neoclásico arquitectónico que se empezó a utilizar fue trasunto del neoclásico bonapartista: lo vio María Rosa Lida en los remozamientos de la catedral de Buenos Aires por obra de Bernardino Rivadavia, recuerdo francés más que griego y deseo de cortar con la tradición española.[63] De los edificios altoperuanos se ha dicho algo similar: "la relación con los clásicos no fue directa sino mediatizada, fundamentalmente a través de la influencia francesa […] el neoclásico en la arquitectura boliviana no refleja un amor a lo clásico ni un conocimiento profundo del mismo".[64] No por muy citados, los versos de Rubén Darío dejan aquí de ser necesarios:

[61] Ignacio Osorio Romero, "El helenismo en México: de Trento a los filólogos sensualistas", *Nova Tellus*, 4 (1986), pp. 63-117.

[62] Lastarria, *Historia constitucional del medio siglo* [n. 48], p. 427.

[63] Lida de Malkiel, "La tradición clásica en España" [n. 10], p. 365n.

[64] Fernando Cajías de la Vega, "La arquitectura neoclásica en Bolivia" en *Classica boliviana*. Primer Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos, La Paz, Universidad de Nuestra Señora de la Paz/Unión Latina/Embajada de España, 1998, pp. 153-155.

> Amo más que la Grecia de los griegos
> la Grecia de la Francia, porque en Francia
> al eco de las risas y los juegos
> su más dulce licor Venus escancia.[65]

Ni siquiera la Grecia de la erudición alemana, sino esa Grecia producida por la burguesía en francés, con su acompañamiento de manuales de Duruy, traducciones y pastiches. Tal fue nuestro alimento hasta hoy. Con dicha ayuda se podía creer que el acceso a la herencia clásica estaba garantizado sin el enojoso trámite de aprender sus lenguas, y dicha herencia servía como un elemento más de diferenciación del vulgo. En la Colonia, éste había participado de cierta carnavalización de los antiguos, tradicional en la cultura española; los indios habían aprovechado la tolerancia oficial hacia las deidades grecorromanas para introducir subrepticiamente las suyas. La interpretación popular continuó, pero subordinada a una lectura solemne desde el poder, como atestiguan los numerosos clubs populares, algunos de negros y mulatos, llamados Olimpo o Atenea.[66]

Se dejaba atrás, arrumbado y sin entender, un corpus literario compuesto en latín, que ya dije no fue sobresaliente pero existió. En cuanto a idiomas más recónditos, José María Luis Mora hacía notar que el griego y el hebreo, estudiados por el clero regular en

[65] "Divagación" (1894), en *Prosas profanas*, Rubén Darío, *Poesía*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 184.

[66] Eduardo Hopkins Rodríguez, "Carnavalización de mitos clásicos en la poesía de Juan del Valle y Caviedes", en Teodoro Hampe Martínez, comp., *La tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima, Sociedad Peruana de Estudios Clásicos/Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1999, pp. 173-190; Andrés Orías Bleichner, "Mitos clásicos en la iconografía de Charcas", en *Classica Boliviana: Actas del III Encuentro de Estudios Clásicos*, Cochabamba, Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos, 2004, pp. 83-92; otros datos en Taboada, "Los clásicos entre el vulgo latinoamericano" [n. 1].

la Colonia, eran "desconocidos casi del todo hoy en México".[67] Parece que tanto griego y hebreo en realidad no había, pero sí algún esbozo de enseñanza, que tardó años en recuperarse, y bastantes sabedores. Algunos lamentaron durante décadas la pérdida, especialmente cuando vieron que en Europa florecía la filología clásica: se intentaba recuperar el latín, implantarlo en la enseñanza, algunos lo estudiaban subrepticiamente, compraban gramáticas y diccionarios, y por doquier se fingía su conocimiento y se copiaban citas a quienes sí lo entendían.

Era una evolución general en el mundo moderno, disculpable; más es de criticar la desaparición de la enseñanza de las lenguas indígenas, que se eliminó con las repúblicas y, asunto que amerita mayor estudio, el abandono de una tradición jurídica viva que a través de los siglos había ido glosando el derecho latino, dando coherencia, consistencia jurídica y alternativas a un derecho indiano propio. La adopción de los códigos modernos hizo olvidar esta elaboración, lo cual fue en desmedro de enemigos del Estado liberal (Iglesia, aristocracia, grupos indígenas) en aras de la imposición de la propiedad privada.[68]

Y lo que definitivamente considero negativo fue el arrumbamiento de la idea de buscar directamente en ese mundo antiguo —el cual creían que había dado origen a Europa— un antecedente alternativo para la nueva virtud americana. Quedó de ese momento clasicista una onomástica latinoamericana pletórica de reminiscencias grecorromanas; en parte era tradición que remontaba al santoral, pero revivida y aumentada con la resurrección de nombres

[67] José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (1836), 3ª ed., ed. y pról. de Agustín Yáñez, México, Porrúa, 1965, vol. 1, p. 237.

[68] Reitero que merece más espacio esta interesante propuesta, que proviene de Miguel Arteaga Araníbar, "El abandono del latín como estrategia de los grupos de poder para la transformación del derecho de propiedad en América", en *Classica Boliviana* [n. 66], pp. 57-63.

de filósofos, héroes y hasta dioses en cantidad y espectro social que aún hoy asombra a los extraños. Hasta llegaron a contaminar la toponimia y provocaron un extendido uso neoclásico en pintura y arquitectura.

En todo lo demás se tapió la estrecha entrada que habíamos abierto durante los años de la Independencia hacia la herencia antigua. El facilismo criollo desdeñó el estudio de sus lenguas y prefirió entablar polémicas ruidosas, construir teorías abstrusas, fundar revistas que duraban tres números y traducir desde Cuernavaca a Homero del francés. Cuando aparecía algún cultivo de las lenguas venerables solía ser entre los sectores más conservadores, en un papel simbólico y ceremonial para periódicos proyectos de restauración porque, del mismo modo que en Europa, el mundo antiguo más que la libertad republicana empezó a simbolizar la solidez de las instituciones y el fundamento de la moral. Valor simbólico acrecentado aquí con la muy importante función criolla de colonizar a las grandes mayorías, que respondían a muy otras y heterogéneas tradiciones.

5
CRUZADAS, FEUDALISMO Y GODOS: LA INVENCIÓN CRIOLLA DE LA EDAD MEDIA[1]

> *La edad media, este periodo de grandes vicios y de virtudes heroicas, de ignorancia, de energía y de trastorno universal.*
>
> Lorenzo de Zavala, México, 1831

Común fue desde el siglo XIX comparar sociedades, cultura material, mentalidad e instituciones de la América española y portuguesa, antes y después de la Independencia, con la Edad Media europea; lo hicieron en un principio observadores extranjeros, tras lo cual lentamente autores locales recogieron el motivo, que terminó consolidándose como referente y dio pie para que entraran a nuestros discursos los temas del feudalismo colonial, de la Conquista como Cruzada y más recientemente de las herencias medievales en la cultura material y espiritual.

[1] Una versión ligeramente distinta aparecerá como "The Criollo invention of the Middle Ages", en *Ibero American Medievalisms*, coordinado por Nadia Altschul y Maria Ruhlmann, Glasgow University Press, en prensa.

No me interesa aquí entrar en las muchas implicaciones y discusiones que la comparación implica, sino señalar que en su origen se halla la incorporación en nuestro imaginario de una categoría nueva, la de Edad Media. Es más que una minucia porque se sabe que la categoría fue central para la construcción de las filosofías de la historia posteriores a la Ilustración que se elaboraron en la Europa transpirenaica, es decir para la construcción misma de la idea de modernidad.[2] Una prueba de esta centralidad es la atención especial que la Edad Media como concepto historiográfico ha recibido.[3]

Tales antecedentes europeos explican las menciones de este lado del Atlántico y permiten sospechar que en nuestra apropiación de la categoría también tuvieron que mezclarse intereses políticos e ideológicos. Por eso dije que no era una minucia, pero observo que poco estudio se ha dedicado al problema: sólo la noción de feudalismo (central en las teorías marxistas y dependentistas) ha sido objeto de indagación, centrada por otro lado en la figura de Domingo

[2] Sobre el tema hay mucho que se ha escrito; de los tratamientos específicos que he encontrado y me han servido menciono a Jürgen Voss, "Le problème du Moyen Âge dans la pensée historique en France (XVIe-XIXe siècle)", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, tome 24, núm. 3 (1977), pp. 321-340; Jean-Michel Dufays, "Le 'Moyen-Âge' au dix-huitième siècle: contribution à l'étude de la terminologie et de la problématique d'époque intermédiaire'", en Roland Mortier & Hervè Hasquin, eds., *Études sur le XVIII siècle*, Bruselas, Université de Bruxelles, 1981, pp. 125-145; Jacques Heers, *La invención de la Edad Media*, Barcelona, Crítica Mondadori, 1995; Giuseppe Sergi, *La idea de Edad Media: entre el sentido común y la práctica historiográfica*, trad. española y nota preliminar de Pascual Tamburri, Barcelona, Crítica, 2001; Alain Guerreau, *El futuro de un pasado: la Edad Media en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2002; aunque centrada en lo que supuestamente terminó con la Edad Media, está llena de referencias la obra de Wallace K. Ferguson, *The Renaissance in historical thought: five centuries of interpretation*, Boston, Houghton Mifflin, 1950.

[3] "De todas las disciplinas historiográficas, tal vez ha sido el medievalismo la más constante y profundamente preocupada por su objeto de estudio y por las diversas líneas interpretativas del mismo", Pascual Tamburri, "Nota preliminar", en Sergi, *La idea de Edad Media* [n. 2], p. 9.

Faustino Sarmiento.[4] Tratemos entonces de explorar, pienso que será con provecho para la historia de nuestras ideas, otros territorios de aquella Edad Media que diversos pensadores estaban instalando en los discursos de los albores de la Independencia.

1. Ilustración americana y Edad Media europea

El rechazo de la Edad Media no tuvo en España la ferocidad que en otros países europeos: sus humanistas más bien apreciaron los elementos de continuidad con el pasado, lo cual puede verse en la *Historia imperial y cesárea* (1545) de Pedro Mexía y en la corriente historicista (Martínez Marina, Campomanes) que a fines del siglo xviii valoró las constituciones medievales, buscando una legitimidad para las modernas. Luego, la invasión francesa de 1808 fue comparada frecuentemente con la invasión sarracena, así como el llamado a una resistencia con el de Pelayo en Covadonga, mientras la propaganda patriótica recordaba la monarquía de los godos y hasta mostraba algún arcaísmo en el lenguaje.

[4] Precursor fue el panorama de Juan Carlos Chiaramonte, "Génesis del 'diagnóstico' feudal en la historia hispanoamericana", en *id.*, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México/Barcelona/Buenos Aires, Grijalbo, 1983, pp. 15-95; sobre Sarmiento escribió Arturo Andrés Roig, "Domingo Faustino Sarmiento: barbarie y feudalismo en las páginas del *Facundo*", en Adriana M. Arpini & Clara A. Jalif de Bertranou, dirs., *Diversidad e integración en Nuestra América*, vol. 1. *Estados nacionales e integración continental (1804-1880)*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 217-247; más recientemente, Ericka Beckman, "Troubadours and Bedouins on the pampas: medievalism and orientalism in Sarmiento's *Facundo*", *Chasqui*, vol. 38, núm. 2 (2009), pp. 37-46; Nadia R. Altschul, "Writing Argentine premodernity: Medieval temporality in the Creole writer-stateman Domingo F. Sarmiento", *Interventions. International Journal of Postcolonial Studies* (2013).

Se dirá con visos de razón que el atraso mismo, en relación con la Europa transpirenaica, el "medievalismo" justamente de la España que se resistió a entrar a la modernidad, que veía su época de esplendor en aquellos tiempos pasados, era lo que impedía aceptar una imagen condenatoria de ellos, como hacía la Ilustración en otros sitios. También puede argumentarse que la gesta de la Reconquista, que precisamente en el siglo XVIII adquirió su nombre, seguía siendo el episodio fundador de la identidad y la unidad española. De cualquier forma, la categoría no se hizo necesaria y su uso en el mundo hispánico fue limitado y tardío: mientras en otras lenguas los términos correspondientes (medium tempus, Middle Ages, Moyen Âge) y sus adjetivos fueron apareciendo a partir del siglo XV,[5] en castellano están registrados sólo a fines del XVIII.[6] La palabra *feudalismo* llegó muy evidentemente como un calco del

[5] La literatura en torno al tema y los diccionarios nos informan que la idea apareció laxamente entre los humanistas italianos como "medium tempus" o "media aetas" y otras expresiones similares, las cuales fraguaron en la obra del historiador Christophe Keller (Cellarius), quien dedicó un volumen especial de su historia universal (1676) precisamente a la "Edad Media"; la palabra en alemán se documenta tempranamente, en el siglo XVI, en inglés y francés en el XVII aparecen "Middle Ages" y "Moyen Âge"; el adjetivo "medieval" es más tardío: en inglés de 1827, en francés de 1874, véanse muchos ejemplos en la bibliografía antes citada.

[6] Una búsqueda en el banco de datos Corpus diacrónico del español mostró una muy contada utilización de la palabra "Edad Media", y esto sólo desde fines del siglo XVIII, en escritos del ilustrado Jovellanos y una mención en Capmany (no figuran usos americanos tempranos); el adjetivo "medieval" (y su variante "medioeval"), que en inglés está registrado hacia 1827, en nuestra lengua tuvo que esperar hasta 1876 y la obra de Benito Pérez Galdós, verifíquese en Real Academia Española, Banco de datos CORDE, *Corpus diacrónico del español*, http://corpus.rae.es/cordenet.html [consultado el 24 de febrero de 2018]; la *Enciclopedia del idioma* de Martín Alonso (Madrid, Aguilar, 1968, tomo 2, *sv* "Edad") refiere una mención en un poema de Luis de Góngora publicado en 1627, dato que retoma Dufays, "Le 'Moyen-Âge' au dix-huitième siècle" [n. 2], pero he encontrado dicha edición de Góngora en Google Books y sus buscadores no confirmaron el dato.

francés en la primera década del XIX, precisamente en la polémica contra la invasión napoleónica a España.[7]

Elementos de esta apreciación también los encontramos en las Indias ibéricas desde el comienzo: hubo entre los conquistadores una reiterada evocación de las luchas contra los moros como empresa heroica que antecedía las propias y era frecuente remontar la ascendencia familiar hasta los godos y hasta héroes de la Reconquista, así como reivindicar hazañas de cruzados (en parte conocidos por la épica italiana, los muy admirados e imitados Tasso y Boiardo). Las menciones de feudos y el adjetivo *feudal* se mezclan a veces de forma impertinente en los documentos de Indias, cuyo sistema jurídico se basaba en el español, y con ello en antecedentes medievales que eran citados como autoridad (las Siete Partidas, el Fuero Juzgo, las Leyes de Toro), especialmente cuando el regalismo borbónico enfatizó el derecho castellano por sobre el romano. En las bibliotecas figuraban con frecuencia estos libros junto a otros de historia de España, como el de Juan de Mariana (1602), y se dio el limeño Pedro de Peralta y Barnuevo a la tarea de componer la suya propia, *La historia de España vindicada* (1730), de la cual sólo publicó la parte más antigua, que tocaba los siglos previos a la invasión sarracena y al parecer no llegó a escribir sobre los posteriores, aunque se echa de ver allí la versión castiza que sobre ellos predominaba en la España moderna: la desaparición de la secta arriana en la España visigoda finaliza el volumen publicado, anunciando el comienzo de una época de gloria.

Fueron rasgos que perduraron hasta la Independencia: quienes argumentan que ésta se originó a partir de ideas tradicionales han

[7] El mismo *Corpus diacrónico del español* registra los primeros ejemplos en la obra polémica de fray Francisco Alvarado, dirigidas a desenmascarar a Bonaparte, quien había invadido España "a redimirnos del que él llama feudalismo"; el primer uso americano atestiguado pertenece al cubano José María Heredia, en 1823 [consultado el 6 de febrero de 2018].

constatado que los autores criollos siguieron apelando a la jurisprudencia medieval.[8] Una vieja queja de los liberales, no del todo justa, fue que Aristóteles y la Escolástica, tras haber sido expulsados de Europa, se habían refugiado en América. Ya se aludió al historiador del derecho ovetense Francisco Martínez Marina y al más famoso Melchor Gaspar de Jovellanos, que reivindicaban las instituciones medievales españolas como antecedente de los órganos representativos. Ambos aparecen en bibliotecas y citas americanas y el segundo llegó a tener gran influencia en los inicios del liberalismo.[9]

Ecos de tal influencia pueden verse en la primera prensa americana, que retomaba el discurso de la insurrección española antifrancesa y de las Cortes de Cádiz, las cuales insistían en dichos antecedentes medievales.[10] La apelación al prestigio de los godos estaba viva en Nueva España en 1817, cuando el escultor indio Pedro Patiño Ixtolinque realizó un bajorrelieve en yeso con el tema

[8] Véanse ejemplos en O. Carlos Stoetzer, *El pensamiento político en la América española durante el periodo de la emancipación (1789-1825) (las bases hispánicas y las corrientes europeas)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1966, vol. 1, pp. 108, 128, 152, vol. 2, p. 30.

[9] Eclesiástico y miembro de las Cortes de Cádiz, Martínez Marina expresó sus ideas en su *Teoría de las Cortes* (1813); ejemplos de su influencia americana en Stoetzer, *El pensamiento político* [n. 8], vol. 1, p. 139; he hallado citas y referencias de él en Servando Teresa de Mier, Francisco de Paula Santander, Félix Varela, José María Luis Mora y otros.

[10] El periódico limeño *El Peruano*, redactado bajo el gobierno virreinal a la sombra de la libertad de prensa, retomaba periódicos gaditanos para exaltar la insurrección de los nobles contra Doña Urraca, recordaba la minoridad de Enrique III, cuando las Cortes asumieron el poder en 1391, citaba la frase "nos que valemos tanto como vos", o elogiaba "nuestro código antiguo"; sin embargo son temas que en general aparecen poco, como se verá enseguida; los ejemplos en *El Peruano*, edición y prólogo Carmen Villanueva, en *CDIP*, tomo 23, vol. 2, núm. 28 (10-XII-1811), p. 259; núm. 34 (27-XII-1811), pp. 318ss; núm. 2 (7-I-1812), p. 16; núm. 33 (24-IV-1812), p. 335.

de *La proclamación del rey Wamba* (que reinó entre 672 y 680 y que se caracterizó por domar numerosas rebeliones).[11]

Semejante adhesión iba sin embargo acompañada por alusiones a una "época oscura" anterior al "renacimiento de las letras", y esas antiguas memorias hispanas eran recicladas a la luz del pensamiento de la Ilustración y de los hechos revolucionarios en Europa; ya antes que Marina y Jovellanos, Edmund Burke había reivindicado una antigua constitución inglesa, algo análogo hacía en Nápoles Vincenzo Cuoco y hasta en Rusia la oposición aristocrática al absolutismo. Por el resto, las tradiciones medievales no gozaban de vigor en Indias, como observaba Alexander von Humboldt: "la gloria de Don Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces estos nombres ilustres pero se presentan a su imaginación como pertenecientes al mundo ideal o al vacío de los tiempos fabulosos".[12] Años después el mexicano Lorenzo de Zavala lamentaba que los españoles ni siquiera habían "enseñado a sus hijos su antigua historia llena de hechos famosos y de recuerdos nobles".[13]

Con ello, nuevas apreciaciones se abrían camino lentamente, descendían desde el norte de Europa novedades historiográficas que incluían una nueva evaluación de ciertas épocas del pasado. Podían

[11] La escultura está exhibida en el Museo Nacional de Arte de la Ciudad de México.

[12] Alexander von Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, París, Casa de Rosa, 1826, libro 2, cap. 5 (vol. 1, p. 365); como señala Roberto Breña, "posiblemente, el elemento diferenciador mas importante sea que entre los aspectos tradicionalistas que alimentaban el reformismo americano no se contaba (como sí lo hacía, y de manera destacada, en el caso peninsular) el historicismo nacionalista; en cambio, dicho reformismo fundamentaba sus reivindicaciones políticas en el monarquismo austracista", *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1800-1824: una revisión historiográfica del liberalismo hispánico*, México, El Colegio de México, 2006, p. 64.

[13] Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de Mégico desde 1808 hasta 1830*, París, Imprenta de P. Dupont et G. Laguionie, 1831, vol. 1, p. 38.

ser los escritos de Voltaire, fuertemente crítico de la Edad Media, o los de William Robertson, no sólo su *Historia de América* (1777) sino también la *Historia de Carlos V* (1769), que estaba precedida por una panorámica de los siglos oscuros y su terminación, con conceptos que veremos muy citados; o Edward Gibbon cuya *Decadencia y caída del imperio romano* (1776) aparecía en catálogos de biblioteca o entre libros prohibidos o confiscados, tanto en el original como en su traducción francesa. De su popularidad nos habla el intento de Francisco de Miranda de encontrarse con el historiador durante su viaje por Suiza, propósito que no pudo realizar.

Prueba de que alguna penetración había tenido esta literatura en las décadas previas la ofrece el jesuita rioplatense Francisco Iturri, quien criticó en 1789 la interpretación de la historia de América que había publicado Juan Bautista Muñoz, y entre otras cosas cierto sarcasmo con que éste había hablado de las Cruzadas, con las que comparaba la Conquista de América; Iturri negaba la analogía y aunque se resistía a "decidir si las Cruzadas, y las guerras contra infieles en los cuatro siglos que le siguieron, fueron justas o injustas, conformes o disconformes a la esencia del cristianismo", se inclinaba a defenderlas.[14] Obsérvese de paso que Iturri habla de Cruzadas, en plural y como una serie de episodios del pasado, es decir que sigue el uso francés; en el dominio español lo común era referirse a la Cruzada, un ideal todavía vivo, para el cual se recogían limosnas regularmente.

Hacia la misma época, al dar cuenta de un acto académico y sus discursos, nos presentaba *El Mercurio Peruano* la idea hoy familiar de una época oscura en la historia europea que terminó cuando la migración de literatos griegos reavivó las artes, sincronismo hoy desacreditado pero que como gran revelación transmitían los re-

[14] Francisco Iturri, *Carta segunda en la que se continúa la crítica de la Historia del Nuevo Mundo de Juan Bautista Muñoz*, Madrid, s.e., 1798, pp. 61-63.

dactores sobre la fe del *Polihystor* (1688), obra latina del historiador alemán Daniel Georg Morhof: "La Europa después de haber estado como adormecida durante muchos siglos, vuelve en sí cuando en el año de 1453 la opresión tiránica de los Turcos hace transferir a la Italia los preciosos monumentos de la antigua erudición de los griegos".[15] Una causa distinta parecía ser aducida en otro artículo del mismo periódico, obra del sabio Hipólito Unanue: "El descubrimiento de América causó una revolución general en el sistema político, en las ciencias y hasta en las artes".[16] Sobre esta última opinión volveré.

La vacilación de Iturri, un eclesiástico, en la defensa de las Cruzadas y la idea de un renacimiento de las artes en el periódico oficial limeño confirman el descenso de las novedades historiográficas transpirenaicas. La vieja división de los tiempos en siete periodos (San Agustín) o en cuatro imperios (Libro de Daniel) iban desapareciendo; prestigio mantuvo durante mucho tiempo el esquema de Bossuet, cuyo momento culminante era el imperio cristiano de Carlomagno, pero cada vez más se mezcló con una partición en tres periodos, la que nos es todavía familiar, con una historia antigua y una moderna, brillantes, y entre ellas dos una Edad Media opaca u oscura.

2. Independencia y godos

Eran fragmentos de un discurso que no podía dejar intactos símbolos hasta entonces venerables de la Antigüedad hispana, y empezaron

[15] *Mercurio Peruano*, edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964ss, núm. 277, 29-VIII-1793 (tomo 8, p. 281); a notar que Morhof fue uno de los precursores en el uso del concepto de Edad Media.

[16] Hipólito Unanue, "Peregrinación por los ríos Marañón y Ucayali" (1791), en *Hipólito Unanue*, investigación, recopilación y prólogo por Jorge Arias-Schreiber Pezet, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 8, p. 373.

a enhebrarse entre sí una vez que estallaron las guerras de Independencia. En parte por la más robusta influencia transpirenaica, pero sobre todo por las necesidades de propaganda. Volviendo a la sugerencia de una inspiración católica y tradicionalista, no ilustrada, de los pensadores de la insurgencia, aun cuando ésta hubiera sido importante no indujo a una recuperación de la herencia medieval, tal como la hallamos en autores peninsulares.

Comprobable es, repito, la influencia que ejerció Francisco Martínez Marina. De él deriva la fórmula de los "tres siglos de despotismo": los insurgentes la usaron con frecuencia para denostar el periodo iniciado con la Conquista de América pero originalmente la expresión se había acuñado en España y aplicado a los tres siglos a partir de la derrota de las libertades medievales por obra del absolutismo de Carlos V en Villalar (1521). Su idea de una antigua constitución medieval española está detrás de la de Servando Teresa de Mier acerca de una primitiva constitución otorgada por los reyes a los americanos. Sin embargo antecedentes tan remotos no podían concitar mucha atención de este lado del Atlántico; como reflexionaba un folleto anónimo publicado en Tarragona en 1810, la legislación goda estaba lejos de conformar una constitución válida para el tiempo presente, entre otras cosas por las nuevas dimensiones de España, "singularmente en la adquisición de las colonias de América".[17] Un periódico gaditano, reproducido por *El Peruano* de Lima, hacía revivir al comunero Juan Padilla, que era muy popular entre los liberales, y le adjudicaba un extenso discurso de anacró-

[17] Cit. en Carlos Garriga, "Cabeza moderna, cuerpo gótico: la Constitución de Cádiz y el orden jurídico", *Anuario de Historia del Derecho Español*, tomo 81 (2011), pp. 99-162, p. 112, n. 48; Carlos María de Bustamante refutaba a quienes "quisieran que nuestras Cortes se formasen por estamentos de clero, nobleza y milicia a semejanza de las antiguas de Castilla", *La Abispa de Chilpancingo 1821-1823*, México, Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 1998, núm. 3 (1821), pp. 30-31.

nico lenguaje ilustrado, donde Padilla evocaba a Grecia y Roma y no a las libertades castellanas tradicionales.[18]

Frente a la historia de España, por lo tanto, se ahondó el desapego existente, que se extendió hacia su pasado, sus periodos fundacionales y hacia aquel otro periodo oscuro que empezaba a trompicones a encontrar su nombre. El *Telégrafo* de Buenos Aires enumeraba algo torpemente "la geografía antigua, la de media edad y la moderna"; el *Centinela contra franceses* de Capmany fue reeditado en Nueva España en 1809, y en él se hablaba, como se dijo, de Edad Media. Nombre que es recogido en 1812 por cierto artículo de la oficialista *Gaceta del Gobierno de México*, donde se rechazaba "aquella barbarie de la edad media a que Bonaparte amenaza reducir toda la Europa";[19] unas minúsculas que junto a la soledad del ejemplo muestran la poca relevancia que aún tenía el sustantivo, aunque debe subrayarse el tono despectivo que contiene.

No encontré otras apariciones coetáneas del nombre, que sólo se irá popularizando a partir de 1820, pero debía de figurar, así como las valoraciones anexas, en el vocabulario de algunos extranjeros cultos que nos visitaron, como Humboldt, quien usaba los términos *feudal* y *medieval*, y llegó a introducirlos en comparaciones: "la situación de los habitantes del Nuevo México se asemeja, bajo varios aspectos, a la de los pueblos de Europa de la Edad Media" y "todos

[18] *El Peruano* [n. 10], núm. 43, 29-v-1812, pp. 393ss, p. 398.

[19] *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata (1801-1802)*, reimpr. facsimilar, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1914, tomo 2, núm. 6 (19-VIII-1801), p. 39 [359]; Amaya Garritz, *Impresos novohispanos*, tomo 1. *1808-1821*, coord., Virginia Guedea, colaboró Teresa Lozano, México, UNAM, 1990, p. 8, reg. 34; *Gaceta del Gobierno de México*, 14-IV-1812, p. 1; tentativamente puedo señalar que es la primera aparición de la palabra en América, a partir de mi consulta en el portal electrónico http://www.hndm.unam.mx/#, creado por la Biblioteca Nacional de México, que recoge la hemerografía mexicana desde sus orígenes y dispone de un buscador, el cual también me ha ayudado con las menciones de Cruzadas arriba expuestas.

los vicios del gobierno feudal han pasado del uno al otro hemisferio".[20] Intención que hallamos también en el francés Gaspard Mollien, de visita por Colombia, que comparaba a los conquistadores con los godos y vándalos,[21] y si hasta entonces los primeros solían ser reivindicados como antepasados, ahora la apreciación de unos y otros era hostil. Poco después (1835) el muy leído Alexis de Tocqueville consideraba que el movimiento migratorio hacia América no tenía antecedentes "sino tal vez lo que ocurrió a la caída del imperio romano", pero entonces llevó la destrucción, mientras hoy la prosperidad.[22]

Reconocemos ahí el eco de la valoración negativa de la Edad Media, quizás no tan uniforme como se ha dicho, pero que cada vez más se hacía presente en las publicaciones europeas: la Revolución Francesa había oficialmente "abolido el feudalismo"; el Abate Grégoire convirtió a los vándalos en el símbolo de la furia irracional que hasta hoy representan personajes como los destructores de mobiliario urbano; otro abate, el muy citado Dominique de Pradt, había acusado a todos los invasores germanos de imponer las leyes feudales, término éste que también se difundía al calor de la propaganda dirigida contra la aristocracia y emergía en la prosa de estos autores, elegidos aquí por figurar entre las lecturas frecuentes de los criollos. Con ello la terminología creada para el pasado europeo se fue extendiendo por América y se fue adaptando a las necesidades locales.

[20] Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811), ed. facs. de la de 1822, México, Instituto Cultural Helénico/Miguel Ángel Porrúa, 1985, libro 3, cap. 8, tomo 2, p. 122 y lib. 4, cap. 10, tomo 2, p. 465.

[21] Gaspard Mollien, *Voyage dans la république de Colombia en 1825*, deuxième édition, París, Arthus Bertrand, 1825, tome premier, p. 154.

[22] Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, prefacio, notas y bibliografía de J. P. Mayer, introducción de Enrique González Pedrero, México, FCE, 1957, p. 281.

A notar precisamente que las referencias no eran a francos, burgundios ni sajones sino exclusivamente a los bárbaros que habían invadido España, los vándalos, ya con mala fama, y los godos, quienes en centurias previas habían tenido en toda Europa y especialmente en España, como antecesores de casas reales o nobiliarias, un gran prestigio que ahora estaban perdiendo. Si en las regiones transpirenaicas se convirtieron en el recordatorio de tiempos rudos y de gusto extraviado, en la América española el etnónimo y el adjetivo se aplicaron despectivamente a los peninsulares y a partir de las luchas de independencia cobraron valencia política: el nombre de godos pasó a designar a los realistas (en Venezuela, Nueva Granada, Río de la Plata y Cuba), como posteriormente, en tiempos republicanos, a los conservadores, a veces llamados neogodos, y quedó fijado en Venezuela como apodo de gente testaruda.[23]

Ejemplos los da Servando Teresa de Mier, quien achacaba a los españoles su ascendencia goda y el adjetivo era para él sinónimo de lenguaje soez, mal gusto, ignorancia y despotismo. En la introducción a una función de teatro, el poeta José Joaquín de Olmedo festejaba cómo el pueblo "ya las costumbres góticas desprecia"; al recordar la Colonia, el historiador neogranadino José Manuel Restrepo concedía que "en las ciudades principales se encontraba algún lujo; pero lujo gótico que consistía en dorados y otros adornos semejantes".[24] Llamaba José María Luis Mora a desterrar de la edu-

[23] Referencias en Martha Hildebrandt, *La lengua de Bolívar,* 1. *Léxico*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, pp. 275-277.

[24] Algunos ejemplos de los usos de Mier en su *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac* (1813), reimpr., México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1986, tomo 1, pp. 284-285; "Discurso sobre la encíclica de León XII" (1825), en *Ideario político*, prólogo, notas y cronología de Edmundo O'Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 339; José Joaquín de Olmedo, *Poesías completas*, texto establecido, prólogo y notas de Aurelio Espinosa Pólit, México/Buenos Aires, FCE, 1947, p. 120; José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la República de Colombia en la América meridional* (1827), edición completa, edición

cación los "errores góticos", a edificar un nuevo orden institucional sobre los "escombros góticos".[25] Si los realistas dicen que somos españoles, entonces "estamos autorizados y en cierto modo obligados por gratitud a llamarlos godos, vándalos, sarracenos y moros a los españoles", argumentaba la *Gaceta de Bogotá*,[26] con lo que asimilaba godos y moros; de manera análoga, de "sarra-vándalos" hablaba otro periódico chileno,[27] y a propósito de la obra teatral *Don Pelayo* un periódico de Buenos Aires veía "las pendencias entre los godos y los moros como una lucha entre dos castas de fanáticos feroces".[28]

E inclusive peor los primeros. Un movimiento iniciado fuera de España había empezado a reivindicar la cultura árabe de España, y a criticar, junto a las Cruzadas, también la llamada Reconquista y la expulsión de judíos y moros a partir de 1492.[29] Señal que se trataba de un movimiento amplio de revisionismo lo ofrece el uso paralelo entre los realistas, que también dieron muestra (aunque menor) de la interpretación negativa cuando compararon a los patriotas con aquellos pueblos venidos del norte: la relación de los movimientos insurreccionales que José Manuel de Salaverría presentó al virrey novohispano Félix Calleja reflexionaba sobre el escaso número de los godos y los sectarios de Mahoma, que sin embargo lograron hacerse de un imperio "siendo unos y otros acaso tan bárbaros y más

---

académica de Leticia Bernal Villegas, Medellín, Universidad de Antioquia etc., 2009, p. 33n.

[25] Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora (1821-1853)*, México, Siglo xxi, 1968, pp. 77, 209.

[26] Citada en la *Gazeta Ministerial de Chile*, núm. 96, 9-vi-1821, en *CdAPCh*, vol. 9, tomo 2, p. 175.

[27] *Viva la Patria extraordinaria*, 15-v-1817, también en el núm. 15, 4-vi-1817, en *CdAPCh*, vol. 3, pp. 119 y 141.

[28] *El Centinela* (Buenos Aires), núm. 15, 3-xi-1822, p. 235, en *BdM*, tomo 9, *Periodismo*, pp. 8140-8141.

[29] Véase un mayor desarrollo en el capítulo "Las búsquedas del Oriente", en este volumen.

que los rebeldes de este reino".[30] Un prelado se quejaba de la época de turbulencias, similar a la de arrianos, vándalos y árabes.[31]

Todo apuntaba hacia ideas que vemos fraguar con un sentido político más expreso a lo largo de los escritos de Simón Bolívar, hombre formado en los escritos de la Ilustración y de vasto entendimiento. Su amplia correspondencia y la posibilidad de explorarla mediante buscadores electrónicos permite descubrir una aparición del adjetivo *feudal*[32] y varias del adjetivo *gótico* en referencia a instituciones arcaicas que rechazaba: mostraba desdén hacia los legisladores que habían amontonado "escombros de fábricas monstruosas para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter";[33] aunque "los ciudadanos están muy cosquillosos y no quieren nada de arquitectura gótica, ni razón de Estado, ni circunstancias, lo que desean es la arquitectura constitucional, la geometría legal, la simetría exacta y escrupulosa".[34] Y con más claridad denunciaba a quienes pretendían

> que la filosofía apague sus luces para que los pueblos tributen superstición a unos trozos de leña que llaman trono y a un poco de metal que llaman corona; quieren que esas instituciones góticas que servían cuando no había leyes ni moral, sirvan ahora en medio de torrentes de luces que están iluminando los calabozos para que se vea su inmundicia atroz y encendiendo las cadenas para hacerlas más insoportables a los hombres. Fue ya el tiempo de la fuerza, amigo, y le ha sucedido el de la razón gobernando por las leyes.[35]

[30] Genaro García, *Documentos históricos mexicanos* (1910), ed. facs., México, INEHRM, 1985, tomo 2, p. 338, doc. 123.

[31] José Francisco Heredia, *Memorias del regente Heredia*, prólogo por Blas Bruni Celli, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986, p. 139n.

[32] Bolívar, *Carta de Jamaica*, 6-IX-1815.

[33] Bolívar, carta a Santander, San Carlos, 13-VI-1821.

[34] Bolívar, carta a Santander, Guayaquil, 29-IV-1823.

[35] Bolívar, carta a Sucre, Cuenca, 21-IX-1822.

Apreciaciones que explican la repulsa de Bolívar por el simbolismo carolingio que había caracterizado a Napoleón Bonaparte,[36] cuya corona le parecía "cosa miserable y de estilo gótico".[37]

Modalidades que vemos con una mayor coherencia en otro criollo igualmente rico, viajado, insurgente y de prolífica obra escrita, el guayaquileño Vicente Rocafuerte: "Feliz América, regocíjate de haber roto el tosco cetro de la bárbara ignorancia goda, de haber borrado hasta las huellas del funesto feudalismo", apartada de la "gótica marcha de las decrépitas monarquías", que "con su bárbaro feudalismo son instituciones modernas, hijas del fanatismo religioso y de la estúpida ignorancia de los godos y los vándalos", mientras los principios de Grecia y Roma, "basados en el sentido común, razón universal y naturaleza del hombre, convienen a todos los siglos y a todos los puntos del globo". Mencionaba el "renacimiento de las ciencias y las artes" y al retratar de forma negativa a Carlomagno ("una especie de salvaje, formando del papado un ídolo que él mismo adornó y enriqueció; ídolo que hizo temibles a los pueblos y en el que la ambición veía la obra de sus manos") se apoyaba en "la opinión del sabio M. Villemain, expresada en su curso de historia de la edad media".[38]

[36] Georges Lomné, "Révolution Française et rites bolivariens: examen d'une transposition de la symbolique républicaine", *Cahiers des Amériques Latines*, 10 (1990), pp. 159-176, p. 167.

[37] L. Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga: vida pública y privada del Libertador* (escrito hacia 1830), versión sin mutilaciones, 2ª ed., Caracas, Centauro, 1987, p. 64.

[38] Las citas provienen de Vicente Rocafuerte, *El sistema político colombiano, popular, electivo y representativo, es el que más conviene a la América independiente*, Nueva York, A. Paul, 1823, pp. 14, 15, 20, 92; Vicente Rocafuerte, *Ensayo sobre la tolerancia religiosa por el ciudadano …*, 2ª ed., México, Imprenta de M. Rivera, a cargo de Tomás Uribe, 1831, en *Rocafuerte y el ideario religioso*, pról. de Neptalí Zúñiga, Quito, Gobierno del Ecuador, 1947 (*Colección Rocafuerte*, vol. 7), pp. 1, 19.

Se agradece la mención de la fuente, el escritor francés Abel François Villemain (1790-1870), y aunque se echa de ver que Rocafuerte no retomaba de éste el nombre de Edad Media ya que sus valoraciones giraban en torno al adjetivo "gótico", sí se observa la diferencia con otros pasajes previamente citados, donde la crítica más bien vaga se dirigía al lenguaje soez, la ignorancia, los gustos o el lujo bárbaro de la tierra española o de los siglos coloniales. Más precisos, tanto Rocafuerte como Bolívar describen los siglos góticos como un periodo definido de la historia humana, vista como una sucesión de épocas de luz —aquellos del "edificio griego", de libertad, virtud, ilustración y felicidad en los dichosos inicios de Grecia y Roma, aunque lamentablemente "los buenos días de Esparta, Atenas y Roma son relámpagos en el espacio inmenso de los siglos"—[39] y de tinieblas —góticas centurias de fanatismo y oscuridad donde imperaban trozos de leña y metal llamados trono y corona.

3. Tiempos de luz y de tinieblas

La decadencia (ese problema histórico que inventó el siglo xviii) había iniciado cuando las libertades se transformaron en despotismo y cuando invadieron los bárbaros del norte ("que siempre han sido el azote y el apagador de las luces del mediodía"):[40] "el admirable cristianismo hubiera mejorado las instituciones de Roma y conforme a su espíritu de libertad e igualdad hubiera hecho revivir el glorioso sistema republicano, si los godos, los vándalos y todos esos salvajes del norte no hubieran entonces inundado la Europa. Trajeron consigo la barbarie, la esclavitud, la ignorancia y

[39] *La Aurora* (Montevideo), núm. 2 (28-xii-1822), p. 8.

[40] Servando Teresa de Mier, "Memoria político-instructiva" (1821), en *Ideario político* [n. 24], p. 212.

la crueldad".[41] Consecuencia fueron "las tinieblas que empezaron a extenderse desde el siglo v y que en el x envolvieron al mundo en una noche tan densa como melancólica", dotada de un espíritu guerrero, con monasterios donde las ciencias se refugiaron, aunque con la Escolástica como "nuevo y odioso yugo a la razón", [42] tal como el chileno Camilo Henríquez recordaba (1812), o años después *El Nacional* de Buenos Aires: "una opaca noche, en que se rompió la cadena que nos conduce desde las necesidades mutuas de la especie humana y los medios naturales de proveerlos hasta la formación de la riqueza y la civilización; fue una noche en que los hombres dejaron de consultar su naturaleza y sacaron del corazón de los tigres las lecciones de su política, su economía y su moral".[43] Del mismo modo que en Oriente, desde el siglo xi en Europa se empezaron a considerar a los jefes supremos de su culto como soberanos de todo el mundo.[44]

Años antes un pensador de más amplias lecturas había apuntado con mayor precisión a razones económicas y sociales:

> Envilecidos los romanos por su suma opulencia, no pudieron resistir a las robustas cohortes de los Hunnos, Godos, Vándalos, Alanos y Suevos, que no cabiendo en el árido Septentrión se dejaron caer como lobos hambrientos sobre el fértil mediodía. Los Godos, al fijar su militar dominación en la península ibérica se apropiaron de las dos tercias parte de sus terrenos. De este modo los propietarios transformados en colonos tuvieron que pagar gruesas mercedes a los conquistadores hechos

[41] Rocafuerte, *El sistema político colombiano* [n. 38], pp. 29-30; los siguientes párrafos dan detalle de la dicha barbarie, esclavitud, ignorancia y crueldad.

[42] *Escritos políticos de Camilo Henríquez*, introducción y recopilación de Raúl Silva Castro, Santiago, Universidad de Chile, 1960, pp. 77-79.

[43] *El Nacional* (Buenos Aires), núm. 15 (31-III-1825), p. 263, en *BdM*, tomo 10, *Periodismo*, p. 9458, *cf*. 8529.

[44] Mier, "Discurso sobre la encíclica de León XII" [n. 24], p. 336.

> ricohombres, rentados a poca costa, se entregaron a la magnificencia y por último a todos los vicios del lujo.

Entonces sobrevino la conquista de los árabes, que abrieron un periodo del que elogia la población numerosa, la riqueza, la cultura y el esplendor, tanto en la parte cristiana como islámica.[45] Factores que volvía a señalar en su discurso en Panamá el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre: "cuando los bárbaros ocuparon la parte más preciosa de la Europa, repartieron entre sí las dos tercias partes del terreno. No lo podían cultivar bien por su extensión, y porque asesinar y gozar eran sus únicas ocupaciones. La agricultura vino a la España con los moros".[46]

Fuente son aquí las observaciones del economista napolitano Gaetano Filangieri sobre los males del latifundio, aunque la mayoría de las condenas del feudalismo parecen aludir a su carácter despótico y a la fragmentación territorial que supuso, o a la desigualdad que entonces se quiso eliminar junto con los títulos de nobleza, "miserables reliquias del sistema feudal que han regido en Chile".[47] El mexicano Carlos María de Bustamante sugería tributar "humildes gracias al cielo de que desapareció de nuestra vista el feudalismo y hagamos propósito de maldecirlo (si es posible) hasta tres veces cada día, que no le veamos su cabeza más fiera que la Medusa".[48] Sin embargo, comprobaremos enseguida la importancia de la apuntación del semanario argentino y de Vidaurre.

[45] *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio* (Buenos Aires), reimpr. facsimilar, Buenos Aires, Docencia, 2003, t. 1, núm. 16, 5-I-1803, pp. 122-128 y t. 1, núm. 17, 12-I-1803, pp. 1214-133.

[46] Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Plan del Perú* (1823) y "Discurso primero en Panamá", en *Plan del Perú y otros escritos*, ed. y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 5, pp. 119n y 429.

[47] *Gazeta de Santiago de Chile*, núm. 24, 29-XI-1817, en *CdAPCh*, vol. 4, p. 223.

[48] *La Abispa de Chilpancingo* [n. 17], núm. 3 (1821), p. 32.

Campeaba el mismo vocabulario de las tinieblas, la noche, el adormilamiento, con que era pintada la época colonial, sólo superadas cuando las Cruzadas "despertaron la Europa del vergonzoso sueño en que la habían sepultado la superstición y el fanatismo […] el rocío de Asia hizo revivir en las naciones europeas las artes, el comercio, las ciencias y la industria antes enteramente abandonadas". Una cita nos muestra que derivaba de la *Historia de Carlos V* de William Robertson, y a la par del escocés trazaba el limeño una historia de la libertad, desde que renació en la Italia de las Comunas, donde se abolió "el odioso nombre de esclavo y señor", "comenzó el pueblo a salir de su abatimiento" y a disminuir el poder de la nobleza, "de los hijos de esos capitanes de bandidos que arrojó el norte, por no poder mantenerlos en su suelo: ellos vinieron a robar al mediodía de la Europa las propiedades, y lo que es más la libertad".[49]

Que las Cruzadas hubieran iniciado el despertar, y también sobre la autoridad de Robertson, lo avalaba el mexicano José María Luis Mora, al esbozar una comparación con la Conquista de América.[50] No todos las admiraban de este modo; Francisco Iturri dudaba, lo vimos; el despotismo español estaba lleno de "cruzadas y anatemas"; cuando los portugueses invadieron la Banda Oriental, un periódico de Buenos Aires, obviamente hostil, habló de "nueva Cruzada";[51] del bando insurgente mexicano evocaba *La Abispa de Chilpancingo* "aquellos tiempos cuando los príncipes dejaban perder sus Estados por irse a conquistar la Syria", y por motivos no piadosos sino muy criminales;[52]

[49] Vidaurre, *Plan del Perú* [n. 46], p. 77.

[50] José María Luis Mora, *México y sus revoluciones* (1836), ed. y pról. de Agustín Yáñez, México, Porrúa, 1965, tomo 2, pp. 175-176; además de Robertson, la idea de un papel renovador de las Cruzadas había sido sostenida por varios autores franceses y alemanes; Voss cita a Méhégan, Cournand, Condorcet y Schlözer, "Le problème du Moyen Âge" [n. 2], p. 338.

[51] Mier, *Memoria político-instructiva* [n. 40], p. 219; *La Crónica Argentina*, núm. 20, 10-x-1816, núm. 30, 8-xii-1816, en *BdM*, tomo 7, p. 6332.

[52] *La Abispa de Chilpancingo* [n. 17], núm. 12, p. 173.

ya en época independiente, *El Nivel* de Guadalajara las enumeraba entre los ejemplos de fanatismo; *El Sol*, de la capital mexicana, asentaba que "el furor de las Cruzadas destruyó innumerable gente, y así como en el día sería el colmo de la ridiculez querer resucitar el espíritu que entonces hubiera, sí es una necedad querer juzgar a aquellos hombres por las ideas que hoy gobiernan el mundo".[53] Se quejaba Pedro Gual de las "máximas bárbaras que introdujo el feudalismo y las Cruzadas en las leyes de las naciones".[54] El caraqueño Simón Rodríguez las veía como una empresa funesta, producto del contubernio entre el trono y la tiara, del mismo modo que la Inquisición.[55] En su habitual son de guasa, el chileno Jotabeche se reía al ver que "en aquellos tiempos el mundo cristiano se conmovía y alborotaba cuando los papas o sus legados predicaban una nueva cruzada, por diabólicamente mal que hubiese salido el cristianismo en la anterior campaña".[56]

Tampoco las apreciaba nuestro ya de tan citado casi amigo Rocafuerte, quien retomaba a John Quincy Adams para ver no en ellas sino en la Reforma el sacudimiento que despertó al mundo del ignominioso letargo en que yacía.[57] Una frase anterior nos ha mostrado cómo Rocafuerte estaba lejos de pensar, o por lo menos de publicar, a la par que algunos ilustrados, que el cristianismo se encontraba entre las causales de la decadencia. En otros escritos se mostró fa-

[53] *El Nivel* (Guadalajara), 14-VII-1825, p. 1; *El Sol*, 13-X-1827, p. 4.

[54] Carta de Pedro Gual a Simón Bolívar, 11-IV-1826, en *Epistolario de la Primera República*, estudio preliminar por la Fundación John Boulton, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, p. 185.

[55] Simón Rodríguez, *Luces y virtudes sociales* (1834), en *Sociedades americanas*, pról. Juan David García Bacca, edición Oscar Rodríguez Ortiz, cronología Fabio Morales, bibliografía Roberto J. Lovera-De Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 171.

[56] "El liberal de Jotabeche" (1846), en *Colección de artículos de don J. Joaquín Vallejo, publicados en varios periódicos bajo el seudónimo de Jotabeche, 1841-1847*, con una introducción biográfica por Abraham König, Valparaíso, Imprenta del Deber, 1878, p. 298.

[57] Rocafuerte, *El sistema político colombiano* [n. 38], p. 30.

vorable al protestantismo y ello explica su preferencia para verlo como el fin de la Edad Media. En la América católica no podía ser opinión difundida.

Por ello, sin satanizar la Reforma, es otra cronología la propuesta por el sacerdote argentino Juan Ignacio Gorriti, recluido en una aldea cercana a Cochabamba, sin libros, donde redactó unas consideraciones políticas que parecían continuar la concepción cristiana, bossuetiana, de la historia y la sociedad. En ellas sin embargo se colaba como elemento nuevo la exaltación de la voluntad popular, cuyo sometimiento "fue quizás la consecuencia más funesta de los estragos causados en el mediodía de Europa por la invasión de los bárbaros del norte", y veía el comienzo de su recuperación bajo el reinado de Luis XIV, quien había fomentado las ciencias, las cuales a fin de cuentas, más allá de las intenciones del monarca, iniciaron la ruina del feudalismo.[58]

Cruzadas, Reforma, Luis XIV, raro que no se hablara del Descubrimiento de América. Parece considerarlo, al pasar y de forma dudosa, Unanue, en esa cita que dije que iba a retomar y acá lo hago, donde expresa que con el descubrimiento de América hubo grandes cambios en Europa. También señalaba el centroamericano José Cecilio del Valle que la empresa de Colón era coetánea del fin de los tiempos de oscuridad en Europa y "el renacimiento de las letras",[59] pero no establecía una causalidad. Rocafuerte explícitamente consideraba los descubrimientos como menos importantes que la Reforma.

[58] Juan Ignacio Gorriti, *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones internas de los nuevos Estados americanos y examen de los medios eficaces para repararlos* (1836), precedido de un estudio sociológico por Enrique Martínez Paz, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 69.

[59] La idea está expresada en el discurso de un académico europeo que José Cecilio del Valle traduce, pero él no parece recogerla, véase José Cecilio del Valle, *Obras*, compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu, Guatemala, Tipografía Sánchez y De Guise, 1929, tomo 1. *Documentos, manifiestos, discursos, críticas y estudios*, pp. 211, 229.

Sólo posteriormente se estableció la opinión, que halagaba especialmente el orgullo criollo y hasta ahora ha seguido teniendo mucha popularidad, de haber sido precisamente la aparición de América en el horizonte europeo la que terminó con la barbarie medieval. No es idea que se encuentre en el folleto que el prolífico Carlos María de Bustamante dedicó a Cristóbal Colón en 1836, y sólo consta con Eulalio A. Ortega en 1845, según una útil antología sobre las opiniones mexicanas en torno a la empresa colombina.[60]

La conexión ya había aparecido en la obra de Raynal.[61] Nuestra tardanza se entiende en el contexto del pensamiento de la Independencia: el episodio europeo en América era negativo, ni Colón ni Hernán Cortés eran, como después se interpretó, héroes de un supuesto Renacimiento, sino que nos habían traído el "espíritu del siglo xv"[62] y con él el feudalismo, el inicuo reparto de la tierra "igual a la que se observaba en el tiempo del feudalismo".[63] Observación importante, lo dije antes, en la cual se halla en embrión el "diagnóstico feudal" de nuestros males.

4. La evolución de las sociedades

Entresacando acá y allá he podido reconstruir un conjunto de ideas sobre la Edad Media entre los escritos de entonces. Nada original: conceptos remanidos en el ideario posterior a la Ilustración. Si algo

[60] Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, unam, 1987, pp. 21-25.

[61] Harry Elmer Barnes, *A history of historical writing*, Norman, University of Oklahoma Press, 1938, p. 173.

[62] Bernardo Monteagudo, *Memoria sobre los principios políticos que seguí en la administración del Perú y acontecimientos posteriores a mi separación*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1823, pp. 28-29.

[63] Vidaurre, *Plan del Perú* y "Discurso primero en Panamá" [n. 46], pp. 119n y 429.

propio destaca es la condena unánime, ausentes las voces reivindicadoras que nunca faltaron, aunque fueran minoritarias, entre autores europeos; otra peculiaridad fue la escasa mención: entre una gran masa de documentos apenas aparece la Edad Media en contados sitios, en pocos autores cuyo nombre mucho se reitera. No sólo por ser periodo ajeno a nuestra historia, ya que no sucede lo mismo con la igualmente ajena antigüedad clásica, omnipresente en las reminiscencias, comparaciones y hasta en la iconografía criolla: ejemplo de virtud era Catón, de despotismo Domiciano, pocas veces figuran Blancos y Negros o el Dux veneciano. Con la misma frecuencia aparece la Edad Media entre los autores de la Independencia que el Oriente, que China y Rusia. Es decir que no sólo era despreciada sino también ignorada, muy a diferencia de lo que sucedía en Europa, donde por esos años se iba convirtiendo en mención cada vez más necesaria.

Como demostración de su poco curso, en el mentado caso en que Bolívar adjetivaba de *góticas* las leyes, el amanuense escribió *boticas*, revelador despropósito.[64] Décadas después todavía se retrataba como rasgo pedante la alusión de una lectora chilena a "los bárbaros del norte", alusión que su marido creía corregir diciendo que los bárbaros araucanos no estaban al norte sino al sur; y cuando la sabihonda le aclaraba que se refería a los bárbaros de la Edad Media, su cónyuge respondía que no hablaba de edades, que entre los araucanos habría viejos y niños.[65]

La mofa hacia el pobre marido se justifica menos si consideramos que en ese mismo periodo en Chile los actores que representaban a griegos y romanos iban vestidos con alguna verosimilitud,

[64] Véase la nota *ad loc*. en la citada página electrónica de los escritos de Simón Bolívar.

[65] Alberto Blest Gana, *Martín Rivas (novela de costumbres político-sociales)* (1862), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 88.

en cambio los que se ambientaban en la Edad Media llevaban frac y levita.[66] Era un periodo borroso, evocado sólo por personajes como el "hombre importante" de la parodia del uruguayo Francisco Acuña de Figueroa, en cuyo lenguaje deslizaba la palabra "feudalismo". Nos revelan que la nomenclatura era todavía tan ajena que había quienes la desconocían, o por lo menos se podía suponer que los tales existían.[67]

Y tanto existían que los tradicionales símbolos y personajes seguían teniendo arraigo: si para Rocafuerte era Carlomagno "una especie de salvaje", para un periódico uruguayo era un "monarca activo y fuerte".[68] En otros tiempos el llamado de un ermitaño bastaba a provocar las Cruzadas, mientras ahora hay europeos que ayudan a los turcos contra los griegos y la Santa Sede no hace nada,[69] lamentaba la prensa al servicio de Bolívar, y él mismo, que hemos visto como poco afecto a los siglos medievales, sin embargo recordaba sus fastos guerreros, celebraba la conquista de Jerusalén por los cruzados y las luchas contra los moros en España,[70] sabiendo que encontraban un eco en sus soldados, menos conocedores que él de las imposturas que Voltaire había desnudado.

[66] José Zapiola, *Recuerdos de treinta años* (1868), edición presentada por Guillermo Blanco, Santiago, Zigzag, 1974, p. 93.

[67] Francisco Acuña de Figueroa: "Retrógrado ha de decir / statu quo y feudalismo; / que el siglo marcha al cinismo", "El hombre importante", en *Poesía de la independencia*, compilación, prólogo, notas y cronología Emilio Carilla, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979, p. 200.

[68] *El Sol de las Provincias Unidas*, en *Bd*M, núm. 6, 11-VIII-1814.

[69] *El Republicano (Arequipa)*, ed. facs., Caracas, Comisión Nacional del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, 1975, vol. 1, núm. 43 (16-IX-1826), p. 187.

[70] Véanse referencias en Hernán G. H. Taboada, "De la España africana a la América despótica: notas sobre el ideario de Simón Bolívar", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 28, núm. 1 (enero-junio de 2011), pp. 35-59.

La prensa peruana creía halagarlo cuando le profetizaba "serás un Constantino pero sin su superstición, crearás capitulares como Carlo Magno pero capitulares para el siglo 19; florecerán bajo tus auspicios las artes y las ciencias pero serán sin devorar los pueblos como Luis XIV".[71] No le habrá hecho gracia pero otros gobernantes sí fueron afectos a la simbología gótica que él abominaba: en México organizó Agustín de Iturbide, el efímero emperador Agustín I, un amplio ceremonial de coronación que estuvo calcado sobre el de Carlos V en 1530 y el de Napoleón Bonaparte en 1804, es decir que arrastraba elementos como el cetro, anillo, manto de terciopelo, escudos, dignatarios, y hasta la unción con el santo crisma.[72] Una parafernalia antillano-africana-medieval adoptó la corte del rey Henri Christophe de Haití.

Las familias criollas mantuvieron apego por un abolengo español que atribuían a muy antiguas raíces: entre los antepasados del presidente boliviano Andrés Santa Cruz figuraba uno que había combatido en las Navas de Tolosa; según la leyenda familiar de la colombiana familia Arboleda, descendían de un noble francés apellidado Arbalet, que participó en la Reconquista.[73] En sus memorias (1850), José Antonio de la Plaza se mostraba "persuadido como el que más de la futileza de las distinciones nobiliarias" y que

[71] *El Sol del Cuzco*, ed. facs., Caracas, Comisión Nacional del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, 1974, tomo 1, año 1825, núm. 10, 5-III-1825, p. 54.

[72] Detalles en José Gómez-Huerta Suárez, "Iturbide 'el breve', primer emperador de México: el ceremonial de una coronación", *Estudios Constitucionales*, vol. 4, núm. 7 (2017), pp. 91-106; comentaba el liberal Lorenzo de Zavala que en la novel corte imperial "se suscitaban cuestiones muy serias sobre los óleos y se hubiera dado la mitad de las rentas de la Corona para obtener una parte del de la redoma de San Remigio", *Ensayo histórico de las revoluciones de Mégico* [n. 13], vol. 1, p. 175.

[73] Alfonso Crespo, *Santa Cruz, el cóndor indio*, México, FCE, 1944, p. 18; William Lofstrom, *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora, 1996, p. 70.

de descender "de algún famoso capitán de don Pelayo, o de algún indolente propietario del tiempo de los romanos, o de algún siervo enfeudado de la Edad Media, o de un moro o indio convertido, poco me curaría de ello"; sin embargo realizaba un breve recuento de su historia familiar desde Anagildo, rey de los godos.[74] A éstos remontaban leyendas familiares que se articulaban con árboles genealógicos, con escudos nobiliarios, con pretensiones de limpieza de sangre; un imaginario que conoció resurgimientos y que en el siglo xx (¡qué digo, en el xxi!) todavía no estaba completamente diluido.

No exageremos por ende los alcances de ese temprano uso ideológico de la Edad Media. Era una imagen borrosa, sin individualidad, más bien una de las caras intemporales del despotismo, que Vidaurre, con la intuición que le hemos visto, alineaba junto a los otros ejemplos en Egipto, China y Roma,[75] y el venezolano Antonio Leocadio Guzmán arrumbaba entre los regímenes creados con la sangre y desaparecidos sin dejar huella.[76] En Europa se sabía más pero no mucho más: hasta el romanticismo, los pensadores pasaban como sobre ascuas sobre la Edad Media, la explicaban de forma poco convincente.[77] Yo diría que la América insurgente quiso retratar

[74] Carlos Eduardo Amaya Fernández, *Despierten al progreso: las Memorias para la Historia de Nueva Granada (1850) de José Antonio de la Plaza (1807-1854)*, Bogotá, Universidad de Los Andes, 2012, pp. 24-25.

[75] José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* (1875), Caracas, Presidencia de la República, 1977, tomo 10, pp. 433, 436 (doc. 2799).

[76] Antonio Leocadio Guzmán, 1826, en Blanco y Azpurúa, *Documentos* [n. 75], pp. 360, 370 y 364 (doc. 2772).

[77] John Bury, *La idea de progreso* (1920), Madrid, Alianza, 2009, p. 268; la mayoría de lo que hoy sabemos sobre la Antigüedad es producto de la ciencia del xix; en cambio los aportes sobre la Edad Media se deben principalmente a investigadores del xx, revela Norman F. Cantor, *Inventing the Middle Ages: the lives, works, and ideas of the great medievalists of the twentieth century*, Nueva York, Quill William Morrow, 1991, p. 28.

con sus rasgos, aunque no lo logró plenamente, la herencia europea de la que nos estábamos deshaciendo en el camino hacia la libertad.

Como el fantasma del Oriente, el de la Edad Media se esfumó tras el peligro de las guerras. En su detallado análisis, José Carlos Chiaramonte averigua que el término *feudal* en los primeros tiempos independientes quería significar la ausencia de gobierno central así como la exclusiva posesión de la tierra y vanas distinciones de clase, "fue secundario y distinto del que se observaría a fines del siglo, en el sentido que no se trataba de definir con él una forma de sociedad, una etapa histórica característica ya fuera del pasado, ya del presente de los países".[78] Y no definió de esta forma porque, tal como Engels dijo, la Ilustración tenía una visión jurídica del mundo; y jurídicamente había poco de feudalismo en América: los liberales mexicanos "jamás usaron el término feudalismo para referirse al régimen de privilegios clericales y militares. Y, con una sola excepción, tampoco utilizaron el término para designar a los restos de la nobleza colonial". La excepción fue en relación con las posesiones del duque de Terranova y Monteleone, descendiente de Hernán Cortés, las únicas que posiblemente merecieran dicho nombre.[79]

Pero nada impedía que el feudalismo asomara otra vez su cabeza y algunos llegaron a pensar que la caída del orden colonial debía conducir a una división y oscuridad como la que había iniciado los siglos medievales. Eso preveía Melchor de Talamantes en Nueva España[80] y por la misma época Simón Bolívar realizaba una comparación análoga: "Al desprenderse la América de la Monarquía Española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano cuando

[78] Chiaramonte, "Génesis del 'diagnóstico' feudal en la historia hispanoamericana" [n. 4], p. 23.

[79] Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora* [n. 25], pp. 121-122.

[80] García, *Documentos históricos mexicanos* [n. 30], tomo 7, p. 391, p. 466.

aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración formó entonces una nación independiente conforme a su situación o a sus intereses; pero con la diferencia de que aquellos miembros volvían a restablecer sus primeras asociaciones".[81] Al saber de la independencia de Guatemala, Vidaurre no se sorprendía: "comenzó una provincia rompiendo el yugo romano y desapareció el imperio".[82]

Hacia 1826, los debates en torno a una constitución grancolombiana reavivaron las comparaciones: "nosotros, los organizadores del orden social en el siglo XIX, ¿haremos el mismo oficio de los vándalos, godos y visigodos que fundaron el feudalismo en el siglo X y siguientes?", cuestionaba la representación de Bogotá ante el Libertador en 1827.[83] Aunque negado, el motivo seguía presente en las *Meditaciones colombianas* (1829) de Juan García del Río, quien veía a los Estados americanos "diferentes de aquellos que se formaron de la desmembración del poder romano, cuando descendieron de las inmediaciones del polo los bárbaros que habitaban las selvas del norte y sumieron el mundo en una noche lóbrega y espantosa".[84]

Dudas, incongruencias, aporías que nos confirman cómo la idea de Edad Media no era del todo entendida entre nosotros ni fue usada coherentemente: apenas se estaba perfilando en la cultura europea y sus rebotes acá fueron erráticos. Me parece, y aquí el de la duda soy yo, que una definición solamente alcanzó a formularla la generación siguiente a la Independencia. Fue la que empezó a leer los clásicos de la historia medieval (Simonde de Sismondi, Barante, Daru), tema antes raro en catálogos de bibliotecas criollas. Con

[81] Bolívar, Discurso de Angostura, 1819.

[82] Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Cartas americanas* (1823 y 1827), edición y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 6, p. 324.

[83] Blanco y Azpurúa, *Documentos* [n. 75], tomo 14, p. 695 (doc. 2938).

[84] Juan García del Río, *Meditaciones colombianas* (1829), Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, Meditación primera, p. 378.

ella se identificaron algunos conservadores católicos, inspirados en el muy frecuentado Chateaubriand, y se observaron algunas pocas manifestaciones neogóticas en arquitectura y arte funerario. Hubo también poemas, novelas y obras de teatro en que los cruzados, los normandos, los castillos medievales y las reinas de Chipre reaparecían de forma paradójica en la pluma de criollos y criollas que deberían haber estado más atentos a los indios y cholos con los que se cruzaban diariamente.

Más significativa fue sin embargo la Edad Media que emanó de la incorporación de la nueva filosofía de la historia donde el concepto y hasta el nombre tomaron su forma definitiva. Los nuevos pensadores de Nuestra América, amargamente ciscados, abandonaron la fe en la imitación de instituciones libres y tomaron a burla que se hubiera querido resucitar en la actualidad el gobierno de Grecia y Roma, o que se pensara haber dejado atrás a Europa. Por el contrario descubrían en Cousin o Guizot cómo la sociedad europea moderna había emergido de una historia muy larga y de distintas herencias, entre las cuales figuraba la de aquellas viriles razas del norte que habían colocado las semillas de la civilización. En cambo nuestros países, como resultaba de las lecturas sobre merovingios, sobre Juana de Arco, sobre Blancos y Negros o sobre el tenebroso gobierno veneciano, posiblemente se hallaban todavía en alguna etapa ya superada de ese camino, en alguna Edad Media feudal.[85]

[85] Y desde fuera nos llegaban los primeros llamados a sacudir esta herencia: "Europa, entregada a sí misma, ha llegado por sus propios esfuerzos a desgarrar las tinieblas de la Edad Media; la América del Sur es cristiana como nosotros; tiene nuestras leyes y nuestros usos; encierra todos los gérmenes de la civilización que se desarrollaron en el seno de las naciones europeas y de sus descendientes; América del Sur tiene, además, nuestro propio ejemplo, ¿por qué habría de permanecer siempre atrasada?", Tocqueville, *La democracia en América* [n. 22], p. 376.

6
LAS BÚSQUEDAS DEL ORIENTE[1]

> *¿Qué sabe un indio, un negro y de los blancos …¡cuántos! lo que es ser judío, mahometano, católico romano o protestante?*
>
> Simón Rodríguez, 1828

La curiosidad ilustrada por el Oriente también se despertó en España y Portugal, en parte como una de las tantas influencias transpirenaicas, en parte debido a la apertura de Carlos III hacia el Mediterráneo oriental y el Magreb, contempladas como áreas de posible penetración comercial e influencia política, en parte por una búsqueda alternativa de la historia medieval. Hubo esfuerzos por revivir el estudio académico del árabe, que se había perdido o había disminuido y se había hecho muy dependiente de la erudición extranjera. La historia moderna del orientalismo español nace

[1] Una organización más laxa de estos temas, con desarrollos que aquí se eluden y hasta puntos de los que después me arrepentí, en Hernán G. H. Taboada, "The search for the Orient in creole America: the nineteenth century and its paths", en Stephanie Rivera Berruz & Leah Kalmanson, eds., *Comparative studies in Asian and Latin American philosophies*, Londres etc., Bloomsbury, 2018, pp. 71-101.

precisamente entre el siglo XVIII y el XIX, con Miguel Casiri y sus discípulos y más tarde Antonio Conde, y continuó a buen ritmo por el resto del XIX. En Portugal se registra un nacimiento más tardío a fines del XVIII.

En las Américas hubo reflejos de esta situación en el tramo final de la Colonia, aunque la evolución posterior fue diferente y el impulso se perdió. En algún momento mostré, confusamente, cómo las imágenes orientalistas desempeñaron algún papel en las disputas iniciales de la Independencia, y también cómo estuvieron presentes en el ideario de Simón Bolívar.[2] Hoy creo que tales consideraciones se pueden ampliar y la imagen de conjunto mejorar, situando en un tiempo más largo la función de aquellas primeras imágenes e ideas sobre el Oriente, y contrastando el conjunto con otras reflexiones que sobre el mundo y la historia se ensayaron en un momento posterior, entre la generación que ya vivió la época independiente.

1. Lenguas, libros, luchas

La Ilustración oficial española había llamado a renovar la enseñanza universitaria, y la renovación incluía el estudio histórico de autores y lenguas antiguos. Sin embargo el griego entró escasamente y menos presencia aún tuvieron las lenguas orientales, por ignorancia o por conservadurismo.[3] Aun así, se interesaron por ellas algunos individuos. Entre las gramáticas y diccionarios de la biblioteca

[2] Hernán G. H. Taboada, "La sombra del Oriente en la Independencia", en *id.*, *Un orientalismo periférico: Nuestra América y el Islam*, México, CIALC-UNAM, 2012, pp. 75-97; *id.*, "De la España africana a la América despótica: notas sobre el ideario de Simón Bolívar", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 28, núm. 1 (enero-junio de 2011), pp. 35-59.

[3] Batia B. Siebzehner, *La universidad americana y la Ilustración*, Madrid, MAPFRE, 1994, pp. 183-184.

del virrey arzobispo neogranadino Antonio Caballero y Góngora (1789) los había sobre lengua árabe, y una Gramática arábiga recibió Simón Bolívar de sus padres.[4] Además del hebreo, bastante más generalizado en los seminarios de lo que se ha creído, figuraba entre los cursos del Seminario de Arequipa, aprobados en 1807 por el obispo Chaves de la Rosa, la gramática griega y arábiga (sólo nociones de estas últimas).[5] Viajó a España en 1809 Francisco Xavier Luna Pizarro para concurrir a "alguna de las universidades célebres de la Europa, para aprender ahí las lenguas hebrea, griega y arábiga […] cuyo conocimiento no se puede adquirir en este reino"; los trastornos políticos lo obligaron a regresar en 1811.[6]

La curiosidad parece haber aumentado en medio de las guerras de Independencia. Exiliada por causa de ésta, la familia Zárraga, de la ciudad de Coro, volvió trayendo "clásicos latinos y griegos y gramáticas hebraicas y caldeas", que alcanzó a ver Pedro Manuel Arcaya.[7] El poeta neogranadino Luis Vargas Tejada (1802-1829) tenía conocimientos de griego, hebreo y árabe, como también, junto a otras lenguas, los novohispanos Santos Degollado (1811-1861) y Melchor Ocampo (1814-1861). Sin embargo la misma guerra y los desórdenes, que habían coartado las intenciones de Luna Pizarro, impidieron que se asentara entre nosotros un orientalismo erudito, al estilo del que estaba floreciendo en Europa, y la curiosidad se satis-

[4] Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808: genealogía de una comunidad de interpretación*, 2ª ed., Medellín, Fondo Editorial EAFIT/Banco de la República, 2008, p. 318; Manuel Pérez Vila, *La biblioteca del Libertador*, Caracas, s.e., 1960, p. 16.

[5] Aurelio Miró Quesada, *Historia y leyenda de Mariano Melgar*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978, p. 40.

[6] Francisco Xavier de Luna Pizarro, *Escritos políticos*, recopilación, prólogo y notas de Alberto Tauro, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959, p. xvi.

[7] Pedro Manuel Arcaya, *Memorias*, prólogo de Carlos I. Arcaya, Caracas, Instituto Geográfico y Catastral, 1963, p. 21.

fizo con la lectura de libros de viajes, historias universales y tratados generales, o con artículos de divulgación que resumían tal literatura.

Ejemplos hallamos en las bibliotecas particulares de algunos protagonistas de la independencia, con títulos de tema muy ajeno a las necesidades del momento: el argentino José de San Martín llevaba consigo en campaña libros sobre los turcos, sus guerras y costumbres, asuntos de la India, un viaje a Morea, otro a Turquía, otro a China, en francés todos ellos.[8] Una investigación pormenorizada sobre los libros de Simón Bolívar comprueba, además de la gramática árabe mencionada, la existencia de unos *Travels in Africa*, ciertas *Béautés de l'histoire de Turquie*, un ejemplar de la *Descripción de China y Tartaria* del padre Du Halde (1735), y en sus escritos menciones de Volney.[9] Hasta en la remota biblioteca del dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840) figuraba, junto a las infaltables *Ruinas de Palmira* de Volney, el libro *Los beduinos o árabes del desierto*. Una traducción francesa del Corán se hallaba en México y sendos ejemplares de ese mismo libro sagrado estaban en la biblioteca de Francisco de Miranda y en la de los hermanos Moreno, entre otros libros religiosos. El obispado caraqueño todavía estaba atenta en prohibirlo en 1817.[10] Curiosidad también suscitó el Corán en Francisco de Paula Santander durante sus viajes por Europa

[8] Catálogo de la biblioteca de San Martín, en *Obra gubernativa y epistolario de San Martín*, investigación y prólogo por José A. de la Puente Candamo, en CDIP, tomo 13, vol. 1, pp. 440ss.

[9] Pérez Vila, *La biblioteca del Libertador* [n. 4], p. 18.

[10] José Antonio Vázquez, *El doctor Francia visto y oído por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Eudeba, 1975, p. 362; véase más adelante, en relación con Volney; Monelisa Lina Pérez-Marchand, *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*, México, El Colegio de México, 1945, p. 228; Arturo Uslar Pietri, *Los libros de Miranda*, Caracas, La Casa de Bello, 1979; Marcial I. Quiroga, *Manuel Moreno*, Buenos Aires, Eudeba, 1972, p. 218; Hilarión José Rafael Lasso de la Vega, *Sínodos de Mérida y Maracaibo de 1817, 1819 y 1823*, introducción y edición crítica por Fernando Campo del Pozo, Madrid, CSIC, 1988, p. 134.

y su biblioteca comprendía un "Viaje a África", posiblemente el de Domingo Badía, y un "Viaje pintoresco a las orillas del Ganges", un libro sobre las campañas africanas de Bonaparte y nuevamente varios de Volney.[11] Las *Mil y una noches*, esa novedad para Europa, empezó una carrera que iba a ser triunfante en nuestros países.[12]

La historia de los árabes, que en su capítulo español había dado a conocer en detalle el liberal español Antonio Conde en 1820, llamó la atención por las posibles conexiones que sugería: el ecuatoriano Vicente Rocafuerte financió la publicación en Londres (1826) de los *Cuadros de la historia de los árabes: desde Mahoma hasta la conquista de Granada*, de otro liberal español, que tuvo actuación en América, José Joaquín de Mora.[13] Apuntaba éste cómo éramos herederos de pueblos anteriores, "por la misma razón los pueblos que hablan la lengua española no pueden mirar con indiferencia ni extrañeza aquella grande y valerosa nación que, impulsada por el celo religioso y la sed de conquistas, traspasó sus límites naturales y vino a establecer su imperio y a fundar un Estado poderoso en la península […] no podemos menos de considerarlos como parte de nuestra familia y, en muchos aspectos, como nuestros maestros y reformadores", comparando esta relación con la que mantenían con España "los republicanos de Méjico y del Perú".[14]

[11] Santander se detiene a comentar la existencia de un Corán en árabe tanto en una biblioteca en Hamburgo como en otra de Dresde, Eduardo Ruiz Martínez, "Santander y los libros" y "Catálogo de libros de la biblioteca de Santander", en Luis Horacio López *et al.*, *Santander y los libros: perfil biográfico y catálogo de la biblioteca que perteneció al general Santander*, Santafé de Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, 1993, tomo 2, pp. 73-105, 107-273, esp. pp. 98-99, registros 82, 91, 98, 414 etcétera.

[12] Figura entre los libros cuya compra solicitaba José Celestino Mutis en 1786, Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada* [n. 4], p. 303.

[13] Jaime E. Rodríguez O., *El nacimiento de Hispanoamérica: Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo 1808-1832*, México, FCE, 1980, p. 238.

[14] José Joaquín de Mora, *Cuadros de la historia de los árabes: desde Mahoma hasta la conquista de Granada*, Londres, R. Ackermann, Strand, 1826, tomo 1, pp. vi-vii.

Significativa de la posición de los americanos fue la recepción que tuvo Volney. Ya su nombre se ha mencionado en los repertorios de lecturas, y va a volver a aparecer, porque es de fácil hallazgo en esas décadas entre el siglo XVIII y el XIX. Se encontraba entre los autores que la Inquisición española debía prohibir.[15] Una vez abolida la censura, sus viajes por Siria y Egipto y sobre todo *Las ruinas de Palmira* (1791) aparecen muchas veces citados, glosados y aun traducidos. Una copia en francés del segundo libro había sido regalado por el español Félix de Azara al paraguayo García Francia, y éste lo pasó a su hijo, que con el tiempo se convirtió en el dictador Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840): el inglés William P. Robertson vio el ejemplar sobre su mesa junto a otros de Voltaire y Rousseau: "éste es el que más impresiona", le comentó Francia.[16] En Buenos Aires, Mariano Moreno lo tradujo.[17] En el importante Discurso de Angostura (1819), Simón Bolívar mencionó (único caso de cita de un libro en sus discursos) el ejemplar de la traducción que poseía, en la cual figuraba, por mano del mismo Volney, una dedicatoria "a los pueblos nacientes de las Indias castellanas".[18]

Son sólo instancias de una presencia que fue ubicua, y la influencia de Volney sobre pensadores como José María Heredia, Domingo Faustino Sarmiento o Juan Bautista Alberdi ha merecido párrafos y hasta estudios especiales. Ya se ha señalado que sus conferencias

[15] José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México* (1905), reimpr., México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 1987, p. 443.

[16] Noelia Quintana Villasboa, "El Dictador Francia y sus influencias: Rousseau y el Conde de Volney", http://www.paraguayeterno.com/v1/el-dictador-francia-y-sus-influencias-rousseau-y-el-conde-de-volney/.

[17] La traducción, incompleta, permaneció inédita y fue publicada en 1972 y 2010, véase Volney, *Las ruinas de Palmira*, traducción de Mariano Moreno, prólogo de Sebastián Torres, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba/Universidad Nacional de General Sarmiento, 2010.

[18] Alberto Miramón, "Los libros que leyó Bolívar", en *Miscelánea Lecuna: Homenaje continental*, Caracas, Cromotip, 1959, tomo 1, pp. 256-265.

sobre historia tuvieron eco en México y Venezuela.[19] Hay que enlazar la cuestión con el papel que ocupó este autor en el pensamiento orientalista: fue el primero de los viajeros-espías, conoció el árabe hablado y no sólo el literario y llenó su obra con datos sobre las condiciones sociales y económicas de las comarcas que visitó en Egipto y Siria; las juzgó con severidad en ese libro de viajes, y con más severidad en *Las ruinas de Palmira*. Semejantes juicios estaban apoyados además en un conocimiento exacto y verdadero sobre las tradiciones del Oriente, que solía faltar en los demás ilustrados, los cuales al criticar la religión se limitaban al cristianismo y reproducían fábulas y lugares comunes sobre el resto del orbe.

Hay que agregar sin embargo que junto a la condena había una delectación morosa de Volney por nombres de pueblos, obras, lenguas, tradiciones exóticas, comparaciones culturales, hipótesis eruditas. Suerte de enciclopedia que se exhibe, más que en el texto, en las notas de las *Ruinas*. Por otro lado, las facetas de su orientalismo hostil estaban enmarcadas en una condena general de toda tradición,[20] que incluía el cristianismo, y una condena también de las conquistas coloniales en América y África, así como de la expedición a Egipto por obra de Bonaparte. No faltan en sus *Viajes* apuntes favorables a ese Oriente que en general rechazaba. Es una obra representativa del momento ecuménico de la Revolución Francesa. Por algo la Inquisición lo condenó y fue mal visto por los sectores católicos; el gobierno de Juan Manuel de Rosas (y eso que era el año 1831) hizo quemar su libro, junto con otros de contenido antirreligioso u obsceno.[21]

[19] Véanse pp. 79, 86.

[20] Del Viejo Mundo: las culturas de América quedan singularmente exceptuadas de la crítica de Volney.

[21] John Lynch, *Argentine dictator: Juan Manuel de Rosas 1829-1852*, Oxford, Clarendon Press, 1981, p. 158.

No sólo fueron libros: el italiano Nicola Fiengo, quien había obtenido del explorador Giovanni Battista Belzoni una colección de antigüedades egipcias, también pensaba vendérselas a Buenos Aires, aunque los problemas políticos en dicho país hicieron que las comprara en cambio el imperio de Brasil (1825).[22] Lamentablemente, una parte quedó destruida en el incendio que la incuria del gobierno de Michel Temer provocó en el Museo de Río de Janeiro en 2018.

2. Opiniones sobre el Oriente

Que estos libros de tema exótico tuvieran sus lectores lo muestra cantidad de anotaciones. El régimen oriental era en general condenado pero a veces se le adjudicaba algún rasgo positivo. La Inquisición regañó frases en este sentido. El mahometismo, que como religión era también fundamento de la sociedad, podía también ser víctima, a la par que el cristianismo, de las Luces impías.[23] "Se han visto mahometanos que han hecho profesión de creer que la mejor parte de la religión consiste en descargar al pobre del insufrible peso de la miseria". "El Turco, el mismo Turco envuelto en la barbarie y en el más ciego fanatismo, conoce que esta costumbre [el entierro en las iglesias] es perjudicial a la salud pública y contraria a la decencia debida a las cosas que la religión ha consagrado: sus mez-

[22] Sobre el tema, véase Margaret M. Bakos, "El antiguo Egipto en Brasil: historia de la egiptología y la egiptomanía en Brasil", *Transoxiana*, 9 (diciembre de 2004), http://www.transoxiana.com.ar/0109/bakos-egipto_brasil.html; Neldson Marcolin, "Los emperadores y las momias", *Pesquisa* FAPESP, edición 131 (enero de 2007), http://revistapesquisa.fapesp.br/es/2007/01/01/los-emperadores-y-las-momias/.

[23] Censura del inquisidor Antonio López Portillo, Nueva España, 1769, en Pérez-Marchand, *Dos etapas* [n. 10], p. 113.

quitas quedarían contaminadas sólo con el desmayo momentáneo de un concurrente".[24]

Frases nacidas de la influencia de nuevas lecturas. Escribía el ilustrado peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841):

> Yo he examinado con escrupulosidad el gobierno de Constantinopla y lo comparé con el que había en el Perú; aquel es menos bárbaro, perverso e injusto. Los sultanes no tienen límites en su poder, pero de continuo bajan del trono a la prisión y de la prisión a la muerte [...] las leyes son pocas pero siempre obedecidas y con fidelidad ejecutadas; no así en la América, donde los virreyes vivían sin temor al castigo y ni eran justos para el pueblo en general ni para particulares.

El propio Vidaurre se quejaría de la visión deformada que imperaba: "¿Quién ha hecho un estudio profundo de todas las religiones? El Alcorán lo leemos desfigurado. Si se hallan en él especies que nos parecen ridículas, ¿no tenemos las mismas en el Evangelio?".[25]

Da la impresión que las notas amigables aumentaban. Una obra de teatro mostraba a un moro en conflicto con la Inquisición, cosa que no gustó a la prensa liberal, que hubiera preferido ver a un protestante en el papel del perseguido.[26] Otras obras de teatro transmitían un orientalismo positivo, como *Acmet magnánimo*. Entre los grandes capitanes, en el mismo rango que Epaminondas y Alejandro, se colocaba a Mahomet, el otomano. Los economistas napolitanos habían dado noticia de reyes de sabia conducción, como Abbas

[24] *Mercurio Peruano*, edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964ss, tomo 1, núm. 14, 17-II-1791, p. 125, núm. 120, 26-II-1792, pp. 133-134; Joaquín Fernández de Lizardi, *Obras*, 5. *Periódicos*, rec., notas y estudio prel. de María Rosa Palazón Mayoral, México, UNAM, 1968-1973, núm. 13, p. 393.

[25] Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Plan del Perú* (1823), en *Plan del Perú y otros escritos*, ed. y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 5, pp. 15n, 108n.

[26] *El Centinela* (Buenos Aires), 5-X-1823, p. 205, en *Bd*M, 9.2, p. 8890.

de Persia, que apareció en algunas páginas nuestras.[27] Llegaban en un periódico inglés conceptos elogiosos sobre Buda,[28] llegaban ecos (franceses) de las memorias de Tippo Sahib en su lucha contra los ingleses en la India, y la reproducción de noticias sobre el imperio otomano o el Magreb podían asumir un tono bastante neutro, hasta elogioso. A veces se caía en cuenta que un movimiento de renovación también estaba tomando lugar en el Oriente: un periódico chileno retomaba la *Gaceta del Gobierno de Calcuta* con noticias de un grupo de insurgentes en India, elogiando su bravura y una "peculiaridad de conducta hasta ahora desconocida en las costumbres asiáticas", una mujer al mando de tropas, cuando "el bello sexo en Oriente" ha sido condenado siempre a la soledad. También se hizo notar la tolerancia religiosa en Persia, con lo cual "un príncipe asiático, despótico y musulmán" ganó en la carrera de la ilustración a un Estado "americano, libre y cristiano, cuyos campos tienen mayor necesidad de poblarse que los suyos".[29]

Bajo esta luz, se vio diferente hasta el pasado islámico en España. La Reconquista hasta entonces alabada empezó a ser una empre-

[27] "El pueblo admiró en el Acmet la generosidad del Director" (= O'Higgins), *Mercurio de Chile*, núm. 9, 23-VIII-1822, p. 188; Mahomet, junto a Epaminondas, Alejandro y Luculo, *La Prensa Argentina*, núm. 16, 2-I-1816, en *BdM*, tomo 7, p. 6002; "Si los monarcas como Abbas hubieran sido frecuentes en Persia y los emperadores como Solimán en Turquía, serían hoy las dos naciones más industriosas y cultas de la tierra", *La Abispa de Chilpancingo 1821-1823*, México, Instituto de Estudios Parlamentarios Eduardo Neri, 1998, núm. 19, p. 272; "un gobierno paternal como el de Abbas en la Persia o el de los Incas del Perú", *El Sol del Cuzco*, ed. facs., Caracas, Comisión Nacional del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, 1974, tomo 1, año 1825, núm. 49, sábado 3-XII-1825, p. [210].

[28] *El Liberal*, 26-VIII-1824, en *CdAPCh*, vol. 17, p. 151; *La Abispa de Chilpancingo* [n. 27], núm. 15, p. 208, pp. 136, núm. 9, p. 448, n. 28.

[29] *Gazeta de Santiago de Chile*, núm. 35, 7-III-1818, en *CdAPCh*, vol. 4, pp. 373-374; *El Centinela* (Buenos Aires), núm. 67, 2-XI-1823, en *BdM*, tomo 9.2, pp. 265-266 [8945].

sa condenable, del mismo modo que la expulsión de judíos y moros a partir de 1492: lo testificaba en Perú el conservador Lorenzo de Vidaurre o en Centroamérica el liberal José Cecilio del Valle en 1825.[30] Ya este revisionismo se había escuchado en España y recobró actualidad en el drama *Pelayo* (1805), de Manuel Quintana, donde moros y cristianos ya no eran partes de un esquema maniqueo sino que se repartían vicios y virtudes. Era un camino de reivindicación de los moros, que se retomó en América, donde el drama de Quintana fue popular. Asomó inclusive la idea de alguna semejanza entre la triste suerte de los moros y la de los indios.[31]

Pero además Europa había empezado a apreciar la cultura andalusí: los sarracenos "que se apoderaron de la Península amaban las letras y a los sabios, como lo prueba elegantemente el abate Andrés",[32] afirmaba el chileno Camilo Henríquez citando la influyente *Historia de la literatura* del abate Juan Andrés (aparecida en italiano entre 1782 y 1799), quien desdeñaba la Edad Media y había

[30] Véanse las referencias, así como otras menciones y un contexto general en Hernán G. H. Taboada, "La Reconquista en la reflexión criolla: del casticismo al elogio de la hibridez", en *id.*, *Un orientalismo periférico: Nuestra América y el Islam*, México, CIALC-UNAM, 2014, pp. 125-156.

[31] Críticas a la expulsión ya en España las habían esbozado Antonio Muñoz (1769) y Juan Pablo Forner (1787), véase Richard Herr, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 41, 287; discusiones en torno de la expulsión se reiteran en la prensa americana, véase *La libertad de cultos: polémica suscitada por William Burke*, est. prel. de Carlos Felice Cardot, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959; *Semanario Patriótico Americano* (México), 8-XI-1812, p. 17; José Cecilio del Valle, *Obra escogida*, sel., pról. y cronología Mario García Laguardia, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 219; "Sobre un furioso alígero melado / (según España hasta ahora lo pregona) / San Jacobo vibrando su tizona / sarracenos sin fin ha degollado. / Igual desaguisado / sufrieron mexicanos / y los nuestros peruanos", "Vaticinios" (de Francisco de Paula Castañeda), en *La Lira Argentina* (1824), reproducción facsimilar en *BdM*, tomo 6, *Literatura*, p. 334.

[32] *El Monitor Araucano*, septiembre de 1813, en *Escritos políticos de Camilo Henríquez*, introducción y recopilación de Raúl Silva Castro, Santiago, Universidad de Chile, 1960, p. 130.

atribuido a la invasión árabe el origen de las literaturas europeas. En el debate por la tolerancia religiosa se evocaron esos tiempos: "Después de la irrupción de los moros, la tolerancia religiosa fue un dogma político de oprimidos y opresores". Ellos llevaron a España la agricultura. A pesar de su religión, "los moros no sólo son tolerantes, sino que permiten conservar a los cristianos los Santos Lugares de Jerusalén".[33] Se recordaban los malos monarcas de la etapa goda cuando se condenaba a Fernando VII, "cuya estupidez, cuya vida licenciosa y demás vicios que lo rodean hacen olvidar los de los Witizas y Rodrigos".[34]

En este contexto, y aunque probablemente exageraba, son de tomar en cuenta las alarmas del canónigo Juan Ignacio Gorriti cuando decía haber conocido en América, entre otras especies de libertinos, pitagóricos, judaizantes, ateos y materialistas, a quienes "se han enamorado del Alcorán".[35] Por lo menos sería, como denunciaba *El Observador Eclesiástico* que había quienes tenían a "todas las religiones por buenas sin excepción la judía y mahometana",[36] y quienes veían las semejanzas de esta última con el cristianismo[37] o llegaban a discutir si "el clima es el que ha prescrito los límites de la religión de Jesucristo y de Mahoma",[38] no su origen divino ni sus

[33] Vidaurre, *Plan del Perú* y "Discurso primero en Panamá", en *Plan del Perú y otros escritos* [n. 25], pp. 119n y 429; Fernández de Lizardi, *Correo Semanario de México* (1827), en *Obras* [n. 24], p. 393, 6, p. 305.

[34] *Gazeta Ministerial de Chile*, núm. 4, 7-VIII-1819, en *CdAPCh*, vol. 7, p. 65.

[35] Juan Ignacio Gorriti, *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones internas de los nuevos Estados americanos y examen de los medios eficaces para repararlos* (1836), precedido de un estudio sociológico por Enrique Martínez Paz, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 158.

[36] *El Observador Eclesiástico*, 5-VI-1823, en *CdAPCh*, vol. 16, p. 249.

[37] So color de criticar las teorías de un francés anticristiano, Vidaurre, *Plan del Perú* [n. 25], pp. 45ss.

[38] Francisco José de Caldas, "Del influjo del clima sobre los seres organizados" (1808), en *Obras completas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, pp. 79-120.

bondades. Un relativismo y comparatismo religioso que ya había hecho equiparar a Moisés con Mahoma, o con los encantadores del Faraón, como un escandalizado inquisidor denunciaba en Cartagena en 1788.[39]

El mahometismo tenía sobre todo un aspecto político. Había "tomado de la sabiduría de Moisés y del cristianismo", y aunque errónea, como otras religiones había mantenido cierto orden social y permitido vivir con tranquilidad.[40] El mismo Gorriti habló con algún elogio del islam, proponía una lectura de Mahoma no sin contradicciones pero en consonancia con ciertas tendencias del orientalismo ilustrado, tal como habían expresado Boulainvilliers o el barón D'Holbach: "político profundo que sabía muy bien ajustar sus combinaciones para llevar los negocios al punto que se había propuesto", "el hombre más virtuoso que ha florecido, aunque haya sido el mayor y el más desalmado de los embusteros". El conservador chileno Juan Egaña también ubicaba a Mahoma entre los grandes legisladores y elogiaba que el juego estuviera prohibido entre los mahometanos "que habitan casi dos tercios del antiguo mundo, y varias sectas del Asia".[41]

La imagen de un reformador político, quizás farsante pero preocupado por mejorar a su pueblo, reaparece con frecuencia en escritos criollos: en una traducción de Mariano Moreno donde se mostraban a Gengis Khan y Mahoma como legisladores que "quisieron

[39] José Toribio Medina, *La Inquisición en Cartagena de Indias* (1889), prólogo de Pedro Gómez Valderrama, Bogotá, Carlos Valencia, 1978, p. 225.

[40] Manuel María Gorriño, "Filosofía de la fe católica" (ms de 1811), en Raúl Cardiel Reyes, *Del modernismo al liberalismo: la filosofía de Manuel María Gorriño*, México, UNAM, 1967, pp. 190-193.

[41] Gorriti, *Reflexiones* [n. 35], pp. 146, 231; [Juan Egaña], *Cartas pehuenches*, o correspondencia de dos indios naturales del Pire-Mapu, o sea la cuarta tetrarquía en los Andes, el uno residente en Santiago y el otro en las cordilleras pehuenches, en *La Miscelánea Chilena*, abril de 1821, núm. 11, p. 109.

hacer bajar del Cielo las leyes que dieron a los pueblos".[42] A fin de cuentas, uno entre los hábiles políticos, como parecía considerar el peruano Benito Laso:

> La fuerza o el prestigio son los únicos que pueden vencer las dificultades que el hábito presenta y así es que no vemos sino conquistadores o profetas que hayan variado de un modo rápido las costumbres, leyes y opiniones de las naciones. Sólo Moisés con sus estupendas maravillas pudo haber sacado a los israelitas de la servidumbre de Faraón; sólo Jesús con los prodigios sorprendentes de su virtud y beneficencia pudo formar un pueblo entregado a la moral austera y destrozar los ídolos; sólo Mahoma, conquistador y profeta, pudo con su espada terrible consagrar el Alcorán en los pueblos del Asia y de la África y sólo Atila y demás caudillos del norte pudieron trastornar la Europa, e introduciendo en ella el gobierno feudal dar en tierra con sus principios y libertad; sólo los Incas, hijos del sol y guerreros a un tiempo, pudieron haber reunido en sociedad tanto número de salvajes, que pusieron bajo su dominación.[43]

Eran ideas que ya los ilustrados habían adelantado, y que podían leerse en sus escritos; era el elogio del Corán que escucharon los estudiantes brasileños o hispanoamericanos en la Universidad de Edimburgo.[44] La separación tradicional entre la historia sagrada y la profana se diluía, y la primera era sacada del pedestal en que reposaba. "Que la religión de Jesucristo es obra de hombres como la de Mahoma", era una de las proposiciones que el obispado venezolano

[42] Se trata de una traducción realizada por el argentino Mariano Moreno del francés Jean Chas (1801) y el manuscrito se encuentra en el portal http://repositoriouba.sisbi.uba.ar/gsdl/collect/archivos/moreno/index/assoc/mo092-mo.dir/mo092.pdf.

[43] Benito Laso, *Exposicion que hace Benito Laso diputado al Congreso por la provincia de Puno*, Lima, Imprenta Republicana administrada por José María Concha, 1826, p. 21.

[44] Karen Racine, "'The childhood shows the man': Latin American children in Great Britain 1790-1830", *The Americas*, 72.2 (2015), pp. 279-308, p. 303.

denunció en un folleto de Rafael Diego Mérida (1819).[45] Era así Mahoma igualado a otros reformadores, a profetas que podían ofrecer la respuesta de cómo inculcar máximas sabias a este pueblo de América que veían tan alejado de las Luces.

3. Miranda, Bello, Bolívar

Consideraciones más amplias merecen otros tres individuos formados en la Ilustración y de mayor prominencia. Casualmente, todos nacieron en Venezuela. El primero fue Francisco de Miranda (1750-1816). Entre otras cosas porque estuvo unos meses en el imperio otomano, en Grecia y Anatolia y después prosiguió hasta Rusia, cuyas regiones meridionales habían sido recientemente incorporadas por los zares y todavía conservaban una abundante población y cultura islámica. Algo se ha escrito sobre Miranda en Turquía y un poco más sobre él y Rusia.[46] Más allá de lo anecdótico, notemos que, a diferencia de otros viajeros posteriores, quiso entender algo

[45] Manuel Vicente de Maya, Excomunión Mayor Latæ Sententiæ impuesta a Rafael Diego Mérida (1819), en Rafael Fernández Heres, *Controversia sobre tolerancia religiosa en Venezuela (1811-1834)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2012, vol. 2, p. 57.

[46] Los documentos básicos (descripción y papeles de todo tipo) están recopilados con minuciosidad en Francisco de Miranda, *Colómbeia*, segunda sección, *El viajero ilustrado, 1785-1786*, prólogo, notas y cronología de Josefina Rodríguez de Alonso, Caracas, Presidencia de la República, 1979; una edición más ágil y ligeramente modificada es Francisco de Miranda, *Diario de viaje a Grecia y Turquía* (1786), presentación de David Chacón Rodríguez, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2016. Un estudio es el de Mehmet Necati Kutlu, "Reflexiones sobre el viaje de Francisco de Miranda al imperio otomano", *Espacio, Tiempo y Forma* (Madrid, UNED), Serie IV, Historia moderna, tomo 20 (2007), pp. 171-186. La sección del viaje por el imperio otomano debe complementarse con la referente al viaje por Rusia, que fue su continuación: Catalina II acababa de conquistar la Crimea tártara y abundaban sus súbditos muslimes, algunos de los cuales Miranda encontró y sobre ellos hizo comentarios.

del terreno que pisaba y entre los libros que leyó para lograrlo se encuentran ejemplos de la mejor literatura especializada de su época, todavía muy citada: Lady Montagu, Richard Pococke, el Barón de Tott, Mouradgea d'Ohsson. Sus comentarios revelan una lectura por lo menos parcial, que le permitió redactar el cuadro cronológico de la historia otomana que figura entre sus papeles.

De la experiencia mezclada con la búsqueda de exotismo obtuvo Miranda enseñanzas políticas, que le permitieron modificar la imagen del "despotismo" que denunciaban sus guías europeas: el Barón de Tott, comenta, "no nos ha presentado sino el cuadro de sus defectos, sin mencionar ninguna de sus virtudes". Llega a percibir que ello es resultado, en gran parte, de la falta de información: si dispusiéramos de buenas traducciones de sus libros "tendríamos mejor y más verdadera opinión de ellos que lo que en el día reina generalmente en Europa", ya que existe un saber "que nadie esperaba encontrar en el cuerpo del despotismo". Incluso éste es puesto en duda: "un pueblo que destrona tres soberanos en menos de sesenta años no es un cuerpo muerto, ni menos una nación pasiva que no piensa".

Con el tiempo, al parecer, agregó a los libros que había llevado a Turquía otros que figuraron en su extensa biblioteca en varios idiomas, que conocemos en algún detalle. Hay unas cien obras sobre el Oriente. Predominan los relatos de viaje, de varias épocas y distinto valor (por ejemplo, Chardin, Thevenot, junto a otros menos famosos), hay libros de historia (Jones, *Life of Nader Sha*, 1773), estudios sobre la situación política, pero también algunos que denotan una mayor curiosidad, empezando por una edición del Corán (*L'Alcoran de Mahomet*, trad. Galland, 1783), hay una antología persa y otra china, una vida de Confucio y una colección de sus obras, una gramática turca.[47]

Posiciones opuestas sostuvo Simón Bolívar (1783-1830), cuya lectura del Oriente es más marginal y hasta reduccionista y en to-

[47] Uslar Pietri, *Los libros de Miranda* [n. 10].

do caso sin los rasgos de orientalismo positivo de Miranda.[48] Ya se mencionaron algunos libros que sobre el tema leyó. Significativos, éstos son en todo caso mucho menos numerosos que los de Miranda tenía y conocía, en cantidad bastante menor que los clásicos grecorromanos, que aseguraba haber leído en su totalidad. Tampoco tuvo el contacto directo con el Oriente que Miranda alcanzó y ni siquiera la experiencia en una guarnición norteafricana que vivió José de San Martín y algunos otros participantes en la Independencia. El Oriente fue marginal en sus intereses y sus anotaciones.

Con todo, existió. Su lectura sigue el modelo general del despotismo oriental: una unidad que se extiende en el tiempo desde los faraones y los persas hasta el presente otomano y en el espacio desde los Balcanes hasta Japón constituye el Oriente. La terminología misma que usa trasunta la intemporalidad: parece creer que todavía en su época gobernaban sátrapas en Persia y emplea nombres que ya no existían en el Oriente que le era contemporáneo. Sus grafías son algo caprichosas y reminiscentes de lecturas francesas. Políticamente su Oriente es el dominio del despotismo, la inmovilidad, la violencia, la arbitrariedad, que le sirvió para definir a España, marcada durante la ocupación árabe por tales rasgos.

Con el tiempo fue asimilando a este despotismo también los imperios precolombinos, a medida que fueron de su conocimiento directo, es decir que exhibió tempranamente una orientalización de la América antigua, la cual se iba a generalizar hasta nuestros días. Su error sirvió sin embargo para que Bolívar reflexionara, en el ocaso de su existencia, sobre la necesidad de pensar con otras categorías esa América que nacía. No las libres repúblicas de la Antigüedad, no Holanda ni Inglaterra, sino los imperios teocráticos podían suminis-

[48] Reciclo aquí, resumo y trato de completar y corregir lo expuesto en el artículo "De la España africana a la América despótica" antes citado [n. 2]; remito al mismo para referencias puntuales y aquí sólo lo recuerdo como antecedente.

trar el modelo de gobierno adecuado: China no puede regirse como Inglaterra, había dicho, y lo mejor para la América sería adoptar el Corán como modelo y no la constitución de Estados Unidos porque, como confió al francés Perú de Lacroix, el gobierno teocrático era "el que más convendría a los pueblos de la América del Sur, visto su atraso en la civilización, su corta ilustración, sus usos y costumbres". De nuevo el modelo de esos legisladores que fueron profetas para mejorar las costumbres de sus bárbaros pueblos.

En el curso de una vida más reposada, el también venezolano Andrés Bello (1781-1865), maestro inicial de Bolívar, pudo integrar de mejor manera los elementos ofrecidos por la ciencia orientalista europea, y no meramente su traducción ideológica, y señalar así los caminos que podía haber tomado su adaptación a los nuevos Estados que nacían. Bajo el Antiguo Régimen se había formado Bello, al igual que Miranda, y además había residido en Londres, uno de los centros de la nueva conformación que la modernidad estaba dando al pasado y a la alteridad. Cuando se trasladó a Chile (1829), donde murió, trabajó para asentar en el nuevo país las instituciones básicas para un proyecto cultural, principalmente la Universidad de Chile. A diferencia de otros contemporáneos suyos, era Andrés Bello un estudioso serio y concienzudo que se interesó en temas muy variados, entre ellos el Islam, para el mejor entendimiento de la literatura medieval española y del Poema del Cid, que lo ocuparon largos años. Noticias del sánscrito se le hicieron necesarias por sus estudios lingüísticos y supo del Egipto faraónico porque la novedad del desciframiento de su lengua le llamó la atención en su etapa europea.

Sobre el conjunto de estos temas sus lecturas fueron amplias, en parte especializadas,[49] con resultados variables: un escrito sobre la

[49] En su biblioteca figuraban Antonio Conde, *Historia de la dominación árabe en España*, 1820, y Reinhard Dozy, *Recherches sur l'histoire des musulmans en Espagne*, usados y criticados en sus estudios de literatura medieval; Leonard Chappelow,

lengua faraónica, más bien de divulgación; una serie de inspiraciones subterráneas en sus textos sobre gramática y sobre las aportaciones de Al-Andalus que todavía se valoran en el estudio de la épica medieval española. La perspectiva de Bello lo alejaba de una comprensión positiva del Oriente: al estudiar la España medieval, sus simpatías estaban del lado cristiano, rechazaba la sugerencia de Simonde de Sismondi (1813) que el Poema del Cid hubiera sido escrito en una corte islámica, privilegiaba la herencia griega y romana en la conformación de la cultura criolla, siendo el Islam una otredad del mismo modo que lo eran los araucanos del sur chileno.

Conservador, aunque de criterio amplio, alejado del catolicismo, Bello organizó un proyecto cultural que decía estar inspirado en la alta cultura europea, con los clásicos grecolatinos como pilar y las clases privilegiadas como motores. Se lo ha contrapuesto al otro maestro de Bolívar, al rousseauniano Simón Rodríguez, quien remitía con preferencia a la herencia americana y popular. Quizás no fueran tan distintos y Bello buscara por otro camino la fundamentación de una civilización (son sus palabras) nueva, propia, que recogiera también la tradición española y aquella otra herencia que remontaba al Asia. Ésta había sido la maestra de Grecia y de Europa, del mismo modo que Europa era por ahora la maestra de América, pero que en el futuro sería superada, como Europa había superado al Asia. El conocimiento orientalista era por ello importante en esa América que nacía, y por tal motivo los cursos de

---

Elementa linguae arabicae, 1730; una *Colección de romances moriscos* y una *Historia del imperio otomano*, en francés, de 1825; la historia del antiguo Egipto, de Rollin; *Histoire des Grecs modernes*, de Raffenel, de 1825; también otros escritos orientalistas menores, véase Barry L. Velleman, *Andrés Bello y sus libros*, prólogo de Pedro Grases, Caracas, La Casa de Bello, 1995, pp. 149, 154, 163, 165, 192, 242, 248.

Andrés Bello incluían las literaturas del Oriente, o lo que podía saber de ellas desde ese rincón que era entonces Chile.[50]

4. La reacción contra el Oriente

Las propuestas de Andrés Bello encontraron en Chile seguidores, que en las décadas siguientes dirigieron en sus conferencias o escritos alguna mirada a la Antigüedad clásica, al mundo medieval y también al Oriente, incluyendo el más lejano, como sucedía también en otras partes de Iberoamérica. También encontraron oposición, que entre broma y broma expresaba Domingo Faustino Sarmiento:

> Si la ley del ostracismo estuviese en uso en nuestra democracia, habríamos pedido en tiempo el destierro de un gran literato que vive entre nosotros, sin otro motivo que verlo demasiado y haber profundizado más allá de lo que nuestra naciente civilización exige, los arcanos del idioma, y haber hecho gustar a nuestra juventud del estudio de las exterioridades del pensamiento y de las formas en que se desenvuelve en nuestra lengua, con menoscabo de las ideas y verdadera ilustración.[51]

La febril y desordenada formación intelectual de Sarmiento le había negado los textos fundadores y las lenguas clásicas. Su mente

[50] Sobre estos aspectos del pensamiento de Bello, véase Nadia Altschul, "Andrés Bello and the Poem of the Cid: Latin America, Occidentalism, and the foundations of Spain's 'national philology'", en Nadia Altschul & Kathleen Davis, eds., *Medievalism and the post/colonial perspective*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2009, pp. 219-236; Francisco Javier Pérez, "Bello orientalista", en Beatriz González Stephan y Juan Poblete, eds., *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos*, Pittsburgh, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2009, pp. 113-139.

[51] Domingo Faustino Sarmiento, "Segunda contestación a Un Quídam" (1842), en *Obras completas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, vol. 1, p. 152.

poderosa le hizo entrever, en la lectura de nuevos pensadores franceses, la posibilidad de un atajo que evitaría el arduo camino que quería abrir Bello. Él las llamaba "ideas y verdadera ilustración", hoy vemos entremezclados con ellas los prejuicios que lastraron el orientalismo moderno.

Éste presentaba muchos matices que han sido englobados en dos interpretaciones básicas. Una (Raymond Schwab) ha visto desde fines del siglo XVIII un segundo Renacimiento —científico, filosófico, literario— suscitado por el descubrimiento de ajenas tradiciones, sobre todo de la India, análogo al que había provocado el descubrimiento de la Antigüedad clásica en el siglo XV. Otra (Edward Said) ha enfatizado la aparición o el reforzamiento de una serie de estereotipos sobre el mundo islámico, producto e impulso de la dominación colonialista que se estaba desarrollando. Ambas interpretaciones han recibido críticas y los debates e investigaciones de caso han servido para mostrar la compleja interrelación de puntos de vista que experimentó la intelectualidad europea ante el fenómeno del Oriente, una presencia innegable en todo caso.[52]

Algún reflujo de esta ciencia sobre Nuestra América es observable en las décadas inmediatamente posteriores a la independencia. Pudo haber influido la llegada de algún europeo que había recorrido previamente el Oriente, la curiosidad derivada de disquisiciones de tema bíblico, religioso o lingüístico, que llevó a ciertos personajes a abordar el estudio del sánscrito y del árabe. Ya se habló de un interés inicial a fines de la Colonia y éste tuvo su continuidad, que sobre todo ejemplifica Ezequiel Uricoechea (1834-1880), arabista colombiano que en 1878 ganó por oposición una cátedra para dictar árabe en Bruselas y murió en Beirut durante un viaje de estudios: católico y conservador, mostraba aprecio por las expresiones culturales lo-

[52] Raymond Schwab, *La Renaissance orientale*, París, Payot, 1950; Edward W. Said, *Orientalismo* (1978), Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1990.

cales y temor a la invasión de modas extrañas.[53] En Brasil una de las aficiones del emperador Pedro II fue el orientalismo, que enfocó con alguna seriedad, reuniendo libros, tomando clases de hebreo y árabe, asistiendo a un congreso orientalista y visitando Egipto.

No fueron los únicos estudiosos, pero aun así lo que representan es muy poco y discontinuo como para hablar de una tradición de estudios. Se justifica dadas las condiciones azarosas en que iba desenvolviéndose nuestra cultura. Podía sí haber curiosidad: tuvo cierto prestigio alguna literatura de divulgación y obras de teatro y ópera italianas y francesas ambientadas en el mundo islámico (*Mahomet* de Voltaire, *Maometto II*, *L'italiana in Algeri* de Rossini y otras), si extendemos a la totalidad lo que ha sido estudiado en México y Argentina.[54] Hubo en Cuba, no en otros sitios, alguna continuación de la literatura maurófila. De ahí la omnipresencia de vocabulario y temática orientalista en poemas, artículos periodísticos y hasta artes plásticas y narrativa, ya fueran traducciones de autores europeos o escritos aquí producidos. Todo ello fue sin embargo una derivación más bien mecánica y pasiva de los temas europeos, que no alcanzó a conformar un discurso coherente y se quedó en anotaciones superficiales y contradictorias, producciones reiterativas y marginales, pequeñas notas a tratados históricos y sociológicos cuyo foco era otro. Ningún orientalismo criollo que suscitara un Renacimiento local ni tampoco la construcción de un sujeto oriental como espejo de lo propio.

[53] Clara Isabel Botero, "Ezequiel Uricoechea en Europa: del naturalismo a la filología", *Boletín Cultural y Bibliográfico* (Bogotá), vol. 39, núm. 59 (2002), pp. 3-27.

[54] Montserrat Galí Boadella, "Del orientalismo ilustrado al orientalismo romántico: Oriente en las revistas mexicanas de la primera mitad del siglo XIX", en Gustavo Curiel, ed., *Orientes-Occidentes: el arte y la mirada del otro*, México, IIE-UNAM, 2007, pp. 615-639; Nancy Vogeley, "Turks and Indians, Orientalist discourse in postcolonial Mexico", *Diacritics*, 35, 1 (1995), pp. 3-20.

No faltaron sin embargo intentos de instrumentalizar este Oriente de manera creativa. De manera similar al programa esbozado por Andrés Bello en Chile, el que inició en México José María Heredia incluía una recuperación de las tradiciones del Oriente.[55] Mayor presencia tuvo en el programa cultural de la llamada Generación de 1837 en Argentina. Su cuna estuvo en Buenos Aires, ciudad muy abierta a las influencias europeas, y su programa de renovación cultural revela una presencia bastante extensa de la temática orientalista, fenómeno que ha sido estudiado por Axel Gasquet en acucioso examen. Al mismo tiempo este autor descubre que en aquellos jóvenes argentinos el arsenal del orientalismo europeo "está enunciado en diagonal, se encuentra desviado del modelo original", y encerrado en el sistema intertextual, en los epígrafes y la temática, que se refieren muy crípticamente a los Orientes de Lord Byron, Victor Hugo, Lamartine y otros autores.[56]

Semejante cautela en la presentación de un Oriente que estaba sin embargo expuesto con entusiasmo en sus lecturas europeas corresponde a una cautela similar en el tratamiento del tema americano. Si nos guiamos por las frecuentes declaraciones de este grupo intelectual, América debía constituir el eje de su preocupación. Ante la falta de conocimiento de detalle, debido a la carencia de estudios previos, ampliaron el ángulo de visión y en él incluyeron, junto a Europa, el Oriente. Su indagación podría haber proseguido sobre estos ejes pero otro espíritu prevaleció posteriormente. Sucedió cuando el programa inicial fue retomado una vez que el grupo se dispersó y desde el exilio en Chile. Ahí algunos de sus antiguos

[55] Véanse pp. 89ss; los "cuentos orientales" forman una sección regular de los periódicos dirigidos por José María Heredia y hay frecuente mención de su historia y cultura en la Historia universal que compuso.

[56] Axel Gasquet, *Oriente al Sur: el orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*, Buenos Aires, Eudeba, 2007, esp. pp. 54-60.

miembros impulsaron una identificación creciente con Europa y el abandono de la perspectiva americanista hasta entonces imperante.

Al criticar esta perspectiva, encontraron una terminología útil ligada al feudalismo y al Oriente. El mundo americano era feudal, se decía, echando mano de una conceptualización nueva. El mundo americano era oriental, se decía paralelamente. Es de notar que también España estaba siendo orientalizada entonces por viajeros y literatos extrapeninsulares que enfatizaban el ascendente andalusí[57] y por autores locales que iban descubriendo esa tradición y con ello asumiendo el motivo.

La paralela orientalización de América no era una novedad absoluta y tenía antecedentes remotos en el imaginario de la Conquista pero había sido remozada durante las luchas de Independencia y sobre todo lo fue en las décadas siguientes por obra de visitantes extranjeros: Humboldt primero, sobre su huella los viajeros que en los llanos de Venezuela veían tártaros o beduinos y en Páez un jeque o un Gengis Khan; a partir de ahí fue común describir a las poblaciones americanas con modelos orientalistas: cualquier dictadorzuelo era llamado sultán, cualquier costumbre hallaba una genealogía árabe, cualquier villorrio suscitaba reminiscencias moriscas. Sin embargo, en ningún sitio la comparación tuvo tanta difusión como en Argentina: los viajeros como Arsène Isabelle retomaron las comparaciones hechas en los llanos y llegaron pintores como Raymond Monvoisin y Moritz Rugendas que tradujeron al lienzo esta similitud echando mano de los recursos ya probados en el muy popular orientalismo pictórico de entonces. Los primeros ensayistas argentinos partieron de allí.[58]

[57] José P. Colmeiro, "El Oriente comienza en los Pirineos: la construcción orientalista de *Carmen*", *Revista de Occidente*, núm. 264 (mayo de 2003), pp. 57-83.

[58] Oliver Lubrich, "'Egipcios por doquier': Alejandro de Humboldt y su visión 'orientalista' de América", *Revista de Occidente*, núm. 260 (enero de 2003), pp. 75-101; *id.*, "A la manera de los beduinos: Alejandro de Humboldt 'orientaliza'

Las citas al respecto son muchas: para denigrar al gaucho al inicio, para ensalzarlo después, multitud de sociólogos o de aficionados destacaron la similitud que guardaba con los árabes. En esta larga historia comparativa, que continúa hasta nuestros días, una referencia obligada es Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888).[59] El Oriente es para él el modelo con que interpreta a América, y es el término conocido, mientras América es desconocida. Se ha visto que Sarmiento "recoge, sintetiza y despliega una visión que se encontraba en buena medida disponible ya en las representaciones orientalistas rioplatenses cuanto menos desde los años que siguen

---

a América", *Casa de las Américas*, núm. 232 (2003), pp. 11-29. Los dos artículos dicen más o menos lo mismo; Paulette Silva Beauregard, "Humboldt y la orientalización de Venezuela en los relatos de viaje a la Gran Colombia de William Duane y Gaspard Théodore Mollien", *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, año 14, núm. 40 (2008-2009); Adolfo Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, 2ª ed., Buenos Aires, FCE, 2003.

[59] Sobre el tema, además de escritos generales y artículos poco sustanciales, debe citarse a Ricardo Orta Nadal, "Presencia de Oriente en el *Facundo*", *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas* (Rosario, Universidad Nacional del Litoral), 5 (1961), pp. 93-122; Carlos Altamirano, "El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*" (1994), en Carlos Altamirano & Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la Vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 83-102; Ricardo Cicerchia, "Journey to the centre of the earth", *Journal of Latin American Studies*, vol. 36 (2004), pp. 665-686; Isabel de Sena, "Beduinos en la pampa: el espejo oriental de Sarmiento", en Silvia Nagy-Zekmi, ed., *Moros en la costa: orientalismo en Latinoamérica*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana, 2008; Gasquet, *Oriente al Sur* [n. 56], pp. 73-99; Roberto Amigo, "Beduinos en la Pampa: apuntes sobre la imagen del gaucho y el orientalismo de los pintores franceses", *Historia y Sociedad* (Medellín, Colombia), núm. 13 (2007), pp. 25-43; Elizabeth Garrels, "Sarmiento, el orientalismo y la biografía criminal: Ali Pasha de Tepelen y Juan Facundo Quiroga", *Monteagudo* (Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), núm. 16 (2011), pp. 59-79; Françoise Perus, "'Orientalismo' y 'occidentalismo' en la escritura de *Facundo* de Domingo F. Sarmiento", *Cuadernos Americanos*, núm. 139 (2012), pp. 105-116; Christina Civantos, "Orientalism criollo style: Sarmiento's 'Orient' and the formation of an Argentine identity", en Erik Camayd-Freixas, ed., *Orientalism and identity in Latin America: fashioning self and others from the (post) colonial margin*, Tucson, The University of Arizona Press, 2013, pp. 44-61.

a la Revolución de Mayo",[60] pero al mismo tiempo le asigna una función ideológica que flotaba en la indefinición.

Es necesario también agregar que análisis más profundos permiten ver, contrariando ciertos esquemas demasiado absolutos, "la permeabilidad de las fronteras entre las representaciones de la civilización y la barbarie, del Oriente y del Occidente, y de lo letrado y lo oral-popular", junto a cierta inestabilidad de puntos de vista,[61] todo lo cual a fin de cuentas me sirve aquí para asegurar que el Oriente no despertó mucha curiosidad a quien criticaba que la misma Europa civilizada se hubiera dejado llevar por el espejismo orientalista: "En cuanto al Oriente, que tantos prestigios tiene para el europeo, sus antigüedades y tradiciones son letra muerta para el americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro Oriente es la Europa, y si alguna luz brilla más allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino a través del prisma europeo".[62]

[60] Martín Bergel, *El Oriente desplazado: el Oriente y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015, pp. 31ss.

[61] Perus, "'Orientalismo' y 'occidentalismo'" [n. 59], p. 113.

[62] Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y diario de gastos*, ed. crítica de Javier Fernández, coord., París, Unesco, 1993 (col. *Archivos*, 27), p. 172. Quizás, aunque fuera inconscientemente, estuviera Sarmiento inspirado por la frase del costumbrista Jotabeche, quien acababa de escribir (1844) que "el mahometano tiene que peregrinar una vez en su vida por lo menos a la sagrada Meca y visitar los Santos Lugares de su creencia y tradiciones. El pintor europeo no es pintor si no ha visitado las capitales de la Italia y los paisajes de la Suiza. El anticuario, para pasar de la clase de simple aficionado, necesita ir a robar algo de las ruinas de Atenas, de los sepulcros de los Faraones, o hacer viaje al Perú a exhumar huacas. El elegante santiaguino que no ha ido a París a estudiar en su fuente, a ver llenos de vida los tipos de la moda que por acá nos llegan litografiados, debe abandonar toda esperanza de ganar celebridad en la carrera", "El provinciano en Santiago" (1844), en *Colección de artículos de don J. Joaquín Vallejo, publicados en varios periódicos bajo el seudónimo de Jotabeche, 1841-1847*, con una introducción biográfica por Abraham König, Valparaíso, Imprenta del Deber, 1878, pp. 223-234, p. 223. Puede verse que entre los expedicionarios que deben reafirmar su prestigio también figuran los que lo buscan en Atenas o en Egipto.

No sólo nos está diciendo Sarmiento que es únicamente Europa el faro que debe guiarnos, sino también que el estudio del Oriente es inútil para nosotros, que sólo podremos conocerlo a través de lo que los europeos sobre él escriban. Por ello, estudiosos de Sarmiento han notado que "las fuentes de que se alimenta su orientalismo no son siempre de primer orden"; "sus nociones orientalistas, como las de Echeverría y Alberdi antes que él, eran rudimentarias, de tercera mano", "evidencia registros discursivos sumamente diversos […] una asombrosa heterogeneidad de lenguajes".[63] Provenían de una asidua lectura de la *Revue des Deux Mondes*, de unos cuadros orientalistas de Monvoisin y de Rugendas, pintores europeos que habían recalado en América.

Peor aún, sospechamos que para un folletín sobre Ali Bajá de Janina, escrito por su colaborador Vicente Fidel López en el periódico que él dirigía, muy probablemente fue utilizada como fuente una historia novelada escrita por Alejandro Dumas, que también suministró los datos para el posterior retrato orientalista del caudillo argentino Facundo.[64] Cuando se disponía a visitar Argelia, Sarmiento consultó material sobre el país; era lo que otros viajeros, como hemos visto con Miranda, hacían regularmente, leyendo o por lo menos comprando anteriores relatos de viaje, guías, libros sobre las costumbres, la historia, la literatura; Sarmiento en cambio

[63] Altamirano, "El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*" [n. 59], p. 90; Axel Gasquet, *El llamado de Oriente: historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)*, Buenos Aires, Eudeba, 2015, p. 37; Perus, "'Orientalismo' y 'occidentalismo'" [n. 59], p. 106.

[64] Vicente Fidel López en sus apuntes autobiográficos de 1896, véase *Evocaciones históricas: Autobiografía – La gran semana de Mayo – El conflicto y la entrevista de Guayaquil*, Buenos Aires etc., Jackson, 1945; Daisy Rípodas Ardanaz, "Vicente Fidel López y la novela histórica: un ensayo inicial desconocido", *Revista de Historia Americana y Argentina* (Mendoza), año 4, núms. 7 y 8 (1962-1963), pp. 133-175; Garrels, "Sarmiento, el orientalismo y la biografía criminal" [n. 59].

se limitó a la prensa y a autores políticos del momento.[65] Y cuando estuvo en el lugar no vio más que lo que quería ver: "¿Sarmiento ha visto Argelia? Porque en cierta forma, como M. de Maistre, que nunca salió de su cuarto, el viaje de circunnavegación de Sarmiento es una extensa alegoría sobre un centro (la civilización e industria del Norte) y sus márgenes (los desiertos, literales o metafóricos, del Sur) y su búsqueda de medios para integrarlos". Su diario de viaje no es más que propaganda política saturada de ficción, un relato moralizante disfrazado, donde finge ver el entorno.[66]

5. Flujo y reflujo

Del mismo modo que los indígenas fueron dejados de lado por el liberalismo, que ninguna enseñanza pensaba derivar de ellos, el Oriente, que de forma enigmática se asemejaba a tales grupos marginales, cayó del favor inicial que la Ilustración le había mostrado. No se creó a su alrededor un discurso coherente y la difusión del paradigma civilizatorio le concitó antipatía. Las menciones que desde el mismo se le reservaron traducen desdén, desconocimiento y desinterés, cuando se lo recuerda es como metáfora de la opresión, el fanatismo, la ignorancia. Y como correlato, la misma incomprensión de Sarmiento hacia los intentos hechos en Europa por encontrar en él alguna instrucción. Veían las empresas colonizadoras de

[65] Cicerchia pudo rastrear *L'Illustration*, *Le National*, *La Quotidienne*, *La France Algérienne*, *La Revue d'Afrique*, *Étude sur l'insurrection du Dhara*, *Lettre sur les affaires d'Algérie*, unas ilustraciones y un mapa, "Journey to the centre of the earth" [n. 59], p. 674 n. 28.

[66] Sena, "Beduinos en la pampa" [n. 59]; Cicerchia, "Journey to the centre of the earth" [n. 59], pp. 681ss.

Francia e Inglaterra en Asia y África con indiferencia o con simpatía por los efectos civilizadores que les atribuían.[67]

Aunque habría que introducir muchos matices, el pensamiento conservador (una vez más los vencidos que buscan con más acuciosidad en la historia) se mostró mayormente abierto a la herencia española y criolla y quizás alguna mayor curiosidad hacia el indígena. Posiblemente fue también el que dirigió alguna atención también al Oriente. El tema merece un estudio más amplio, sólo se apuntan aquí fragmentos de trabajos o afición en torno a la India, cuyo pensamiento en Europa seguía teniendo prestigio. Quizás de ahí la exclamación del positivista mexicano Telésforo García en 1880: "¿pueden servirnos de modelo los pueblos serviles que habitan las orillas del Ganges?".[68] Sólo remato aquí señalando como conclusión de esta historia que la decadencia del paradigma sarmientino también tuvo su paralelo en relación con el orientalismo.

Como ingrediente de dicha decadencia y de la aparición del nuevo paradigma nacional-popular, que marcaría el siglo xx latinoamericano, se reconfiguró también el motivo, subordinado pero duradero, del Oriente. Una serie de anotaciones que aumentan hacia el cambio de siglo nos revelan la creciente atención que se le fue prestando: la literatura modernista y hasta las corrientes plásticas lo tuvieron como uno de sus referentes estéticos, el pensamiento, enfrascado en la lucha contra el positivismo, descubrió la sabiduría de la India en los escritos de Madame Blavatski. Simple imitación de modas europeas, se podrá decir, sin embargo, hubo una idea que comenzó a abrirse camino: el de la identidad de destinos entre los pueblos del Oriente y los de América Latina y la consiguiente aten-

[67] Sobre el tema, Taboada, "La colonización europea de Asia y África desde la reflexión criolla, 1810-1930", en *id.*, *Un orientalismo periférico* [n. 2], pp. 157-179.

[68] Citado en Leopoldo Zea, *El positivismo en México: nacimiento, apogeo y decadencia*, México, FCE, 1968, p. 330.

ción a sus mutaciones políticas, al Japón Meiji, a la Revolución Turca de 1908, a la Revolución China de 1911, a la República del Rif de Abd el-Krim (1923-1926).

Se reconocerá en ello el "prototercermundismo" del que habló Martín Bergel,[69] un antecedente, que fue cobrando una definición cada vez mayor hasta nuestros días. Sus manifestaciones tempranas se han rastreado una vez más en Argentina, quizás porque seguía siendo el foco cultural más innovador, pero también se ha descubierto su presencia en los escritos del peruano José Carlos Mariátegui (1894-1930) hasta llegar al también peruano Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) e imponerse luego como idea mayoritaria a mediados del siglo xx. Con ritmo creciente el pensamiento político latinoamericano se refirió al Asia y África y sus culturas recibieron una mayor atención. Aminoró la insistencia en que nuestros países pertenecen al ahora llamado Occidente, idea que terminó refugiándose, aunque no exclusivamente, en los sectores conservadores.

A diferencia de los predecesores de la Ilustración, sin embargo, estos pensadores del siglo xx que volteaban hacia el Oriente contaban con recursos más extensos, con un mucho mayor desarrollo cultural y académico: libros en abundancia, traducciones locales, migración de eruditos, formación local de estudiosos, posibilidad de viajes y por fin la Internet. Todo ello fue permitiendo el acceso directo a las fuentes de esos mundos lejanos que hasta entonces se habían conocido por el intermedio europeo. Es un proceso en el que estamos aún inmersos.

[69] Bergel, *El Oriente desplazado* [n. 60].

7
LA GRAN CHINA EN EL HORIZONTE[1]

> *¡Qué tiempos serán aquellos cuando la China, la Holanda y el Perú entren en comunicación y comercio!*
>
> Hipólito Unanue

Ya asentada está la investigación sobre las relaciones históricas que Europa mantuvo con China, y el lugar que ésta ocupó en la imaginación de aquélla. Se han comprobado préstamos culturales desde época antigua e imágenes variables en el tiempo. Un episodio especialmente llamativo tuvo lugar entre el siglo xvii y el xviii, de mayor conocimiento mutuo, influencia jesuita en China, algunos préstamos culturales y respeto y admiración europeos. El cambio posterior en la consideración, que fue casi uniformemente despectiva en el xix, se debió a la crisis en China y sobre todo al nuevo

[1] Una versión muy anterior fue publicada como "La Gran China en el horizonte de la Independencia", en José Ignacio Martínez Cortés, coord., *América Latina y el Caribe y China: relaciones políticas e internacionales 2017*, México, unam/Red alc-China/udual, 2015, pp. 375-384.

papel de Europa en el sistema mundial, lo cual nos lleva a ulteriores preguntas.

El correlativo imaginario en Nuestra América no ha sido estudiado sino marginalmente, y no es imposible que de explorar un poco más surjan sorpresas. Algunas relevé en la Ilustración americana y en la Independencia, cuando se buscaron en el ancho mundo referentes distintos a los de Europa, y algunos los hallaron en China, hacia donde señalaban tanto una antigua tradición de contactos, conocimientos y reflexiones americanos como aquellas obras del pensamiento europeo reciente que expresaban un pensamiento admirativo.

1. Una herencia

Desde los primeros tiempos de la expansión americana, existió un referente principal en China: fue meta de Cristóbal Colón y después de Hernán Cortés o de Jacques Cartier, cuando todavía se la llamaba el Catay; América pareció a un cierto punto como el obstáculo que se había interpuesto en la ruta hacia ella o como un puente para alcanzarla. No sólo se buscaban riquezas sino también almas para convertir, por lo que varios predicadores quisieron pasar allá o pasaron, a menudo desde las Indias: "sabemos que es gente de mucha capacidad y policía, y extraño gobierno", que podrían cristianizarse sin los males que acarreó la empresa en América, como suspiraba Gerónimo de Mendieta.[2] Ideas de conquistar China fueron durante un tiempo de iniciativa local, tanto en Filipinas como en Nueva España.[3]

[2] Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana (fines del siglo* XVI*)*, México, Porrúa, 1971, lib. 5, parte 1, cap. 8, pp. 587, 589-590.

[3] Detalles y citas en Serge Gruzinski, *El águila* y *el dragón: desmesura europea* y *mundialización en el siglo* XVI, México, FCE, 2018, pp. 309ss.

Luego se acumularon, con el establecimiento de contactos cada vez más firmes, conocimiento y reflexión, así como materiales para acercarse mejor a esa gente de capacidad y policía. Entre la bibliografía que nos llegaba destaca la del jesuita Athanasius Kircher, como el *Oedypus Aegyptiacus* (1652) y la *China illustrata* (1667), que tuvieron amplio curso en las colonias, como muestran catálogos y citas, incluyendo algunas de Sor Juana Inés de la Cruz. Estuvo Kircher en comunicación epistolar con eruditos como Joseph Anchieta en Brasil o Niccoló Mascardi en Chile, o con Juan Ramón Conink, belga residente en Perú, y particularmente con algunos novohispanos, entre ellos Carlos de Sigüenza y Góngora.[4] Tales lectores aplicaban a América la interpretación de Kircher sobre China y su evangelización, y Sigüenza se atrevió a polemizar con su lectura de los signos aztecas, los cuales había menospreciado el jesuita alemán en relación con las escrituras de China y del Egipto faraónico.[5]

La polémica nos enseña que hubo más que la recepción de escritos europeos. Podía José de Acosta (1590) establecer paralelos novedosos entre China y las civilizaciones americanas, basado en la red de informantes jesuitas. Mientras trabajaba en él se publicó, 1585, la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reyno de la China*, de Juan González de Mendoza, sacerdote agustino que arribó muy joven a México, donde recogió la tradición oral y noticias manuscritas e impresas relativas al lejano reino entre los

[4] Ignacio Osorio Romero, *La luz imaginaria: epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*, México, UNAM, 1993; Rafael Sánchez Concha, "Athanasius Kircher: los caminos del saber erudito" (1990), en *id.*, *Miradas al Perú histórico: notas sobre el pasado peruano*, Lima, San Marcos, 2012, pp. 175-183; Joseph Barnadas, "Un corresponsal del P. Athanasius Kircher desde Charcas: dos cartas de J. R. de Conink SJ (1653-1655)", *Humanistica Lovaniensia*, vol. 48 (1999), pp. 317-337.

[5] Paula Findlen, "De Asia a las Américas: las visiones enciclopédicas de Athanasius Kircher y su recepción", en Elisabetta Corsi, ed., *Órdenes religiosas entre América y Asia: ideas para una historia misionera de los espacios coloniales*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 105-140.

muchos personajes que de él llegaban, si bien el mismo González nunca alcanzó a visitarlo. El libro que compuso, si bien no fue la más antigua historia europea de China ni la más importante, fue la más difundida durante mucho tiempo, citada entre otras cosas por contener la primera muestra de su escritura, porque el autor aprendió rudimentos de su lengua. El logro se aprecia mejor si se contrasta con el conocimiento en la España metropolitana, donde todavía en 1544 Sebastián Caboto citaba a Marco Polo como autoridad sobre el imperio mongol.[6] En otros países transpirenaicos el conocimiento sería equivalente, y prueba de ello es que se convirtió el libro de González de Mendoza en un éxito, con muchas ediciones y traducciones al italiano, inglés, francés, holandés y latín. Su autor murió en Popayán en 1617.

No se trata de un caso aislado, sino que es un eslabón dentro de cierta tradición de estudios chinos y japoneses en la América colonial: informes y escritos piadosos, debidos a eclesiásticos (Alonso Sánchez, Antonio de Morga, especialmente el obispo Juan de Palafox, Juan Torrubia), a visitantes (incluyendo asiáticos que aquí se asentaban) o a quienes recopilaban la abundante información que llegaba por la vía del Pacífico, materiales que en ocasiones se imprimieron localmente y fueron los utilizados por González de Mendoza. También hay referencias al Asia en obras poéticas y hasta teológicas. Figura China en el horizonte del cronista chalca San Antón Muñoz Chimalpáhin y significativa resulta su descripción en náhuatl de la embajada japonesa de Hasekura Tsunenaga a Nueva España (1614). El martirio de Francisco Javier y sus compañeros en Japón fue objeto de sermones, de informes, de prolongadísima memoria y hasta de una serie de pinturas en la catedral de Cuernavaca.

[6] Juan Gil, "Libros, descubridores y sabios en la Sevilla del quinientos", en *El Libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, edición, introducción y notas de Juan Gil, Madrid, Alianza, 1987, pp. i-lxix, p. lxiii.

No era todo esto eco de información europea sino de contactos directos: rarísimo era ver un chino en Europa, mientras podía ser presencia cotidiana en las grandes capitales multiétnicas de México, Lima o Río de Janeiro con sólo ir de compras o cortarse el pelo, lo cual era resultado de líneas de comunicación que la América colonial española y portuguesa habían anudado con el Asia, más frecuentes de lo que la bibliografía suele exponer, aunque han sido objeto de estudios en décadas recientes. Había caminos antiguos y prolongados, poco investigados, desde el norte del continente; había esporádicas llegadas casuales desde el Pacífico, de lo cual existen noticias brumosas en época precolombina y colonial, otras más claras en el XIX y otras que hoy nos continúan llegando en notas de prensa. De todos modos, los contactos oficiales, y los más conocidos, fueron a través de la Nao da Índia brasileña y del Galeón de Manila novohispano.

Este último fue el centro de una amplia red que abarcaba las costas del Pacífico, desde California a Chile, por lo que más que un "mar español" fue un "mar indiano", objeto de la penetración de grupos criollos, novohispanos y peruanos principalmente, la cual terminó por influir en el circuito que era de primordial interés para el imperio, el del Atlántico, y por otorgar a los americanos una creciente riqueza y libertad de acción. Se ha dicho que fue el único sector del sistema mundial moderno que no estuvo controlado por europeos. Tuvo momentos de auge con el eje franco-peruano-cantonés (1700-1725) y con la relativa libertad comercial durante la guerra de España con Inglaterra de 1779-1784.[7]

[7] Mariano Ardash Bonialian, *El Pacífico hispanoamericano: política y comercio en el imperio español (1680-1784), la centralidad de lo marginal*, México, El Colegio de México/Colegio Internacional de Graduados "Entre Espacios", 2012; Mariano Bonialian, *China en la América colonial: bienes, mercados, comercio y cultura del consumo desde México hasta Buenos Aires*, prólogo de Josep Fontana, Buenos Aires, Biblos/Instituto Mora, 2014.

Por otro lado, los contactos del Brasil con el Asia son ahora objeto de estudios sistemáticos, que han confirmado la idea de un "momento asiático" del Brasil, adelantada desde los años de 1930 por Gilberto Freyre. El dominio que este investigador tenía de múltiples fuentes y su capacidad de observación le permitieron detectar objetos, técnicas, comidas, modos de vida y hasta tendencias espirituales, gestos, creencias del Brasil colonial que enlazaban con el Asia. En su argumentación, agreguemos, se dejó llevar por ciertas tendencias del pensamiento latinoamericano en las primeras décadas del siglo xx, y a exagerar en algunos asertos, pero su descubrimiento y valoración de una tradición no europea en la cultura brasileña, mejor dicho de varias, también la africana, la judía o la árabe, fue bastante revolucionaria para entonces.[8]

La existencia de ambos caminos con el Oriente (en realidad para México y Perú era el occidente) se tradujo en la América española y portuguesa en mercancías asiáticas que se hicieron de uso cotidiano entre todos los grupos sociales, en migraciones y en influencias tecnológicas, culinarias y artísticas. Pese a que esta realidad resulta bastante visible en algunos museos, la investigación no se ha fijado mucho en ella. En parte porque el Pacífico era un sector controlado por grupos americanos y la cultura imperial no los tuvo muy en cuenta: China, India y Japón aparecen poco en la simbología de las festividades oficiales.[9] Luego la historiografía decimonónica, como también ocurrió en Brasil, continuó el desinterés, inspirada

[8] Gilberto Freyre, *Sobrados e mucambos: decadencia do patriarcado rural e desenvolvimento do urbano* (1936), 5ª ed., Río de Janeiro, José Olympio, 1977, esp. cap. 9, "O Oriente e o Ocidente", pp. 424-488; José Roberto do Amaral Lapa, *A Bahia e a Carreira da Índia*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1968; Víctor Leonardi, *Os navegantes e o sonho: presença do Oriente na história do Brasil*, Brasilia, Paralelo 15, 2005.

[9] Solange Alberro, "Las cuatro partes del mundo en las fiestas virreinales peruanas y novohispanas", en Scarlett O'Phelan Godoy & Carmen Salazar-Soler, eds., *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el Mundo*

por una documentación que ya es bastante ignara pero también por no tener ojos sino para el lado atlántico de nuestros contactos.

Sólo últimamente dicho flanco pacífico ha recibido atención: se ha descubierto la amplia red comercial que bajo control criollo eludía los controles metropolitanos y se ha postulado una "historia intelectual del Galeón de Manila",[10] a la cual yo agregaría capítulos de un imaginario y modas situados fuera de Nueva España, en Perú y hasta el lejano Río de la Plata.[11] Dicha tradición fue recogida por el pensamiento de la Ilustración americana.

2. Nuevos proyectos e ilusiones

Peculiares fueron en la Ilustración americana los tiempos del imaginario en torno a China: ya dije con anterioridad que en Europa hubo un momento sinófilo durante el siglo XVIII, cuando prevaleció la imagen de una China feliz, próspera, bien administrada y tolerante. Se ha repetido que era una idealización, con el propósito de criticar las instituciones europeas, lo cual es cierto, pero también lo es que la imagen reflejaba una realidad: el brillo de la civilización china, que en varios terrenos igualaba o superaba la europea, como ha sido subrayado por la investigación más reciente y queda probado entre

Ibérico, siglos XVI-XIX, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Riva Agüero/Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005, pp. 147-161, pp. 158-159.

[10] Para esta cita y todo este párrafo, véase Rubén Carrillo Martín, *La génesis de Saucheofú: Asia en las letras novohispanas de González de Mendoza a Fernández Lizardi (1585-1831)*, IN3 Working paper series, Internet Interdisciplinary Institute, Universitat Oberta de Catalunya, 2013.

[11] Estuardo Núñez, "Huellas e influencia de Oriente en la cultura peruana de los siglos XVI y XVII", en Ernesto de la Torre Villar, comp., *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, México, FCE, 1980, pp. 149-160; José M. Mariluz Urquijo, "La China, utopía rioplatense el siglo XVIII", *Revista de Historia de América*, núm. 98 (1984), pp. 7-31.

otras cosas por la adopción en la Europa de entonces de técnicas e instituciones chinas. Coincidía por otro lado con el momento de auge de los imperios agrario-burocráticos, como el otomano, el safaví o el mogol, que constituían las realidades políticas más logradas antes del surgimiento de los modernos Estados nacionales, que redujeron tales imperios a la sumisión, la desaparición y el descrédito.

Para continuar con la historia de las actitudes europeas, sus historiadores han documentado que la sinofilia tuvo su final con el siglo XIX, cuando fue sustituida por la sinofobia que ha llegado hasta nuestra época: China dejó entonces de ser un ejemplo a seguir para convertirse en la tierra de la inmovilidad, el despotismo, la tradición absurda, el hacinamiento, el hambre y la miseria. La imagen no había estado ausente en épocas anteriores, y mucha polémica suscitó la interpretación jesuita de la China, pero fue dominante sólo cuando empezó a reflejar el deterioro de las condiciones del imperio. Precisamente durante el reinado de Qianlong (1736-1796) se dio el giro, con el comienzo de la gran crisis china que se arrastró hasta fines del siglo XX, seguido por el consiguiente descrédito, revertido sólo recientemente.[12]

Volviendo de mi periplo de dos párrafos, en América he notado, sin embargo, que la sinofilia tuvo una duración mayor, que perduró todavía por un par de décadas posteriores a la Independencia. Puede ser un caso de arcaísmo, pero como en dicha época la cultura de nuestros países estuvo muy al tanto de la producción intelectual europea y dependió cada vez más de ella, creo más bien que aquella mayor duración fue reflejo de situaciones peculiares: la continuación de ciertas vetas ecuménicas de nuestra Ilustración y la general

[12] La historia ha sido contada en detalle; me parecen recomendables al respecto los libros de René Étiemble, *L'Europe chinoise*, París, Gallimard, 1986; y Jonathan D. Spence, *El gran continente del Kan: China bajo la mirada de Occidente*, Madrid, Santillana, 1998.

voluntad de apartamiento de Europa pero también el vislumbre de posibilidades económicas en relación con Asia.

En efecto, los círculos económicos criollos nutrieron ilusiones en torno a un regreso triunfal al Pacífico, desde que las reformas borbónicas habían afectado las relaciones privilegiadas que con dicho océano habían mantenido, y las habían reducido desde la creación de la Compañía de Filipinas en 1785. Se siguieron recordando las viejas glorias y se sabía, a partir de la literatura económica (Ustáriz, Genovesi, Adam Smith), que los metales de América se habían distribuido "entre Francia, Inglaterra, la India y China".[13] El "descubrimiento del Pacífico" y la "revolución comercial" prometían volver a un anterior estado de cosas.

En el último cuarto del siglo XVIII barcos ingleses, franceses, norteamericanos, rusos y de otras naciones conectaron cada vez más América con los mares del Asia, con Australia, Madagascar y las costas africanas. Muchos comerciantes rusos y después ingleses y norteamericanos enviaban a vender a China las pieles obtenidas en las costas del Pacífico norte. El mercado chino fue de los pocos que el poderío inglés dejó a los nacientes Estados Unidos y con él se hicieron grandes fortunas. Por otro lado, el aumento del tráfico en toda la ecumene, al servicio de nuevas mercancías cada vez más solicitadas por la creciente población mundial y sus nuevas formas de consumo, redundó en una mayor presencia europea en todos los mares, incluyendo el Índico y el Pacífico. De rebote esto significó también más frecuentes contactos con América; a menudo los barcos rumbo a Sudáfrica o la India tocaban puertos atlánticos sudamericanos y desde el Pacífico puertos peruanos o chilenos. Este tráfico aumentó con la anarquía originada por la invasión francesa

[13] *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, reimpr. facsimilar, Buenos Aires, Docencia, 2003, t. 1, núm. 3, 6-x-1802, p. 88, entre muchas otras noticias.

(1808) en España, con el traslado de la corte portuguesa a Río de Janeiro ese mismo año y con las guerras de Independencia.

Fue también un periodo de reajuste de las relaciones existentes y algunas élites americanas pensaron que podían acceder a las riquezas y al lujo asiáticos, que muchos también conocían por haber residido anteriormente en las Filipinas o en el Asia portuguesa. Se ilusionaron así sectores de California, desabastecida y al margen hasta entonces de grandes corrientes comerciales. Regiones y ciudades de la América septentrional, central, equinoccial y meridional fueron presentadas como futuros ejes del comercio del mundo, nuevos Tiros y Alejandrías, según una repetida retórica, que conectarían Europa con Asia, y se señalaba desde el Río de la Plata, Chile o Perú la presencia en sus puertos de barcos hasta entonces exóticos como muestra de crecientes relaciones comerciales con China, India, las islas del Índico y Australia.

Por doquier se imaginaron grandiosas obras: en medio de las guerras de Independencia se planeó abrir el canal de Panamá y se giraron órdenes para empezar los trabajos; el informe de Tadeo Ortiz de Ayala sobre el istmo de Tehuantepec (1824) hablaba de la posibilidad de una red de transporte fluvial para el comercio con el Pacífico que llegaría a "la India, la China y el Japón, las islas de Luzón".[14] Hasta se habló de un sistema de canales que atravesaría la Patagonia. Es decir que se pensaba en grande: "La dirección del comercio con los países orientales ha producido tres veces una revolución en los negocios el mundo civilizado; aún falta una muy notable y es abrir un camino navegable por el istmo de Darién […] un pasaje directo para el Indostán y la China".[15]

[14] Tadeo Ortiz de Ayala, "Estadística del Istmo de Goazacoalcos", *El Sol* (México),18-XI-1824, p. 4.

[15] *El Censor* (Buenos Aires), núm. 134 (11-IV-1818), en *BdM*, vol. 8 (2), p. 7355.

No sólo eran proyectos sino que alguna realización las acompañó; no es aquí el asunto y me limito a señalar la obra de cierto sacerdote que conectó dos ríos a la altura de Panamá y permitió así durante un tiempo el tráfico de canoas Atlántico-Pacífico. Los criollos Santiago Estrada y Marcelino Escobar partieron en compañía del capitán Cooper con rumbo a Cantón, en barco cargado de pieles de nutria, de castor, de oso y lobo y para lastre cien botas de manteca; en Cantón cambiaron la mercancía por ropa hecha, como camisas, pantalones, frazadas, botines, zapatos ordinarios y algunos artículos como mesas de salón, silletas y espejos y de ahí volvieron para Monterrey, donde llegaron a fines de 1824.[16] El puerto de Buenos Aires, que ya desde finales del siglo XVIII contaba con una oficina de la Compañía de Filipinas y vio crecer su tráfico con muchas regiones del mundo, tuvo contactos cada vez más regulares con China, por obra de marinos norteamericanos, y una casa comercial porteña estableció un agente en Cantón, que compraba mercancías pagando con cheques girados sobre la plaza de Londres.[17] La penetración brasileña en todo el imperio portugués aumentó con la presencia de la corte en Río de Janeiro, nueva capital donde llegaron misiones diplomáticas chinas y de donde nació una iniciativa imperial de cultivar té con el auxilio de varios centenares de migrantes chinos, hacia 1810.[18]

[16] "Cosas de California por el comandante José Fernández", 1817, en *La frontera ruso-mexicana: documentos mexicanos para la historia del establecimiento ruso en California 1808-1842*, recopilación, estudio y notas por Miguel Mathes, México, SRE, 1990, p. 297.

[17] *Informes sobre el comercio de Buenos Aires durante el gobierno de Martín Rodríguez*, estudio preliminar de Enrique M. Barba, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1978, esp. pp. 29-30.

[18] Jeffrey Lesser, "Neither slave nor free, neither black nor white: the Chinese in early nineteenth century Brazil", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv), vol. 5, núm. 5 (1994), pp. 23-34.

Precisamente los planes de poblar y colonizar territorios tuvieron en la mira a migraciones asiáticas, junto con las europeas, las cuales iban a constituir la obsesión única de las generaciones criollas posteriores. Ya Humboldt había aconsejado tal migración. El futuro dichoso que entreveía Bolívar dependería del fortalecimiento de los nuevos gobiernos "con las armas, la opinión, las relaciones extranjeras y la emigración europea y asiática que necesariamente debe aumentar la población".[19] Prescribía Simón Rodríguez que "a los americanos toca, como primeros ocupantes, preparar el suelo para recibir, con decencia, a los europeos, a los chinos", a cualquiera que quiera venir.[20] Ideas parecidas iba a expresar el chileno Juan Egaña, del cual se hablará más extensamente: veía un porvenir en que todos los pueblos del mundo comerciarían con Chile, trayendo sus productos y sus cultos.

Ya se vio que en Brasil hubo una pequeña migración. Iniciativas hubo en México, donde se temían los avances rusos y estadounidenses en los despoblados territorios del norte: el informe presentado por Francisco de Azcárate al flamante imperio mexicano aconsejaba intensificar las relaciones con el Asia, las cuales llevarían a las costas mexicanas a comerciantes chinos que después, como habían hecho en las posesiones holandesas, se asentarían y poblarían las Californias.[21] La misma idea retomaba el plan de colonización de las Californias de Lucas Alamán, cuando hablaba de asentar en

[19] Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (1811), ed. facs. de la de 1822, México, Instituto Cultural Helénico/Miguel Ángel Porrúa, 1985, libro 6, cap. 14, tomo 4, p. 284; Carta de Simón Bolívar al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*, septiembre de 1815.

[20] Simón Rodríguez, 1828, en *Sociedades americanas*, pról. Juan David García Bacca, edición Oscar Rodríguez Ortiz, Cronología Fabio Morales, bibliografía Roberto J. Lovera-De Sola, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1990, p. 128.

[21] Juan Francisco de Azcárate, *Un programa de política internacional* (1822), México, SRE, 1932, pp. 26, 36ss.

ellas "colonos extranjeros que acaso pudieran ser asiáticos".[22] En California se insistió mucho, desde 1825 y especialmente en 1826, en la creación de una Compañía Asiático-Mexicana con sede en Monterrey. Todavía en 1837 Francisco Arrillaga seguía insistiendo en traer chinos y filipinos para las obras del ferrocarril: poblarían las costas, mientras inmigrantes europeos se establecerían en el altiplano.[23]

Mucho más se podría decir, artículo y hasta libro merece el tema; a ver si me animo en un futuro. De todos modos, ese momento asiático de las fantasías criollas no perduró; la idea de continuar tras la Independencia el centenario flujo de plata americana al Asia se reveló ilusorio, la suspensión del flujo afectó al comercio de Filipinas, con las cuales México cortó sus tradicionales relaciones. A fin de cuentas, fue imposible reanudar la inserción en el sistema que durante unos tres siglos había funcionado porque la Independencia fue un golpe brutal que hizo tambalear el orden económico del mundo desde China hasta las Américas[24] y con ello las condiciones cambiaron. Los ecos intelectuales tardaron más en apagarse.

3. El prestigio de China

Este tipo de contactos, proyectos e ilusiones engranaba con la información que llegaba en torno a China. Era bastante ubicua, aparecía

[22] Lucas Alamán, *Memoria que el secretario de Estado y del despacho de relaciones exteriores e interiores presenta al Soberano Congreso Constituyente sobre los negocios de la secretaría de su cargo leída en la sesión de 8 de noviembre de 1823*, México, Imprenta del Supremo Gobierno, 1823, p. 33.

[23] Jaime Olveda, "Proyectos de colonización en la primera mitad del siglo XIX", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. 11, núm. 42 (1990), pp. 23-47, p. 33.

[24] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, tomo 3. *El tiempo del mundo*, Madrid, Alianza, 1984, p. 57.

en obras de imaginación, o en los economistas que consideraban a China ejemplo positivo y relevante, como los napolitanos Antonio Genovesi y Gaetano Filangieri y el escocés Adam Smith. Tales autores se leían con cierta libertad en Indias.[25] Había también libros como la *Descripción de China y Tartaria* del padre Du Halde (1735), que se cataloga en la biblioteca de Simón Bolívar.[26] En 1802 se habían publicado en Madrid unas *Obras de Confucio*, dentro de una colección de moralistas, y ecos de este reconocimiento traslapaban hasta las Indias. En 1790 había aparecido en Buenos Aires un extraño libro, *Economía de la vida humana*, dudando el editor si se trataba de obra de Confucio o del bracmán Dandamis, aunque también se nos dice que era superchería del inglés Robert Dodsley o de Lord Chesterfield.[27]

Y por fin estaba presente China, de forma algo imprecisa, en la cantidad de objetos prestigiosos que poblaban las casas ricas y hasta llegaban a las populares: seda, porcelanas, lacas, joyas, muebles, es-

[25] Sobre China y los economistas europeos, véase Paolo Santangelo, "The image and the myth of China in Italian perspectives during the 17th and 18th centuries", http://www.academia.edu/4946057/The_image_and_the_myth_of_China_in_Italian_perspectives_during_the_17th_and_the_18th_centuries; Ryan Patrick Hanley, "The 'wisdom of the State': Adam Smith on China and Tartary", *American Political Science Review*, vol. 108, núm. 2 (2014), pp. 371-382; la influencia de Adam Smith en América es conocida; para la de los napolitanos en el Río de la Plata, véanse los estudios de José Carlos Chiaramonte, "Economistas italianos del settecento en el Río de la Plata" (1964), en *La crítica ilustrada de la realidad: economía y sociedad en el pensamiento argentino e iberoamericano del siglo XVIII*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pp. 105-131; y María Verónica Fernández-Armesto, "Lectores y lecturas económicas en Buenos Aires a fines de la época colonial", *Información, Cultura y Sociedad*, núm. 13 (2005), pp. 29-56. Sería utilísimo complemento verificar en los dichos autores europeos el origen de las distintas anotaciones americanas en torno a China, y más útil aún si se descubriera que alguna de estas últimas tiene un origen local, pero es trabajo que por ahora me excede.

[26] Manuel Pérez Vila, *La biblioteca del Libertador*, Caracas, s.e., 1960, p. 18.

[27] Guillermo Furlong SJ, *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata 1536-1810*, Buenos Aires, Kraft, 1947, pp. 417-420.

culturas, productos medicinales, tinta. El té empezaba a apreciarse. Tanta presencia y mención explica que se supieran o se creyeran saber muchas cosas sobre el país de origen de las maravillas, aunque no faltaban quienes sospechaban: "desde que conocemos los chinos y las naciones de América no ha habido viajero y hombre de medianas luces que no haya dado a luz sus viajes por estos países. Pero ¡cuántas patrañas, cuántas contradicciones en todo!".[28] No obstante estas justificadas sospechas, el lejano país llegó a fungir como referencia, como modelo o como utopía.

No podemos explicar de otro modo menciones abundantes en obras que no tendrían por qué tenerlas: "los chinos, cuando son sorprendidos en su fraude, saben decir a sangre fría: confieso, amigo, que sois más hábil que yo"; "en la China es especie de infamia no pagar vasallaje, y así los hijos pagan por los padres. En nuestras islas Filipinas se tienen por hombres muertos los chinos que no pagan al rey de España su tributo". Entre ellos se aplicaba la pena de palos; en sus entierros sustituían a la púrpura el mejor vestido del difunto, "poniendo sobre su ataúd las insignias de su empleo"; su gobierno se enorgullecía de no enviar embajadas, como el Mogol y el Japón,[29] etcétera.

Anotación de extrañezas, pero que a menudo tienen un propósito ejemplificador: el gobernador de cada ciudad de China preparaba

[28] *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, ed. facs., Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americanas, 1914, núm. 13 (12-IX-1801), pp. 89-90.

[29] Palos, *El Peruano* (Lima), tomo 1, núm. 2 (7-I-1812), edición y prólogo Carmen Villanueva, en CDIP, tomo 23, vol. 2, p. 143; vestidos del difunto, *El Editor Constitucional* (Guatemala), 9-VII-1821, en *Escritos del doctor Pedro Molina*, con un est. prel. de Salvador Mendieta, tomo primero, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1954, p. 672; embajadas, *El Censor* (Buenos Aires), núm. 56, jueves 29-VIII-1816, p. 2, en *BdM*, tomo 8; Alonso Carrió de la Vandera, *El lazarillo de ciegos caminantes* (1775), introd., cronología y bibliografía Antonio Lorente Medina, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pp. 234-235, 247, 257, 260.

cada año un festín a los distinguidos con alguna acción virtuosa. "Los emperadores de la China, sin embargo de la multitud de vasallos que tienen en sus 17 provincias, han prohibido en todo su imperio el que trabajen minas de plata y oro, recelosos que se atrase el cultivo de los campos y las manufacturas de sedas, algodones loza, cuyos renglones tan apetecidos de todas las demás naciones atraen todos sus tesoros"; "grandeza verdadera es la del chino que habita sobre el agua, por no disminuir las tierras que apenas alcanzan al sistema de su numerosa población"; "un soberano de la China concebía que dejando de trabajar una sola persona, alguna otra sentía en el imperio el hambre o el frío".[30]

Podían servir como ejemplo de etnocentrismo: así en Servando Teresa de Mier: "Refiere Gemelli Careri que cuando los jesuitas les contaban de la sabiduría de los europeos, replicaban ¿tienen ellos nuestros libros? No, pero tienen otros. Ellos se reían".[31] Etnocentrismo que, sin embargo, no les era exclusivo: al encontrar Francisco de Miranda en Rusia unos libros chinos, le parecieron de manufactura más sólida y duradera que "la nuestra de Europa, cuando creemos que todo lo sabemos".[32]

Se comentaba a menudo que vivían bajo un gobierno absoluto: "Cien millones de hombres en la China y en el Japón adoran to-

[30] Acciones virtuosas, *El Centinela* (Buenos Aires), núm. 9, 22-IX-1822, p. 130, en *BdM*, tomo 9, p. 8045; viviendas sobre el agua y súbdito que deja de trabajar, Manuel Lorenzo de Vidaurre, Memoria de 1817, en *Plan del Perú y otros escritos*, ed. y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 5, pp. 272, 329.

[31] Fray Servando Teresa de Mier (José Guerra), *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac* (1813), reimpr., México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1986, tomo 2, p. 727n.

[32] Francisco de Miranda, *Diario de Moscú y San Petersburgo*, presentación y selección de textos por Oscar Rodríguez Ortiz, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993, p. 103.

davía los sueños de uno solo".[33] Sin embargo no solía enlistarse entre los ejemplos negativos de despotismo oriental, que típicamente eran los de Turquía, Persia o Marruecos. Representaba más bien las ventajas del gobierno con pocos controles y entre los ejemplos de "despotismo moderado", que aseguran una "feliz mediocridad". Lo coloca, junto al de los incas, el peruano Luna Pizarro, que abogaba por un poder fuerte en manos de Simón Bolívar: "Si el mejor gobierno es el que aumenta la población y la industria, el de China merecerá la preferencia, estando a las magníficas pinturas que nos hacen de ese país algunos viajeros.[34] Es decir mano firme pero sin abusos: "La voz del pueblo es respetada aun entre los gobiernos despóticos. Todo el mundo sabe que en la China, y lo mismo en otros imperios de Asia, los mandarines son depuestos y castigados luego que el pueblo se disgusta de ellos".[35]

Penetraron de este modo los chinos en el número de pueblos con una tradición a rescatar y era contado Confucio entre los sabios: el esquema (novedoso) de historia de la filosofía de Benito Díaz de Gamarra hablaba de un pensamiento anterior o exterior a los griegos entre los egipcios, magos y gimnosofistas, a los que agregaba el ejemplo del "filósofo chino", Confucio.[36] Hay muchas menciones del mismo, que son eco del prestigio que estaba ganando en Europa; un apéndice a las *Vidas de los filósofos* de Diógenes Laercio,

[33] *La Crónica Argentina*, núm. 23 (2-XI-1816), en *Bd*M, tomo 7, *Periodismo*, p. 6353.

[34] Francisco Xavier de Luna Pizarro, "Discurso sobre la forma de gobierno" (1827), en *Escritos políticos*, recopilación, prólogo y notas de Alberto Tauro, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959, p. 186.

[35] Melchor de Talamantes, "Representación nacional de los colonos, discurso filosófico", en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos* (1910), ed. facs., México, INEHRM, 1985, tomo 7, p. 400.

[36] Benito Díaz de Gamarra y Dávalos, *Elementos de filosofía moderna* (1774), presentación, traducción y notas Bernabé Navarro, México, UNAM, 1963, tomo 1, p. 16.

publicada en Amsterdam en 1761, contenía la vida de Confucio, y dicho libro figuraba en una biblioteca que la Inquisición novohispana revisó.[37] Lo elevaba Juan Antonio Navarrete en Venezuela, al clasificarlo entre los filósofos de la Antigüedad, junto a Aristóteles y Platón, y único fuera de Grecia o Europa, y llamarlo "gran filósofo y deidad de los chinos". El *Semanario de Caracas* lo elogiaba. Su nombre fue tomado como pseudónimo literario. El *Mercurio Peruano* adelantaba una conferencia que expondría "la sabiduría de los hebreos, la filosofía de los egipcios, caldeos, persas, árabes, chinos, fenicios y antiguos habitantes de la Galia, Germania y Tracia".[38] "La razón y los filósofos jamás han obrado unas mudanzas de esta clase. Confucio con sus sabias doctrinas y admirables virtudes produjo una secta pero no cambió la moral de los chinos".[39] En un imaginario templo dedicado a la verdadera virtud figuraba junto a Sócrates, Marco Aurelio, Francisco de Sales y Fenelon.[40]

Se relacionaba a los chinos con los pueblos indígenas americanos. Algo habían dicho Montesquieu y Raynal pero el tema, popular en el XIX, había sido poco tratado hasta que el descubrimiento del Estrecho de Bering, la influencia de Montesquieu y la moda china llevaron a la identificación de las civilizaciones precolombi-

[37] José Carlos Rovira Soler, *Persecución inquisitorial del libro en el XVIII novohispano: el caso del coronel Agustín Beven (1767-1797)*, tesis doctoral, Alicante, Universidad de Alicante, 2017, p. 283.

[38] Juan Antonio Navarrete, *Arte de letras* y *Teatro universal*, est. prel. José Antonio Calcaño, Caracas, Academia Nacional de Historia, 1962, p. 83; *Semanario de Caracas*, ed. facs., est. prel. por Pedro José Muñoz, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959 (*Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia*, 9), núm. 27, 30-VI-1811; *Mercurio Peruano*, edición facsimilar, Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1964ss, tomo 8, núm. 277, 29-VIII-1793, p. 285.

[39] Benito Laso, *Exposicion que hace Benito Laso diputado al Congreso por la provincia de Puno*, Lima, Imprenta Republicana administrada por José María Concha, 1826, pp. 21-22.

[40] *El Peruano* (Lima), 18-IV-1827 [n. 29].

nas como análogas a las de China y Japón.[41] En Asia y en América veía el peruano Francisco Xavier Luna Pizarro un "despotismo moderado". El *Mercurio Peruano* ensalzaba la caridad de los incas, "más grande sin comparación no sólo que los chinos y japoneses, como se explica en sus manuscritos latinos el padre Juan Valera, sino a los más grandes filósofos de la Asia y de la Grecia".[42] Una tesis universitaria en Cuzco, retomada en el discurso del rector de la Universidad de Charcas, Miguel Salinas, a la llegada del arzobispo Moxó y Francolí, quería dar muestras de un conocimiento ecuménico y decía que en la tierra que había producido un Manco Cápac, sabio como Confucio, podría aparecer un nuevo Franklin; citaba a Pufendorf y a Jaucourt.[43] Y aun ventajosa era la comparación entre el legislador peruano y el chino, ya que éste no había usado de la superstición para hacer aceptar sus leyes.[44] En numerosos pasajes Servando Teresa de Mier, apoyando su teoría de una primitiva evangelización de América por obra de Santo Tomás, supone que éste pasó por Meliapor y de ahí siguió para China, de donde "trajo sin duda discípulos chinos"; y a ello agrega etimologías chinas de términos aztecas y una comparación entre los calendarios.[45]

[41] Sobre este cambio en las comparaciones, Jorge Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, FCE, 2007, pp. 22, 39, 110, 226, 444.

[42] *Mercurio Peruano* [n. 38], tomo 8, núm. 277 (29-VIII-1793), p. 285; tomo 4, núm. 122 (4-III-1792), p. 154.

[43] Andrés Pablo Eichmann Oehrli, "*Vix ferri potest plebis insolentia*: democracia versus monarquía en un manuscrito de la Casa de la Libertad", en Gastón Solares Ávila, dir., *Bicentenario del primer grito de libertad en Hispanoamérica*, Sucre, Sociedad Geográfica y de Historia, 2009, pp. 168-179.

[44] Juan Baltasar Maciel (1781), en *José Baquíjano y Carrillo*, investigación, recopilación y pról. de Miguel Maticorena Estrada, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 3, p. 100.

[45] Servando Teresa de Mier, "Carta de despedida a los mexicanos" (1817), en *Ideario político*, pról., notas y cronología Edmundo O'Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 12-13.

4. Las enseñanzas de China

El prestigio así atribuido llevaba a que se consideraran fuente de experiencia política las máximas de aquel lejano sabio: "Decía Confucio que el arte de gobernar a los hombres es en el fondo lo mismo que el arte de sustentarlos", recordaban las instrucciones al diputado centroamericano Antonio Larrazábal en 1811.[46] En medio de la polémica desatada sobre la libertad de cultos en Venezuela, el patriota y conservador Antonio Gómez, presbítero y enemigo de dicha libertad aunque gustaba citar a autores de la Ilustración, llamó en apoyo de su tesis los ejemplos de la historia universal, y entre ellos recordó que "Confucio ha oscurecido el fugitivo mérito de los publicistas modernos y los chinos son una nación grande, manufacturera y poblada".[47] Por lo demás, cuando se levantaban quejas de un gobernador, aun declarada su inocencia, no era repuesto en el cargo, según constaba en Raynal. Se elogiaban de China los caminos y el sistema carcelario. Se elogiaba su tolerancia, gracias a la cual China "cuenta más de cuatro mil años con poder y opulencia", al punto que hubo que aclarar que no era tanta (en tono elogioso lo hizo un enemigo de aquélla).[48]

[46] Adolfo Bonilla Bonilla, *Ideas económicas en la Centroamérica ilustrada 1793-1838*, El Salvador, Flacso, 1999, p. 301.

[47] Antonio Gómez, "Ensayo político contra las 'Reflexiones' de William Burke" (Caracas, 2-III-1811), en Rafael Fernández Heres, comp., *Controversia sobre tolerancia religiosa en Venezuela (1811-1834)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 2012-2013, vol. 1, p. 411.

[48] Quejas contra gobernadores, José Baquíjano y Carrillo, "Elogio del virrey Jáuregui" (1781), en *José Baquíjano y Carrillo* [n. 44], p. 89n; caminos, Hipólito Unanue, "Instrucción pública" (1824), en *CDIP*, tomo 1, p. 421; sistema carcelario, *Mercurio de Chile*, núm. 6, 1822, en *CdAPCh*, vol. 14, p. 267; tolerancia, *La Abeja Chilena*, núm. 4, 5-VII-1825, en *CdAPCh*, vol. 20, p. 29; Andrés Level de Goda, "Cartas de un alemán a SE el vicepresidente" (1826), en Fernández Heres, comp., *Controversia sobre tolerancia religiosa* [n. 47], vol. 2, p. 193; "Apología de la intolerancia religiosa" (1811), en *ibid.*, vol. 1, pp. 367-368.

Por sabios, los chinos suministraban ejemplos a seguir en economía, según habían ya señalado Adam Smith y Filangieri. Había referencias a la "industriosa nación" china, a "la república más bien ordenada, más quieta y más abastecida del mundo". La cría de peces que practicaban se podía imitar.[49] Se extraían ejemplos de su historia y costumbres, trozos de su sabiduría suministraban epígrafes y citas, a menudo para respaldar posiciones políticas. El ministro brasileño José Bonifacio había pensado en una gran Alianza o federación Americana con absoluta libertad de comercio y, en caso de oposición europea, Brasil cerraría sus puertas adoptando el modelo chino.[50] Modelo que tenía ventajas:

> La nación china está dando a todas las del mundo conocido un ejemplo constante de lo que es el comercio interior auxiliado: no hay país más poblado que el que habita, ni nación más poderosa en el orbe; todas las que se llaman cultas van en busca de sus efectos, llevándole la plata acuñada, principalmente la nuestra, para aumentar su grandeza, ostentación y lujo; su comercio interno es inmenso y el externo es insignificante respecto a la extensión del imperio, y el número de sus habitadores, millas cuadradas que ocupan y acres de tierra que tienen empleados en el cultivo.

Proseguía este autor citando estadísticas de "sir Jorje Staunton" y concluía que "a la vista de esto, parece excusado detenernos a hacer evidente la importancia del comercio interno".[51] Los ejemplos del éxito económico chino habían sido subrayados sobre todo por

[49] *Gazeta de México*, 19-v-1784, p. 86.

[50] Tal como informaba el barón de Mareschal a Metternich (1822), véase Octavio Tarquinio de Sousa, *José Bonifacio, emancipador del Brasil*, México, FCE, 1945, p. 139.

[51] *Correo de Comercio*, ed. facs., introducción de Ernesto J. Fitte, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970, tomo 1, núm. 15 (9-VI-1810), pp. 114-115ss.

los fisiócratas, que sostenían la importancia de la agricultura como pilar del poderío nacional. Dicha actividad progresa, se dijo entre nosotros, donde el cultivador paga poco, como en Holanda e Inglaterra "y sobre todo en China, donde no paga nada", entre un pueblo laborioso, de costumbres sencillas, "aprobadas por la naturaleza y la razón" y "sabias leyes".[52] Inclusive los proponentes de la libertad de comercio mencionaban cautamente los ejemplos orientales: "éste es el uso de las naciones cultas, enteramente opuesto al sistema del Japón, y nuestra situación es además tan distinta a la de la China como debe nuestra política ser enteramente opuesta a la que ella observa".[53]

Se creían ver en la política económica de los chinos peculiaridades que podían aplicarse a nuestra circunstancia. El Estado tenía papel importante (Adam Smith) y el mexicano Basilio de Arrillaga, al combatir la apertura comercial al extranjero argumentaba cómo, arreglando su agricultura e industria y cerrándose al comercio, "ha llegado el imperio de la China a ser el más rico y floreciente de todos los del mundo en su población y riqueza".[54] Cierre justificado en un planeta que era dominado por el comercio europeo, como había escrito Raynal, quien aparece citado por el *Correo del Orinoco*: "Los chinos pueden tal vez ser muy malos políticos, cuando nos cierran la puerta de su imperio; pero no por eso son injustos, porque

[52] *El Republicano (Arequipa)*, ed. facs., Caracas, Comisión Nacional del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, 1975, vol. 1, núm. 7 (7-I-1826), p. 28ª; "Agricultura de los chinos", en *Diario Económico de Puerto Rico* (1814-1815), cit. en Isabel Gutiérrez del Arroyo, *El reformismo ilustrado en Puerto Rico*, México, Asomante/El Colegio de México, 1953, pp. 237-238.

[53] *El Censor* (Buenos Aires), núm. 34 (18-IV-1816), p. 3, en *Bd*M, tomo 8, *Periodismo*, p. 6706.

[54] Basilio de Arrillaga, *Informe… a Juan Ruiz de Apodaca*, México, Oficina de D. Juan Bautista de Arizpe, 1818, p. 63.

su país está bastante poblado, y nosotros somos unos huéspedes demasiado peligrosos".[55]

Un artículo aparecido años después en *El Sol de Cuzco* (a la sombra de Bolívar) me parece revelador de una sana distancia y de un enfoque sincero, que exhibía también la astucia con que desentrañaba ciertos relatos europeos sobre el despotismo. El artículo reflexionaba acerca de la relación entre la abundancia de población y el respeto de las garantías individuales:

> un solo pueblo es sobre la tierra donde, según muchos escritores, hay una población inmensa bajo un gobierno despótico; mas aún no sabemos todavía si este parecer es un desquite de los ultrajes que hace padecer aquella nación a los europeos que mantienen su comercio o si un gobierno paternal como el de Abbas en la Persia o el de los Incas del Perú por una suma de la política previene de tal modo las necesidades de los gobernados, que totalmente se desconocen.

Una cita de Filangieri redondeaba el argumento.[56] La experiencia así derivada permitiría contribuir al futuro de grandeza que se entreveía. Para su país soñaba Bonifácio de Andrada e Silva alrededor de 1822: "formaremos no continente da América, e entre os dois maiores rios do mundo (cujo território deveria ser nosso integralmente), outra China, inutilizadas pela maior parte as suas produções, com as outras da India, ou um imperio que lhe fosse bem semelhante na duração e existência civil, mas superior na prosperidade, e no qual os povos gozassem daquela bem-aventurança que se pode encontrar sobre a terra". Constituye en efecto China, junto con Gran Bretaña, una de las tierras cuya "agricultura, riqueza y

[55] *Correo del Orinoco*, reimpr., París, Academia Nacional de la Historia de Venezuela y Desclée de Brouwer, 1939, 108, 23-VI-1821.

[56] *El Sol del Cuzco*, ed. facs., Caracas, Comisión Nacional del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, 1974, tomo 1, año 1825, núm. 49, sábado 3-XII-1825, p. [210].

esplendor" se debe imitar. Términos parecidos de un coterráneo: hacer "de cada cidade do Brazil uma nova Tiro, e de toda elle outra China, e antigo Egypto em agricultura".[57]

Por doquier es China el interrogante, dispuesto como para mostrar que nuestros autores sí conocen la economía política europea pero también consideran que en América es otra la ciencia que se debía elaborar, una vez reunidos los saberes necesarios.

5. Nuestros sinófilos y sinófobos

Además de las frases y párrafos arriba traídos, materia particularmente extensa y significativa ofrece el *Periquillo Sarniento* de José Joaquín Fernández de Lizardi, novela que empezó a ser conocida en 1816 pero que en su forma completa (es decir incluyendo los episodios filipinos y chinos) sólo sería publicada en 1831. En sus páginas China aparece como la isla de Saucheofú, una heterotopía, un lugar de ascenso social, de justicia, de mejoramiento moral; donde el protagonista Periquillo conoce a Limahotón, chino sabio y virtuoso.

Se retoma allí una tradición específicamente novohispana de referencias a China, a la que ya aludí, que remonta a Bernardo de Balbuena y a la *Historia de China* de Juan González de Mendoza. De este libro extrajo Lizardi el nombre mismo de la isla utópica, así como ideas, datos y topónimos para la historia del Periquillo Sarniento, cuyas aventuras en China, además, guardan alguna correlación con la de Felipe de Jesús, santo personaje también conocido por Lizardi y mencionado en su obra. Igualmente la novela derivaba

[57] "Necessidade de uma academia de agricultura no Brasil" (1822), en *José Bonifácio de Andrada Silva*, organização e introdução Jorge Caldeira, São Paulo, Ed. 34, 2002, pp. 69, 72, 81; Antonio Luiz de Brito Aragão e Vasconcelos, *Memórias sobre o estabelecimento do Império do Brasil, ou Novo Império Lusitano* (1811?), *Annaes da Biblioteca Nacional do Rio de Janeiro*, vol. 43-44 (1931), pp. 1-48, p. 6.

materiales de los ilustrados españoles como Juan Pablo Forner y Benito Jerónimo Feijoo. Se ha hablado también, aunque no hay pruebas, de un viaje de Lizardi a las Filipinas.[58]

El segundo personaje a mencionarse en este contexto es el chileno Juan Egaña (1768-1836), un católico ilustrado, conservador, que se interesaba por los temas morales y cuya curiosidad comprendió en forma más que pasajera a China. Cuando tuvo ocasión de enviar a su hijo Mariano a buscar libros a Europa, en la lista de las adquisiciones que éste le enviara figuraban "Confucio y los moralistas chinos". En efecto, en su biblioteca figuraban biografías y antologías del sabio, así como traducciones de sus escritos, al francés pero también las citadas *Obras de Confucio* en castellano y cartas edificantes jesuitas, libros de viaje, historias, una de ellas traducida de un historiador chino, así como descripciones o memorias del estado contemporáneo del país.

No se trataba de una presencia pasiva, sino que de esta literatura existen abundantes reminiscencias en la obra de Egaña, quien consideraba a China un país próspero e industrioso, y el confucianismo influyó sobre algunos aspectos de su pensamiento: la idea (también de Montesquieu) de una influencia del medio geográfico sobre la moral social, la importancia de las costumbres y la familia para el Estado, la prioridad que debía darse a la agricultura y la posibilidad de prescindir del comercio, la elección de los mejores para los puestos públicos. No sólo eran adornos o retórica, sino que en sus escritos constitucionales argumentaba con ideas confucianas, como cuando en su proyecto de constitución de 1811 se apoyaba sobre

[58] Véase para análisis de los capítulos 1-7 de la tercera parte de la novela, a Edgar C. Knowlton, "China and the Philippines in *El Periquillo Sarniento*", *Hispanic Review*, vol. 31, núm. 4 (1963), pp. 336-347; Koichi Hagimoto, "A transpacific voyage: the representation of Asia in José Joaquín Fernández de Lizardi's *El Periquillo Sarniento*", *Hispania*, vol. 95, núm. 3 (2012), pp. 389-399; Carrillo Martín, *La génesis de Saucheofú* [n. 10].

la autoridad de "Likoangti, doctor chino". Trató Egaña de aplicar las enseñanzas de éstos a la legislación, fomentando el altruismo, la educación popular mediante fiestas minuciosamente reglamentadas, con música y danza.[59] La ciencia de Egaña sería reconocida todavía por Juan Bautista Alberdi, contrario a sus ideas pero que lo citaba para resaltar la poca afición de los chinos a la navegación.[60]

En Lima el tema chino y confuciano parecía ser frecuente en la polémica: ahí escribió Egaña algunos de sus artículos y posiblemente son sus reflejos unas referencias análogas en otros autores limeños más bien inclinados a la sinofobia, que también había existido en la Europa ilustrada. De este modo Manuel Lorenzo de Vidaurre, del que ya cité frases admirativas, defendía el pasado prehispánico argumentando que "ni la moral de Confucio ni la de Jesucristo mismo era más sana que la que practicaban los peruanos antes de la conquista"; le afeaba a Confucio que negara la inmortalidad del alma aunque también consideraba que su moral había sido "corrompida por la secta de Joes predicada por los bonzos". Pensaba en los chinos como "unos miserables que se lisonjean de no adelantar jamás en sus conocimientos", aunque reconocía su gran antigüedad y los situaba en los inicios de la historia (más allá de la Antigüedad bíblica, lo cual es un tema volteriano, recordemos). También escribía que "los países de China, muy poblados, no han crecido de modo que les falte a sus indígenas lugar en que habiten".[61]

[59] La información para este párrafo deriva del artículo del jurista y aficionado sinólogo chileno Antonio Dougnac Rodríguez, "El pensamiento confuciano y el jurista Juan Egaña", *Revista de Estudios Histórico-Jurídicos* (Valparaíso), núm. 20 (1998), pp. 143-193.

[60] Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852), prólogo de Natalio Botana, Buenos Aires, Emecé, 2010, p. 42.

[61] Las referencias en Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Plan del Perú y otros escritos*, edición y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 5, p. 30n, p. 466; *Cartas americanas* (1823 y 1827), edición y prólogo de Alberto Tauro, en

Como se ve, el tema de la antigüedad de los chinos podía estar ligado al de su inmutabilidad y cerrazón: "el emperador de China gobierna su imperio como monarca absoluto y lo mantiene cerrado de las relaciones libres con el mundo", decía José Cecilio del Valle, en un párrafo en general crítico de los pueblos del Asia.[62] Había quien equiparara a todos éstos en cuanto a degradación y vicios: "fijemos nuestra vista en el hombre que habita en la Turquía y en la China".[63] Más radicalmente enemigos de China fueron personajes ilustrados como José Martín Félix de Arrate, José Baquíjano y Carrillo, Antonio Nariño y Simón Bolívar.[64] A notar sin embargo que Nariño colocaba casi en el mismo nivel de rechazo la influencia china, o asiática en general, y la europea al denunciar (1821) "la contagiosa mancha de abrazar ciegamente los usos y prácticas de las naciones extranjeras, sólo porque son más antiguas e ilustradas que nosotros. Su antigüedad nada prueba, cuando vemos los gobiernos de la China, del Indostán y Constantinopla, que seguramente no

---

CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 6, pp. 57, 235, 422ss; el mismo Vidaurre pareció darse cuenta que citaba mucho a China, "basta de chinos y egipcios", escribió en estas mismas *Cartas americanas*, pp. 422ss.

[62] José Cecilio del Valle, "Memoria sobre la educación" (1829), en *Obra escogida*, sel., pról. y cronología Mario García Laguardia, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 104.

[63] *El Editor Constitucional* (Guatemala), 25-IX-1820, en *Escritos del doctor Pedro Molina*, con un est. prel. de Salvador Mendieta, tomo primero, Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1954, p. 151.

[64] Más referencias y consideraciones en Gustavo Vargas Martínez, "El despotismo asiático y China juzgados por Bolívar", en su obra *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la patria grande*, México, Domés, 1985, pp. 87-90; más ampliamente, Hernán G. H. Taboada, "De la España africana a la América despótica: notas sobre el ideario de Simón Bolívar", *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 28, núm. 1 (enero-junio de 2011), pp. 35-59.

son dignos de imitarse, no obstante su mucha antigüedad, y la grande ilustración de la sabia Europa".[65]

En cuanto a Simón Bolívar, su relevancia sirve para resaltar el papel que la sinofobia tenía. Como del Oriente en general, Bolívar no se ocupaba mucho de China. Se mencionó en su biblioteca la *Descripción de China y Tartaria* del padre Du Halde (1735) y él se refirió una vez a una obra titulada *Historical researches on the conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez and Tolomeo in the 13th century by the Mongols, accompanied with elephants*. Ha supuesto Gustavo Vargas que también debía de haber recorrido las investigaciones de Joseph de Guignes sobre los viajes precolombinos de los chinos, ya que en la *Carta de Jamaica* habla de Quetzalcóatl "que en lengua mexicana y china quiere decir Santo Tomás", reminiscencia lingüística del autor francés, que sin embargo puede haber sido mediado por fray Servando Teresa de Mier. Poco más, y sus referencias son vagas y a veces inexactas.

Para él China poseía el gobierno más antiguo existente, "¿qué gobierno más antiguo que el de China?", y, a diferencia de otros pensadores que hemos visto, sí la alineaba junto a los ejemplos de despotismo oriental, aunque lo consideraba mejor que el colonial que sufrían, porque a fin de cuentas eran chinos sus funcionarios: "la China no envía a buscar mandatarios militares al país de Gengis Khan que la conquistó", mientras España sigue enviando peninsulares para gobernar América. Lenguaraces, lengüeteros o deslenguados son quienes "quieren que se gobierne la China como la Inglaterra". Se refería al pueblo de Quito como "el más descontentadizo, suspicaz y chino en todas sus cualidades morales".[66]

[65] Ruth Alejandra Villa Navia, "Autógrafo y copia en la documentación de Antonio Nariño", *Boletín de Filología* (Santiago), vol. 45, núm. 1 (2010), pp. 175-197.

[66] Más referencias y mayor detalle en la bibliografía citada en la nota anterior; acá simplemente remito al Discurso de Angostura (15-II-1819), a la carta de Si-

6. Perduración y fin de un modelo

Admiradores o detractores tenían en común la frecuencia con que miraban a China, que figuraba en su horizonte de manera preminente. Siguió ocupando esta posición hasta época avanzada: Ignacio Ramírez todavía hablaba de China en términos casi propios de la Ilustración:

> asociación inmensa que pudiera en la guerra abrumar con su número al resto del género humano, y ha podido en la paz civilizarlo con antiguas y deslumbradoras luces, propende fatalmente al aislamiento […] han amoldado el suelo que hollaban a las exigencias de la vida humana; los ríos han sido canalizados, los desiertos regados, las montañas abatidas o perforadas, las plantas han soltado sus jugos bienhechores y sus perfumes, los minerales han descubierto toda clase de elementos artísticos, y hasta los animales han contribuido al adorno y al regalo de sus señores.[67]

Pese a ello, su mención del aislamiento era parte de una opinión que condecía mayormente con la de la época: "Hoy ningún descubrimiento se les quiere conceder a los habitantes del Celeste Imperio; y aún se está escribiendo una obra para probar que las tierras con que forman la porcelana las llevaron los tártaros, de Europa, única parte del mundo donde se encuentra la fuente de las artes y de las ciencias".[68]

---

món Bolívar a Belford Hinton Wilson, 3-viii-1829 y a la carta de Bolívar a Santander, 23-ix-1822; Martha Hildebrandt, interpreta "chino" como un galicismo tributario del francés chinois, "complicado, extravagante", *La lengua de Bolívar*, 1. *Léxico*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961, *sv*.

[67] *Obras de Ignacio Ramírez*, México, Secretaría de Fomento, 1889, tomo 1, pp. 224-225.

[68] *Ibid.*, tomo 1, pp. 73-74.

Es decir que China, valorada por la historiografía ilustrada, perdía prestigio entre los liberales. La *Historia universal* (1831) de José María Heredia le concede bastante espacio, habla de las incursiones de los mongoles y de las conquistas de su civilización pero la pintura es más bien negativa, "sus costumbres, leyes, gobierno y adelantamientos en las artes y ciencias no merecen los elogios superlativos que se les han prodigado". Es decir que había lugar para la duda: "Si por política sólo ha de entenderse la ciencia de gobernar y de dar leyes, cédulas y pragmáticas, encaminadas todas a mantener la quietud y seguridad públicas, a cualquier costa que fuese, es preciso convenir en que no ha habido ni puede haber, con excepción del de la China, gobierno más acertado y maestro que el de España cuando era dueño de las Américas". Es decir que su mérito era mantener a tranquilidad, cosa que podría presumir "envuelta en su menguado y estantío saber", frente a las repúblicas hispanoamericanas enzarzadas en guerra permanente.[69]

Duda que fue recogida y ampliada por las generaciones posteriores. Es verdad que todavía tendríamos durante décadas, hasta el siglo xx, menciones de objetos de la Gran China (se la siguió llamando así)[70] en nuestra vida cotidiana: vajilla, muebles, golosinas, y también pinturas. La migración china al parecer continuó silenciosa hacia las nuevas repúblicas. Éstas sin embargo parecieron no verlos; estuvieron crecientemente atraídas por el mundo noratlántico en expansión: las mercancías, los inmigrantes y la influen-

[69] José María Heredia, *Lecciones de historia universal* por el ciudadano…, Toluca, Imprenta del Estado, 1831-1832, edición facsimilar, introducción de Honoria Céspedes Argote, Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México/Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, 2014, *passim*; Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de historia del Ecuador: desde su origen hasta 1845*, Lima, Imprenta del Estado, 1870, tomo 1, pp. 333-334.

[70] En Buenos Aires, la librería de Marcos Sastre ofrecía (1833), entre otras cosas, "pinceles finos ingleses y de la Gran China", *El Salón Literario*, estudio preliminar de Félix Weinberg, Buenos Aires, Hachette, 1956, p. 35.

cia cultural vinieron de allí, desplazando al Asia. Bajo la nueva influencia omnipresente, que condicionó la escritura del pasado y los planes para el futuro, sólo tuvo cabida la Europa occidental, que habría descubierto el continente, lo habría civilizado o asolado y de tal región habría que derivar toda enseñanza.

Tuvo que pasar el momento noratlántico de la historia mundial, tuvo que ascender mucho China en el horizonte para que la historiografía eurocéntrica fuera cuestionada, y tuvieron que pasar unos años más para que en Nuestra América nos percatáramos de dicha presencia.

8
EL COLOSO DEL NORTE: LA PRIMERA IMAGEN RUSA[1]

> *Si hoy se preguntase a los rusos ¿qué es lo que sienten de las leyes de Pedro el Grande? Se aplaudirán de haber tenido un príncipe que al profundo conocimiento de las necesidades de la nación reunió la fortaleza para aplicarle remedios oportunos.*
>
> Juan Ignacio Gorriti, 1835

La aparición de Rusia en el panorama de las potencias fue fenómeno tardío, súbito y sorpresivo: de ser un remoto país poco conocido, débil y bárbaro pasó a erigirse en referencia básica para la política y la cultura europea y asiática, cuando repentinamente amenazó

[1] Hace años que vengo redactando versiones sobre este tema; una muy previa, muy menor y sin notas apareció como "El Coloso del Norte: la primera visión de Rusia", en Margarita Aurora Vargas Canales, coord., *América Latina: ficciones y realidades*, México, CIALC-UNAM, 2012 (Serie *Coloquios,* 8), pp. 121-134. Algún día aparecerá la versión extensa (cada vez más extensa…). Como en este trabajo se utiliza una bibliografía y fuentes heterogéneas, apenas he hecho el esfuerzo por uniformar las transcripciones de nombres rusos, lengua de la que tengo un conocimiento apenas elemental.

convertirse en el eje del poder mundial.[2] En el siglo XVIII Rusia se expandió no sólo en territorios sino también en las bibliografías, al tiempo que se constituía en protagonista de la teoría política, en el ejemplo de un país que gracias a soberanos ilustrados había entrado en la senda de la civilización o en el de una potencia abominable destinada a engullir a todas las demás naciones.

Por supuesto, muchos otros avatares sufrió después la imagen de Rusia, especialmente colorida y polémica durante su periodo soviético, pero me he detenido en los comienzos del siglo XIX con la intención de mostrar cómo ciertos pensadores de los imperios español y portugués tuvieron su parte en la difusión y hasta en la elaboración de la misma. No sólo porque abrevaron en la citada literatura que el despertar ruso suscitó en Europa, en ello empujados por su creciente sed de información sobre los asuntos del mundo, sino además porque veían que de varias formas se aproximaba a sus tierras y sus mares ese Coloso del Norte, como entonces se lo llamaba antes que el nombre pasara a designar a Estados Unidos, y porque de alguna manera veían que el secreto de esa evolución histórica podría servir a sus proyectos. Tal capítulo criollo de la aparición de Rusia en las conciencias no es muy conocido, sin embargo tiene su importancia porque coincide con las décadas ilustradas y las de la Independencia, en cuyas ideas se imbrica.

1. Los contactos

La política de expansión rusa hacia América ha sido objeto de estudios meticulosos de parte de quienes han podido acceder a nu-

[2] De no ser por la Revolución Industrial "el mundo hubiera basculado entonces hacia una Rusia rápidamente en alza", o hacia los Estados Unidos, escribió Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, tomo 2. *Los juegos del intercambio*, Madrid, Alianza, 1984, p. 498. Una idea similar es la que subyace al libro de Ekkehardt Völkl enseguida citado.

merosas fuentes en ruso, y a ellos remito.[3] Dichos avances fueron conocidos tempranamente en los gabinetes de España y Portugal y suscitaron temores y políticas. Hubo posteriormente encuentros entre los rusos que avanzaban desde Siberia y los californianos, como los hubo en distintos puertos de Brasil, el Río de la Plata, Chile, Perú y México con barcos que durante varias décadas cruzaron los mares en expediciones de reconocimiento. Hasta hubo rusos que alcanzaron nuestros países como marinos, diplomáticos, comerciantes, mercenarios, viajeros o letrados, y algunos se asentaron. Por otro lado no faltaron americanos que visitaran Rusia.

Los encuentros fueron cordiales. Ni siquiera faltó el romance de la quinceañera californiana Conchita Argüello con el capitán Nikolái Rezánov (1806). Como eran conscientes de la debilidad de sus asentamientos en América, los rusos procedieron con cautela y cordialidad. Como además el zar no toleraría choques de ningún tipo en esas regiones marginales que pudieran arruinar sus planes imperiales en Europa y Asia, las instrucciones preveían un trato humano hacia los amerindios, que se quería diferenciar del que españoles, portugueses y aun ingleses o bostonianos exhibían, y evitar toda complicación con los colonizadores europeos.

Los americanos mostraron sorpresa y admiración hacia esos desconocidos. Al mismo tiempo, empezaron a enterarse de la opinión europea sobre Rusia, en general favorable, ya que, del mismo modo que España, fue vista durante un tiempo como el dichoso país en el que unos soberanos ilustrados habían implantado las Luces: "sa-

[3] Además de la bibliografía señalada más detalladamente, me han sido particularmente útiles Ekkehardt Völkl, *Russland und Lateinamerika 1741-1841*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1968; Ana María Schop Soler, *Die Spanisch-Russischen Beziehungen im 18. Jahrhundert*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1970; Russell H. Bartley, *Imperial Russia and the struggle for Latin American independence, 1808-1828*, Austin, The University of Texas, 1978; Nikolai N. Bolkhovitinov, *Rusia y América (ca. 1523-1867)*, Madrid, Mapfre, 1992.

bemos cuánto le costó a Pedro el Grande la civilización de los Rusianos".[4] Se agregaban noticias sobre sus victorias contra los turcos, después contra Bonaparte, se vieron como posibles aliados contra los invasores ingleses o estadounidenses. El informe de la Compañía Ruso-Americana de 1817, elaborado tras la visita de los barcos *Kutúzov* y *Suvórov* a Brasil y Perú, notaba que, a diferencia de ingleses y estadounidenses, los rusos eran considerados un mal menor, que en Perú todos, incluyendo al virrey, "hablan de la Colonia Ross con indiferencia e incluso elogian su construcción", de la que nada temen los californianos. Con el tiempo "rusos y españoles dándose la mano en el Viejo Mundo y sumando sus fuerzas, estarán en condiciones de expulsar a los huéspedes no deseados".[5]

Todos al parecer coincidían en brindar una imagen favorable. El zar era enemigo de los enemigos: de los otomanos, y "en estando nosotros en paz, Dios ayude al emperador ruso para confusión del turco" como asentaba en su diario el comerciante rioplatense Santa Coloma en 1790.[6] Y lo eran de Bonaparte: "la Rusia y la España antes vieron abrasar sus hogares que rendir el cuello al tirano de la Europa",[7] "nos miraban con cierto asombro y curiosidad a no-

[4] *Telégrafo Mercantil, Rural, Político-Económico e Historiográfico del Río de la Plata*, ed. facs., Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americanas, 1914, tomo 1, p. 13 (1801).

[5] Informe de la Compañía Ruso-Americana, de 1817, en Enrique Arriola Woog, coord., *Sobre rusos y Rusia: antología documental*, México, Lotería Nacional para la Asistencia Pública, 1994, p. 54; *México y Rusia en la primera mitad del siglo XIX*, prólogo de Héctor Cárdenas, selección documental de Martha Ortega y Alexander Sisonenko, México, SRE, 1990, p. 54; Bolkhovitinov, *Rusia y América* [n. 3], pp. 212-213. La "Colonia Ross" es Fuerte Ross, el punto más meridional alcanzado por los rusos, en California.

[6] Enrique de Gandía, *Buenos Aires colonial*, Buenos Aires, Claridad, 1957, p. 20.

[7] "Exposición que hace un peruano al virrey La Serna acerca del verdadero estado de la América en la presente época" (1822), en *Obra gubernativa y epistolario de San Martín*, investigación y prólogo por José A. de la Puente Candamo, en CDIP, tomo 13, vol. 2, p. 198.

sotros, los rusos, vencedores de Napoleón".[8] En sus dominios no había Inquisición: un plan esbozado en 1732 de crear una colonia rusa en Brasil contaba con que esto atraería a pobladores; las críticas a esta institución fueron frecuentes entre los interlocutores de Francisco de Miranda, incluida la zarina, y efectivamente si en algo era mejor el despotismo ruso que el español era en la relativa tolerancia religiosa. Institución ésta que databa de Pedro el Grande y fue mantenida por sus sucesores, lo que siguió causando admiración todavía para el ecuatoriano Vicente Rocafuerte en su folleto sobre la tolerancia religiosa de 1832.[9]

Había otros méritos: Catalina II había acogido a los jesuitas expulsados. Uno de ellos le compuso unos versos laudatorios: "Ojalá yo hubiera sido / por mi dicha desterrado / al humanísimo Estado / de la Tartaria o Siberia / pues allá tanta miseria / nunca me habría llegado… Catalina esclarecida / a vos debo el nuevo ser / que tiene, pues, cual Ester / lo habéis conservado en vida".[10] En las guerras de la Revolución y el Imperio los rusos a veces estuvieron del lado de España. Cuando en 1806 los habitantes de San Francisco tuvieron noticia por la prensa extranjera que había estallado una re-

[8] Apuntes de viaje de Semion Ivanovich Yanovski, que estuvo en Lima en el *Suvórov*, 1816-1817, en *Viajeros rusos al sur del mundo*, compilación, estudios introductorios y notas de Carmen Norambuena y Olga Uliánova, Santiago, Universidad de Santiago de Chile/DIBAM/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000, p. 168.

[9] Vicente Rocafuerte, *Ensayo sobre la tolerancia religiosa por el ciudadano …*, 2ª ed., México, Imprenta de M. Rivera, a cargo de Tomás Uribe, 1831, reproducido en *Rocafuerte y el ideario religioso*, pról. de Neptalí Zúñiga, Quito, Gobierno del Ecuador, 1947 (*Colección Rocafuerte*, vol. 7), pp. 21-22.

[10] "Lamentos por la Compañía de Jesús y consuelos por ver que comienza a resucitar por la Rusia, obra compuesta en décimas por don Manuel de Orozco poco antes de su muerte y dividida en cuatro partes", en *Los jesuitas quiteños del extrañamiento*, intr. por Aurelio Espinosa Pólit, Puebla, J. M. Cajica, 1960, pp. 395-449, esp. pp. 409 y 441. Otras referencias en Völkl, *Russland und Lateinamerika* [n. 3], p. 34.

belión en San Petersburgo exclamaron ante Nikolai Rezánov que jamás lo habrían esperado, con un emperador tan querido en su país y en el extranjero, que los periódicos elogiaban por su bondad, lo cual hacía que todos envidiaran a sus súbditos. Bueno, eso escribía el cortesano Rezánov,[11] y podemos sospechar, como de otros funcionarios o exploradores, que estaba interesado en fomentar sus empresas y era reacio a que se supiera en la corte de roces con el imperio español, el cual en la política internacional contaba mucho más que los negocios de Alaska. Pero del otro lado, del español, hay descripciones del mismo tenor. En todo caso, los rusos eran más aceptables que los ingleses o angloamericanos. "Yo, señor, no tengo mayor desconfianza del ruso, y sí de los americanos; a éstos no los quiero nada, nada".[12]

Serían afinidades por las que la visión rusa de México, y yo diría que del resto del mundo hispanoamericano, fue más comprensiva que la de europeos o estadounidenses.[13] Una cierta cordialidad se estableció en ocasiones entre hombres de ambos pueblos, a vislumbrar en episodios del encuentro de 1806, cuando la expedición de Nikolai Rezánov abordó California: la espontaneidad entre individuos que no tenían una lengua común, la fiesta en que se mezclaron guitarras españolas y voces rusas[14] y por supuesto el conocido romance entre el capitán y Concepción Argüello. Otra escena la ofrece entre los indios el pintor Mijaíl Tijánov, que "jugaba con ellos,

[11] *The Rezanov voyage to Nueva California: the report of Count Nikolai Petrovich Rezanov of his voyage to that provincia of Nueva España from New Archangel*, an English translation, rev. and corr., with notes etc., by Thomas C. Russell, San Francisco, The Private Press of Thomas C. Russell, 1926, p. 61.

[12] Carta de 1813, en *La frontera ruso-mexicana: documentos mexicanos para la historia del establecimiento ruso en California 1808-1842*, recopilación, estudio y notas por Miguel Mathes, México, SRE, 1990, p. 79.

[13] William Harrison Richardson, *Mexico through Russian eyes, 1806-1940*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1988, pp. 6ss.

[14] *The Rezanov voyage to Nueva California* [n. 11], p. 48.

riéndose y dibujando. Les parecía especialmente curioso cuando reconocían a alguno de ellos en el papel". Era Tijánov un siervo que había estudiado pintura, y que transmitió un cuadro de un "Descendiente de los incas peruanos, actualmente sirviente de un español en Lima", de frente y de perfil, extrañado y quizás atraído por el personaje, que a pesar de su bajo oficio era reverenciado por los indios en las calles y el mercado.[15]

Para quienes no tuvieron ese contacto directo, Rusia era el país que había progresado enormemente, primero con Pedro el Grande, luego con Catalina II y finalmente con Alejandro I. Sólo una impresión favorable y admirativa podía inspirar la carta que llegó en 1787 a las autoridades americanas solicitando unas gramáticas de lenguas indígenas porque la zarina las había requerido a la corte madrileña para las investigaciones de sus sabios sobre las lenguas americanas; un tema sobre el cual nadie había investigado nada en el mundo y ahora devenía objeto de la solicitud nada menos que de la corte imperial rusa.[16]

Cuando se quería comparar favorablemente los cambios en la América se acudía al mismo ejemplo: lo hacía el peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán hacia 1791.[17] Su coterráneo Manuel Lorenzo de Vidaurre al querer adular al virrey Goyeneche lo llamaba "más grande que el zar […] excediendo el Alejandro del Norte".[18] En un sermón en el aniversario de la coronación del emperador

[15] Leonid Shuk, "El pintor viajero Mijaíl Tijánov", *América Latina* (Moscú), núm. 1 (1975), pp. 153-175.

[16] La carta a Buenos Aires aparece en Andrés Lamas, "Las lenguas americanas y Catalina II de Rusia", *Revista del Río de la Plata* (Buenos Aires), 2 (1871), pp. 301-308.

[17] Véase la introducción de David Brading a Juan Pablo Viscardo y Guzmán, *Carta dirigida a los españoles americanos*, México, FCE, 2004, p. 41.

[18] Carta de Vidaurre de 1812, citada en Jorge Guillermo Leguía, *Manuel Lorenzo de Vidaurre: contribución a un ensayo de interpretación sicológica*, Lima, s.e., 1935, p. 90.

Pedro de Brasil, el obispo oficiante lo comparó con Pedro el Grande de Rusia, comparación que los rusos presentes consideraron justa en vista del estado similar de los dos países, aunque quedaba por ver si el de Braganza podría realizar lo que "nuestro inmortal Pedro".[19]

El gobierno zarista se preocupaba por fomentar este aprecio. En Lima encontraron los marinos del *Kamchatka* a Pedro Abadía, factor principal de la Compañía de Filipinas, al que el emperador Alejandro había concedido la orden de Santa Ana de segundo grado, por sus servicios a la Compañía Ruso-Americana.[20] La misma orden fue otorgada al brasileño Rodrigo Navarro de Andrade por fomentar relaciones con Rusia (1812).[21] Otra condecoración se previó para el gobernador de California, Pablo Vicente de Sola,[22] y para el virrey peruano Abascal y Sousa.[23] Agradeciendo la hospitalidad brindada a su flota, Alejandro I obsequió un anillo de diamantes al coronel Joaquim Chavier Currado, gobernador de la capitanía de Santa Catarina que fue posteriormente ministro de Guerra en el Brasil independiente.[24]

Por supuesto que tales episodios no impedían que los rusos siguieran siendo una presencia borrosa. Les preguntaban si habían zarpado de Moscú o San Petersburgo. Una estatua de color oscuro de un alto funcionario ruso hizo preguntar a chilenos y california-

[19] Otto von Kotzebue, *A new voyage round the world in the years 1823, 24, 25, and 26*, Londres, Henry Colburn and Richard Bentley, 1830, p. 18.

[20] Vasili M. Golovnin, *Viaje alrededor del mundo en la corbeta Kamchatka, en 1817, 1818 y 1819*, traducida en *Relaciones de viajeros*, estudio preliminar y compilación por Estuardo Núñez, en CDIP, tomo 27, vol. 1, pp. 153, 151.

[21] Bartley, *Imperial Russia* [n. 3], p. 94.

[22] Oyó hablar de ella Adelbert von Chamisso, August C. Mahr, *The visit of the Rurick to San Francisco in 1816*, Londres, Stanford University Press, 1932, p. 47.

[23] Véase *infra* sobre el episodio.

[24] Borís Kommissárov & Tamara Shafranóvskaya, "Los primeros rusos en América Latina", *América Latina* (Moscú), núm. 10 (70) (1983), pp. 41-56.

nos si era por ventura un negro.[25] Hasta el folklore caló la ignorancia temerosa y una piadosa matrona de Valparaíso podía explayar en 1822 ante la inglesa Maria Graham "una larga historia de santos y milagros, fabricada especialmente contra los herejes, en particular contra los rusos y en favor de los fieles españoles".[26] Años después, Frédéric Lutké hallaría en Chile unos huevos pintados con extrañas figuras, los puños en las caderas, gorros extravagantes, llamados *russianos*, ya que en la demonología chilena "tenemos el papel de brujos", dice.[27] El agua bendita que un pope roció sobre los árboles de Fuerte Ross les hizo aguantar toda inclemencia, según la tradición oral que todavía se mantuvo hasta el siglo xx.[28]

Precisamente tales borrosidades permitieron que, cuando se asomaron de forma más tangible, todas las miradas se pusieran en ellos esperanzadoramente: "¡La fama de Rusia resuena en todos los extremos del universo!", exclamaba Fiodor Fiodorovich Litke al comprobar la cálida acogida que en Buenos Aires se le hizo al *Kamchatka*.[29] Como cuando Roma irrumpió en las luchas de los reinos helenísticos, los árabes en las provincias bizantinas, Estados Unidos en Europa o China en el mundo de nuestros días, se pensó que el nuevo

[25] Adelbert von Chamisso, *Reise um die Welt* (1836), Berlín, Aufbau Taschenbuch Verlag, 2001, cap. 8.

[26] Maria Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1956, p. 68.

[27] *Voyage autour du monde: exécuté par ordre de sa majesté l'empereur Nicolas 1er, sur la corvette* Le Séniavine*, dans les années 1826, 1827, 1828 et 1829*, par Frédéric Lutké, tome troisième, contenant les travaux des naturalistes, rédigé par Alexandre Postels, Paris, Firmin Didot, 1835, vol. 1, p. 62n.

[28] E. O. Essig, "The Russian settlement at Ross", *Quarterly of the California Historical Society*, vol. 12, n. 3 (1933), pp. 191-209, p. 200.

[29] Diario de Fiodor Fiodorovich Litke, en *Viajeros rusos al sur del mundo* [n. 8], p. 223; la verdad, ya no pude cotejar si se trata del mismo Frédéric Lutké que acabo de nombrar, es decir el brandeburgués Friedrich von Lütke, que adoptó el nombre ruso de Fiodor Petrovich Litke.

imperio acompañaba a su fuerza la virtud, y posiblemente sería un aliado y un libertador sin los vicios de los viejos dominadores.

2. El respaldo ruso al absolutismo

Frente a la guerra de emancipación, Fernando VII buscó el apoyo del Coloso: hubo tratativas y el famoso acuerdo de vender barcos rusos a España para un ataque a las Indias, barcos que al final resultaron inservibles. Como la larga historia de este acercamiento ya ha sido contada, me interesa ver solamente sus repercusiones entre los realistas americanos. Ya cité las muestras de aprecio que encontraron de su lado. En algunos casos estaban motivadas por las victorias de Alejandro al servicio de la Restauración,[30] por lo cual el informe de la Compañía Ruso-Americana de 1817 se refería al aprecio hacia los rusos entre el ámbito virreinal peruano, que por el contrario veía mal a los estadounidenses que apoyaban a los rebeldes.[31] Una visita oficial a Nueva España de Fedor P. Palen, representante ruso en Washington, fue arreglada para 1813, pero no obstante los preparativos organizados por el virrey, al final no tuvo lugar.[32]

Por su lado Fernando VII dispuso en 1815 que se dispensara a los barcos rusos la más cordial bienvenida en cualquier puerto de sus dominios, cosa que sus funcionarios cumplieron y con creces. Al llegar la *Suvórov* al Callao en 1815, los realistas pensaron que estaba de su lado y eligieron como contraseña bélica la palabra *Rusia*; por lo demás realizaron intercambios comerciales, vendiendo lona

[30] Muy claro en el caso de la llegada del *Rurick* a Chile, Chamisso, *Reise um die Welt* [n. 25].

[31] *Cf. supra* Informe de la Compañía Ruso Americana, de 1817, en Arriola Woog, coord., *Sobre rusos y Rusia* [n. 5], p. 54; *México y Rusia* [n. 5], p. 54; Bolkhovitinov, *Rusia y América* [n. 3], pp. 212-213.

[32] Völkl, *Russland und Lateinamerika* [n. 3], p. 147.

y pieles y comprando quinina, bálsamo, telas, cobre. El barco se llevó unas llamas que, a diferencia de otras que se trató de aclimatar en otros países, arribaron sanas a destino, y vivieron varios años en Rusia. Para la ocasión el virrey Abascal y Sousa envió al zar objetos indígenas y una carta halagüeña.[33] Para su regocijo, tiempo después el virrey recibió una respuesta, redactada en francés, donde Alejandro I le agradecía las atenciones recibidas, los halagos y los regalos, y ya sabemos que enviaba al virrey la gran cruz de la Orden de Santa Ana de primera clase.[34]

Cuando el *Rurick* al mando de Kotzebue arribó a Talcahuano (1816), que estaba en poder de los realistas, se presentaron como "rusos, amigos de los españoles", y vencida la sorpresa inicial frente a la bandera nunca antes vista, el capitán Miguel de Ribas se manifestó contento por una nación que se había sacrificado y, bajo el gran Alejandro, había luchado por la libertad de Europa. Hubo fiestas donde se brindó por Alejandro y Fernando VII y se diseñó una alegoría de la alianza de ambos, con dos manos entrelazadas.[35] Por su lado el gobernador realista Marcó del Pont escribió al intendente de Concepción (22-II-1816): "Puede ud. permitirles hacer rancho con los demás auxilios que necesiten, bajo la protesta de no comunicar de manera alguna con los enemigos de Buenos Aires y sus partidarios extranjeros que encontrasen en esta América y sus mares". Luego dio cuenta al rey de esta llegada y pidió a los ru-

[33] Borís Lukin, "En los orígenes de las relaciones ruso-peruanas", *América Latina* (Moscú), núm. 1 (1987), pp. 71-77.

[34] José Fernando de Abascal y Sousa, *Memoria de gobierno*, ed. de Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1944, tomo 1, p. xxvi nota.

[35] Otto von Kotzebue, Ivan Fedorovīch Kruzenshtern, Johann Caspar Horner, Johann Friedrich Eschscholtz, Adelbert von Chamisso, *A voyage of discovery into the South Sea and Beering's Straits… undertaken in the years 1815-1818… in the ship Rurick,* Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1821, vol. 1, p. 123.

sos que acompañaran una fragata mercante a Valparaíso.[36] En San Francisco de California fue el *Rurick* igualmente bien recibido. En Manila el zar fue saludado como el libertador de Europa.[37]

Por los mismos años llegaba el capitán Vasili Golovnin con el *Kamchatka*; desde Brasil, el embajador español le había confiado unas cartas para el Perú.[38] En California, un interlocutor le dijo que le agradaría tener un administrador ruso.[39] En Perú daría el siguiente testimonio:

> En general hemos encontrado a los españoles muy educados, amables, y parece que tienen simpatía particular hacia los rusos. Los demás pueblos de Europa han sido muchas veces sus enemigos, les han robado, han destruido o dañado sus negocios, mientras que Rusia nunca les ha hecho daño alguno. Muy por el contrario, en su última guerra con Francia, Rusia contribuyó a libertarlos de la dominación extranjera. Los españoles mismos lo admiten y se sienten agradecidos al emperador de Rusia. La mayor parte de nuestros visitantes venían a nuestro barco para ver el retrato de Su Majestad que se encontraba en mi camarote.[40]

Eran elementos que no podían sino alertar al otro bando, al patriota, en torno del cual se agitó por mucho tiempo el fantasma de un desembarco ruso en combinación con el gobierno absolutista. Desde Perú sabía Faustino Sánchez Carrión que el zar iba a ayudar a Fernando VII a recuperar América, y unos versos patrióticos

[36] Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª ed., Santiago, Nascimento, 1937, tomo 11, pp. 254-255; Mario Barros van Buren, "Los primeros contactos entre Chile y Rusia", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año 56, núm. 100 (1989), pp. 47-59.

[37] Kotzebue *et al.*, *A voyage of discovery into the South Sea* [n. 35], vol. 2, p. 257.

[38] "O Brasil meridional visto por un oficial de marinha russo no início do século XIX", tradução e notas do Conde Emanuel de Bennigsen, *Revista de História* (São Paulo), año 2, núm. 6 (1951), pp. 391-410.

[39] Richardson, *Mexico through Russian eyes* [n. 13], p. 288n.

[40] Golovnin, *Viaje en la corbeta Kamchatka* [n. 20], p. 157.

hacían hablar a unos chapetones engañados que "veinte mil rusos venían / que a nosotros se unirían / dando a todo cholo muerte". En Paraguay, un español exaltado por esos falsos rumores se levantó contra el gobierno patrio, con fatales resultados.[41]

El mismo Simón Bolívar participaba de los recelos: escribía que "al Brasil han llegado dos mil alemanes y que vienen seis mil rusos a sostener el partido monárquico".[42] Bien podía conservar alguna esperanza de auxilio en los rusos más ilustrados, contrarios a los "cosacos",[43] o ver la resistencia a Bonaparte como un modelo a seguir,[44] pero consideraba a Rusia cabeza de la confederación europea contra América y pensaba posible una alianza entre "los dos alcaides de Siberia y de Castilla".[45] Un temor que le hacía alertar a un corresponsal inglés, de ese "coloso amenazador que merecía estar cortado en cuartos por toda la Europa entera para prevenir su opresión. Si en estas circunstancias no se logra este gran resultado, difícil será dividir, como debe ser, en partes proporcionadas esa quinta parte

[41] Faustino Sánchez Carrión, 4-v-1825, en *Faustino Sánchez Carrión*, recopilación e investigación de Augusto Tamayo Vargas & César Pacheco Vélez, en CDIP, vol. 9, pp. 569ss; "Viva la Patria", en Aurelio Miró Quesada Sosa, comp., *La poesía de la emancipación*, en CDIP, tomo 24, p. 285; [Johann Rudolph] Rengger & [Marcelin] Longchamp, *Essai historique sur la révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du docteur Francia*, París, Hector Bossange, 1827, pp. 41-42.

[42] Carta de Bolívar a Santander, 23-i-1825; en su respuesta, Santander dice no saber nada de ello, carta a Bolívar del 21-iii-1825.

[43] Carta de Simón Bolívar a Antonio Gutiérrez de la Fuente, 4-v-1826; *cf*. 17-vi-1826.

[44] Carta de Bolívar a Santander, 2-iii-1825.

[45] Artículo de *El Centinela en Campaña* (Huamachuco, 4-v-1824), que reproduce y que atribuye a Bolívar el artículo de Manuel Pérez Vila, "Bolívar comenta la política internacional en 1824", *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. 25, núm. 88 (1966), pp. 671-686.

del globo que ocupa todo el norte del mundo y que, por lo mismo, es una especie de semillero de titanes".[46]

En México, más cerca del peligro, hubo algún temor en los momentos de la declaración de independencia: el informe de Tadeo Ortiz de Ayala al emperador Agustín de Iturbide, de octubre de 1821, se preguntaba si los rusos no ocuparían California por algún acuerdo con España y hablaba del "emperador Alejandro, que aspira si no a la dominación universal, a lo menos a constituirse el oráculo de la Europa y la Asia […] un soberano despótico, que no conoce más ley que su voluntad".[47] Citando a Pedro Cabel Acevedo, un periódico insurgente hablaba de aquella potencia colosal que "repentinamente, ha pasado el centro de la Europa", pero "todavía semibárbara y casi esclava" podía, tras el hallazgo de Otaeti y el grupo de las Islas de los Amigos, intentar un golpe contra el Perú; seguían una serie de consejos para que México contrarrestara ese avance, comprar pieles a los indios para vendérselas a los chinos y convertirlos y ocupar una posición propia en el dominio del Pacífico.[48] Escribiendo hacia la misma época, Servando Teresa de Mier informaba que "una escuadra rusa y una inglesa llegaron a concurrir en el Brasil, cuyo rey en 1817 había ya ocupado con sus tropas Montevideo", y esto cuando "el autócrata Alejandro", que no había cumplido su promesa de dar una constitución a los polacos, había recibido la oferta de la Junta Central de una parte de América para

[46] Simón Bolívar, carta a Robert Wilson, 16-IV-1828; véanse más consideraciones en Julio Febres Cordero, "Bolívar y Rusia", *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela*, vol. 26, núm. 90 (1967), pp. 71-82; Anatoli Shulgovski, "Bolívar y la Rusia de su época", *América Latina* (Moscú), núm. 6 (66) (junio de 1983), pp. 8-22.

[47] Hubert Howe Bancroft, *History of California*, San Francisco, The History Company, 1886 (reimpr. 1966), vol. 2, p. 642; Arriola Woog, coord., *Sobre rusos y Rusia* [n. 5], p. 104.

[48] *La Abispa de Chilpancingo*, núm. 10, 1822, p. 138, e informe reproducido en Arriola Woog, coord., *Sobre rusos y Rusia* [n. 5], citas de pp. 96, 98, 99, 100.

cooperar con la libertad de España. Por lo anterior en la América invadida "hasta los rusos tenemos establecidos y bien fortificados en la California" y se les quería dar más: una línea de fortificaciones California-Tejas para contener a Estados Unidos, "como si fuese menor mal entregarnos a discreción de bárbaros esclavos de un déspota que entre nuestros compatriotas de los Estados Unidos".[49] Una carta de fray Narciso Durán al gobierno exhibía en 1823 "una potencia que, engreída con su colosal poder (cosa que ya no ocultan, antes hacen público alarde de ella), parece amenazar tragarse el orbe".[50] El presidente John Adams albergaba desde Washington temores parecidos.[51]

Ambiente de sospechas que rodeó el desembarco en Talcahuano del *Predpriatie*, cuando nuevamente Otto von Kotzebue llegó a América, en 1823: se pensó que querían ocupar el país, por lo que se les negó permiso para explorar el interior; cuando ofrecieron un baile en el barco, se temió que levaran anclas y se llevaran a las chilenas presentes; un bigotudo ruso de la tripulación fue tomado por un espía español, destinado a hacer propaganda para el regreso del gobierno de Fernando VII; dos barcos chilenos persiguieron al *Predpriatie* a su partida, de los que logró escapar.[52] Una memoria impresa en México en 1828 repetía el viejo temor: "Las carnes nos palpitan cuando advertimos que el imperio ruso, después de ser el más anchuroso de la tierra se venga también recostando sobre el territorio mejicano".[53] Ya se habían ido de Fuerte Ross y se respiraba de

[49] Servando Teresa de Mier, *Memoria político-instructiva* (1822), ed. facs., pról. de Manuel Calvillo, México, Banco Nacional de México, 1986, pp. 6, 29, 59, 121-122, 143.

[50] Carta de fray Narciso Durán al gobierno, reproducida en Arriola Woog, coord., *Sobre rusos y Rusia* [n. 5], p. 118.

[51] *México y Rusia* [n. 5], p. 24.

[52] Kotzebue, *A new voyage round the world* [n. 19], pp. 27ss.

[53] Bancroft, *History of California* [n. 47], vol. 2, p. 650n.

alivio que habían cesado "los mil temores por su conocida ambición".[54]

3. Rusos y patriotas

Sin embargo, la alianza zarista con el absolutismo no era la única posibilidad. La cancillería española tenía viejas sospechas sobre las intenciones de los hiperbóreos en sus colonias, las cuales ahora redoblaban ante los movimientos de Independencia. Llevaban razón: los documentos después publicados muestran que el gobierno zarista albergaba, bajo el canciller Nikolái Rumiántsev, una posición flexible, que no excluía los acercamientos a los rebeldes y el especial interés por el comercio con ellos.[55] Es verdad que, alejado Rumiántsev, la política exterior se inclinó cada vez más del lado de la Santa Alianza, pero en relación con América fue por lo menos ambigua, insistió en la mediación. Una comunicación (1817) de Carlo Andrea Pozzo di Borgo a Karl Nesselrode (dos conservadores extranjeros al servicio de la diplomacia rusa) es significativa en su enredado estilo, al mostrarse muy atenta a la opinión que pudieran tener los insurgentes americanos del poderío y consejo del zar.[56] Más tarde los administradores de la Compañía Ruso Americana

[54] Carta del ministro Juan Almonte, 1841, en Mathes, *La frontera ruso-mexicana* [n. 12], p. 268.

[55] Véase el texto y los documentos en Nikolái Boljovitinov, "La actitud del imperio ruso al comienzo de la guerra de independencia de Hispanoamérica", en la Sección rusa, con una introducción de Anatoli Shulgovski, del libro *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, investigación dirigida por Alberto Filippi, prólogo de J. L. Salcedo-Bastardo, Caracas, Presidencia de la República, 1986, vol. 1, pp. 931-943.

[56] Citado en Dexter Perkins, "Russia and the Spanish colonies, 1817-1818", *The American Historical Review*, vol. 28.4 (1923), pp. 656-672, p. 659.

de Alaska instaron a ocupar California, ayudando a sus habitantes criollos a emanciparse de México, cuando terminó el dominio español.[57]

No sin motivo, por ende, los partidarios de España renovaron sus sospechas, como el comandante del Callao, que escribió en 1817 sobre el asunto al ministro de la Armada en Madrid,[58] y el limeño Manuel Lorenzo de Vidaurre, quien expresaba similares cautelas, tanto en su época de fidelidad a España como después, convertido en independentista. Recogiendo ecos de la propaganda napoleónica, Vidaurre veía cómo "la Prusia, la Rusia y la Austria no son sociedades. En ellas contemplo unas grandes haciendas en que un hombre gobierna a sus esclavos y ganados con la caña y el látigo". Pero una de estas haciendas era peligrosa: no más que un conjunto de chozas hasta la época de Pedro el Grande, Rusia cubría ahora territorios inmensos, como Estados Unidos, y peligro había de que ambas potencias se aliaran para repartirse América; no le era difícil a Rusia pasar al Mar del Sur, "las Californias, Acapulco, San Blas, Panamá pueden tomarse con dos mil hombres en la primera expedición. Cuando la España tenga la noticia ya se hallará otra sobre Paita"; hasta podría ocupar Cuba y si Europa no aceptaba la alianza de la América española, ella misma se convertiría en dominio ruso.[59] Cuando la independencia hizo perder pie a España, se vio que "las demás naciones, es decir Portugal, la Francia y la Rusia, quieren

[57] Anatole G. Mazour, "Dimitry Zavalishin: dreamer of a Russian-American empire", *The Pacific Historical Review*, vol. 5 (1936), pp. 26-37.

[58] George P. Taylor, "Spanish-Russian rivalry in the Pacific, 1769-1820", *The Americas*, vol. 15, núm. 2 (1958), pp. 109-127.

[59] Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Plan del Perú y otros escritos*, ed. y prólogo de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 5, pp. 152, 402, 453, 475; *id.*, *Cartas americanas* (1823), ed. y pról. de Alberto Tauro, en CDIP, tomo 1, *Los ideólogos*, vol. 6, pp. 215-216.

positivamente invadir y hacerse dueñas de algunas provincias de América".[60]

De ahí sólo un paso había para que se creyera que los rusos alentarían los movimientos independentistas criollos. Maniobras al respecto hubo alrededor de 1780. Ese año el embajador Stepan Zinóviev insistía desde Madrid a Catalina II sobre el ánimo emancipador de los criollos.[61] Acogió Catalina II a jesuitas americanos y se ha supuesto que con la intención de valerse de su ayuda para anexar partes de América.[62] Se adelantó una propuesta de 1781 de que Rusia, para ayudar a Gran Bretaña contra los rebeldes norteamericanos, los atacara en Nueva York e hiciera lo mismo con sus aliados españoles en Nicaragua, avanzando luego desde California hasta el interior de México y lo ocupara con el apoyo de los rebeldes criollos, conquistando también Perú y abriendo sus puertos al comercio del Báltico.[63] Otros planes ingleses para América tomaron en cuenta crecientemente a fuerzas militares rusas.[64]

[60] Dictamen de algunos consejeros españoles en 1829, citado en Juan Friede, *La otra verdad: la independencia americana vista por los españoles*, Bogotá, Carlos Valencia, 1979, p. 88.

[61] Constant Brusíloff, "Miranda en Rusia: aportación a la historia de la lucha por la emancipación de la América española", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), tomo 33, núm. 130 (1950), pp. 258-275, p. 266n; Vladimir Miroshevski, "Catalina II y Francisco Miranda", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas), tomo 41, núm. 161 (1958), pp. 11-25.

[62] Moiséi S. Alperóvich, "La expulsión de los jesuitas españoles y Rusia en la época de Carlos III", en Manfred Tietz en colaboración con Dietrich Briesemeister, eds., *Los jesuitas españoles expulsos: su imagen y su contribución al saber sobre el mundo hispánico colonial en la Europa del siglo* XVIII, Madrid/Frankfurt a.M., Iberoamericana/Vervuert, 2001, pp. 33-43.

[63] R. A. Humphreys, "Richard Oswald's plan for an English and Russian attack on Spanish America, 1781-1782", *Hispanic American Historical Review*, vol. 18 (1938), pp. 95-101.

[64] R. R. Palmer, "The world revolution and the West: 1763-1801" (1954), en *The eighteenth revolution, French or Western?*, edited with an introduction by Peter Amann, Boston, D. C. Heath and Company, 1963, pp. 1-9, p. 8.

Claro que sobre el tema los episodios más conocidos giran en torno a Francisco de Miranda, sus relaciones con los diplomáticos rusos en Londres y en otras ciudades europeas y su famoso viaje por Rusia (1786-1787).[65] Los años, debe notarse, coinciden con el primer interés estratégico ruso por las Indias españolas pero no queda muy claro si Miranda consiguió algo más que palabras para sus planes de emancipación. Hay sobre ello muchas leyendas, que llegan hasta afirmar que fue amante de Catalina II, otra fantasía del machismo criollo. De seguro Miranda conoció el plan inglés apenas mencionado, obtuvo algún apoyo monetario ruso para sus gastos personales y siguió recibiendo aliento, después de la muerte de la zarina, por obra del conde Simeon Vorontsov (Woronzow, escribe Miranda), ministro en Londres: "si no fuese el genio original de Paulo I o que viviese la emperatriz, él me procuraría dos fragatas rusas con 2000 hombres de tropas, que era cuanto se necesitaba".[66] En una carta de agradecimiento Miranda aspiraba a que un día quizás

[65] Sobre el tema la mejor información la ofrece el diario de Miranda, descubierto en el siglo xx, del cual hay una edición completa en *Archivo del general Miranda*, Caracas, Parra León Hermanos/Editorial Sur-América, 1930, tomo 6; una edición algo recortada pero más ágil fue publicada como Francisco de Miranda, *Diario de Moscú y San Petersburgo*, presentación y selección de textos por Oscar Rodríguez Ortiz, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1993; este documento debe ser complementado con otra bibliografía: además de las obras generales véase G. Lozinski, "Le general Miranda en Russie (1786-1787)", *Le Monde Slave* (París), deuxième année, tome 2, núm. 4 (1933), pp. 72-90 y núm. 5, pp. 186-218; Joseph O. Baylen & Dorothy Woodward, "Francisco de Miranda in Russia", *The Americas*, vol. 6 (1950), pp. 431-449; Brusíloff, "Miranda en Rusia" [n. 61]; Miroshevski, "Catalina II y Francisco Miranda" [n. 61]; Heinrich Benedikt, "Miranda in Russland", *Studien zur Älteren Geschichte Osteuropas*, Gräz-Köln, Hermann Böhlhaus Nachf, 1959, II Teil, pp. 48-102 (es simple paráfrasis del diario de Miranda, pero útil por los datos que agrega a pie de página de todos los personajes encontrados por él). Lo más completo es Moiséi Alperóvich, *Francisco de Miranda y Rusia*, Moscú, Progreso, 1989.

[66] Nota del diario de Miranda en Londres, 3-v-1799, en *Archivo del general Miranda*, Caracas, Tipografía Americana, 1938, tomo 6, p. 356n.

el Viejo y el Nuevo Mundo debieran su salvación a Rusia,[67] "la nación más maravillosa de la tierra".[68] Hasta se ha dicho que la bandera de la Colombia con la que Miranda desembarcó en Venezuela (la actual amarilla, azul y roja de Venezuela, Colombia y Ecuador), es reminiscencia de la rusa (blanca, azul y roja) que le había sido regalada por la zarina, en que el blanco se había vuelto amarillento con el tiempo.[69] Los contemporáneos no pensaban que fueran esquemas descabellados, y cuando Miranda desapareció de Londres ante las narices del ministro español Bernardo del Campo, éste informó que el único país al que podría someter sus planes era Rusia.[70]

Ya se ha visto que desde mucho tiempo atrás existían intereses comerciales rusos en torno de América. Desde esos años se atrevieron a avanzar sus planes. En 1787 el comerciante ruso A. F. Thiringk se lamentaba que las mercancías de las Indias occidentales llegaran a Rusia por medio de terceros y señalaba que las más solicitadas en San Petersburgo eran el azúcar, el café y el índigo de Santo Domingo. Ese mismo año un escrito de G. I. Shelijov al gobierno zarista solicitaba permiso para comerciar con Japón, China, India, Filipinas y demás islas, y en América con españoles y americanos. Alrededor de 1805 hubo una propuesta de obtener autorización española para enviar tres barcos rusos a La Habana, Puerto Rico y Buenos Aires, lo cual podría conducir a la firma de un tratado comercial, por cuyas estipulaciones Rusia enviaría a Nueva España uno o dos barcos con productos rusos. Se han conservado documentos relacionados con la petición del comerciante Iván Krémer

[67] Correspondencia de mayo de 1799 en *Archivo del general Miranda* [n. 65], tomo 15, pp. 356 y 367.

[68] Alperóvich, *Francisco de Miranda y Rusia* [n. 65], p. 65.

[69] José Nucete-Sardi, *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*, tercera edición española, Caracas, Ministerio de Educación Nacional, s.f., p. 244.

[70] Alperóvich, *Francisco de Miranda y Rusia* [n. 65], p. 27.

pidiendo autorización para enviar a América del Sur dos barcos con bandera brasileña, cargados con mercancías rusas.[71] Los establecimientos en Alaska siempre necesitaron un mercado más accesible para comprar víveres: la expedición de Rezánov a California tuvo ese objeto; en ocasiones la Compañía Ruso Americana llegó a comprar trigo hasta Chile.[72]

La nueva situación insurgente fue tomada en cuenta por estos intereses, a veces con muy poco respeto al parentesco ideológico con el rey de España. Una comunicación de Rumiántsev al Consejo de Estado, de 1810, proponía establecer comercio con Brasil, para entre otras cosas obtener oro, diamantes y plata contrabandeados desde Perú. Varias otras frases y acciones del conde muestran atención hacia el comercio con América y su escaso respeto por los intereses españoles.[73] En 1811 se publicó en San Petersburgo la primera gramática rusa del castellano y su autor, Yakov Rut, que había aprendido la lengua como marino, enfatizaba en el prólogo la intención americana de su gramática: "cuando felizmente acaben sus tormentas México, Perú y Chile y los Estados Unidos del Río de la Plata, indudablemente adquirirán una gran importancia en las relaciones comerciales, industriales y políticas".[74]

[71] Bolkhovitinov, *Rusia y América* [n. 3], pp. 53, 143-144, 200n.

[72] Ferdinand P. Wrángel, *De Sitka a San Petersburgo a través de México: diario de una expedición (13-x-1835–22-v-1836)*, prólogo y traducción del ruso Luisa Pintos Mimó, México, SEP, 1975, pp. 109, 143, 148.

[73] Véase el texto y los documentos en Nikoláy Boljovitinov, "La actitud del imperio ruso al comienzo de la guerra de independencia de Hispanoamérica" [n. 55]; también en Bartley, *Imperial Russia* [n. 3], pp. 44 y 172n.

[74] Blas Nabel Pérez, "El primer profesor de lengua rusa en Cuba, Fiodor Vasilievich Karzhavin", http://librinsula.bnjm.cu/secciones/259/puntilla/259_puntilla_1.html.

4. Ilusiones criollas

Del lado de los insurgentes, la admiración se mantenía, como puede verse en el vocabulario mismo que se usaba en la crítica y en las comparaciones: es Rusia un país ilustrado y rico, es tolerante, no ha retrocedido en sus avances, del mismo modo que Estados Unidos, ha contribuido al progreso de la civilización europea contra el "fantasmón musulmán" con sus conquistas en Moldavia.[75] Resulta significativo que en una serie de artículos que se prometen sobre las principales potencias del mundo, un periódico chileno considere pertinente empezar con Rusia: ofrece datos sobre su situación, su población, sus producciones, en un tono general de encomio; gracias a Pedro el Grande ha accedido a las luces y de la nobleza del zar Alejandro, amigo de la libertad, no debe temerse una expedición rusa a América: "Yo creo que sería una ventaja para la nación rusa que su gabinete reconociese la independencia de América, porque de este modo tendrían aquellos negociantes un vasto campo abierto su comercio, particularmente con el opulento México, y ganarían mucho los establecimientos rusos de la América septentrional".[76]

Aunque después se convirtió Rusia en el prototipo del gobierno despótico, no era el despotismo de Turquía, su enemiga. Un periódico chileno hablaba del "monstruoso y amenazante imperio ruso", pero para notar cómo impedía a los turcos agredir a la Grecia insurgente.[77] Es curioso que los rusos criticaran a menudo en sus escritos al gobierno español, acusándolo de fanático, de tiránico y de cruel

[75] *El Censor* (Buenos Aires), 23-v-1816 y 23-v-1818, en *BdM*, vol. 8; *Gazeta Ministerial de Chile*, 15-vii-1820, en *CdAPCh*, vol. 7.

[76] *El Sol de Chile*, desde el 2 de octubre hasta el 18 de diciembre de 1818, en *CdAPCh*, vol. 12, pp. 225ss.

[77] *El Observador Chileno*, 11-x-1822, en *CdAPCh*, vol. 15, pp. 146-147.

con los indios, y de intolerante en religión, como se dijo. Además, algunos visitantes eran de tendencia democrática, como Fiodor F. Matiushkin; inclusive en la época del zar Nicolás, las ideas del comandante de Fuerte Ross, eran "liberales en cuanto a asuntos de gobierno".[78] Se ha notado que muchos de los partidarios del avance en América, exponentes de la idea nacional rusa, estuvieron entre los rebeldes decabristas que atentaron contra el zar Nicolás.[79]

Siendo tal el contexto de ideas, no extrañe que cuando los patriotas buscaron algún apoyo, Rusia fuera uno de los objetivos principales. Cuando la primera república en Venezuela naufragaba, se planeó en 1812 pedir la ayuda de Francia y de Rusia, a esta última se le ofrecería la isla de Orchila para que estableciera una factoría y tuviera comercio con América; alguna conversación parece haberse iniciado con el canciller Rumiántsev.[80] El nombramiento de Juan D'Evereux fue para promover los intereses del Perú en las cortes de Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca. Luego, cuando el Consejo de Estado llegó a pensar en la coronación de un príncipe europeo que brindara protección, las instrucciones dadas a los enviados Juan García del Río y Diego Paroissien rezaban: "la Gran Bretaña, por su poder marítimo, su crédito y sus vastos recursos, como por la bondad de sus instituciones, y la Rusia por su importancia política y su poderío, se presentan bajo un carácter más atractivo".[81] La débil república haitiana, temerosa del poder francés, pensó en la intercesión del zar Alejandro, del cual se declaraba admirador el

[78] Informe Vallejo, 1833, en Mathes, *La frontera ruso-mexicana* [n. 12], p. 199.

[79] Völkl, *Russland und Lateinamerika* [n. 3], pp. 150-151.

[80] Carta de Miguel José Sanz a Francisco de Miranda, 14-VI-1812, citada en C. Parra Pérez, *Historia de la primera república de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959, tomo 2, p. 395; Völkl, *Russland und Lateinamerika* [n. 3], p. 370.

[81] Instrucciones, 24-XII-1821, en *Obra gubernativa y epistolario de San Martín* [n. 7], tomo 13, vol. 1, p. 280.

presidente Jean-Pierre Boyer, que envió una misión diplomática en la persona del francés Jacques Boyé (1821).[82]

Ya se habló de los intereses comerciales. En época colonial llegaba baqueta de Moscovia, cabullería de lino y cáñamo de Riga; el presidente John Adams observó que entre los productos llevados a Caracas por barcos estadounidenses había manufacturas rusas.[83] Gasa y lino se nos mencionan como importaciones, ocasionalmente en barcos rusos: uno de 110 toneladas atracó en 1824 en Buenos Aires.[84] La estadía del *Kamchatka* en Río de Janeiro (1817) coincidió con la de un barco con bandera rusa que llevaba de Arcángel trigo, tablas, lona y vajilla de vidrio. Al salir al Atlántico, este mismo barco se encontró con otro de bandera rusa, de Arcángel, propiedad de un comerciante, al parecer de Hamburgo, llamado Brant, que había pasado por Buenos Aires, donde le había ido bien.[85] Importaciones y exportaciones había con Cuba, tal como observó Humboldt, en barcos estadounidenses, aunque también los había rusos.[86] Cochinilla mexicana alcanzaba San Petersburgo.[87] En

[82] Louis E. Élie, *Le président Boyer et l'empereur de Russie Alexandre Ier (une mission diplomatique à Saint-Pétersbourg en 1821)*, Puerto Príncipe, Imprimerie du Collège Vertières, 1942.

[83] Bartley, *Imperial Russia* [n. 3], p. 90.

[84] Jean Adam Graaner, *Las provincias del Río de la Plata en 1816 (informe dirigido al Príncipe Bernadotte)*, pról. de Axel Paulin, trad. y n. de José Luis Busaniche, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, p. 107; *Informes sobre el comercio de Buenos Aires durante el gobierno de Martín Rodríguez*, estudio preliminar de Enrique M. Barba, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1978, pp. 52, 61.

[85] Diario de Vasili Golovnin, en *Viajeros rusos al sur del mundo* [n. 8], p. 88.

[86] Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre la Isla de Cuba* (1826), ed. de Miguel Ángel Puig-Samper, Consuelo Naranjo Orovio y Armando García González, Madrid, Doce Calles, 1998 (*Theatrum naturae*), pp. 350, 351, 352, 376, 379, 380.

[87] C. C. Becher, *Cartas sobre México: la República Mexicana durante los años decisivos de 1831 y 1832*, traducción del alemán, notas y prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, 1959, p. 187.

California predominaron los productos rusos, hasta que después de la independencia fueron desplazados por los ingleses y estadounidenses.[88] El barco ruso *Hércules*, de 350 toneladas, fue comprado por Buenos Aires en 1814 para servir en la guerra de corso.[89]

Relaciones que inspiraban una mezcla de temor y esperanza, que dictaban escritos entre amenazantes y elogiosos. Había la perspectiva de una invasión rusa, y una nación tan poderosa debía obtener ventajas de Fernando VII. Se encontraba alguna seguridad calculando que tales ventajas las podría obtener en el norte de América, que sus mercancías hallarían expendio en los mares que bañaban sus dominios, que no consentiría Gran Bretaña que pasara a América el influjo de esa nación de poder colosal en el Viejo Mundo. Por otro lado también se pensaba en la diferencia de clima, que haría a los rusos lo mismo que su frío hizo a los soldados de Bonaparte y hasta se pensaba en "un paralelo entre la destreza de los cosacos para chocar sus caballos con los nuestros".[90]

Humboldt trazó similitudes entre el imperio ruso y los territorios de la América española y sus libros, muy leídos en época independiente, pudieron inspirar una comparación tópica entre las poblaciones de ambas regiones: los chilotes robustos y sobrios "pasan por los rusos del sur", frase que revela conocimiento y reconocimiento.[91] Más frecuente fue la comparación entre los cosacos y ciertas poblaciones americanas, nómadas y ecuestres, como los llaneros y los gauchos: antes de convertirse en lugar común de viajeros extranjeros y observadores criollos (con el ejemplo relevante de Domingo Faustino Sarmiento) había sido anotada por los mismos rusos.

[88] Mathes, *México y Rusia* [n. 5], p. 18.

[89] *Memorias del Almirante Brown*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1957, pp. 29 y 217.

[90] *Gazeta de Santiago de Chile*, 31-I-1818, en *CdAPCh*, vol. 4, pp. 319ss.

[91] *El Censor* (Buenos Aires), 1-V-1817, en *BdM*, tomo 8.

Dadas las semejanzas, una posible solución a los males de las repúblicas habría sido la política civilizadora llevada a cabo a rajatabla desde arriba por Pedro el Grande[92] y Catalina II: "el alto sublime estado de las Rusias fue obra de una mujer en un solo día".[93] A veces los gobiernos se ilustran antes que los pueblos y resultan bienhechores, "tal fue en las Rusias el imperio de Pedro el Grande".[94] "Ojalá que imitásemos a los gobernantes de las Rusias, que invitando y atrayendo sabios van elevando su país a un punto de grandeza y cultura maravilloso".[95] Se la podría emular estableciendo colonias militares y milicias populares como los pospolitas.[96] La misma idea de retomar en Brasil la colonización al estilo cosaco fue inspirada a José Bonifacio de Andrada e Silva por el alemán Georg Anton Schäffer,[97] que había estado al servicio del gobierno ruso, al que había sugerido nada menos que la ocupación de las Hawai. Al elogiar la constitución boliviana, predecía Antonio Leocadio Guzmán que "será tan fuerte con la vara de la justicia como lo son con la espada del terror los sucesores de Darío, de Mahomet y del czar Pedro".[98]

[92] Notó este carácter anticipador para la generalidad de los países que se llamaron del Tercer Mundo o ahora del Sur global Hans Kohn, *Historia del nacionalismo*, México/Buenos Aires, FCE, 1949, p. 465.

[93] *El Peruano*, edición y prólogo Carmen Villanueva, en CDIP, tomo 23, *Periódicos*, vol. 2, 3-I-1812.

[94] *Escritos políticos de Camilo Henríquez*, introducción y recopilación de Raúl Silva Castro, Santiago, Universidad de Chile, 1960, p. 168.

[95] *El corresponsal del Imparcial*, carta 3, 21-III-1823, en *CdAPCh*, vol. 16, p. 71.

[96] Juan García del Río, *Meditaciones colombianas* (1829), Bogotá, Biblioteca de Cultura Colombiana, 1945, Meditación Tercera, pp. 184-185.

[97] Magnus Mörner, with the collaboration of Harold Sims, *Adventurers and proletarians: the story of migrants in Latin America*, París, Unesco/University of Pittsburgh Press, 1985, p. 25.

[98] José Félix Blanco y Ramón Azpurúa, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* (1875), Caracas, Presidencia de la República, 1977, tomo x, pp. 360, 370 y 364.

5. El alejamiento de Rusia

Después de la Independencia, los planes de constituir a las nuevas naciones en emporios del comercio del orbe contemplaban también a Rusia: la chilena Coquimbo parecía "llamada a ser el entrepuente de aquellas provincias en orden al comercio de Asia. Ya por esta experiencia conocemos que nos es fácil, muy fácil, pasar del Pacífico Sur al Pacífico Norte, ir a Cantón y a todos los establecimientos de la India, también al Japón y hasta las costas de las Rusias".[99] Por su lado, Rusia fue de las pocas potencias europeas que consideró seriamente establecer lazos comerciales y políticos con los insurgentes.[100]

Sin embargo el gran momento ruso ya había pasado en América (también pasó en Egipto y el Cercano Oriente). En 1841 se vendió el Fuerte Ross, en 1867 Alaska. Factores de todo tipo lo explican: los cambios que aparejó la sucesión del zar Alejandro (1825), la mayor fuerza de sus competidores, debida a la industrialización inglesa y al avance territorial de Estados Unidos, sin excluir la guerra feroz que ambos le hicieron, la cual tuvo también un frente americano: el enviado Ferdinand Wrángel, alarmado ante la mala fama que ingleses y franceses habían echado sobre Rusia, asentaba en 1836 los celos de los otros diplomáticos extranjeros a su llegada a México, y cómo tras su entrevista con el encargado de las relaciones exteriores, "por extraña casualidad, el redactor del periódico gubernamental mexicano nunca había insertado en su publicación tantos artículos en contra de Rusia como durante estos días; todos ellos seleccionados de la prensa inglesa".[101]

[99] *El Corresponsal del Imparcial*, 29-III-1823, en *CdAPCh*, vol. 16, p. 67.
[100] Mathes, *México y Rusia* [n. 5], p. 79.
[101] Wrángel, *De Sitka a San Petersburgo* [n. 72], p. 143.

Es verdad que la presencia no desapareció del todo. Siguieron llegando aventureros, viajeros y diplomáticos, hasta barcos; algunos criollos visitaron Rusia, aunque pocos en comparación con las multitudes que iban a París, o decían que querían ir. La imagen de potencia se mantuvo, se buscó a Rusia como posible asociada para la apertura del Canal de Panamá en 1840, como aliada ante la invasión estadounidense a México en 1848 (aunque las simpatías del zar y sus ministros estuvieron con Washington). La política zarista tuvo sobresaltos de interés por nuestra región y antes de acudir a Estados Unidos, el célebre Philippe Bunau-Varilla viajó a San Petersburgo para interesar a la corte sobre el proyecto de abrir un canal en Panamá.

Pese a todo, muchas cosas habían cambiado y los protagonistas de ese encuentro ruso-criollo se olvidaron unos de otros. La obra de Georg-Heinrich Langsdorff, quien en Brasil había realizado por cuenta de Rusia una amplia recopilación científica, quedó arrumbada y olvidada: sólo a principios del siglo xx el ruso G. G. Manizer se enteró de ella en Brasil.[102] En México se desvaneció el peligro y el recuerdo: en tiempos del Porfiriato, el historiador Vicente Riva Palacio señalaba que los historiadores mexicanos no recordaban el importante episodio ruso en su historia. Más bien las preocupaciones, mucho más reales, empezaron a originarse en la expansión de Estados Unidos o de Europa, más tarde hasta de Japón. Sólo después ciertas modas francesas dirigirían nuestra atención nuevamente hacia ese país de autócratas y muyiks, al cual tras la Revolución Rusa algunos sectores empezaron a mirar como ejemplo, y mucho mucho después, la Revolución Cubana y la Nicaragüense revivieron las expresiones de júbilo o de temor que se habían oído a principios del siglo xix.

[102] Boris Schnaiderman, "Documentos russos sôbre o Brasil", *Revista Histórica* (São Paulo), vol. 33, núm. 67 (1966), pp. 215-228.

Todo el episodio, para concluir, nos confirma cómo Nuestra América vivió, cuando se disiparon los vapores de la Independencia, un proceso de creciente limitación del horizonte cultural. Entre los patriotas criollos había prevalecido un sentimiento de orgullo por su patria americana y de esperanza por los tiempos futuros; el resto del mundo vería con anhelo esa tierra destinada a constituirse en la patria de la libertad; cierto ecumenismo los hacía mirar con generosidad hacia los ejemplos antiguos, el Asia y la Rusia, inquirir sobre ellos y hasta sentir alguna hermandad. La generación posterior, al contrario, limitó su atención al ejemplo de Europa occidental, único foco posible de civilización.

PALABRAS FINALES

Ainda hoje, para tratar de qualquer bagatella, contamos a história do mundo desde a sua origem.

Silvio Romero, 1902

Los capítulos previos quisieron señalar la deriva del programa ilustrado al liberal, de la aspiración a una mirada propia del mundo y la historia a la dependencia de una mirada ajena. Las implicaciones se aprecian mayormente si les agregamos unas reflexiones en torno al lugar de la historia universal en nuestra formación. Es central, si bien implícito las más de las veces; en ella suele envolverse la exposición de cuestiones particulares, de una manera que nos lleva a pensar que dicha historia fue siempre un basamento de nuestras reflexiones, no una extensión más o menos gratuita de éstas. Rápidamente puede comprobarse, sin embargo, que se trata de una historia universal elaborada en otro ámbito y para otras necesidades, las de las clases dominantes del Atlántico norte en los comienzos del siglo xix: el avance triunfador de su proyecto, supuesta finalidad de la historia desde los inicios, resulta su tema central, aunque los títulos de manuales o enciclopedias prometieran un esquema del desarrollo de toda la humanidad sobre el planeta.

Es por ello que la reflexión y los escritos que hemos producido nos enlazan privilegiada si no únicamente con aquella venturosa protagonista, que ocupa un lugar tan desproporcionadamente amplio en nuestra reflexión como desproporcionadamente pequeñas, en caso que existan, son las referencias al resto del mundo. Nos ha faltado una visión global, ecuménica, de la historia humana desde un punto de vista propio, no ha aparecido el autor latinoamericano que permita confirmar la regla de que "toda época escribe su propia historia universal" (Goethe) o "toda civilización escribe su propia historia universal" (Arnold Toynbee). Y por ello tampoco hemos logrado ubicar adecuadamente nuestras vicisitudes en el curso de la historia global, precisar las relaciones que tuvo América con el conjunto del Viejo Mundo, con el conjunto y no con un fragmento, tanto antes como después de la Conquista, tanto en el siglo XVIII como en el XXI.

No debe extrañar el predominio de la historia universal eurocéntrica entre nosotros: la misma constituye elemento central del paradigma de las ciencias sociales, y con ello de la explicación del mundo en la ideología de la modernidad, su sentido común. A diferencia de las historias universales creadas por otras culturas —breves, parciales en su ámbito temporal y espacial, esquemáticas e ingenuas y cargadas de referencias religiosas—, es un aparato de enorme volumen, de ingente amplitud en el tiempo y el espacio, versátil y variado en sus apreciaciones, complejo y de gran sofisticación teórica y metodológica. Todo ello no es ajeno a la hegemonía global de sus hacedores, que permitió que dicho aparato alcanzara difusión ecuménica, arrinconando a los otros discursos históricos, y fuera adoptado por las élites e intelligentsias que en todo el mundo se fueron plegando a la hegemonía noratlántica a lo largo del XIX.

Si algo nos diferencia de otras regiones es en todo caso la rapidez con que fue adoptada en nuestros países, cuando buscaron después

de la Independencia entrar al sistema de Estados nacionales, a la economía mundial, a la civilización. Adopción además profunda, como muestran tempranamente los catálogos de las bibliotecas, la multiplicación de notas a pie de página, reseñas críticas, alusiones literarias en relación con aquella visión de la historia humana. Fue la varita mágica de nuestros primeros intentos sociológicos, los cuales es cierto que en su mayor parte traducen conocimiento originado en diarios y revistas, en novelas históricas o en libros de vulgarización erudita, alentada por la ampliación del público lector, pero todos sabían que detrás de ella había un ingente aparato académico, archivos, manuscritos, volúmenes en lenguas arcanas, sobre los cuales sus años consumían eruditos de gran saber. Hubo quien se atrevió al viaje hacia las fuentes de esa ciencia, como ciertos filólogos colombianos, como el chileno Francisco Bilbao o el argentino Joaquín V. González, que ahondaron en el estudio de las tradiciones religiosas de la antigüedad, o el boliviano Emeterio Villamil de Rada, autor de oscuras teorías sobre el origen de las lenguas.

Fuera de estos y pocos ejemplos más, recibíamos sin mayor examen el esquema, y sin cuestionamiento ni inventario en él se vertían los resultados de la investigación sobre el pasado de cada nación que ocupó a personalidades de variado ingenio. Traducido sin más, servía para entresacar consideraciones, citas y epígrafes, así como, más soterradamente, nomenclatura, categorías, cronología y juicios de valor. Salvo anotaciones escasas, breves y superficiales, durante décadas nadie parece haberse dado cuenta de esta dependencia. Tuvo que pasar un siglo largo, repleto de desmentidos, para que se abrieran camino críticas a sus elementos racistas, más tiempo aun para que se denunciara su etnocentrismo, para que se hablara de orientalismo y de eurocentrismo, para que se descubriera en dichas historias universales la función de discurso, de narrativa, de aparato ideológico para el dominio de sus creadores.

Y esas críticas, hay que agregar la paradoja, se originaron no en la periferia sino en el centro mismo de donde había surgido el modelo y nos llegaron con considerable retraso, habida cuenta que tenían ya varias décadas en otras latitudes. Se suelen mencionar como pioneros los intentos del canadiense-estadounidense William McNeill (1963), a partir del cual la Historia mundial (World history), superación de la Historia universal, que daba un lugar prominente a las varias civilizaciones de la ecumene, fue reuniendo abundantes seguidores. Después se habló de historias del sistema-mundo, de Global history, Deep history, Big history, Transnational history, Related history, se desarrolló mucha teoría, mucha polémica, se cuenta hoy con abundantes libros y revistas, repertorios, trabajos de conjunto y de detalle, en un lenguaje cada vez más especializado y técnico, que se amplía y ramifica, que adquiere creciente refinamiento. Hasta hay quien dice que ha llegado a sus límites.

Todo ello es producto del florecimiento de la academia, de la proliferación de historiadores, muchos originarios de la periferia, con la India como caso prominente, de una multiplicación de investigaciones locales basadas en una erudición normalizada en lenguaje, metodología y enfoques, y difundida en publicaciones de alcance global. Hay así modo de acceder a panoramas generales sobre regiones extraeuropeas, a estudios de detalle, a fuentes literarias e iconográficas editadas, traducidas, presentadas de forma eficaz, económica y atractiva. De manera que parece por fin posible esa historia universal que Leopold von Ranke consideraba necesaria pero todavía inalcanzable en el estado de investigación de su tiempo. Me parece decisiva la relación de estos fenómenos culturales con los cambios económicos y geopolíticos por los cuales el centro de poder está abandonando el Atlántico norte y se está desplazando desde fines del siglo xx en dirección al Asia oriental, o a dividirse entre varios territorios.

Ello no ha significado la desaparición del viejo esquema eurocéntrico, que sigue dominando por inercia en los medios de comunicación y en cantidad de expresiones de gran arraigo popular. Inclusive en el nivel académico hay quien lo reivindica como el único que da cuenta del camino hacia la modernidad, quien todavía acusa de relativismo cultural todo intento de modificar el esquema. Del otro lado hay quien lamenta que sólo se le han hecho remiendos y agregados, que en realidad no ha aparecido una nueva narrativa ecuménica; que ésta es imposible mientras subsista el actual sistema mundial, o mientras subsista el análisis basado en la división disciplinaria establecida, la cual también remonta al paradigma y a la época fundacional arriba evocados.

Así y todo, estamos ante un coro de discusiones que terminó por ser oído también en América Latina, uno de los territorios donde la academia ha crecido y entrado en una fase de normalización que la conecta cada vez más estrechamente con los centros principales de elaboración de ideas. Gracias a ello hemos retomado muchas líneas de análisis, traducido obras importantes, recogido vocabulario y hasta entrado a la discusión sobre la historia mundial. Ya se ven en los estantes de librerías y bibliotecas, hasta en notas a pie de página, esos títulos que se acogen a la World history y otras mencionadas antes, ya se convirtió en práctica corriente que declamemos contra el eurocentrismo, en ámbitos donde constituía hasta hace dos décadas el sentido común, tan ubicuo que nadie parecía capaz de verlo.

De ahí han derivado algunos útiles resultados en las investigaciones locales: hoy se presta más atención a desarrollos americanos independientes de los de Europa occidental, a protagonistas ajenos a las formaciones imperiales o neocoloniales y a sus agentes locales: los afroamericanos, las culturas populares, los contactos y migraciones asiáticas, los amerindios que se descubre no desaparecieron con la conquista sino que tuvieron una historia bajo la Colonia y la

república. Del otro lado ha habido también una creciente producción latinoamericana sobre regiones hasta hace poco consideradas exóticas: China, Japón, Corea, India, Medio Oriente, África, Rusia y muchas más. Posiblemente el interés sea antiguo, y la curiosidad por esas otredades una característica permanente de nuestras clases letradas; sin embargo la disponibilidad de fuentes, el aprendizaje de lenguas arduas, un clima de intercambio de ideas fueron requerimientos difíciles de cumplimentar para la pobreza de nuestros países, la urgencia de otras tareas intelectuales y el facilismo criollo. Hoy tales obstáculos subsisten pero se los ha empezado a superar, mientras la celeridad de las comunicaciones y los viajes permite estudios que antes estaban vedados.

Logros importantes junto a los cuales noto, sin embargo, que los estudios sobre grupos subalternos siguen siendo subalternos, ante el prestigio de los temas tradicionales y la comodidad que ofrece la mucho mayor cantidad y calidad de las fuentes que produjeron, en castellano o portugués, las subculturas dominantes, protagonistas de las historias oficiales y que reivindican la herencia que llaman europea u occidental, desde una visión que hace un tiempo hemos llamado eurocriollismo. Por otro lado la minoría de historiadores dedicados a épocas o territorios fuera de América están demasiado ocupados siguiendo las discusiones de los centros académicos internacionales, ya sea sobre la aparición de la civilización egipcia, sobre el final de la Edad Media o sobre el origen de la modernidad en Japón, y no hacen mucho para que los elementos que con esa versación adquieren sirvan para una ubicación global de nuestra historia.

Es decir que la gran mayoría de los historiadores, que como en todas partes se ocupa de la historia local, aquí ha sentido tradicionalmente muy poca presión para asomarse fuera, con lo que pesa especialmente el énfasis localista —se estudia México, Colombia o Paraguay, Centroamérica o el área andina—, falta atención por

el trabajo de quienes se atreven a salir y los pocos intentos de comparación o de planteamientos más abarcativos suelen ser tímidos, insuficientes o errados. La urgencia por salir del molde eurocéntrico es negada en círculos conservadores y en los disidentes hay más declamación que investigación real, más discusión teórica que trabajo sobre fuentes, con la consiguiente persistencia de categorías que acaban tergiversando las intenciones.

De modo que el gremio de Clío ha dejado la tarea a otros. A los filósofos se debe el primer intento de ubicar a nuestros países en la historia humana más amplia: lo que ocupó largamente a Leopoldo Zea (1912-2004) y las figuras que lo han continuado, como Enrique Dussel primero y después muchos pensadores influidos por teorías poscoloniales. Desde otra perspectiva tenemos a los sociólogos y economistas que se engarzaron en las amplias discusiones en torno a la teoría de la dependencia. Derivó de ambas vertientes, la de los filósofos y la de los dependentistas, el ambicioso *El proceso civilizatorio* (1968) del brasileño Darcy Ribeiro, primera parte de una magna reconstrucción que debía servir de fundamento ideológico para una acción política revolucionaria. Hay que sumar a críticos literarios, a veces también escritores de renombre, que más recientemente buscaron explicar las corrientes culturales latinoamericanas con referencia a las de los países centrales, marcando paralelismos y divergencias. Hay aficionados, ajenos a la academia, hay estudiosos de origen inmigrante, hay creadores de síntesis fantásticas, con intuiciones a veces dignas de atención pero que rara vez la consiguen.

La obra de todos ellos suministra ideas y marcos útiles pero en conjunto me parece también que muestra falta de contacto íntimo con las fuentes históricas, más confianza con las citas de Renan, de Lévi-Strauss, de Foucault o de Walter Benjamin, dependiendo de la época, que con los testimonios, los libros olvidados, las colecciones de documentos, revelando poca vocación para el oficio del historiador, distancia de los planteamientos y discusiones en que éste suele

involucrarse, desmaña interpretativa a veces, demasiado apego a las abstracciones y a fin de cuentas menos interés por lo realmente ocurrido que por la construcción de edificios internamente coherentes, políticamente correctos y con una terminología a la moda. Resultado es un trabajo a menudo ensayístico, mientras la escasa profundización lleva a vaguedades y errores, a exageraciones culturalistas, y persiste el predominio de referencias al mundo europeo, que suelen ser exactas y revelan conocimiento (que a veces sorprende a los europeos mismos) aunque más no sea de la bibliografía tradicional, en contraste con las referencias, más raras, imprecisas y hasta inexactas, sobre otras regiones.

Es decir que tantas vueltas que estamos dando, tantos reclamos al asunto no nos sacan del modelo eurocéntrico y en él recaemos. La tarea de imaginar una historia universal latinoamericana distinta, que tiene la posibilidad de convertirse en la de mayor amplitud y generosidad que jamás se haya escrito, el núcleo de otra interpretación del pasado humano que pueda ser adaptada en todas las latitudes, sigue pendiente. Con lo cual, y aunque dudemos de que misión tan excelsa nos esté reservada, por lo menos se debe tomar conciencia que mientras posterguemos esta tarea en función de preocupaciones menores, no tendremos un panorama del lugar que nuestra región fue ocupando sucesivamente en la historia global, y con ello tampoco una visión propia de lo que debe ser nuestro presente ni del futuro que realmente queremos.

ÍNDICE ANALÍTICO

No se han incluido voces de aparición muy frecuente, como *historiografía*, *Ilustración*, *Independencia*, *América* y *Europa*.

A priori antropológico, p. 16.
Abadía, Pedro, p. 254.
Abascal y Sousa, José Fernando de, pp. 254, 257 y n.
Abbas de Persia, pp. 193, 194n, 237.
Abd el-Krim, p. 214.
Abellán, José Luis, p. 52n.
Abispa de Chilpancingo, pp. 65 y n, 164n, 173n, 174 y n, 194n, 260n.
Abolición de la esclavitud, pp. 42, 48, 49.
Academia de Artes de México, p. 133.
Acapulco, p. 263.
Achega, Domingo Victorio de, p. 58 y n.
Acmet, pp. 193, 194n.
Acosta, José de, p. 217.
Acuña de Figueroa, Francisco, pp. 95n, 179 y n.
Adams, John, historiador, p. 77.
Adams, John, pp. 261, 270.
Adams, John Quincy, p. 175.
Adelung, Johann Christoph, pp. 69, 77.
África, africanos, pp. 23, 25, 26, 32, 50, 56, 68, 76, 87, 88, 95, 96, 112, 119, 121, 132, 180, 188, 189, 191, 198, 213, 214, 220, 223, 282.
Afroamericanos, pp. 87, 109, 281.
Afrocentrismo, p. 56.
Aguilar, José Antonio, p. 111n.

Agustín, San, p. 163.
Alamán, Lucas, pp. 51n, 55n, 98 y n, 111 y n, 126, 226, 227.
Al-Andalus, pp. 195, 203, 208.
Al-Farŷani (Alfragano), p. 24.
Al-Himiari, p. 24.
Alanos, p. 172.
Alaska, pp. 252, 263, 267, 273.
Alberdi, Juan Bautista, pp. 117n, 122 y n, 124n, 125, 136 y n, 147 y n, 190, 211, 240 y n.
Alberro, Solange, p. 220n.
Alcindo Palmireno, p. 60n.
Alcorán, véase Corán.
Aldridge, A. Owen, pp. 49n, 52n.
Alejandría, pp. 97, 224.
Alejandro I de Rusia, pp. 253, 254, 256, 257, 260, 268, 269, 273.
Alejandro Magno, pp. 84, 93, 142, 150, 193, 194n.
Alemania, pp. 44, 90.
Alfabetismo, pp. 48, 53.
Ali Bajá, pp. 121n, 209n, 211.
Almeyda, Aniceto, pp. 62n, 133n.
Almonte, Juan Nepomuceno, pp. 55n, 262n.
Alonso, Martín, p. 158n.
Alonso, Paula, p. 111n.
Alperóvich, Moiséi S., pp. 264n, 265n, 266n.
Altamirano, Carlos, pp. 100n, 209n, 211n.
Alto Perú, p. 151n.
Altschul, Nadia, pp. 155n, 157n, 204n.
Alvarado, Bendición, p. 135.
Alvarado, Francisco, p. 159n.
Alvarenga, Manoel da Silva, p. 60 y n.
Alzate, José Antonio de, pp. 59, 74.
Amann, Peter, p. 264n.
Amaral Lapa, José Roberto do, p. 220n.
Amazonas, p. 145.
América Latina, pp. 14, 16, 32, 107, 108n, 213, 281.
Amerindios, indios, pp. 15n, 49, 76, 87, 107n, 122, 124n,125, 135, 142, 152, 184, 195, 249, 252, 253, 260, 269, 281.
Amigo, Roberto, p. 209n.
Amsterdam, pp. 53, 232.
Anacarsis, p. 80.
Anáhuac, p. 91.
Anarquismo, p. 101.
Anatolia, p. 199.
Anchieta, Joseph, p. 217.
Andes, pp. 35, 56n, 80n, 117, 123, 197n.
Andrada e Silva, José Bonifacio, pp. 237, 238 y n, 272.

Andrés, Juan, pp. 43, 195.
Annino, Antonio, p. 128n.
Anquetil, pp. 78 y n, 83.
Antigüedad, pp. 16, 19, 130, 131, 137, 141, 144, 146, 151, 163, 178, 181n, 201, 204, 205, 232, 240, 279.
Antiimperialismo, pp. 16, 41, 86.
Antimoine, Juan de, p. 78.
Antropología, pp. 22, 105.
Apolo, p. 133.
Aponte, José Antonio, pp. 56, 57n, 88 y n.
Arabia, árabes, pp. 24, 91, 94, 101n, 115, 169, 173, 188, 189 y n, 209, 232, 255.
Aranda, Conde de, p. 37.
Araucanos, pp. 178, 203.
Araújo, Orestes, p. 85n.
Arbalet, noble francés, p. 180.
Arboleda, familia, p. 180.
Arboleda, Julio, p. 180.
Arcángel, ciudad rusa, p. 270.
Arcaya, Pedro Manuel, pp. 132 y n, 187 y n.
Arciniegas, Germán, p. 54n.
Ardao, Arturo, p. 16n.
Area, Lelia, p. 89n.
Arequipa, p. 187.
Argel, Argelia, argelinos, pp. 61, 118, 211, 212.
Argentina, pp. 22, 24, 65, 73, 75, 79, 111-138, 206, 207, 208, 214.
Argüello, Concepción, pp. 249, 252.
Arias-Schreiber Pezet, Jorge, p. 163n.
Ariel, Arielismo, pp. 18, 23, 124.
Aristóteles, pp. 134, 137, 160, 232.
Armitage, David, p. 101n.
Arpini, Adriana M., p. 157n.
Arqueología, pp. 47n, 105.
Arrate, José Martín Félix de, p. 241.
Arrianos, p. 169.
Arrillaga, Basilio de, p. 236 y n.
Arrillaga, Francisco, p. 227.
Arriola Woog, Enrique, pp. 250n, 256n, 260n, 261n.
Arteaga Araníbar, Miguel, p. 153n.
Artola, Miguel, p. 46.
Asia, asiáticos, pp. 23, 38, 39, 50, 68, 75, 93-99, 108n, 112-121, 132, 174, 194-198, 203, 213-220, 223-227, 231-233, 241, 245-249, 260, 273, 275, 280, 281.
Asiria, asirios, pp. 82, 93, 143.
Astigarraga, Jesús, p. 48n.
Atahualpa, pp. 116n, 139.

Atenas, pp. 19, 140-147, 171, 210n.
Atenea, pp. 19, 152.
Atila, p. 198.
Atlántico, pp. 93, 156, 164, 219, 221-225, 270.
Atlántico norte, pp. 38, 105, 112, 124, 244, 245, 277, 280.
Attelis de Santangelo, Horacio, p. 64.
Aufklärung, p. 41.
Augusto, p. 93.
Aullón de Haro, Pedro, p. 43n.
Australia, pp. 223, 224.
Austria, pp. 22, 44, 46, 263.
Azángaro, p. 56n.
Azara, Félix de, pp. 59n, 190.
Azcárate, Francisco de, p. 226 y n.
Azpurúa, Ramón, pp. 181n, 183n, 272n.
Aztecas, pp. 71, 74, 217, 233.
Baco, p. 133.
Badía, Domingo, p. 189.
Báez Jiménez, Margarita, p. 91n.
Bagú, Sergio, p. 63n.
Bahia, p. 220n.
Bakos, Margaret M., p. 192n.
Balboa, Vasco Núñez de, p. 82.
Balbuena, Bernardo de, p. 238.
Balcanes, p. 201.
Báltico, p. 264.
Baltimore, p. 82.
Bancroft, Hubert Howe, pp. 260n, 261n.
Banda Oriental, véase Uruguay.
Baquíjano y Carrillo, José, pp. 233n, 234n, 241.
Baralt, Rafael María, p. 61 y n.
Barante, Prosper de, pp. 85 y n, 108, 183.
Barba, Enrique M., pp. 225n, 270n.
Barbarie, pp. 41, 49, 87, 105, 119, 127, 167ss, 202, 210.
Barcia, Pedro Luis, p. 139n.
Barnadas, Joseph, pp. 140n, 217n.
Barnes, Harry Elmer, pp. 77n, 177n.
Barroco, pp. 18, 45, 55.
Barrón, Luis, p. 111n.
Barros Arana, Diego, p. 251n, 258n.
Barros van Buren, Mario, p. 258n.
Bartley, Russell H., pp. 249ss.
Bartolache, José Ignacio, p. 45 y n.
Basadre, Jorge, p. 54n.
Bayly, Christopher A., pp. 39n, 101n.
Bayona, p. 84.
Becher, C. C., p. 270n.
Beckman, Ericka, p. 157n.

Beduinos, pp. 77, 188 y n, 208n.
Beirut, p. 205.
Bello, Andrés, pp. 57 y n, 59, 92, 105ss, 122n, 125ss, 133, 143, 151, 199ss.
Belsham, William, p. 79.
Belzoni, Giovanni Battista, p. 192.
Benjamin, Walter, p. 283.
Bennigsen, Conde Emanuel de, p. 258n.
Bergel, Martín, pp. 210n, 214 y n.
Berger, Stefan, p. 76n.
Bering, p. 232.
Bernal, Martín, p. 19 y n.
Bernal Villegas, Leticia, pp. 75n, 168n.
Bernstein, Harry, p. 70n.
Biblia, pp. 76, 80, 87, 90, 100, 126, 205, 240.
Biblioteca Americana, p. 70.
Bilbao, Francisco, p. 279.
Bioy Casares, Adolfo, p. 85n.
Bisio, Carlos A., p. 84n.
Bizancio, pp. 97, 255.
Blanc, Louis, p. 108.
Blanco, Guillermo, p. 179n.
Blanco, José Félix, pp. 181n, 183n, 272n.
Blancos y Negros, pp. 178, 184.
Blaut, J. M., p. 104n.
Blavatski, Madame Helena, p. 213.
Blest Gana, Alberto, p. 178n.
Bocchetti, Carla, p. 139n.
Bogotá, pp. 183, 242.
Bohdziewicz, Jorge C., p. 84n.
Bohdziewicz, Olga S. de, p. 84n.
Bohórquez, Carmen, pp. 47n, 87n.
Boiardo, Matteo Maria, p. 159.
Bolívar, Fernando, p. 59 y n.
Bolívar, Simón, pp. 51n, 55n, 59 y n, 64, 73 y n, 93-97, 140-145, 150, 169-171, 175n, 178 y n, 179 y n, 182, 183n, 186-190, 199, 203, 226 y n, 228, 231, 237, 241 y n, 242, 243n, 259 y n, 260n, 262n.
Boljovitinov (Bolkhovitinov), Nikolái N., pp. 249n, 250n, 256n, 262n, 267n.
Bonaparte, Napoleón, pp. 73, 84, 159n, 165, 170, 180, 189, 191, 250.
Bonialian, Mariano Ardash, p. 219n.
Bonilla Bonilla, Adolfo, p. 234n.
Bonzos, p. 240.
Borbones, pp. 45, 131, 134, 159, 223.
Borges, Jorge Luis, p. 85n.

Bosch, Velia, p. 85n.
Bossuet, pp. 40, 53, 76, 78, 83, 90, 92, 126, 127, 163, 176.
Botana, Natalio, pp. 111n, 124n, 240n.
Botero, Clara Isabel, p. 206n.
Boulainvilliers, Henri de, p. 197.
Boves, José Tomás, p. 132.
Boyé, Jacques, p. 270.
Boyer, Jean-Pierre, p. 270 y n.
Brading, David, pp. 15n, 253n.
Braganza, p. 254.
Brant, p. 270.
Brasil, pp. 68n, 79, 82 y n, 83, 95 y n, 107, 148, 149, 192 y n, 198, 206, 217, 219, 220, 225, 226, 235, 238n, 249-251, 254, 258-260, 267, 272, 274 y n.
Braudel, Fernand, pp. 26, 102n, 227n, 248n.
Bredow, p. 90.
Breisach, Ernst, pp. 77n, 102n.
Breña, Roberto, pp. 47n, 161n.
Bretón, p. 96.
Briceño Jáuregui SJ, Manuel, p. 143n.
Briesemeister, Dietrich, p. 264n.
Brito Aragão e Vasconcelos, Antonio Luiz de, pp. 95n, 238n.
Brown, Guillermo, p. 271n.
Bruni Celli, Blas, pp. 149n, 169n.
Bruselas, p. 205.
Brusíloff, Constant, pp. 264n, 265n.
Bruto, pp. 138, 139, 141, 145.
Bucaramanga, pp. 64n, 170n.
Buck-Morss, Susan, p. 137n.
Buda, budismo, pp. 39, 194.
Buen salvaje, p. 41.
Buenos Aires, pp. 35, 36, 61, 62, 71, 74, 83, 95, 96, 112, 113, 127, 133, 139, 140, 141, 149, 151, 168, 174, 190, 192, 207, 225, 228, 255, 257, 266, 270, 271.
Bunau-Varilla, Philippe, p. 274.
Burgundios, p. 167.
Burke, Edmund, p. 161.
Burke, Peter, pp. 69n, 77n, 102n, 103n.
Burke, William, pp. 195n, 234n.
Burns, E. Bradford, p. 49n.
Burucúa, Gastón, p. 23 y n.
Bury, John, p. 181n.
Busaniche, José Luis, pp. 79n, 270n.
Bustamante, Carlos María de, pp. 150, 164n, 173, 177.
Buve, Raymond, p. 87n.
Byron, Lord, pp. 75, 207.
Caballero y Góngora, Antonio, pp. 78 y n, 187.

Cabel Acevedo, Pedro, p. 260.
Caboto, Sebastián, p. 218.
Cádiz (Cortes, Constitución), pp. 42, 63, 64, 160.
Cairos, p. 53.
Cajías de la Vega, Fernando, p. 151n.
Calcaño, José Antonio, p. 232n.
Caldas, Francisco José de, p. 196n.
Caldea, caldeos, pp. 82, 85, 120, 132, 187, 232.
Caldeira, Jorge, p. 238n.
Calderón Quijano, José Antonio, p. 257n.
Calero y Moreira, Jacinto, p. 71n.
Calibán, p. 25.
California, pp. 224-227, 249, 250 y n, 252 y n, 254, 258-271.
Callao, pp. 256, 263.
Calleja, Félix, pp. 55n, 168.
Calvillo, Manuel, p. 261n.
Camaño, Joaquín, p. 70 y n.
Camayd-Freixas, Erik, p. 209n.
Campo, Bernardo del, p. 266.
Campo del Pozo, Fernando, p. 188n.
Campomanes, Pedro Rodríguez de, p. 157.
Canavese, Mariana, p. 23n.
Cantón, pp. 219, 225, 273.
Cantor, Norman F., p. 181n.
Cantú, Cesare, pp. 108, 127.
Cañizares Esguerra, Jorge, pp. 15n, 46n, 266n.
Capitalismo, pp. 111, 132.
Capitán Zapata (Emir Cigala), p. 24.
Capmany, Antonio de, pp. 158n, 165.
Caracas, pp. 62, 64, 232, 270.
Cárdenas, Héctor, p. 250n.
Cardiel Reyes, Raúl, pp. 58n, 197n.
Cardot, Carlos Felice, p. 195n.
Cardozo, Manoel, p. 52n.
Caribe, pp. 32, 107.
Carilla, Emilio, p. 179n.
Carlomagno, pp. 40, 76, 163, 170, 179.
Carlos III, p. 185.
Carlos V, pp. 162, 164, 174, 180.
Carlos XII, p. 79.
Carlyle, Thomas, pp. 103, 104n, 108, 112n.
Carmen, p. 208n.
Caro, Miguel Antonio, p. 130n.
Carreíra da Índia, p. 220n.
Carrera Damas, Germán, p. 59n.
Carrillo Martín, Rubén, pp. 221n, 239n.

Carrió de la Vandera, Alonso, pp. 53, 54n, 229n.
Carta de Jamaica, pp. 51n, 93n, 97n, 169n, 242.
Cartagena, p. 197.
Cartago, pp. 144, 145.
Cartas pehuenches (Santiago de Chile), p. 197n.
Cartier, Jacques, p. 216.
Casandra, p. 159.
Casio, p. 141.
Casiri, Miguel, p. 186.
Cassirer, Ernst, p. 102n.
Castañeda, Francisco de Paula, p. 195n.
Castellán, Ángel, pp. 22, 23n.
Castilla, pp. 164n, 259.
Castro-Gómez, Santiago, pp. 44n, 126n.
Castro Henao, Pablo Andrés, p. 71n.
Catalina II, pp. 199n, 251, 253, 264, 265, 272.
Catay, p. 216.
Catilina, p. 140.
Catón, pp. 149, 178.
Cáucaso, p. 62.
Cazali Ávila, Augusto, pp. 51n, 92n.
Cecilio Estato, p. 135.
Célebes, p. 81.
Centauros, pp. 129n, 138, 142.
Centinela contra franceses, p. 165.
Centroamérica, pp. 78, 94n, 98n, 123n, 195, 234.
Cephiso, p. 145.
Ceres, p. 133.
Céspedes Argote, Honoria, pp. 89n, 244n.
Cevallos, Pedro Fermín, p. 244n.
Chacabuco, p. 139.
Chacón Rodríguez, David, p. 199n.
Chamanes, p. 81.
Chamisso, Adelbert von, pp. 254ss.
Chappelow, Leonard, p. 202n.
Charcas, pp. 60, 217n, 233n.
Chardin, Jean, p. 200.
Chas, Jean, p. 198n.
Chassin, Joëlle, p. 55n.
Chateaubriand, François-René, pp. 103, 104n, 108, 126.
Chaves de la Rosa, Pedro José, p. 187.
Chávez, Fermín, p. 44n.
Chesterfield, Lord, p. 228.
Chiaramonte, José Carlos, pp. 15n, 47n, 49n, 71n, 157n, 182 y n, 228.
Chile, pp. 48, 60, 71, 74n, 75, 78 y n, 92, 97n, 109n, 117, 118, 122-126, 138-143, 146,

148, 151, 173, 178, 202, 204, 207, 217, 219, 223-226, 249, 254, 255, 261, 267, 268, 273.
Chilotes, p. 271.
Chimalpáhin, San Antón Muñoz, p. 218.
Chimborazo, p. 145.
China, chinos, pp. 16, 26, 34, 38, 40, 76, 91, 97, 101n, 103n, 120, 178, 181, 188, 200, 202, 214, 215-245, 255, 260, 266, 282.
China illustrata, p. 217.
Chinchilla Aguilar, Ernesto, p. 94n.
Chipre, pp. 109, 184.
Christophe, Henri, p. 180.
Cicerchia, Ricardo, pp. 209n, 212n.
Cicerón, pp. 84, 144.
Cíclopes, p. 138.
Cid Campeador, pp. 73 y n, 161, 203.
Ciencias sociales, pp. 15, 33, 105, 106, 108, 127.
Cieszkowski, August, p. 42.
Ciudad Nezahualcóyotl, p. 20 y n.
Civantos, Christina, p. 209n.
Civilizaciones precolombinas, pp. 46, 72, 116, 201, 219.
Claudiano, p. 139.
Clavijero, Francisco Javier, pp. 34, 47n, 74, 113.
Cochabamba, p. 176.
Colégio Pedro II, pp. 82, 83.
Collins, Randall, p. 123n.
Colmeiro, José P., p. 208n.
Colombia, Gran Colombia, pp. 74, 93, 97n, 109, 130n, 138, 142, 145, 166, 209n, 266, 282.
Colón, Cristóbal, pp. 176, 177, 216.
Colonialismo, pp. 48, 86, 121.
Comercio de pieles, pp. 223, 225, 227, 260.
Compañía Asiático-Mexicana, p. 227.
Compañía de Filipinas, pp. 223, 225, 254.
Compañía Ruso-Americana, pp. 250 y n, 254, 256.
Comuneros de Nueva Granada, p. 48.
Concepción, Chile, p. 257.
Conde, Antonio, pp. 186, 189, 202n.
Condillac, p. 90.
Condorcet, pp. 76, 85, 174n.
Confucio, confucianismo, pp. 39, 200, 228, 231-234, 239, 240.
Congo, p. 57n.

Conink, Juan Ramón, p. 217 y n.
Conquista, conquistadores, pp. 71, 89, 129, 155, 159, 162, 164, 166, 172, 174, 208, 278, 281.
Conrad, Sebastian, pp. 39n, 50n.
Conspiración de los Franceses en Chile, p. 48.
Constant, Benjamin, p. 146.
Constantino, p. 180.
Constantinopla, pp. 105, 193, 241.
Cooper, Capitán, p. 225.
Coquimbo, p. 273.
Corán, Alcorán, pp. 188, 189n, 193, 196, 198, 200, 202.
Córcega, p. 100.
Córdoba, Argentina, p. 22.
Corea, pp. 40, 282.
Corneille, p. 73n.
Cornelio Nepote, p. 135.
Coro, pp. 132, 187.
Correo de Comercio, p. 235n.
Correo del Orinoco (Angostura), pp. 65n, 236, 237n.
Correo Semanario de México, p. 196n.
Corsi, Elisabetta, p. 217n.
Cortés, Hernán, pp. 177, 182, 216.
Cosacos, pp. 81, 259, 271.
Costa, Ivana, p. 23n.
Cournand, p. 174n.
Cousin, Victor, pp. 62n, 108, 113 y n, 184.
Covadonga, p. 157.
Crimea, p. 199n.
Cristianismo, pp. 39, 114, 147, 162, 171, 175, 191, 192, 196, 197.
Cruz, Ramón de la, p. 73n.
Cruz, Sor Juana Inés de la, p. 217.
Cruzadas, pp. 109, 155-184.
Cuba, pp. 83, 134n, 167, 206, 263, 270, 274.
Cuernavaca, pp. 154, 218.
Cuoco, Vincenzo, p. 161.
Curcio, p. 138.
Curel, Francisco, p. 83.
Curiel, Gustavo, p. 206n.
Currado, Joaquim Chavier, p. 254.
Cuzco, pp. 233.
D'Evereux, Juan, p. 269.
D'Holbach, Paul Thiry, p. 197.
Dager Alva, Joseph, p. 126n.
Dandamis, p. 228.
Daniel, p. 163.
Danilevski, Nikolai, p. 42.
Danubio, p. 95.
Darién, p. 224.
Darío, pp. 149, 272.
Darío, Rubén, p. 151 y n.
Daru, Conde de, p. 183.

Daut, Marlene, pp. 57n, 88n.
Davis, Kathleen, p. 204n.
De Angelis, Pedro, pp. 113, 115 y n.
De Pauw, Cornelius, p. 116n.
Decabristas, p. 269.
Decios, p. 138.
Degollado, Santos, p. 187.
Demersay, Alfred, p. 112n.
Denis, Ferdinand, p. 148 y n.
Dente, Rafael, p. 116n.
Dependentismo, pp. 156, 283.
Depons, François, p. 57 y n.
Descubrimiento de América, pp. 33, 163, 176.
Despotismo ilustrado, p. 44.
Devoto, Fernando J., p. 41n.
Diana Cazadora, p. 133.
Diario Económico de Puerto Rico, p. 236n.
Díaz de Gamarra y Dávalos, Benito, p. 231 y n.
Díaz, José Domingo, p. 140 y n.
Diccionario histórico de América, p. 70.
Dieta de Varsovia, p. 53.
Dilthey, Wilhelm, p. 103.
Dinamarca, p. 269.
Diógenes Laercio, p. 231.
Discurso de Angostura, pp. 183n, 190, 242n.
Disputa del Nuevo Mundo, p. 46 y n.
Dodsley, Robert, p. 228.
Domesticación de la barbarie, p. 127.
Domeyko, Ignacio, p. 122n.
Domiciano, p. 178.
Dorsch, Sebastian, p. 49n.
Dottori, Nora, p. 132n.
Dougnac Rodríguez, Antonio, p. 240n.
Dozy, Reinhard, p. 202n.
Dresde, p. 189n.
Du Halde, Jean-Baptiste, pp. 188, 228, 242.
Duane, William, p. 209n.
Dueñas, María C., p. 84n.
Dufays, Jean-Michel, pp. 156n, 158n.
Dujovne, León, p. 119n.
Dumas, Alexandre, p. 211.
Durán, Narciso, p. 261 y n.
Duruy, Victor, p. 152.
Dussel, Enrique, pp. 20, 47n, 87n, 283.
Dux, p. 178.
Echeverría, Bolívar, pp. 68n, 103n.
Echeverría, Esteban, pp. 75n, 114 y n, 115 y n, 116, 120, 211.
Ecuador, pp. 63, 126, 244n, 266.
Edad Axial, pp. 39, 46.

Edad Media, pp. 86, 108, 144, 146, 155-184, 195, 282.
Edimburgo, p. 198.
Egaña, Juan, pp. 62 y n, 124n, 149, 197 y n, 226, 239, 240.
Egaña, Mariano, pp. 62 y n, 63, 64n, 124n, 133 y n, 149.
Egipto, egipcios, pp. 24, 57, 80, 93, 101, 120, 121, 125, 133, 136, 181, 190, 191, 192 y n, 202, 203n, 206, 208n, 210n, 217, 231, 232, 241n, 273, 282.
Eichmann Oehrli, Andrés Pablo, p. 233n.
Eissa-Barroso, Francisco A., p. 128n.
El Argos de Chile (Santiago de Chile), p. 71n.
El Censor (Buenos Aires), pp. 224n, 229, 236n, 268n, 271n.
El Centinela (Buenos Aires), pp. 133n, 168n, 193n, 194n, 230n.
El Centinela en Campaña (Huamachuco), p. 259n.
El Corresponsal del Imparcial, pp. 272n, 273n.
El Duende, p. 144n.
El Eco de los Andes (Mendoza), p. 80n.
El Editor Constitucional (Guatemala), pp. 58n, 141n, 229n, 241n.
El Farol, p. 81 y n.
El Iris, pp. 88n, 91 y n, 92 y n.
El Liberal (Santiago de Chile), p. 194n.
El Monitor Araucano (Santiago de Chile), p. 195n.
El Nacional (Buenos Aires), pp. 80n, 149n, 172 y n.
El Nivel (Guadalajara), p. 175 y n.
El Observador Chileno (Santiago de Chile), p. 268n.
El Observador Eclesiástico, p. 196 y n.
El Peruano (Lima), pp. 160n, 165n, 229n, 232n, 272n.
El Republicano (Arequipa), pp. 179, 236n.
El Sol (México), pp. 175 y n, 224n.
El Sol de Chile (Santiago de Chile), pp. 93n, 268n.
El Sol de las Provincias Unidas (Montevideo), p. 179n.
El Sol del Cuzco, pp. 180n, 194n, 237 y n.
Elba, río, p. 95.
Elefantes, pp. 27, 36.
Elías Ortiz, Sergio, p. 53n.
Élie, Louis E., p. 270n.
Emérita, p. 134.
Emiro Kastos, p. 83n.

Enciclopedia Británica, p. 69.
Encyclopédie, Enciclopedistas, pp. 54, 69.
Eneida, p. 150.
Engel-Janosi, Friedrich, p. 85n.
Engels, Friedrich, p. 182.
Enrique III, p. 160n.
Epaminondas, pp. 193, 194n.
Epistemología patriótica, p. 46.
Eschscholtz, Johann Friedrich, p. 257n.
Escobar, Marcelino, p. 225.
Escobar Ohmstede, Antonio, p. 87n.
Escocia, pp. 15, 41, 76.
Escolástica, pp. 46, 136, 160, 172.
Escuela universalista, p. 43.
España, pp. 22, 36, 42, 43, 45, 48, 51, 52, 53, 69, 74, 83, 86, 88, 108, 134, 157, 158, 159, 164, 165, 167, 168, 173, 179, 185, 187, 189, 194, 195, 201, 203, 208, 218, 219, 224, 229, 242, 244, 249, 250, 251, 256, 260, 261, 263, 267.
Esparta, pp. 139, 140, 141, 143, 144, 171.
Espinosa Pólit SJ, Aurelio, pp. 81n, 143n, 167n, 251n.
Essig, E. O., p. 255n.
Estados Unidos, estadounidenses, pp. 35, 42, 50, 69, 83, 89, 97, 109, 137, 144n, 202, 223, 226, 248 y n, 250, 252, 255, 256, 261, 263, 267, 268, 270, 271, 273, 274.
Estatuaria, pp. 132, 133.
Estatúder, p. 81.
Estebanico de Azamor, p. 24.
Ester, p. 251.
Estrada, Santiago, p. 225.
Estuardo, María, p. 109.
Étiemble, René, p. 222n.
Eurocentrismo, pp. 15, 16, 25, 33, 40, 87, 100ss, 104, 279, 281.
Eurocriollismo, pp. 15, 16n, 19, 26, 33, 106ss, 108, 282.
Europeización, pp. 15, 106, 107n.
Evangelio, p. 193.
Eximeno, Antonio, p. 43.
Expulsión de judíos y moros, pp. 168, 195 y n.
Facundo, pp. 113n, 118, 120, 124, 132n, 157n, 209n, 211 y n.
Falcón, Fernando, p. 79n.
Falcón Vega, Romana, p. 87n.
Faraón, faraones, pp. 197, 198, 201, 202, 203, 210n, 217.
Febo, p. 138.

Febres Cordero, Julio, p. 260n.
Feijoo, Benito Jerónimo, p. 239.
Feldner, Heiko, p. 76n.
Felipe de Jesús, santo, p. 238.
Fenelon, p. 232.
Fenicios, pp. 85, 120, 232.
Feres Júnior, João, pp. 107n, 123n.
Ferguson, Adam, pp. 76, 79 y n.
Ferguson, Wallace K., p. 156n.
Fernández, Javier, 210n.
Fernández, José, p. 225n.
Fernández-Armesto, Felipe, p. 69n.
Fernández-Armesto, María Verónica, p. 228n.
Fernández de Lizardi, José Joaquín, pp. 193n, 196n, 221, 239 y n.
Fernández Heres, Rafael, pp. 199n, 234n.
Fernández Sebastián, Javier, pp. 70n, 107n.
Fernando VII, pp. 196, 256, 257, 259, 261, 271.
Ferreira Furtado, Júnia, p. 79n.
Ferreira Reis, Artur César, p. 82n.
Ferrocarril, p. 227.
Feudalismo, pp. 155ss, 208.
Fiengo, Nicola, p. 192.
Filadelfia, p. 100.
Filangieri, Gaetano, pp. 42, 173, 228, 235, 237.
Filipinas, filipinos, pp. 216, 223, 224, 225, 227, 229, 238.
Filippi, Alberto, p. 262.
Filología clásica, pp. 131ss
Filosofía de la historia, pp. 32, 81n, 99ss, 184.
Findlen, Paula, p. 217n.
Fisiócratas, p. 236.
Fitte, Ernesto J., p. 235n.
Florencia, p. 23n, 144.
Forner, Juan Pablo, pp. 43, 195n, 239.
Foucault, Michel, p. 283.
Francia, pp. 22, 41, 45n, 63, 64, 76, 79, 83, 88, 101, 103, 114, 133, 149, 150 y n, 152, 213, 223, 258, 263, 269.
Francia, Gaspar Rodríguez de, pp. 63 y n, 111, 112n, 124n, 188 y n, 190 y n.
Francos, p. 167.
Francovich, Guillermo, p. 83n.
Frank, Andre Gunder, p. 15n.
Franklin, Benjamin, p. 233.
Freyre, Gilberto, p. 220 y n.
Frías, Félix, p. 129.
Friede, Juan, p. 264n.
Frigia, p. 142.
Fuchs, Eckhardt, pp. 78n, 104n.
Fuero Juzgo, p. 159.
Fueter, Ed., p. 103n.

Funes, Gregorio, pp. 73 y n, 75, 140n, 143 y n, 144.
Furlong, Guillermo sj, pp. 74n, 228n.
Gaceta de Bogotá, pp. 58, 168.
Gaceta del Gobierno de Calcuta, p. 194.
Gaceta del Gobierno de México, p. 165 y n.
Gaceta Real de Jamaica, pp. 96n, 226n.
Galeano, Eduardo, p. 33.
Galeón de Manila, pp. 219, 221.
Galí Boadella, Montserrat, p. 206n.
Galia, p. 232.
Galland, Antoine, p. 200.
Gandarilla Salgado, José Guadalupe, p. 47n.
Gandía, Enrique de, p. 250n.
Ganges, pp. 65, 93, 189, 213.
García, Genaro, pp. 169n, 231n.
García, Telésforo, p. 213.
García Ayluardo, Clara, p. 128n.
García Bacca, Juan David, pp. 125n, 136n, 175n, 226n.
García del Río, Juan, pp. 65 y n, 86 y n, 136 y n, 144, 145n, 183 y n, 269, 272n.
García González, Armando, p. 270n.
García Laguardia, Mario, pp. 58n, 195n, 241n.
García Márquez, Gabriel, p. 136 y n.
García Rodríguez, Mercedes, p. 78n.
Garcilaso de la Vega, p. 56.
Garrels, Elizabeth, pp. 209n, 211n.
Garriga, Carlos, p. 164n.
Garritz, Amaya, p. 165n.
Gasquet, Axel, pp. 207 y n, 209n, 211n.
Gatterer, Johann Christoph, pp. 69, 77.
Gauchos, pp. 84, 142, 209, 271.
Gaulmier, Jean, p. 86n.
Gay, Claudio, p. 122n.
Gazeta de Buenos Aires, p. 97n.
Gazeta de Guatemala, p. 44.
Gazeta de Santiago de Chile, pp. 78n, 94n, 173n, 194n, 271n.
Gazeta Ministerial de Chile, pp. 168n, 196n, 268n.
Gazmuri Stein, Susana, p. 142n.
Gemelli Careri, Giovannni Francesco, p. 230.
Generación de 1837, pp. 86, 113-116, 122, 207.
Gengis Khan, pp. 197, 208, 242.

Génova, p. 22.
Genovesi, Antonio, pp. 42, 54, 223, 228.
Gerbi, Antonello, pp. 28, 46n.
Germania, germanos, pp. 166, 232.
Gibbon, Edward, pp. 76, 80, 162.
Gil, Juan, p. 218n.
Gimnosofistas, p. 231.
Giner, Salvador, p. 123n.
Ginzburg, Carlo, p. 28.
Giovio, Paolo, pp. 77n, 103n.
Giro antropológico, p. 76.
Girondinos, p. 84.
Glave, Luis Miguel, p. 56n.
Godos, pp. 155-184.
Goethe, Wolfgang von, p. 278.
Goldman, Noemí, p. 114n.
Golovnin, Vasili M., pp. 254n, 258 y n, 270n.
Gómez, Antonio, p. 234 y n.
Gómez, José, Conde de la Cortina, pp. 90 y n, 91.
Gómez-Huerta Suárez, José, p. 180n.
Gómez Robledo, Antonio, p. 47n.
Gómez Valderrama, Pedro, p. 197n.
Góngora, Luis de, p. 158n.
González, Joaquín V., p. 279.
González, Juan Vicente, p. 72.
González, Luis, p. 68.
González Acosta, Alejandro, p. 91n.
González Casanova, Pablo, p. 45n.
González de Mendoza, Juan, pp. 217, 218, 221n, 238.
González Pedrero, Enrique, pp. 147n, 166n.
González Queipo, Jean, p. 143n.
González Stephan, Beatriz, pp. 127, 204n.
González Suárez, Federico, p. 127.
Gorriño, Manuel María, pp. 58, 80 y n, 197n.
Gorriti, Juan Ignacio, pp. 80, 81 y n, 126, 176 y n, 196 y n, 197 y n, 247.
Goya, Francisco de, p. 43.
Goyeneche, José Manuel de, pp. 140, 253.
Graaner, Jean Adam, pp. 79 y n, 270n.
Graham, Maria, p. 255 y n.
Granada, pp. 189 y n.
Grand tour, p. 60.
Grases, Pedro, pp. 57n, 59n, 79n, 203n.
Grecia, griegos, lengua griega, pp. 19, 20, 22, 23, 61, 77, 82,

86, 92, 115n, 120, 121, 125, 129-154, 162, 163, 165, 169-171, 178, 179, 184, 186, 187, 199 y n, 203, 231-233, 268.
Grégoire, Abbé, pp. 88, 168.
Griggs, Tamara, p. 77n.
Grisendi, Ezequiel, p. 114n.
Grote, George, p. 102.
Gruzinski, Serge, p. 216n.
Guadarrama, Pablo, p. 39n.
Gual, Pedro, p. 175 y n.
Gualpo, p. 115 y n.
Guanches, p. 43.
Guardia del Monte, p. 85n.
Guatemala, pp. 83, 92, 183.
Guedea, Virginia, p. 165n.
Guerras napoleónicas, p. 61.
Guerreau, Alain, p. 156n.
Guignes, Joseph de, p. 242.
Guizot, François, pp. 105, 108, 184.
Guthrie, William, p. 90.
Gutiérrez, Juan María, pp. 75 y n, 116n, 125.
Gutiérrez de la Fuente, Antonio, p. 259n.
Gutiérrez del Arroyo, Isabel, p. 236n.
Guzmán, Antonio Leocadio, pp. 181 y n, 272.
Guzmán, José Javier, p. 126.
Hagimoto, Koichi, p. 239n.
Haití, pp. 48, 56, 88, 101, 141 y n, 180, 269.
Hale, Charles A., pp. 62n, 168n, 182n.
Halperin Donghi, Tulio, pp. 23 y n, 54n, 121n, 143 y n, 146.
Hamburgo, pp. 189n, 270.
Hampe Martínez, Teodoro, p. 152n.
Hanley, Ryan Patrick, p. 228n.
Harbsmeier, Michel, pp. 78n, 87n, 104n.
Hasekura Tsunenaga, p. 218.
Hawai, p. 272.
Haya de la Torre, Víctor Raúl, p. 214.
Hebreos, judíos, pp. 39, 40, 84, 86, 152, 153, 168, 187, 195, 206, 232.
Heeren, Arnold, p. 90.
Heers, Jacques, p. 156n.
Hegel, pp. 91, 104, 108, 113.
Henríquez, Camilo, pp. 80 y n, 141 y n, 172 y n, 195 y n, 272n.
Henríquez Ureña, Pedro, pp. 15n, 50n, 134 y n, 150 y n.
Herculano, Alexandre, p. 108.
Hércules, barco, p. 271.
Herder, Johann Gottfried, pp. 41, 77, 85, 86.
Heredia, José Francisco, pp. 149n, 169n.

Heredia, José María, pp. 83, 88-91, 98, 159n, 190, 207 y n, 244 y n.
Heredia, Pedro de, p. 82.
Hernández de Alba, Guillermo, p. 71n.
Hernández Muñoz, Felipe-G., p. 144n.
Herold-Schmidt, Hedwig, p. 49n.
Herr, Richard, pp. 45n, 52n, 195n.
Herrera, Bartolomé, p. 126.
Hervás, Lorenzo, p. 43.
Hidalgo, Bartolomé, pp. 84, 85n.
Hidalgo, Miguel, p. 140.
Hidra de la Revolución, p. 48.
Hildebrandt, Martha, pp. 167n, 243n.
Himnos nacionales, pp. 65, 138.
Hispanismo, p. 33.
Historia mundial/global, pp. 25, 50n, 101 y n, 112n, 127n, 128, 278, 282, 284.
Holanda, holandeses, pp. 132, 137, 201, 215, 218, 228, 236.
Homero, pp. 84, 150, 154.
Hopkins Rodríguez, Eduardo, p. 152n.
Horacio, pp. 84, 134.
Horner, Johann Caspar, p. 257n.
Huber, Elena, p. 22 y n.
Hubler, D. G. J., p. 90.
Huerta Grande, p. 22.
Hugo, Victor, p. 207.
Huizinga, Johan, p. 102.
Humanismo universalista, p. 38.
Humboldt, Alexander von, pp. 45, 51 y n, 63 y n, 72, 161 y n, 165, 166n, 208 y n, 209n, 226 y n, 270 y n, 271.
Hume, David, p. 79.
Humphreys, R. A., p. 264n.
Hybris del punto cero, pp. 43, 44n.
Hymeto, p. 145.
Ibarra, Ana Carolina, p. 87n.
Ibarra Cuesta, Jorge, p. 78n.
Ibn Jaldún, p. 99.
Idea de progreso, pp. 80, 101, 107, 114, 120, 125, 127, 181n.
Iggers, Georg G., pp. 77n, 103n.
Ilíada, pp. 73, 150.
Imperio mogol, pp. 38, 222, 229.
Imperio otomano, pp. 25, 38, 193, 194, 199 y n, 201, 222, 250.
Imperio safaví, pp. 38, 137.
Imperios de la pólvora, p. 38.
Imprenta, p. 48.
Incas, pp. 71, 115, 121, 194n, 198, 231, 233, 237, 253.
Inconfidência Bahiana, p. 49 y n.
India, Indostán, indios, pp. 26, 32, 38, 40, 62, 76, 77, 91, 92,

96, 101n, 116, 120, 188, 194, 205, 213, 220, 223, 224, 237, 241, 265, 266, 273, 280, 282.
Índico, océano, pp. 223, 224.
Inglaterra, Gran Bretaña, pp. 53, 76, 79, 90, 149, 201, 202, 213, 219, 223, 237, 242, 264, 269, 271.
Inquisición, pp. 78, 132, 175, 190, 191, 193, 232, 251.
Instituto Científico y Literario, p. 88.
Insurrección griega, p. 61.
Invasión francesa de España (1808), pp. 157, 232.
Iriarte, Juan de, p. 134.
Irigoyen, Emilio, p. 142n.
Irisarri, Antonio José de, p. 145 y n.
Irlanda, pp. 68, 101.
Isabelle, Arsène, p. 208.
Iselin, Isaak, p. 77.
Islam, musulmanes, mahometismo, mahometanos, pp. 24, 26, 39, 76, 96, 116, 185, 192, 196, 197, 202, 203, 210n.
Islas de los Amigos, p. 260.
Israel, Jonathan, pp. 49n, 50n.
Italia, pp. 22, 43, 44, 63, 131, 137, 145, 159, 163, 174, 206, 210n.
Iturbide, Agustín de, pp. 97n, 180 y n, 260.
Iturri, Francisco, p. 162 y n, 163, 174.
Jaksic A., Iván, pp. 111n, 126n.
James, C. L. R., p. 141n.
Janin, Jules, pp. 62n, 113n.
Jansenismo, p. 40.
Japón, pp. 38, 40, 68, 201, 214, 218, 220, 224, 229, 230, 233, 236, 266, 273, 274, 282.
Jaramillo, Ana, p. 44n.
Jasidismo, p. 40.
Jaspers, Karl, p. 39n.
Jaucourt, Louis de, p. 233.
Jáuregui, Agustín de, virrey, p. 234n.
Jaurès, Jean, pp. 122n, 136n.
Jauretche, Arturo, p. 31.
Java, pp. 38, 101n.
Javier, Francisco, p. 218.
Jenisch, Daniel, p. 77.
Jerusalén, pp. 179, 196.
Jesucristo, pp. 196, 198.
Jesuitas, pp. 43, 46, 217, 239, 251 y n, 264 y n.
Jicoténcal, p. 91.
Jiménez de Quesada, Gonzalo, p. 82.
Joes, p. 240.
Jones, William, p. 200.
Jotabeche, véase Vallejo, José Joaquín.
Jouffroy, Théodore, p. 120.

Jovellanos, Gaspar Melchor de, pp. 158n, 160, 161.
Juana de Arco, p. 184.
Juancho, p. 84.
Judíos, véase Hebreos.
Julio César, pp. 141, 142.
Junín, pp. 73, 94 y n, 139 y n.
Juramento en el Monte Sacro, p. 94n.
Kalmanson, Leah, p. 185n.
Kamchatka, barco, pp. 254, 255, 258 y n, 270 y n.
Kames, Lord, p. 76.
Kanatos centroasiáticos, p. 38.
Karadžić, Vuk Stefanović, p. 41n.
Karamán Chaparenco, Julio Omar, p. 142n.
Karzhavin, Fiodor Vasilievich, p. 267n.
Keller, Christophe (Cellarius), p. 158n.
Keller R., Carlos, p. 61n.
Kiang, p. 95.
Kircher, Athanasius, p. 217.
Kirk, Russell, p. 102n.
Knowlton, Edgar C., p. 239n.
Kohn, Hans, p. 272n.
Kohut, Karl, p. 46n.
Kommissárov, Borís, p. 254n.
König, Abraham, pp. 175n, 210n.
Kotzebue, Otto von, pp. 254n, 257 y n, 258n, 261 y n.
Kozel, Andrés, pp. 13, 36.
Kraus, Michael, p. 70n.
Krémer, Iván, p. 266.
Kruzenshtern, Ivan Fedorovīch, p. 257n.
Kutlu, Mehmet Necati, p. 199n.
Kutúzov, barco, p. 250.
L'Ouverture, Toussaint, p. 141 y n.
La Abeja Chilena (Santiago de Chile), p. 234n.
La Aurora (Montevideo), p. 171n.
La Crónica Argentina (Buenos Aires), pp. 174n, 231n.
La Habana, pp. 57n, 63, 88n, 266.
La Haya, p. 53.
La Lyra Argentina, pp. 95n, 149, 195n.
La Miscelánea, p. 91 y n.
La Miscelánea Chilena (Santiago de Chile), p. 197n.
La Prensa Argentina, p. 194n.
La Serna, José de, p. 250n.
Laclau, Martín, p. 121n.
Lafuente, Modesto, p. 108.
Laird, Andrew, p. 130n.
Lamartine, Alphonse de, pp. 108, 207.
Lamas, Andrés, p. 253n.
Lambert, Yves, p. 39n.
Langsdorff, Georg-Heinrich, p. 274.

Lanuza, José Luis, pp. 96n, 115n.
Laocoonte, p. 133.
Larrazábal, Antonio, p. 234.
Las Casas, Bartolomé de, p. 71.
Laso, Benito, pp. 198 y n, 232n.
Lasso de la Vega, Hilarión José Rafael, p. 188n.
Lastarria, José Victorino, pp. 122n, 146 y n, 149 y n, 151 y n.
Latacunga, p. 136 y n.
Latín, pp. 22, 62, 90, 130-170.
Leblond, p. 150.
Leguía, Jorge Guillermo, pp. 55n, 253n.
León XII, pp. 167n, 172n.
Lértora Mendoza, Celina A., p. 119n.
Lesky, Albin, p. 22.
Lesser, Jeffrey, p. 225n.
Lessing, Gotthold Ephraim, p. 134.
Level de Goda, Andrés, p. 234n.
Lévi-Strauss, Claude, p. 283.
Leyenda Negra, p. 86.
Leyes de Toro, p. 159.
Liberalismo, liberales, pp. 14, 15, 45, 49 y n, 85, 94n, 101, 110, 111 y n, 112, 122, 126, 127, 130, 137, 151, 153, 160, 164, 180, 182, 189, 193, 195, 244, 269, 277.
Lida de Malkiel, María Rosa, pp. 134n, 139n.
Likoangti, p. 240.
Lima, pp. 65n, 96n, 150n, 164, 219, 240, 251n, 253, 254.
Limahotón, p. 238.
Lira, Luciano, p. 85n, 95n.
Literatura maurófila, p. 206.
Litke, Fiodor Fiodorovich, p. 255 y n.
Livio Andrónico, p. 135.
Llaneros, pp. 143, 271.
Llano Zapata, Eusebio de, p. 87.
Lledías, Felipe, pp. 65n, 96n.
Locke, John, p. 76.
Lomné, Georges, p. 170n.
Londres, pp. 41, 61, 133, 189, 202, 225, 265, 266.
Longchamp, Marcelin, pp. 63n, 140n, 259n.
López, Lucio Vicente, p. 117n.
López, Luis Horacio, p. 189n.
López, Vicente Fidel, pp. 62 y n, 100n, 113n, 117-125 y n, 150 y n, 87, 211 y n.
López Portillo, Antonio, p. 192n.
López y Planes, Vicente, p. 139.
Lorente Medina, Antonio, pp. 54n, 229n.
Lovera-De Sola, Roberto J., pp. 125n, 136n, 175n, 226n.

Lozano, Teresa, p. 165n.
Lubrich, Oliver, p. 208n.
Luculo, p. 194n.
Luis XIV, pp. 90, 150, 176, 180.
Lukács, Georg, p. 102n.
Lukacs, John, p. 102n.
Lukin, Borís, p. 257n.
Luna Pizarro, Francisco Xavier de, pp. 187 y n, 231 y n, 233.
Lutero, p. 147.
Lutke, Frédéric (Friedrich Lütke), p. 255 y n, véase Litke, Fiodor.
Luzón, p. 224.
Lynch, John, p. 191n.
Macedonios, p. 149.
Maciel, Juan Baltasar, pp. 139n, 233n.
Madagascar, p. 223.
Madrid, pp. 61, 228, 263, 264.
Magos, p. 231.
Magreb, pp. 185, 194.
Mahmud II, p. 25.
Mahoma, pp. 168, 189 y n, 196-199, 200n, 206n.
Mahomet, pp. 193, 194n, 272.
Mahometismo, véase Islam.
Mahr, August C., p. 254n.
Maistre, Xavier de, p. 212.
Manco Cápac, p. 233.
Mandarines, p. 231.
Manila, pp. 219, 221, 258.
Maniqueísmo, p. 39.
Manizer, G. G., p. 274.
Manolo, p. 73 y n.
Manrique, Jorge Alberto, pp. 55n, 68n.
Maquiavelo, pp. 54, 110n.
Mar Rojo, p. 109.
Maratón, pp. 138, 139.
Marco Aurelio, p. 232.
Marcó del Pont, Casimiro, p. 257.
Marco Polo, p. 218 y n.
Marcolin, Neldson, p. 192n.
Mareschal, barón de, p. 235n.
Mariana, Juan de, p. 159.
Mariátegui, José Carlos, p. 214.
Mariluz Urquijo, José M., p. 221n.
Marquese, Rafael, p. 112n.
Márquez, Pedro José, p. 74.
Marruecos, pp. 22, 38, 231.
Marte, dios, p. 138.
Martí, José, pp. 16n, 130n.
Martínez, Frédéric, p. 108n.
Martínez, José Luis, p. 134n.
Martínez Cortés, José Ignacio, p. 215n.
Martínez Delgado, Luis, p. 53n.
Martínez Marina, Francisco Javier, pp. 157, 160 y n.
Martínez Paz, Enrique, pp. 81n, 176n, 195n.

Martínez Peria, Juan Francisco, pp. 57n, 88n.
Martínez Rosales, Alfonso, p. 47n.
Marure, Alejandro, pp. 51n, 56n, 92n, 93n, 94n, 98.
Marx, Karl, marxismo, pp. 15 y n, 32, 101, 103, 104n, 147 y n, 156.
Mascardi, Niccoló, p. 217.
Maspero, Gaston, p. 121.
Mathes, Miguel, pp. 225n, 252n, 262n, 269n, 271n, 273n.
Maticorena Estrada, Miguel, p. 233n.
Matiushkin, Fiodor F., p. 269.
Maya, Manuel Vicente de, p. 199n.
Mayer, J. P., pp. 147n, 166n.
Maypo, p. 95n.
Mazour, Anatole G., p. 263n.
McNeill, William, p. 280.
Meca, 210n.
Medina, José Toribio, pp. 78n, 190n, 197n.
Medio Oriente, Cercano Oriente, pp. 21, 108n, 273, 282.
Mediterráneo, pp. 17, 185.
Medos, pp. 82, 93, 125, 136.
Meek, Ronald L., pp. 40n, 77n.
Méhégan, Guillaume, p. 174n.
Meinecke, Friedrich, p. 103.
Meiners, Christoph, pp. 69, 77.
Meléndez, Carlos, p. 80n.
Melgar, Mariano, p. 187n.
Meliapor, p. 233.
Mendieta, Eduardo, pp. 47n, 87n.
Mendieta, Gerónimo de, p. 216 y n.
Mendieta, Salvador, pp. 58n, 141n, 229n, 241n.
Mendoza, p. 35, 80n, 132.
Mercado, Juan Carlos, p. 115n.
Mercancías asiáticas, pp. 220, 225.
Mercurio, dios, p. 45.
Mercurio de Chile (Santiago de Chile), pp. 194n, 234n.
Mercurio Peruano (Lima), pp. 44, 53 y n, 71n, 95 y n, 162, 163n, 193n, 232 y n, 233 y n.
Mercurio volante (México), p. 45n.
Mérida, Rafael Diego, p. 199 y n.
Merimée, Prosper, pp. 62n, 113n.
Mestizaje, pp. 17, 68n, 126.
Metafísica, pp. 44, 55n, 101, 102.
Metales de América, p. 223.
Metternich, Klemens von, p. 235n.
Mexía, Pedro, p. 157.

México, pp. 20n, 24, 35, 46, 50n, 63, 64, 80n, 83, 86, 88, 89, 90, 111, 126, 139, 151, 153, 188, 191, 206, 207, 217, 220, 226, 227, 249, 252, 260, 261, 264, 267, 268, 273, 274, 282, véase también Nueva España.
Meyer, Eugenia W., p. 79n.
Michelet, Jules, pp. 62n, 102, 108, 113n.
Mier, Servando Teresa de, pp. 64 y n, 160n, 164, 167 y n, 171n, 172n, 174n, 230 y n, 233 y n, 242, 260, 261n.
Mignet, François-Auguste, p. 108.
Migraciones asiáticas, pp. 96, 97, 226, 244.
Mil y una noches, p. 189.
Milenarismo, p. 40.
Miles, Edwin A., pp. 137n, 144n.
Millot, Abate, pp. 78, 90.
Minas Gerais, p. 79n.
Minerva (México), p. 91 y n.
Miramón, Alberto, p. 190n.
Miranda, Francisco de, pp. 132, 141, 142n, 162, 188 y n, 199-202, 211, 230 y n, 251, 264-266, 269 y n.
Miranda, María Elina, p. 134n.
Miró Quesada Sosa, Aurelio, pp. 65n, 96n, 187n, 259n.
Miroshevski, Vladimir, pp. 264n, 265n.
Misoneísmo, p. 45n.
Mitford, William, pp. 90, 144, 151.
Moctezuma, p. 116n.
Modelo colonizador del mundo, p. 104.
Modernidad, pp. 31, 37-39, 45, 56, 68, 102, 104, 124, 131, 156, 158, 202, 278, 281, 282.
Moisés, pp. 197, 198.
Moldavia, p. 268.
Molina, Ignacio, pp. 70n, 87.
Molina, Pedro, pp. 58 y n, 141n, 229n, 241n.
Molina Argüello, Carlos, p. 82n.
Molino García, Ricardo del, p. 142n.
Mollien, Gaspard, pp. 166n, 209n.
Mommsen, Theodor, p. 102.
Mongoles, pp. 91, 218, 242, 244.
Montagu, Mary, p. 200.
Monteagudo, Bernardo de, pp. 63, 96, 97 y n, 138 y n, 177n.
Monterrey, pp. 225, 227.
Montesquieu, pp. 70, 232, 239.

Montevideo, pp. 83, 147, 260.
Monvoisin, Raymond, pp. 208, 211.
Mora, José Joaquín de, p. 189 y n.
Mora, José María Luis, pp. 62 y n, 64n, 152, 153n, 160n, 167, 168n, 174 y n, 182n.
Mora, Pablo, pp. 88n, 91n.
Mora Queipo, Ernesto, p. 143n.
Morales, Fabio, pp. 126n, 136n, 175n, 226n.
Morales Carrión, Arturo, p. 83n.
Moraña, Mabel, p. 89n.
Morea, p. 188.
Morelos, José María, p. 97.
Moreno, Manuel, pp. 51n, 58 y n, 49 y n, 188.
Moreno, Mariano, pp. 51n, 56n, 58 y n, 63n, 79 y n, 188, 190 y n, 197, 198n.
Moreno, Roberto, p. 45n.
Morga, Antonio de, p. 218.
Morhof, Daniel Georg, p. 163 y n.
Mörner, Magnus, p. 272n.
Moros, véase Arabia, árabes.
Mortier, Roland, p. 156n.
Moscú, p. 254.
Mouradgea d'Ohsson, Ignatius, p. 200.
Moxó y Francolí, Benito, pp. 60, 233.
Mukherjee, Supriya, pp. 77n, 103n.
Müller, Johann, p. 77.
Mumford, Lewis, p. 137n.
Muñoz, Antonio, p. 195n.
Muñoz, Juan Bautista, p. 162 y n.
Muñoz, Lautaro, p. 136.
Muñoz, Pedro José, p. 232n.
Musa, pp. 59, 60n.
Museo Americano, p. 70.
Museo Nacional de Arte, Ciudad de México, p. 161n.
Museos, pp. 109, 161n, 192, 220.
Muthu, Sankar, p. 86n.
Mutis, José Celestino, p. 189n.
Myers, Jorge, pp. 114n, 116n, 117 y n, 120n.
Nabel Pérez, Blas, p. 267n.
Nabucodonosor, p. 84.
Nacional-populismos, p. 18.
Nader Sha, p. 200.
Nagy-Zekmi, Silvia, p. 209n.
Nájera, Manuel de San Juan Crisóstomo, p. 151.
Nao da Índia, p. 219.
Nápoles, pp. 15, 41, 63n, 115n, 161.
Nápoles, Juana de, p. 109.

Naranjo Orovio, Consuelo, pp. 63n, 270n.
Nariño, Antonio, pp. 241, 242n.
Natchez, p. 242.
Navarrete, Juan Antonio, p. 232 y n.
Navarro, Bernabé, p. 231n.
Navarro de Andrade, Rodrigo, p. 254.
Navas de Tolosa, p. 180.
Navas Spinola, Domingo, pp. 59 y n, 79 y n.
Nebrija, Alonso de, p. 139.
Neira Acevedo, Pedro, p. 56n.
Neoclásico, pp. 142, 151, 154.
Neogodos, p. 167.
Neologismos, pp. 14, 48, 118.
Nerón, p. 84.
Nesselrode, Karl, p. 262.
Nicaragua, pp. 82 y n, 264.
Nicolás I, zar, p. 269.
Niebuhr, Barthold, pp. 41n, 108.
Níger, pp. 65, 95.
Nilo, p. 95.
Nisard, Desiré, pp. 62n, 113n.
Norambuena, Carmen, p. 251n.
Noria, David, pp. 18n, 20n, 22n.
Normandos, p. 184.
Noruega, p. 269.
Nucete-Sardi, José, p. 266n.
Nueva España, pp. 59, 68n, 160, 165, 218, 221, 256, 266, véase también México.
Nueva Granada, pp. 44n, 45n, 48n, 53n, 57 y n, 63, 70, 71n, 75 y n, 78n, 83n, 135, 167, 181n, 187n, 189n.
Nueva York, p. 264.
Nuevo México, p. 165.
Nugasio Chacota, p. 81n.
Núñez, Estuardo, pp. 221n, 254n.
O'Gorman, Edmundo, pp. 167n, 233n.
O'Higgins, Bernardo, p. 194n.
O'Leary, Daniel Florencio, p. 55n.
O'Phelan Godoy, Scarlett, p. 220n.
Oaxaca, pp. 24, 35.
Ocampo, Melchor, p. 187.
Occidente, pp. 42, 107, 108n, 124, 210, 214.
Oceanía, pp. 26, 117.
Odoievski, Vladimir, p. 42.
Oedypus Aegyptiacus (1652), p. 217.
Offerhaus, Leonard, p. 90.
Olimpo, p. 152.
Olmedo, José Joaquín de, pp. 73 y n, 80 y n, 139 y n, 143, 167n.

Olveda, Jaime, p. 227n.
Onís, Federico de, p. 70n.
Optimismo, pp. 68 y n, 97.
Orchila, p. 269.
Orden de Santa Ana, pp. 254, 257.
Orgaz, Raúl, pp. 114n, 121, 125 y n.
Orías Bleichner, Andrés, p. 152n.
Oriente, Orientalismo, pp. 25, 34, 76, 86, 91, 93, 94, 103, 105, 116n, 172, 178, 182, 185-214, 220, 221n, 242, 279.
Orozco, Manuel de, p. 251n.
Orta Nadal, Ricardo, p. 209n.
Ortega, Eulalio A., p. 177.
Ortega, Martha, p. 250n.
Ortega y Gasset, José, pp. 16, 45.
Ortega y Medina, Juan Antonio, pp. 55n, 68n, 79n, 90n, 177n, 270n.
Ortiz de Ayala, Tadeo, pp. 224 y n, 260.
Osorio Romero, Ignacio, pp. 151n, 217n.
Osterhammel, Jürgen, p. 127n.
Oswald, Richard, p. 264n.
Otaeti, p. 260.
Ovidio, p. 136.
Paulo I de Rusia, p. 265.
Pablo, San, p. 147.
Pacheco Vélez, César, p. 259n.
Pacífico, océano (Mar del Sur), pp. 219, 223, 263.
Padilla, Juan, pp. 164, 165.
Páez, José Antonio, pp. 72, 144, 208.
Paideia latinoamericana, p. 20.
Paita, pp. 61n, 263.
Palafox, Juan de, p. 218.
Palazón Mayoral, María Rosa, p. 193n.
Palen, Fedor P., p. 256.
Palmer, R. R., p. 264n.
Palmira, pp. 188, 190 y n, 191.
Pampa, pp. 119, 149.
Pan, dios, p. 133.
Panamá, pp. 97n, 173 y n, 224, 225, 263, 274.
Pani, Erika, p. 55n.
Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá, pp. 44, 58n, 81n.
Paraguay, pp. 63 y n, 65, 111, 123, 138, 140, 188, 190, 282.
París, pp. 61, 62, 210n.
Paroissien, Diego, p. 269.
Parra, Teresa de la, pp. 84, 85n.
Parra Pérez, Caracciolo, p. 269n.
Partenón, p. 19.
Parthos, p. 142.
Passmore, Kevin, p. 76n.

Patagonia, p. 224.
Patiño Ixtolinque, Pedro, p. 160.
Paulin, Axel, pp. 79n, 270n.
Pavez Ojeda, Jorge, pp. 57n, 88n.
Paz, Octavio, p. 46.
Paz Soldán, Mariano Felipe, pp. 82 y n, 126 y n.
Pedro el Grande, pp. 247, 250-254, 263, 268, 272.
Pedro I de Brasil, p. 254.
Pedro II de Brasil, pp. 82, 206.
Pelayo, pp. 157, 161, 168, 181, 195.
Pensamiento identitario latinoamericano, pp. 50, 87.
Peralta Ruiz, Víctor, p. 87n.
Peralta y Barnuevo, Pedro de, pp. 52, 159.
Perdomo-Batista, Miguel A., p. 43n.
Perdriel, Julián José, p. 74.
Pérez, Francisco Javier, p. 204n.
Pérez Galdós, Benito, p. 158n.
Pérez Lindo, Juan Nepomuceno, p. 80 y n.
Pérez-Marchand, Monelisa Lina, pp. 48n, 188n.
Pérez Rosales, Vicente, p. 139n.
Pérez Vila, Manuel, pp. 150n, 187n, 188n, 228n, 259n.
Periódico Oriental (Montevideo), pp. 84, 85n.
Periódicos, pp. 45, 65, 70n, 113, 160n, 207n, 252.
Periquillo Sarniento, pp. 238, 239 y n.
Perkins, Dexter, p. 262.
Persépolis, p. 84.
Persia, persas, pp. 53, 57, 61, 91, 96, 125, 136, 150, 194 y n, 200, 201, 231, 232, 237.
Perú, peruanos, pp. 53, 56, 71, 73, 75, 80, 82, 94 y n, 96, 117, 126, 138, 160, 164, 173, 180, 189, 193, 194n, 195 y n, 198, 210n, 214, 215, 219, 220, 221, 223, 224, 231, 233, 237, 240, 249, 250 y n, 253, 254, 256, 257n, 258, 260, 264, 267, 269.
Perú de Lacroix, L., pp. 64n, 170n, 202.
Perus, Françoise, pp. 30, 209n, 210n, 211n.
Pesimismo, pp. 55n, 68n.
Pfeiffer, Rudolf, p. 131n.
Philosophes, p. 101.
Piccirilli, Ricardo, p. 117n.
Piciulo, Viviana Silvia, p. 70n.
Picón Febres, Gonzalo, p. 103 y n.
Picón-Salas, Mariano, p. 57n.

Pietismo, p. 40.
Pimenta, João Paulo, p. 112n.
Píndaro, p. 139.
Pinilla, Norberto, pp. 118n, 121n.
Pino Iturrieta, Elías A., pp. 78n, 93n.
Pintos Mimó, Luisa, pp. 139n, 267n.
Piossek Prebisch, Lucía, p. 113n.
Pirámides, p. 109.
Pivel Devoto, Juan E., p. 85n.
Plan de Iguala, pp. 96, 97n.
Platea, p. 138.
Platón, p. 232.
Plaza de la Victoria, p. 95.
Plaza, José Antonio de, pp. 75 y n, 83n, 180, 181n.
Po, río, p. 65.
Pococke, Richard, p. 200.
Poeppig, Eduard, pp. 60, 61n.
Polonia, polacos, pp. 15, 42, 101, 122n, 137, 260.
Polotto, Federico, p. 114n.
Popayán, pp. 138, 218.
Pope, Alexander, pp. 80 y n, 150.
Port-Royal, p. 150n.
Portugal, portugueses, pp. 48, 52 y n, 53, 54n, 69, 75, 107, 108, 109, 131, 155, 174, 185, 186, 219, 220, 224, 225, 248, 249, 263, 282.
Posada Carbó, Eduardo, p. 61n.
Posada Gutiérrez, Joaquín, p. 111n.
Positivismo, pp. 128, 213 y n.
Pospolitas, p. 272.
Potter, John H., p. 138 y n.
Poupeney Hart, Catherine, p. 53n.
Pozzo di Borgo, Carlo Andrea, p. 262.
Pradt, Dominique de, p. 166.
Pratt, Mary Louise, p. 48n.
Predpriatie, barco, p. 261.
Prescott, William, p. 73.
Presocráticos, p. 39.
Prieto, Adolfo, p. 209n.
Prieto, Guillermo, p. 55n.
Primera Guerra Mundial, p. 128.
Primicias de la cultura de Quito, p. 44.
Pró, Diego F., p. 119n.
Producción femenina, p. 44.
Profetismo hebreo, p. 39.
Protestantismo, pp. 111n, 149, 176.
Providencia, providencialismo, pp. 80, 82, 90, 110, 113, 120, 126.
Prusia, p. 263.

Puccini, Dario, p. 74n.
Puebla, pp. 81 y n, 132.
Puente Candamo, José A. de la, pp. 188n, 250n, 269n.
Puerto Rico, pp. 83n, 236 y n, 266.
Pufendorf, Samuel, p. 233.
Pugachov, Yemelian, p. 101.
Puig-Samper, Miguel Ángel, pp. 63n, 270n.
Qianlong, p. 222.
Qing, p. 101n.
Quechua, p. 136.
Quetzalcóatl, p. 242.
Quinet, Edgar, pp. 62n, 113n.
Quintana, Manuel, p. 195.
Quintana Roo, Andrés, p. 88 y n.
Quintana Villasboa, Noelia, p. 190n.
Quinto Curcio, p. 150.
Quiroga, Marcial I., pp. 79n, 188n.
Quito, pp. 44, 242.
Racine, Karen, p. 198n.
Racismo, pp. 17, 40.
Raffenel, Claude Denis, p. 203n.
Raffo de la Reta, J. C., p. 94n.
Ramírez, Ignacio, p. 243 y n.
Ramírez Rivera, Hugo Rodolfo E., p. 138n.
Ranke, Leopold von, pp. 41n, 104 y n, 280.
Raynal, pp. 52, 70, 71, 177, 232, 234, 236.
Real Academia de la Historia de España, p. 52.
Real Academia de la Historia de Portugal, p. 52.
Real Academia Española, p. 158n.
Reconquista, pp. 168, 180, 194.
Reformas borbónicas, pp. 45, 131, 134, 159.
Remigio, San, p. 180n.
Remo, p. 138.
Renacimiento, pp. 32, 156, 161, 163, 170, 176, 177.
Renacimiento oriental, pp. 41, 205.
Renan, Ernest, p. 293.
Rengger, Johann Rudolph, pp. 63 y n, 112n, 140n, 259n.
Republicanismo, pp. 106, 111 y n, 137.
Requena, Pablo, p. 114n.
Restauración, pp. 102, 113, 256.
Restituta, p. 133.
Restrepo, José Manuel, pp. 74, 75n, 150n, 167 y n.
Revolución comercial, pp. 39, 223.

Revolución Francesa, pp. 48, 58, 101, 103, 137, 140, 191, 251.
Revolución Industrial, p. 248n.
Revoluciones atlánticas, pp. 17n, 53.
Revue des Deux Mondes, p. 211.
Rezánov, Nikolái Petrovich, pp. 249, 252 y n, 267.
Ribas, Miguel de, p. 257.
Ribeiro, Darcy, p. 283.
Richard de Mora, Dianora, p. 143n.
Richardson, William Harrison, pp. 252n, 258n.
Rif, p. 214.
Riga, p. 270.
Righi, Gaetano, p. 131n.
Rímac, p. 65.
Río de Janeiro, pp. 63, 192, 219, 224, 225, 270.
Río de la Plata, pp. 59 y n, 112, 115n, 117, 167, 221, 224, 228n, 249, 267.
Rípodas Ardanaz, Daisy, pp. 121n, 211n.
Riva Palacio, Vicente, p. 274.
Rivadavia, Bernardino, p. 151.
Rivas Sacconi, José Manuel, pp. 135n, 150n.
Rivera, Antonio, p. 83n.
Rivera Berruz, Stephanie, p. 185n.
Roa Bárcena, J. M., p. 83n.
Robertson, William, pp. 52, 71, 92, 162, 174 y n.
Robertson, William P., p. 190.
Rocafuerte, Vicente, pp. 141n, 145 y n, 170 y n, 171, 172n, 175 y n, 176, 179, 189, 251 y n.
Rodó, José Enrique, p. 124.
Rodrigo, rey, p. 196.
Rodríguez, Manuel del Socorro, pp. 70, 71n.
Rodríguez, Simón, pp. 125 y n, 136 y n, 149n, 175 y n, 185, 203, 226 y n.
Rodríguez, Víctor Manuel, p. 109n.
Rodríguez Casado, Vicente, p. 257n.
Rodríguez de Alonso, Josefina, p. 199n.
Rodríguez de Francia, Gaspar, véase *sv* Francia.
Rodríguez O., Jaime E., p. 189n.
Rodríguez Ortiz, Oscar, pp. 175n, 226n, 230n, 265n.
Rodríguez Ozán, María Elena, p. 24.
Roig, Arturo Andrés, pp. 15n, 16, 49n, 80n, 157n.
Rojas, Rafael, pp. 111n, 128n.
Rojas Otálora, Jorge E., p. 139n.

Rollin, Charles, pp. 90, 140, 203n.
Roma, romanos, pp. 80, 82-86, 97, 110n, 129, 130-153, 162, 165, 166, 170-172, 178, 181-185, 201, 203, 255.
Romanticismo, románticos, pp. 41n, 43, 62n, 85, 86, 102, 113 y n, 114n, 119n, 120.
Romero, José Luis, p. 100n.
Romero, Luis Alberto, p. 100n.
Romero, Silvio, pp. 54n, 277.
Rómulo, p. 138.
Rosas, Juan Manuel de, pp. 111 y n, 115, 124n, 191.
Rose, Sonia, p. 46n.
Rosende, Petrona, p. 85n.
Ross, Fuerte, pp. 250 y n, 255 y n, 261, 269, 273.
Rossini, Gioacchino, p. 206.
Rousseau, Jean-Jacques, pp. 76, 113n, 190 y n, 203.
Roustan, p. 78.
Rovira Soler, José Carlos, p. 232n.
Rugendas, Moritz, pp. 208, 211.
Ruhlmann, Maria, p. 155n.
Ruiz Castañeda, María del Carmen, pp. 88n, 91n, 98n.
Ruiz de Apodaca, Juan, p. 236n.
Ruiz Martínez, Eduardo, p. 189n.
Ruiz Sotelo, Mario, p. 47n.
Rumiántsev, Nikolái P., pp. 262, 267, 269.
Ruprecht, Hans-George, p. 91n.
Rurick, barco, pp. 254n, 256n, 257 y n, 258.
Rusia, Rusos, pp. 15, 16, 32, 34, 42, 44, 139, 161, 178, 199 y n, 223, 225, 226, 230, 247-275, 282.
Russell, Thomas C., p. 252n.
Rut, Yakov, p. 267.
Sáenz, Manuela, pp. 60, 61n.
Sáenz Peña, Saturnino, p. 83.
Said, Edward, p. 205 y n.
Saint Thomas, p. 132.
Sajones, p. 167.
Saladino García, Alberto, p. 50n.
Salamanca, p. 96.
Salaverría, José Manuel de, p. 168.
Salaverry, Oswaldo, p. 50n.
Salazar, María Gabriela, p. 74n.
Salazar-Soler, Carmen, p. 220n.
Salcedo Bastardo, J. L., pp. 144n, 262n.
Sales, Francisco de, p. 232.
Salinas, Miguel, p. 233.
Salmerón, Alicia, p. 55n.
Salón Literario, pp. 114n, 115n, 116n, 118n, 122, 244n.

Salustio, p. 144.
Samarcanda, p. 143.
San Blas, p. 263.
San Francisco, pp. 251, 254n, 258.
San Jacobo, p. 195n.
San Juan de Girón, p. 70.
San Juan, Argentina, pp. 118, 146.
San Martín, José de, pp. 96, 139, 188 y n, 201, 250n.
San Mateo, p. 64.
San Petersburgo, pp. 252, 254, 266, 267, 270, 274.
Sánchez, Alonso, p. 218.
Sánchez Carrión, Faustino, pp. 258, 259n.
Sánchez Concha, Rafael, p. 217n.
Sanfuentes, Salvador, p. 118n.
Sánscrito, pp. 202, 205.
Sansimonianos, pp. 62n, 113n.
Santa Alianza, p. 262.
Santa Catarina, p. 254.
Santa Coloma, p. 250.
Santa Cruz, Andrés, p. 180 y n.
Santa Sede, p. 179.
Santander, Francisco de Paula, pp. 55n, 145n, 160n, 169n, 188, 189n, 259n.
Santangelo, Paolo, p. 228n.
Santiago de Chile, pp. 35, 109n, 120, 197n, 210n.
Santo Domingo, p. 266.
Sanz, Miguel José, pp. 79n, 269n.
Sarlo, Beatriz, p. 209n.
Sarmiento, Domingo Faustino, pp. 113n, 118-124, 132, 145, 146n, 157 y n, 190, 204 y n, 209-212, 271.
Sarracenos, pp. 168, 195.
Sastre, Marcos, pp. 116n, 244n.
Sati, p. 81.
Saucheofú, pp. 221n, 238, 239n.
Schäffer, Georg Anton, p. 272.
Schell, Patience A., p. 109n.
Schiller, Friedrich, p. 77.
Schlözer, Aug. Ludwig, pp. 77, 174n.
Schmidt, Peer, pp. 46n, 49n.
Schnaiderman, Boris, p. 274n.
Schneider, Luis Mario, p. 88n.
Schnitzler, J. A., p. 90.
Schop Soler, Ana María, p. 249n.
Schulze, Reinhard, p. 39n.
Schuster, Félix Gustavo, p. 119n.
Schwab, Marcel, pp. 41, 205 y n.
Scott, Walter, p. 41n.
Segur, Comte Louis-Philippe de, p. 92.
Semanario de Agricultura, Industria y Comercio (Buenos Aires), pp. 173n, 223n.

Semanario de Caracas, pp. 79n, 232 y n.
Semanario de Policía (Santiago de Chile), p. 149n.
Semanario Patriótico Americano (México), p. 195n.
Seminario de Olinda, p. 83.
Sena, Isabel de, pp. 209n, 212n.
Sena, río, p. 95.
Sergi, Giuseppe, p. 156n.
Shafranóvskaya, Tamara, p. 254n.
Shelijov, G. I., p. 266.
Shuk, Leonid, p. 253n.
Shulgovski, Anatoli, pp. 260n, 262n.
Siam, p. 81.
Siberia, pp. 81, 96, 249, 251, 259.
Siebzehner, Batia B., p. 186n.
Siete Partidas, p. 159.
Sigüenza y Góngora, Carlos de, pp. 52, 217.
Sij, p. 101n.
Silva, Renán, pp. 45n, 48n, 78n, 187n, 189n.
Silva Beauregard, Paulette, p. 209n.
Silva Castro, Raúl, pp. 141n, 172n, 195n, 272n.
Silvestre de Sacy, Antoine-Isaac, p. 90.
Sims, Harold, p. 272n.
Sinofilia, pp. 238ss.
Sinofobia, pp. 238ss.
Siria, pp. 190, 191.
Sismondi, Simonde de, pp. 108, 109, 183, 203.
Sisonenko, Alexander, p. 250n.
Sistema mundial, pp. 33, 40n, 101, 105, 106, 108, 111 y n, 112, 216, 219, 281.
Sistema postal, p. 53.
Smith, Adam, pp. 54, 76, 223, 228 y n, 235, 236.
Socialismo, p. 114.
Sociología espontánea, p. 126.
Sócrates, pp. 84, 232.
Sola, Pablo Vicente de, p. 254.
Solares Ávila, Gastón, p. 233n.
Solimán, p. 194n.
Sosa, Ignacio, p. 20.
Sousa, Octavio Tarquinio de, p. 235n.
Southey, Robert, p. 75 y n.
Souza S., J. Norberto de, p. 60n.
Spence, Jonathan D., p. 222n.
Stathouder, p. 53.
Staunton, sir Jorje, p. 235.
Stoetzer, O. Carlos, p. 160n.
Straka, Tomás, p. 140n.
Strangford, Lord, p. 63.
Stuchtey, Benedikt, pp. 78n, 87n, 104n.
Subercaseaux S., Bernardo, p. 126n.

Subirats, Eduardo, p. 46.
Subrahmanyam, Sanjay, p. 101n.
Sucre, Antonio José de, p. 169n.
Sudáfrica, p. 223.
Suecia, pp. 79, 269.
Suevos, p. 172.
Sufragio universal, p. 42.
Suiza, pp. 162, 210n.
Sur global, pp. 31, 32, 272n.
Suriano, Juan, p. 114n.
Surinam, p. 48.
Suvórov, barco, pp. 250, 251n, 256.
Taboada, Andrea, p. 36.
Taboada, Ezequiel, p. 36.
Taboada, Hernán G. H., pp. 13-30, 68n, 107n, 108n, 152n, 179n, 185n, 186n, 195n, 213n, 241n.
Tácito, pp. 74, 144.
Talamantes, Melchor de, pp. 182, 231n.
Talcahuano, pp. 257, 261.
Tamayo Vargas, Augusto, p. 259n.
Tamburri, Pascual, p. 156n.
Támesis, p. 95.
Tapia, El Loco Bernardino, p. 56 y n.
Tariffi, Terzo, p. 142n.
Tarragona, p. 164.
Tartaria, tártaros, pp. 77, 188, 199n, 208, 228, 242, 243, 251.
Tasso, Torquato, p. 159.
Tauro, Alberto, pp. 97n, 173n, 183n, 187n, 193n, 230n, 231n, 240n, 263n.
Taylor, George P., p. 263n.
Tedeschi, Stefano, p. 74n.
Tehuantepec, p. 224.
Telégrafo Mercantil, Rural, Político Económico e Historiográfico del Río de la Plata (Buenos Aires), pp. 61 y n, 71, 72n, 96n, 165 y n, 229n, 250n.
Telémaco, p. 80.
Temer, Michel, p. 192.
Templo de Salomón, p. 85.
Teoría de los cuatro estadios, pp. 40n, 77 y n.
Teosofía, p. 128.
Tercermundismo, p. 214n.
Termópilas, p. 138.
Ternavasio, Marcela, p. 111n.
Terranova y Monteleone, duque de, p. 182.
Tejas, p. 261.
Thevenot, Jean de, p. 200.
Thierry, Augustin, p. 108.
Thiers, Adolphe, p. 108.
Thiringk, A. F., p. 266.
Thornton, John, p. 57n.
Tietz, Manfred, p. 264n.
Tijánov, Mijaíl, pp. 252, 253 y n.
Tippo Sahib, pp. 62, 194.

Tiro, pp. 97, 224, 238.
Tocqueville, Alexis de, pp. 108, 146, 147 y n, 166n, 184n.
Tomás, Santo, pp. 233, 242.
Torre Villar, Ernesto de la, p. 221n.
Torrente, Mariano, p. 73.
Torres, Sebastián, p. 190n.
Torres Cuevas, Eduardo, p. 78n.
Torres Puga, Gabriel, p. 47n.
Torrubia, Juan, p. 218.
Tott, Barón de, p. 200.
Touchard, Jean, p. 65n.
Toynbee, Arnold, pp. 67, 278.
Trabulse, Elías, p. 47n.
Tracia, p. 232.
Trevor-Roper, Hugh, pp. 41n, 101n, 104n.
Tucídides, p. 151.
Túpac Amaru, pp. 48, 56.
Tur, Carlos, pp. 16 y n, 108 y n.
Turgot, pp. 76, 85.
Turquía, turcos, pp. 163, 179, 188, 192, 194n, 199 y n, 200, 231, 241, 250, 268, véase también Imperio otomano.
Tytler, Alexander Fraser, lord Woodhouselee, pp. 77, 89.
Ucayali, pp. 95, 163n.
Ufanismo, p. 68n.
Uliánova, Olga, p. 251n.
Unanue, Hipólito, pp. 50n, 150 y n, 163 y n, 176, 215, 234n.
Universidad de Buenos Aires, pp. 22, 23n.
Universidad de Charcas, p. 233.
Uribe Ángel, Manuel, p. 83n.
Uricoechea, Ezequiel, pp. 205, 206n.
Urraca, Doña, p. 160n.
Uruguay, pp. 84, 85, 116, 138, 140, 142, 179.
Uslar Pietri, Arturo, pp. 188n, 200n.
Ustáriz, Gerónimo de, p. 223.
Utopía, pp. 221, 229.
Valera, Juan, p. 233.
Valle, José Cecilio del, pp. 56n, 58n, 60n, 67, 70, 71n, 78n, 95 y n, 176 y n, 195 y n, 241 y n.
Valle y Caviedes, Juan del, p. 152n.
Vallejo, José Joaquín, pp. 118n, 175n, 210n.
Valmont de Bomar, p. 78 y n.
Valparaíso, pp. 255, 258.
Vándalos, pp. 166-172.
Varela, Félix, pp. 78n, 160n.
Vargas Canales, Margarita Aurora, p. 247n.
Vargas Martínez, Gustavo, pp. 241n, 242.
Vargas Tejada, Luis, p. 187.

Vasconcelos, Antonio Luiz de Brito Aragão e, p. 238n.
Vastey, Jean-Louis, pp. 56, 57n, 88 y n.
Vaticano, p. 133.
Vázquez, José Antonio, p. 188n.
Velasco, Juan de, p. 87.
Velleman, Barry L., p. 203n.
Venecia, pp. 144, 178, 184.
Venezuela, pp. 61n, 79, 86, 93, 132, 144, 167, 191, 199, 208, 209 y n, 232, 234, 266, 269 y n.
Venturi, Franco, pp. 15, 41n, 101n.
Venus, pp. 133, 152.
Verdo, Geneviève, p. 81n.
Verona, p. 22.
Vico, Giambattista, pp. 42, 46, 47, 113, 115n.
Vidaurre, Manuel Lorenzo de, pp. 55n, 56n, 80 y n, 96n, 173 y n, 174n, 177n, 181, 183 y n, 193 y n, 195, 196n, 230n, 240 y n, 241n, 253 y n, 263 y n.
Vieira Couto, José, p. 79n.
Viera y Clavijo, José, p. 43 y n.
Vietnam, p. 40.
Vilanova, Ángel, p. 138n.
Villa Navia, Ruth Alejandra, p. 242n.
Villalar, p. 164.
Villamil de Rada, Emeterio, p. 279.
Villanueva, Carmen, pp. 160n, 229n, 272n.
Villemain, Abel-François, pp. 62n, 108, 113n, 170, 171n.
Viscardo y Guzmán, Juan Pablo, pp. 94, 253 y n.
Viva el Rey (Santiago de Chile), p. 149n.
Viva la Patria (Santiago de Chile), p. 168n.
Vogeley, Nancy, pp. 89n, 91n, 206n.
Volga, p. 95.
Völkl, Ekkehardt, pp. 248n, 249n, 251n, 256n, 269n.
Volney, Constantin-François, pp. 59, 80, 86 y n, 88, 188 y n, 189, 190 y n, 191 y n.
Voltaire, pp. 40, 76, 77n, 79, 85, 92, 113n, 162, 179, 190, 206.
Vorontsov, Simeon, p. 265.
Voss, Jürgen, pp. 156n, 174n.
Wahabismo, pp. 40, 101n.
Walicki, Andrzej, p. 32n.
Wallerstein, Immanuel, pp. 40n, 101 y n, 111n.
Wamba, p. 161.
Wang, Q. Edward, pp. 77n, 103n.
Washington, ciudad, pp. 256, 261, 274.

Washington, George, p. 138.
Wasserman, Fabio, pp. 59n, 100n, 122n.
Waterloo, p. 109.
Weber, Max, pp. 15 y n, 111n.
Webster, Noah, p. 69n.
Wegelin, Jacob Daniel, p. 77.
Weinberg, Félix, pp. 75n, 114n, 115n, 244n.
Weinberg, Liliana, p. 24.
Whitaker, Arthur P., p. 70n.
Wilson, Belford Hinton, p. 243n.
Wilson, Robert, p. 260n.
Winckelmann, Johann Joachim, p. 134.
Witiza, p. 196.
Woll, Allen, p. 125n.
Woolf, Daniel, p. 77n.
Wrángel, Ferdinand, pp. 139 y n, 267n, 273 y n.
Yanhuitlán, p. 24.
Yanovski, Semion Ivanovich, p. 251n.
Yáñez, Agustín, pp. 64n, 153n, 174n.
Yurkievich, Saúl, p. 74n.
Zama, p. 145.
Zanetti, Susana, p. 132n.
Zapiola, José, p. 179n.
Zárraga, familia, pp. 132, 187.
Zavala, Lorenzo de, pp. 79, 155, 161 y n, 180n.
Zavalishin, Dimitry, p. 263n.
Zea, Francisco Antonio, p. 94n.
Zea, Leopoldo, pp. 16, 24, 78n, 93n, 123 y n, 213n, 283.
Zenkovsky B., p. 32n.
Zermeño Padilla, Guillermo, pp. 59n, 74n, 78n.
Zinóviev, Stepan, p. 264.
Zoroastrianismo, p. 39.
Zúñiga, Neptalí, pp. 170n, 251n.

Discursos sobre la historia universal en la América criolla, 1770-1850, editado por el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la UNAM, se terminó de imprimir en digital el 23 de agosto de 2021 en los talleres de Gráfica Premier S. A. de C. V., 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, Metepec, México. La edición consta de 250 ejemplares. Su composición y formación tipográfica, en tipo Goudy Old Style de 11/13 puntos, estuvo a cargo de Irma Martínez Hidalgo. La preparación de archivos electrónicos a cargo de Beatriz Méndez Carniado. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Liliana Jiménez Ramírez.

A JUICIO DE ESTE LIBRO, la Ilustración, en general vista como fenómeno europeo que permeó hacia otras regiones, tuvo carácter endógeno a lo largo del mundo, y se manifestó en nuevas visiones de la alteridad y de la historia. Ello se puede observar en las colonias hispanoamericanas, más allá de la Ilustración oficial e importada, desde finales del siglo XVIII y especialmente en los años de la Independencia. Fue una época de lecturas cada vez más heterodoxas del pasado, no sólo el propio sino también y con frecuencia el ajeno. De tal modo, Grecia y Roma, la Edad Media, el Oriente, China y Rusia aparecieron a menudo como fragmentos de una *historia universal* imaginada desde América. Tales intentos se dejaron de lado cuando, hacia mediados del XIX, se adoptó la lectura eurocéntrica dictada desde la Europa occidental triunfante, que ha prevalecido hasta nuestros días. Los distintos capítulos del libro aspiran a describir los contornos de aquella Ilustración autóctona en sus intentos de leer las otredades.

COLECCIÓN
HISTORIA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

26

ISBN 978-607-30-4791-3

ACCESO ABIERTO

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe